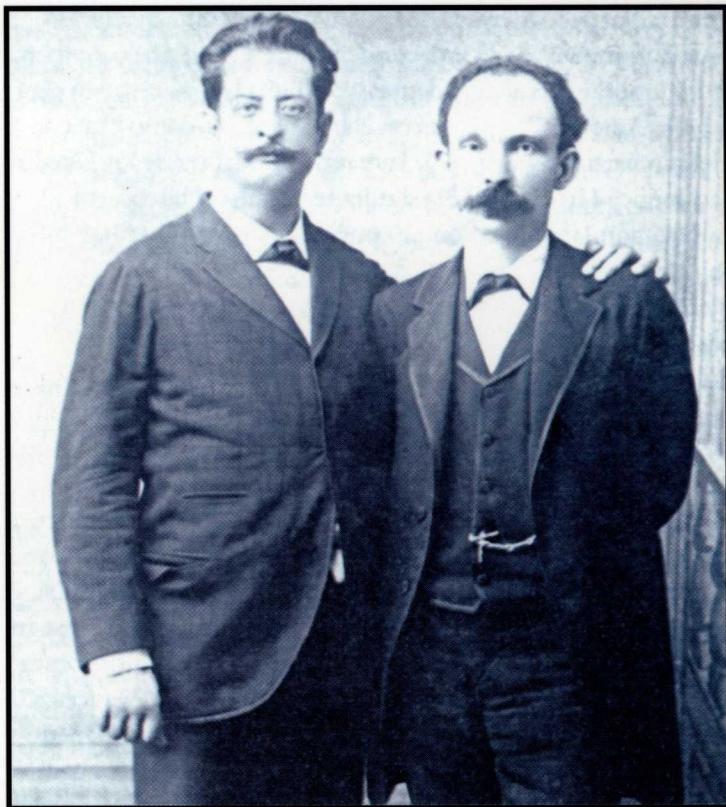


ANTOLOGÍA DE ENSAYOS MARTISTAS

Selección y presentación
Arturo Molina García

Prólogo
Odón Betanzos Palacios



FRENTE DE AFIRMACIÓN HISPANISTA, A. C.
MÉXICO, 2003

ANTOLOGÍA
DE
ENSAYOS MARTÍSTAS

Selección y presentación
Arturo Molina García

Prólogo
Odón Betanzos Palacios

Frente de Afirmación Hispanista, A. C.
México 2003

De los **pueblos de Hispano América**, ya lo sabemos todo: allí están nuestras cajas y nuestra libertad. De quien necesitamos saber es de los **Estados Unidos; que está a nuestra puerta como un enigma**, por lo menos. Y un pueblo en la angustia del nuestro necesita despejar el enigma; –arrancar, de quien pudiera desconocerlos, la promesa de respetar los derechos que supiésemos adquirir con nuestro empuje– saber cuál es la **posición de este vecino codicioso**, que confesamente nos desea, antes de lanzarnos a una guerra que parece inevitable, y pudiera ser inútil, por la determinación callada del vecino de oponerse a ella otra vez, como medio de **dejar la isla en estado de traerla más tarde a sus manos**, ya que sin un crimen político, a que sólo con la intriga se atrevería, **no podría echarse sobre ella cuando viviera ya ordenada y libre**.

(Fragmento de la **Carta a Gonzalo de Quesada** (1889), tomado de **Martí por Martí**, por Salvador Bueno Menéndez. Editorial Letras Cubanas. 1982)

MARTÍ, MERCADO Y OCARANZA, TERCIA AMISTOSA Y FRATERNA

Entre Michoacán y Cuba existe una gran relación amistosa entre distinguidos hombres del siglo XIX, en los años de 1874 a 1895.

Tratándose de el piedadense Manuel Mercado, el uruapense Manuel Ocaranza y el habanero José Martí. El primero abogado y político liberal del juarismo, el segundo, uno de los pintores mexicanos cuyo arte dio mucho de qué hablar en los periódicos de esa época, el tercero, poeta, educador, periodista y "apóstol" de la independencia de su patria: Cuba.

Fue la de ellos una enorme y muy estrecha amistad, ya que como llegara a manifestarle en las cartas escritas por José Martí a Manuel Antonio Mercado, que no pagaría nunca lo que había hecho por él y por su familia. De Manuel Ocaranza, basta leer algunas de las cartas a Mercado donde menciona Martí al pintor Ocaranza, para darse uno cuenta de la enorme admiración y orgullo conque Martí se expresaba del pintor.

Por ejemplo el año de 1877 desde Guatemala le escribe Martí a Mercado lo siguiente:

Figurarán en mi modesta sala los hermosos retratos de Manuel. Gusto cada vez más del muy bueno de Antonia [hermana de Martí], que corre, que canta, que ya vive: ¡Ana tal no hubiera muerto! Así mueren las aves, lejos de su árbol. Escribiré sobre los cuadros de Manuel. Deseo mucho el retrato del leal árabe.

Al siguiente año en otra carta le dice a Mercado el buen Martí:

Estoy seguro de que Manuel Ocaranza no se ha puesto aún en contacto con ninguna casa de Nueva York. El debía pintar, empaquetar e irse. Allí, pintando indios, y sus encantadoras ligerezas, haría provisión para el invierno. Otras cosas, como el retrato de Thiers y el Cráneo, merecerían ir a París. Le cedo para siempre el retrato de Ana, porque creo que merece tenerlo.

El 6 de julio de 1878 en otra carta le notificaba al buen amigo Mercado:

Así agitado no copié esta semana el prólogo al libro de Manuel, tan anunciado ya que más me valiera no enviarlo. Pero el próximo sábado le irá; y con él, asunto para un cuadro. Siempre creo que él debe tener el corazón en México; pero los ojos fuera de México.

Al final de la carta añadía:

Anime a Ocaranza...

La amistad entre estos tres personajes de la cultura de Nuestra América es y seguirá siendo un canto de amor a la vida, una especie de himno al hombre, el de un trazo imperecedero al recuerdo, a la amistad y a los individuos que José Martí amó, distinguiéndose de manera muy especial estos dos michoacanos, Mercado y Ocaranza. Digamos entonces al estilo de Martí, eternas rosas blancas para la amistad franca y sincera entre José Martí, Manuel Antonio Mercado y Manuel Ocaranza.

Arturo Molina García
Morelia, Michoacán
28 de enero de 2003

PRÓLOGO

MARTÍ: VOCACIÓN DE PATRIA

Por lo que conozco de la política colonial española me queda la impresión que no se conoció a cabalidad en España la altura de miras y el talento del apóstol cubano de la independencia, José Martí. No se reflexionó en su momento, cuando con su voz y pluma aireaba los problemas del gobierno de la isla de Cuba y daba cuenta de nuestras imprecisiones en el actuar y de los múltiples vacíos existentes: unos reales; otros reales también pero creados desde el exterior. No se caló su mensaje, mesurado, serio, razonado, honesto, cálido, enterizo. No se vieron las enormes vías que ofrecía para el diálogo ni se razonaron las oportunidades que su talento integrador aportaba. La prepotencia ciega siempre; el poder hacer perder el equilibrio y juicio al que gobierna; la falta de talento arrastra al que no lo tiene a situaciones extremas. Y eso fue lo que pasó para desgracia de España y de la isla de Cuba. Para España porque su inclinación era Cuba, trampolín que había sido de la Conquista como lo había sido antes en el Descubrimiento, y de muchas formas se la veía como una extensión de las Canarias; para Cuba porque la lengua y cultura habían calado en ella y era una extensión de España en el pensar, decidir y hacer.

José Martí, el padre e ideador con soluciones de la Independencia Cubana, es el cerebro y el hombre clave del hecho. La isla, en voz de su pueblo, había dejado su sentir y su malestar por el desequilibrio existente y mal gobierno en la isla desde los últimos dos siglos. Su último grito fuerte, el de Yara, con la Guerra de los Diez Años o Guerra Grande y la Paz del Zanjón. Martí toma el hecho por donde aquella paz sin paz se quedó. Martí es la fuerza que agrupa, la voz que encauza, la luz que ilumina, la razón que determina, el genio que actúa y el espíritu que enriquece y ejemplariza.

Veamos las fuerzas que incidían en este hombre sencillo, enfermo a consecuencia de sus prisiones; joven pues todo lo deja dicho y hecho antes de cumplir los 43 años; delgado, de frente ancha, de triste y dulce mirada, exquisito en el trato y trabajador hasta el sacrificio por la causa que defendía. Veamos los talentos que le viven para sumarlos, después, a las fuerzas naturales de su compleja y armónica individualidad: poeta serio. Es uno de los adelantados del movimiento literario Modernista en América; prosista acercador de realidades e imaginador de nobles ideales; orador donde la razón y pasión se armonizan y conjugan; es por otro lado, romántico en su inclinación y actuación: pensador de incalculables alcances, capaz de construir con nobleza y bien, la armonía de una patria. No le dieron tiempo para terminarla: tantas y tan negras fueron las fuerzas que desde dentro y desde fuera lo asediaron.

Si la vocación de Patria se la despiertan en Cuba —maestros de conciencia a su lado— su formación intelectual y profesional es de España. De España eran también sus raíces totales en luz y sangre: del levante y las Islas Afortunadas. Su corazón era, enteramente cubano, mundo insular que lo vio nacer. Su ámbito es de palmar, de trópico y de caribe; su inclinación está en la cadencia armónica, con el bien libre y definido de calor y tiempo. Tan honda su identificación con su tierra de nacimiento que no se puede leer su Diario desde Cabo Haitiano a Dos Ríos, donde muere como alzado buscador de la independencia de su pueblo, sin sentir respeto por el patriota y admiración por su cubanía. Lo dejo para que los lexicógrafos se enriquezcan a la luz de voces entrañables que tan bien y tan hondamente dan vida a la geografía y naturaleza de la Isla. Pura poesía de encanto ese recuento de nombres y esencias. Y conste que escribía y anotaba andando entre peñascales y florestas perseguido él y la fuerza insurgente en que iba. Y todo esto con la preocupación constante de una guerra y la urgencia por dejar estructurado lo que podría ser el gobierno de una nación libre.

Hay grandeza en los pasos de José Martí como la hay en la ética que lo determina y en el talento creador que lo mueve, puesto ese talento en la concepción de patria libre. Es en España donde el deportado político estudia y se gradúa; después, México, Guatemala, Venezuela, Nueva York. Nueva York como centro de actuación de la revolución que concebía. Unir los hilos de talentos y de patriotas; oponerse a fuerzas superiores a toda mente y a todo tiempo. Y todo esto en el corazón de una nación que buscaba no la independencia de lo que en América quedaba de España sino la posibilidad de su anexión. Y escribe para ayudarse a vivir y trabaja para poder seguir siendo ejemplo donde puedan mirarse sus conciudadanos. Es tal su dimensión como hombre y como patriota que queda como modelo de talento armónico y de corazón tierno.

Artículos de arte, creación literaria o del acontecer diario enriquecen el panorama intelectual de su tiempo cuyos herederos inmediatos han sido —y son— los casi cuarenta millones de hispanohablantes en Estados Unidos. Fue en Nueva York donde Rubén Darío lo conoció y dejó grabado el perfil intelectual y físico del literato y del patriota. De Nueva York, también, su amistad con el novelista colombiano, José María Vargas Villa. Desde esa ciudad mentada es posible ver y apreciar el tesón de su fuerza integradora para orquestar una revolución que diera patria: allí Estrada Palma, exiliado como él, en Central Valley, que sería el primer Presidente de la República de Cuba; los pasos y saltos de donde le podrían venir los fondos para estructurar la invasión de la Isla que proyectaba: tabaqueros cubanos de Cayo Hueso y Tampa y siempre, siempre, el agobio económico y el pensamiento en su Isla.

La grandeza —y el tesón— del hombre Martí habrá que medirla a la hora de las desgracias. El fracaso de la Fernandina, donde iban todas las esperanzas modeladas con sacrificios de los patriotas, no lo abrumba en el desconsuelo. Saca fuerzas de su mundo interior para empezar de nuevo. Ese empezar de nuevo es la chispa definitiva para hacer de la utopía esperanza

conseguida. No la pudo vivir ni gozar porque los tiros le vinieron de frente. Y eso que el jefe de la fuerza militar expedicionaria, el general dominicano Máximo Gómez, le aconsejó que no saliera del Campamento de Vuelta Grande, enfermo como estaba de un infarto inguinal. Hizo lo que Cervantes en la galera Marquesa, en la batalla de Lepanto: no hacer caso alguno del consejo y salir. Salida ésta premeditada. Acto romántico elevado a nobleza. Críticas innobles al hombre enterizo. Quería ser ejemplo –y lo fue– en heroísmo y dejar concluída así, una patria.

Intento dejar, como español que soy, el perfil de la honradez, el talento y altura de miras de un hombre de nuestra estirpe por donde las patrias se hacen y se iluminan.

Odón Betanzos Palacios

Presidente de la Academia Norteamericana
de la Lengua Española.

**ANTOLOGÍA
DE
ENSAYOS MARTÍSTAS**

ALFONSO HERRERA FRANYUTTI DESCUBRE UNA POESÍA DESCONOCIDA DE JOSÉ MARTÍ

Para conmemorar el Centenario de la llegada de José Martí a México el 8 de febrero de 1875, y como parte de los homenajes que tienen lugar durante todo el año, me di a la tarea de compilar y ordenar cronológicamente toda la producción poética que Martí escribiera y dejara en México, para publicarla en un pequeño volumen que reúna esta etapa poética y vivencial de su obra: antología que deberá llevar por nombre **Sin amores**, como propusiera Ernesto Mejía Sánchez, por ser esta la temática predominante en la poesía del Martí de aquellos años.

Puesto a la obra, encontré algunas fallas en la compilación de las poesías de esta etapa de su vida: además de faltar algunas, otras son clasificadas como aparecidas posteriormente, como acontece con los versos dedicados a Carmen, que aparecen como escritos en 1877 y publicados en **El Cubano** en 1878, cuando en realidad fueron escritos en 1876, en momentos de enfermedad de Martí, y publicados dos días después, el 23 de mayo de 1876, junto con otros versos dedicados a Enrique Guasp de Peris, en **El eco de Ambos Mundos**, como ya lo había señalado atinadamente Rafael Heliodoro Valle.

Pero al terminar el ordenamiento de este material, un poema que me era conocido susurraba sus amargas y tristes estrofas en mi cerebro, sin que apareciera. El profesor Mejía Sánchez también lo conocía, pero por más que buscamos no aparecía. Era un poema que había leído hace varios años, cuando escribía mi libro **Martí en México**, y cuyas tristes y potentes imágenes permanecían vagas pero imborrables en mi memoria. Ahora veía que no se encontraba en ninguna antología, ni en las **Obras completas**. Fueron inútiles los intentos por localizarlo. Tampoco en la Sala **José Martí**, de la Biblioteca Nacional de La Habana, Cuba, donde su personal desplegó gentilmente toda su actividad, pude localizarlo. Indudablemente, el poema no había sido colectado.

Fue necesario entonces penetrar nuevamente en la veta no extinguida de la obra martiana, y en efecto ¡ahí estaba!, olvidado en

las amarillentas páginas de la **Revista Universal** correspondientes al 10 de octubre de 1875. ¿Su nombre? **De noche en la imprenta**. Su tema nos habla de horas amargas para el poeta. Lo exhumamos, y a cien años de distancia de su publicación lo enviamos cariñosos a reunirse con sus versos hermanos de aquella época, en tanto llega la hora de poder publicarlo en **Sin amores**.

DE NOCHE EN LA IMPRENTA

Hay en la casa del trabajo un ruido
que me parece un fúnebre silencio.
Trabajan; hacen libros: –se diría
que están haciendo para un hombre un féretro.
Es de noche; la luz enrojecida
alumbra la fatiga del obrero;
parecen estas luces vacilantes
las lámparas fugaces de San Telmo,
y es que está muerto el corazón, y entonces
todo parece solitario y muerto.

Es la labor de imprenta misteriosa:
propaganda de espíritus, abiertos
al error que nos prueba, y a la Gloria,
y a todo lo que brinda al alma un cielo,
cuando el deber con honradez se cumple,
cuando el amor se reproduce inmenso.
Es la imprenta la vida, y me parece
este taller un vasto cementerio.
¡Es que el Cadáver se sentó a mi lado,
y la mano me oprime con sus huesos,
y me hiela el amor con que amaría,
y hasta el cerebro mismo con que pienso!
Es que la muerte, de miseria en forma,
comió a mi mesa y se acostó en mi lecho.

Hay hombres en mi torno; pero el alma
fugitiva del mundo, va tan lejos

que en esta lucha por asirla al poste,
de mí se escapa y sin el alma quedo.
Hay luces, y en mí sombras; claridades
en todo, en mi dolor graves misterios.
Despierto estoy, mas dormiré muy pronto,
porque al arrullo del dolor me duermo.
La frente inclino sobre la ancha mesa;
para extinguir la luz, la mano extendiendo,
y la extingo, y la sombra no apercibo,
porque apagada en mí toda luz llevo.

Duermo de pie: la vida es muchas veces
esta luz apagada y este sueño.
Los ojos se me cierran, de la frente
vencidos al afán y rudo peso,
porque en la frente que me agobia tanto
de muchas vidas pesadumbre tengo.
Trabaja el impresor haciendo un libro;
trabajo yo en la vida haciendo un muerto.

Vivir es comerciar; alienta todo
por los útiles cambios y el comercio:
me dan pan, yo doy alma: si ya he dado
cuanto tengo que dar ¿por qué no muero?
Si de vida sin pan imagen formo,
si verla aun puede de mi juicio el resto,
¿por qué negarme, oh rey de la tiniebla,
lo que para soñar tengo derecho?
Es de noche: la luz enrojecida
huye y vacila como fatuo fuego:
cirios de muerte me imagino en torno;
escucho el misterioso cuchicheo
que en la alcoba feliz del moribundo
es el primer sudario del enfermo,
y todo vaga en mi redor, en danza
confusa, extraña, y sordo movimiento.
Paréceme esas manos que se mueven,
manos que clavan enlutado féretro;

esos, los que trabajan, comitiva
ceremoniosa y funeraria veo,
y es que en el colmo de la vida asisto,
vivo cadáver, a mi propio entierro.

Mi corazón deposité en la tumba:
llevo una herida que me cruza el pecho:
sangre me brota; quien a mí se acerque
en los bordes leerá como yo leo:
"Mordido aquí de la miseria un día
quedó este vivo desgarrado y muerto,
porque el diente fatal de la miseria
lleva en la punta matador veneno".

Cuando encuentres un vil, para y pregunta
si la miseria le mordió en el pecho,
y si el caso es verdad, sigue y perdona:
culpa no tiene —¡le alcanzó el veneno!

José Martí
Septiembre 29.

ACTUALIDAD DE JOSÉ MARTÍ

por Alfonso Herrera Franyutti

Al conmemorar en esta ocasión el ciento veintidós aniversario del nacimiento de José Martí, y el primer centenario de su arribo a estas tierras de Anáhuac, a las que supo amar y honrar con cariño de hijo, no he podido encontrar un tema mejor para esta ocasión que coincide con horas de **crisis para la humanidad**, que, al hablar de la figura de José Martí, desprenderla de su ropaje romántico y poético con que lo hemos visto en otras ocasiones, y presentar como lo es, a un Martí vivo, actuante, exponiendo la actualidad y vigencia del pensamiento martiano, en el momento que adquiere por su palabra y obra dimensiones continentales. Porque hay hombres que a pesar de su desaparición física, están más vivos y activos que muchos que llevan este nombre, sólo por gozar de esta particularidad biológica, pero que encierran en sí un cadáver físico y moral, totalmente incapacitados para vivir, para crear, para amar, para luchar por una causa, para sacrificarse por algo o por alguien.

Así, la figura de José Martí, no es de las que se pierden en el tiempo, ni su obra de las que permanecen estáticas como recuerdo de una frase, de una época, de un acto, o de una batalla más o menos heroica; sino que perdura íntegra y vibrante, pues su palabra humana, de luchador bravío, tiene mucho que hacer todavía. Porque leyéndolo, y escuchando su voz encarnada, nos preguntamos: ¿Es que la humanidad no ha progresado política ni éticamente durante esta centuria? ¡O Martí, fue un profeta, un visionario!, como apuntara alguna vez Manuel Pedro González (**El contenido profético del epistolario martiano. En torno a José Martí**. Bulletin Hispanique de la Universidad de Bourdeaux III. Tomo LXXV bis 1973. Págs. 13 a 41), o un previsor, como corrigen atinadamente Díaz Rozzoto y Portuondo. Porque sus ideas expresadas hace ya tanto tiempo, como las de un visionario parecen escritas para esta época, para estos días, para el momento que vivimos, pues como expresó atinadamente Isidro Méndez:

Todo lo que él escribió, no importa a quien, es para nosotros.

Y es que Martí, más que un visionario, era un profundo conocedor de la naturaleza humana y de la historia, por lo que había manifestado:

Para estudiar las posibilidades de la vida futura de los hombres, es necesario dominar el conocimiento de las realidades de su vida pasada. (**Obras completas**, Editora Nacional de Cuba. Habana, 28 tomos, 1963-1973).

Y en otra ocasión, en cita aun más enfática afirma:

Lo pasado es la raíz de lo presente. Ha de saberse lo que fue, porque lo que fue está en lo que es.

Y sobre la base de estos conocimientos, qué actualidad adquieren hoy sus palabras y su pensamiento político y antimperialista. ¿Cómo es posible que las pasiones que lo inspiraron hace cien, hace ochenta años, manifiesten inmutables los problemas de hoy, y sean sus palabras, las palabras justas que la América Latina necesita hoy, y las mismas que nacen espontáneas en diferentes voces y en diferentes idiomas de los pueblos del tercer mundo? Porque América, su América, ha crecido, y su problemática se identifica unida ya con otros pueblos del mundo, de los que él también es ciudadano, pues no en balde expresó sin distinguir alguno de sus **Versos sencillos**: "Con los pobres de la tierra/ quiero yo mi suerte echar", y la obra de un hombre es tanto más grande, cuando su contenido y su palabra se extienden como un manto sobre el tiempo, y su significado alcanza a un mayor número de hombres, de pueblos y de generaciones. Tal es el caso de José Martí, que rompiendo los límites de su amada Isla de Cuba expresó:

De América soy hijo: a ella me debo. Y de la América, a cuya revelación, sacudimiento y fundación urgente me consagro. [Mientras miraba con el alma dolida]: al Norte revuelto y brutal que los desprecia.

Así, el pensamiento y la acción martiana toman vigencia plena, desde el día en que la soledad de su alma escribió a su fraterno amigo Manuel Mercado, aquella carta inconclusa, considerada hoy como su testamento político, para hacerle –escribe Benito Novás– (**Tributo a Martí. Anuario Martiano** No. 4. Habana, Cuba, 1972, pág. 159), la más importante confidencia de su vida:

Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con qué realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas.

Pero el silencio se rompió. Y me parece verlo agigantado, sobre la jaca blanca que lo llevó a Dos Ríos, con las riendas sueltas, su pistola en la diestra cabalgar por los caminos de América, de república en república, de pueblo en pueblo, de hombre en hombre, infundiendo ánimo, sembrando en las conciencias dormidas, alertando y arengando al hombre nuevo de América, que ha nacido ya, pero que aún no se multiplica, y al cual ya alcanzamos a vislumbrar. De este hombre escribió Martí:

¡Con el fuego del corazón (hay que) deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando, por las venas, la sangre natural del país! En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos.

Y esas voces se escuchan ya en Panamá, en Perú, en México y Venezuela, y se hacen murmullo creciente en el resto de Hispanoamérica; aunque recientemente han sido acalladas bárbaramente en Chile, donde América vive hoy con un puñal clavado, donde un pueblo sangra masacrado por la dictadura fascista más abyecta de los últimos tiempos, donde una junta militar se ha ensañado con la traición y el crimen cometidos contra la persona del Presidente Salvador Allende, uno de los hombres más limpios de la América actual, y de un pueblo asesinado bárbaramente.

No obstante, Martí, como si presintiera los altibajos de la política dejó escrito:

De todos los peligros se va salvando América. Sobre algunas repúblicas está durmiendo el pulpo. Otras, por la ley del equilibrio, se echan a pie a la mar, a recobrar, con prisa loca y sublime, los siglos perdidos.

Y Cuba ya lo ha recuperado, tal como el Maestro que presentía la Cuba heroica de hoy, escribió a su amigo Fermín Valdés Domínguez:

Sudo muerte; pero vamos llegando. Y tengo una fe absoluta en mi pueblo, y mejor mientras más pobre: a ver si me falla.

Cuba no falló, pues como expresó Fidel Castro en su juicio después del Moncada, "Martí fue el inspirador de la Revolución Cubana" (**La historia me absolverá**. Ediciones Populares, Habana, Cuba, 1961, pag. 128). De esa revolución que ha modificado el contexto de la América actual, cuya importancia valoró perfectamente el Apóstol al escribir en el periódico **Patria**, del 18 de junio de 1892:

En Cuba no peleamos por la libertad humana solamente (...) peleamos en Cuba para asegurar, con la nuestra, la independencia hispanoamericana.

Y cómo olvidar aquel otro artículo titulado **Otro Cuerpo de Consejo** en relación con los emigrados cubanos residentes en Veracruz, en el cual manifestaba estas verdades comprobadas hoy:

Cuba no anda de pedigüña por el mundo: anda de hermana y obra con la autoridad de tal. Al salvarse, salva. Nuestra América no le fallará, porque ella no falla a América.

Y Cuba, primer territorio libre en América, no ha fallado. Luego, abundando en sus ideas sobre la importancia geo-política que representan las Antillas expuso:

En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero portón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder—mero fortín de la Roma americana... para concluir proféticamente: con augusto temor se ha de entrar en esa grande responsabilidad humana. Se llegará muy alto, por la nobleza del fin; o se caerá muy bajo, por no haber sabido comprenderlo. Es un mundo lo que estamos equilibrando. (...) Un error en Cuba, es un error en América, es un error en la humanidad moderna. Quien se levanta hoy con Cuba se levanta para todos los tiempos.

El tiempo le dio la razón; la lucha de intereses perdura en las Antillas, Cuba es libre. Puerto Rico permanece atado al Águila Imperial como Estado Libre Asociado, ¡vaya un nuevo concepto imperialista de la libertad! En la República, donde los traidores no funcionaron, también como en Chile, no hace mucho, la revolución nacionalista fue destruida en su cuna por un desembarco de marines, y permanece estática y neutralizada.

Pero el tiempo transcurre como aliado de la Historia, y hoy con el ejemplo de Cuba, nuevas y pujantes voces se elevan de los pueblos de América en defensa de su soberanía y sus derechos. Venezuela reclama y nacionaliza su hierro y su petróleo. Perú el derecho de manifestarse libremente, México el derecho a comerciar con todos los pueblos del mundo rompiendo las cadenas de una dependencia humillante, y eleva su voz tratando de unificar a Hispanoamérica. Panamá, pelea por su dignidad robada en la Zona del Canal, donde una cuña imperialista divide en dos a la América. En tanto, resuenan en nuestros oídos las palabras de Martí legadas en su artículo **La protesta de Thomasville**, publicadas en **Patria**, del 27 de enero de 1894:

Ni pueblos, ni hombres respetan a quien no se hace respetar. Cuando se vive en un pueblo que por tradición nos desdeña y codicia, que en sus periódicos y libros nos befa y achica, que, en la más justa de sus historias y en el más puro de sus hombres, nos tiene como a gente jojota y femenil, que de un bufido se va a venir a tierra.

Y al leer estas líneas escritas por Martí, no podemos menos que recordar el heroico ejemplo de Playa Girón, en que esta manera de pensar, actuar todavía, los llevó a sufrir su primera derrota militar en la América. Más adelante, en el mismo artículo continúa Martí:

Cuando se vive, y se ha de seguir viviendo, frente a frente a un país que, por sus lecturas tradicionales y erróneas, por el robo fácil de una buena parte de México, por su preocupación contra las razas mestizas, y por el carácter cesáreo y rapaz que en las conquistas y el lujo ha ido criando, es de deber continuo y de necesidad urgente erguirse cada vez que haya justicia u ocasión, a fin de irle mudando el pensamiento, y mover a respeto y cariño a los que no podremos contener ni desviar, si, aprovechando a

tiempo lo poco que les queda en el alma de república. (...) Ellos, que nos creen inermes, deben vernos a toda hora prontos y viriles. (...) En su lengua hay que hablarles, puesto que ellos no entienden nuestra lengua.

Con razón en su artículo **Nuestra América**, publicado en **El Partido Liberal** de México, el 30 de enero de 1891 expresaba:

Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo en la cabeza, sino con las armas de almohada. (...) Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos. (...) Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.

Y en otra ocasión, en presencia de los Delegados a la Conferencia Americana celebrada en 1889, en una velada artística en que recorrió las gestas de Bolívar, Hidalgo y todos los forjadores de nuestra nacionalidad manifestó Martí en su épico discurso:

¡A caballo, la América entera! (...) ¿Adónde va la América, y quien la junta y guía? Sola, y como un solo pueblo, se levanta. Sola pelea. Vencerá sola.

Y en quién funda estos esfuerzos, sino en los pobres y los desposeídos del continente, los indios de México y Venezuela, los rotos de Chile, los cholos de Perú, los negros y los gauchos.

Martí fue un profundo estudioso de los aspectos económicos que regían las relaciones de los Estados Unidos y la América Latina en esa época. Relaciones de comercio que en el momento actual siguen siendo la manzana de la discordia o la base de entendimiento de todos los pueblos, a tal grado que ha llevado a la necesidad de promulgar, a propuestas de México, una Carta de Deberes y Derechos de las Naciones; la cual, como era de esperar, los Estados Unidos no firmaron, respondiendo al mundo con una insolente Ley de Comercio que tiende a humillar y sojuzgar a los países débiles.

Pero respecto a estos problemas ya manifestaba Martí con notoria perspicacia de un claro valor actual:

Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el

comercio, para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse, vende a más de uno. (...) El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios. Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes. Si ha de preferir alguno, prefiera al que lo necesite menos, al que lo desdeñe menos.

¿Y no son acaso estos consejos, este camino que Martí ya señalaba en 1891, la política actual que está siguiendo México, y que se empieza a vislumbrar como una urgente necesidad por los pueblos sudamericanos? Pues tal como señalaba Martí:

Los pueblos de América son más libres, y prósperos a medida que más se apartan de los Estados Unidos.

Y los conceptos martianos toman una vigencia cada día más amplia, cuando vemos a los Estados Unidos, después de arrasarse Vietnam, no obstante lo cual sufrieron su más grande derrota moral y militar después de Girón, amenazar hoy a los países árabes con todo su imponente poderío, con la cínica declaración de no permitirles tomar ninguna acción que lesione a sus intereses, como si los árabes no tuviesen igualmente nobles intereses e iguales derechos. Y hoy que el país del Norte amenaza a los pueblos Latino-americanos con una Ley de comercio que tiende a forzarlos a la sumisión, cobran actualidad los conceptos que Martí escribiera en relación con la Conferencia Monetaria de 1891:

Los Estados Unidos

Crean en la necesidad, en el derecho bárbaro, como único derecho "esto será nuestro, porque lo necesitamos". Crean en la superioridad incontrastable de "la raza anglosajona contra la raza latina". Crean en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y veján hoy, y de la india que exterminan.

Crean que los pueblos de Hispanoamérica están formados, principalmente, de indios y de negros.

Y si dirigimos hoy nuestra mirada hacia la agonizante OEA, al predominio que los Estados Unidos ejercen dentro de ese Departamento de Colonias Americanas, podremos ver con toda nitidez, el valor actual de la carta que Martí dirigiera a Gonzalo de Quesada y

Aróstegui, el 29 de octubre de 1889 en que como dice Roig de Leuchesenring, "enjuicia a ese panamericanismo de factura oficial yanqui",

de donde nada práctico puede salir –escribe Martí– a no ser lo que convenga a los intereses norteamericanos, que no son, por de contado, los nuestros. (...) Nunca hubiera pensado yo en sentar el precedente de poner a debate nuestra fortuna, en un cuerpo donde, por su influjo de pueblo mayor, y por el aire del país, han de tener los Estados Unidos parte principal.

Una vez más las palabras de Martí se cumplieron, Cuba es buen testigo de ellos, y ante la dignidad de un pueblo, Cuba, y la vergüenza de otras naciones, ante el fracaso de esta organización, la América Latina busca hoy la creación de un organismo propio, sin la presencia del "Coloso del Norte".

Luego, sobre esa lucha que los Estados Unidos libran contra todo el mundo, queriendo arrastrar como aliados a los pueblos débiles que desprecian, Martí escribió estos pensamientos de profundo significado actual:

¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud en la batalla que los Estados Unidos se preparan a librar con el resto del mundo?
¿Por qué han de pelear sobre las repúblicas de América sus batallas con Europa, y ensayar en pueblos libres su sistema de colonización?

Y de los Estados Unidos, Martí que vivió en "las entrañas del monstruo" nunca escribió una página de amor como las que nos deja hacia nuestros pueblos de América Latina, pero sí nos deja rudas páginas de rigurosa actualidad, al notar la progresiva deshumanización de sus gentes dado el modo de vida americana, el cual va dando las características del país, y escribe:

Los hombres no se detienen a consolarse y ayudarse. Nadie ayuda a nadie. Nadie espera en nadie.

(...)

Todos marchan, empujándose, maldiciéndose, abriéndose espacio a codazos y a mordidas, arrollándolo todo, todo, por llegar primero.

(...)

Sin riendas, sin descanso, sin auxilio, (...) se endurece el hombre en el miedo de los demás y en la contemplación de sí.

(...)

Aquí se muere el alma por falta de empleo.

(...)

Acá se debate como se boxea: ante un circo, y sin guantes.

Martí penetró con sin igual agudeza en la evaluación de los valores éticos de la vida norteamericana, los cuales encuentra, van desapareciendo, y el único que permanece, pero egoísta hacia ellos, es la libertad, por lo que apunta:

De este pueblo del Norte hay mucho que temer, y mucho que parece virtud y no lo es, y mucha forma de grandeza que está hueca por dentro, como las esculturas de azúcar; pero es muy de admirar, como que cada hombre se debe aquí a sí mismo el magnífico concepto de la libertad y decoro del hombre en que todos se mantienen y juntan.

Y así como Martí vio el problema indígena en las soleadas mañanas de la gran Tenochtitlán, y más tarde en Guatemala, sobre el que había dado la voz de alerta, también encontró en los Estados Unidos la extinción casi total de la raza indígena y la tragedia de otra, en la profunda tristeza que se ve en los ojos del negro, tristeza que se transmite también a su voz humilde y suplicante, por lo que sin tardanza toma su pluma para denunciar la injusticia:

¡Se les debe, por supuesto que se les debe, reparación por la ofensa; y en vez de levantarlos de la miseria a que se les echó, para quitarles su apariencia antipática y mísera, válese de esta apariencia que criminalmente les dieron para rehusarles el trato con el hombre!

Y ve como tabla de salvación la educación del negro, aunque reconoce que:

con la cultura del negro no se acabará el conflicto, pero tendrá menos causas y pretextos que ahora, y menos horrores. Porque el mundo se echará sobre los que quieran desposeer a sus iguales.

Estas últimas palabras se hacen realidad hoy en la actitud del mundo hacia África del Sur, y en los Estados Unidos, han pasado cien años

y el problema racial persiste casi intacto. Sólo que hoy la venganza del negro corre por las calles de las ciudades americanas. Antes, los negros sólo tenían lágrimas para suplicar y pedir un poco de bondad a sus opresores. Ahora siguen con las lágrimas en los ojos, pero tienen las armas en la mano.

Ante la brutal realidad del modo de vida norteamericano, Martí, quien sólo sabe amar y loar con respetuoso amor de hijo la tierra en que vive, no logra ver nacer en él este sentimiento hacia la nación del norte, quien lejos de ello cada día le desilusiona más. Esta desilusión del hombre norteamericano que va perdiendo poco a poco su esencia humana, manejado sólo por sus impulsos y las bajas pasiones, manejado por gente no siempre honrada ni preparada, que goza con los crueles espectáculos de los linchamientos, ajusticiamientos, exterminio de la raza indígena y sojuzgamiento del negro, hasta convertirlo en un muñeco que goza con el espectáculo de ver ahorcar a los anarquistas de Chicago y el italiano Bagnetto, le hace expresar:

Este vivir de toda la nación como un teatro de títeres, suspensos de los hijos que lleva en los dedos nerviosos un rapaz barbudo, que hace veinte años vendía ratoneras.

Tal es la visión de Martí sobre el coloso del Norte.

Con razón, mientras en una ocasión Martí, en día tormentoso cruzaba el Atlántico hacia Progreso, tuvo y escribió esta visión de claro contenido profético:

¡Oh! La nación norteamericana morirá pronto, morirá como las avaricias, como las exhuberancias, como las riquezas inmorales. Morirá espantosamente como ha vivido ciegamente. Sólo la moralidad de los individuos conserva el esplendor de las naciones.
(...)

Los pueblos inmorales tienen todavía una salvación: el arte. (...)

¡Ay, que esta luz de siglos le ha sido negada al pueblo de la América del Norte! El tamaño es la única grandeza de esa tierra. ¡Qué mucho, si nunca mayor nube de ambiciones cayó sobre mayor extensión de tierra virgen! Se acabarán las fuentes, se secarán los ríos, se cerrarán los mercados ¿qué quedará después al mundo de esa colosal grandeza pasajera?

¿Quiérese mayor visión del futuro, quiérese mayor y horrible presagio sobre la posibilidad de una hecatombe atómica? Y lo acabamos de leer no hace muchos días en los periódicos; los norteamericanos fríamente, antihumanamente, hacen las cuentas probables de sus muertos, en caso de un ataque atómico. ¡Como si la vida humana pudiera encerrarse en la frialdad de los números! He aquí la moralidad de este pueblo.

Sobre las naciones latinoamericanas campean hoy los modos y las modas yanquis, el inglés tiende a ir sustituyendo o pervirtiendo al español, su música enfermiza de epilépticos estruendos tiende a sustituir a la palabra y la letra expresiva de nuestras canciones; su ropa, tiende a desvestir o afear la corrección de nuestras modas; costumbres extravagantes e inútiles se imponen día a día a nuestra juventud. Y al verse esta degeneración de nuestras costumbres, ¡cómo adquiere valor actual la carta de Martí a Mercado sobre sus propósitos, al escribir **La edad de oro**; en ella manifestaba:

Para que ayude a lo que quisiera yo ayudar, que es a llenar nuestras tierras de hombres originales, criados para ser felices en la tierra en que viven, y vivir conforme a ella, sin divorciarse de ella, ni vivir infecundamente en ella, como ciudadanos retóricos, o extranjeros desdeñosos nacidos por castigo en esta otra parte del mundo. El abono se puede traer de otras partes; pero el cultivo se ha de hacer conforme al suelo. A nuestros niños los hemos de criar para hombres de su tiempo, y hombres de América. Si no hubiera tenido a mis ojos esta dignidad, yo no habría entrado en esta empresa.

"Como sale un suspiro de los labios de los desdichados, así se me sale México a cada instante del pensamiento y de la pluma", escribió Martí a Manuel Mercado. Y poseído de este profundo amor a nuestra patria, mucho fue lo que escribió sobre nosotros, cuyo contenido, si le quitáramos las fechas resultarían artículos de palpitante actualidad, Baste mencionar aquí sus artículos **El tratado comercial entre los Estados Unidos y México, México en 1882, México, los Estados Unidos y el Sistema Prohibitivo**, publicados en **La América**, de Nueva York, en 1883, donde Martí estudia y analiza la desigualdad del comercio entre ambos países, mediante el cual los Estados Unidos se llevan la mejor parte al adquirir materias primas en grandes

cantidades y de uso inmediato para ellos a cambio de vendernos maquinarias y otros artículos de acero de aplicación y beneficio para México, ¿si es que se obtiene? a muy largo plazo y a base de desequilibrar la balanza comercial entre ambos países. ¿Y no son estos problemas que ya señalaba Martí, los mismos problemas por los que se lucha actualmente?

Y en **La Nación**, de Buenos Aires, el 21 de agosto de 1885 encontramos estos conceptos sobre nuestra política:

Obra fina, y por todo punto magistral, están haciendo los mexicanos en sus relaciones con los Estados Unidos. Sobre hierros encendidos están andando; de todas partes oyen voces que debieran acalorarlos y cegarlos: no tropiezan. Acaso se salven.

Mas recordemos con qué triste angustia, con qué amor filial escribió ese canto a México, esos pensamientos de advertencia antimperialista que quedaron en sus cuadernos de apuntes, en que presintió, a la vez que alertaba a nuestra patria, a este México de hoy que en las horas supremas de amargura y soledad para el pueblo cubano, supo estar a su lado y tendió su mano fraterna cuando el resto del continente le daba la espalda. Así, al despedirse de nuestra patria en su viaje de 1877, bordeando las cumbres de Maltrata y con la inmensidad de la patria a sus pies dejó escritas estas hermosas líneas:

¡Oh México querido! ¡Oh México adorado, veo los peligros que te cercan! ¡Oye el clamor de un hijo tuyo, que no nació de ti! Por el Norte un vecino avieso se cuaja: por el sur. (...) Tú te ordenarás: tú entenderás; tú te guiarás; yo habré muerto, oh México, por defenderte y amarte, pero si tus manos flaqueasen, y no fueras digno de tu deber continental, yo lloraría, debajo de la tierra, con lágrimas que serían luego vetas de hierro para lanzas, como un hijo clavado a su ataúd, que ve un gusano le come a la madre las entrañas. (...) México crece. Ha de crecer para la defensa, cuando sus vecinos crecen para la codicia. Ha de ser digno del mundo, cuando a sus puertas se vea librar la batalla del mundo.

Y en su carta póstuma a Manuel Mercado le expresaba:

Y México, ¿no hallará modo sagaz, efectivo e inmediato, de auxiliar, a tiempo, a quien lo defiende? Sí lo hallará —o yo se lo hallaré—. Esto es muerte o vida, y no cabe error.

Y México, hoy lo podemos decir con orgullo, no ha fallado. México acude a su cita con la Historia al lado del noble pueblo cubano, y la Cuba revolucionaria, luchando por la unidad de Latinoamérica, en este momento que Martí presintió. México celebra este centenario de la llegada de Martí a nuestra patria, **tendiendo como nunca su mano a la Cuba heroica de hoy**, en estos momentos decisivos para la humanidad y el porvenir del continente.

EL MEXICANISMO DE JOSÉ MARTÍ

por José de Jesús Núñez y Domínguez

José Martí llegó a México en un momento crucial en la vida de nuestra Patria. Y fue coincidente en este sentido de definición entre quien llegaba y quien lo recibía, porque el joven abogado cubano, con las frescas huellas de sus heridas de revolucionario, encontraba en el ambiente mexicano el clima que necesitaba para convalecer espiritualmente y renovar sus bríos de luchador.

Como lo expresé en otra ocasión, el ambiente periodístico y social de México al llegar Martí a su metrópoli, no podía ser más propicio para un espíritu como el del joven emigrado cubano, nutrido por los altos ideales de libertad y de independencia.

Poco más de un lustro había pasado apenas del resonante triunfo del Partido Liberal Mexicano sobre la Intervención Francesa y el régimen imperial de Maximiliano, y todavía los ánimos vibraban con la repercusión de la épica lucha que acababa de terminar. "El Pueblo de México, para usar de una frase del mismo Martí, estaba amasándose con la sangre de sus heridas". Los republicanos, ufanos de su victoria, llenos de ímpetus radicales, difundían las nuevas normas del pensamiento recién vencido y aniquilado. Los literatos eran los voceros más entusiastas de la renovación social, y en artículos periodísticos, en discursos, en poemas, en piezas teatrales, propagaban el evangelio iconoclasta como un himno en loor de la República rediviva.

Todavía en esos momentos, existían especímenes de los literatos tradicionalistas, precisamente los que habían militado en el Partido Conservador y que eran herederos directos de los imitadores del clasicismo español que privaba a raíz de la consumación de la Independencia. Lo mismo entonces que en 1874 y 75, se les podía aplicar la observación de un autor:

Con un intransigente sentimiento católico y una repugnancia agresiva por la libertad del pensamiento y de la forma, los poetas que representaban esta porción social, se empeñaron en cultivar las reproducciones hispánicas del Siglo de Oro, la suavidad y blandura seudo-clásicas, la corrección y pulcritud académicas.

Y esa atmósfera, impregnada aún de romanticismo, atmósfera de ardientes exaltaciones ideológicas, de atrevidos proyectos y de jacobismo al rojo blanco, de materialismo en que se seguía el credo de don Ignacio Ramírez que incitaba a la emancipación de la sociedad por medio de la destrucción del principio religioso, fue la que encontró Martí a su llegada a México.

En ella respiró a sus anchas porque respondía a su impetuosidad juvenil, ávida de ilimitado espacio en que explayarse; porque vivificaba sus entusiasmos de desterrado y porque su alma podía abrir las alas en su ámbito sin trabas ni cortapisas y desentumecerlas del frío de la nostalgia a los rayos del sol de la libertad.

Ramírez, "el Mefistófeles de la Reforma", el irreligioso impenitente Altamirano, "bronce con arrullos", Prieto "el romancero de la guerra", que culminó con el sitio de Querétaro, estremecían la tribuna parlamentaria con sus arengas demoledoras, después del Calvario de la contienda civil y de la Intervención, en que dieron su sangre; Barreda, el filósofo, demolía los caducos baluartes de la enseñanza pública con la piqueta del positivismo; los poetas, encabezados por don Justo Sierra, despedazaban los moldes apollillados:

Arrastrado por Víctor Hugo, aportaba a la poesía mexicana las visiones apocalípticas de sus tremendas metáforas, de los bruscos símiles, de sus odas grandilocuentes, de su vasta y fogosa expresión que deshacía de un soplo los moldes discretos y proporcionados que estaban en boga. El énfasis volvía a México, pero revivido, engrandecido, ennoblecido, pudiéramos decir, nutrido con la fecunda savia del más grande y maravilloso de los románticos.

El soplo de transformación, el hálito reformador que había sacudido a la sociedad a raíz del fusilamiento de Maximiliano y que había consolidado en los espíritus el triunfo obtenido en los campos de batalla, aún agitaba las conciencias, como después de los ciclones quedan débiles brisas. Porque si bien ya no se sentía con la intensidad de hacía ocho años el afán generalizado de arrasar y de construir con arquitectura flamante el edificio social, ello se debía a que la familia liberal se hallaba dividida por entonces por el partidatismo político.

El Presidente de la República, Lic. Don Sebastián Lerdo de Tejada, que sucediera a don Benito Juárez en el poder preparaba su reelección presidencial; y tal circunstancia había dado origen a que los triunfadores de 1867 se hubieran segregado en dos bandos que se combatían con acritud. Ambos tenían sus órganos periodísticos y aun la literatura sufrió la infición del veneno político.

"Soplaban por aquel entonces vientos de fronda", dice Gutiérrez Nájera en una magistral semblanza del señor Lerdo de Tejada:

D. Sebastián, como su santo patrono, aquel a quien asaetearon los gentiles, estaba acribillado de alfileres, o lo que es lo mismo, de epigramas. Él impasible, resistía el chubasco, como quien desdenea el presente porque ya es dueño del pasado y porque está seguro del porvenir.

Martí se encontró, pues, en medio de la agitación y la conmoción que la lucha electoral había traído; pero él realizó el milagro de ser, entre los dos bandos contendientes, como un lazo de unión o como un heraldo de neutralidad. Supo captarse grandes amistades entre unos y otros. Todos los literatos le acogieron con benevolencia, y fueron muy contados, precisamente los que aún se calentaban al rescoldo de las últimas brasas conservadoras, los que viéronle con desconfianza y le zahirieron en alguna ocasión. Y Martí, en quien los poetas, dramaturgos, novelistas y escritores mexicanos en general, encarnaron desde luego la representación de su patria encadenada, recibió una cordialísima acogida, considerándosele no sólo como un hermano en ideales y de raza, víctima de un poder opresor, sino, además, como a un paladín cuya noble misión merecía respeto, ayuda y simpatía.

En este ambiente, Martí se acercó a México y acercándose a México se puso en contacto definitivo con el Continente americano.

No era Martí un producto étnico representativo de la mayoría racial hispano-americana; era un criollo americano, que, sin embargo, tenía en su entraña el amor a la patria común, con raíces tan ahincadas en su ser como las tuvieron los criollos que murieron en las gestas de la Independencia.

Y al llegar a México, y entrar en comunión con un pueblo que acababa de rebautizar en sangre en defensa de su libertad, su espíritu, que sólo había contemplado en su isla nativa una mínima

porción del pueblo continental, halló la revelación del amplio panorama social de que después se había de convertir en generoso y ferviente campeón.

Criollo americano, no de la clase señorial sino de la trabajadora y modesta identificada con el mestizaje en el dolor del trabajo y de la postergación secular, México fue para Martí el libro de que iba a recibir las lecciones más provechosas de su historia. Su alma estaba asomada al abismo y era recipiente preparado ya para llenarse de la nueva visión del mundo nuevo. Y así se explica la rápida asimilación de su pensamiento y su sentimiento al medio mexicano hasta convertirse a poco de llegado a México en un hombre cuyo mexicanismo integral no cedía en nada al de los propios hijos del país.

Hombre de letras, en la acepción total que se daba a este título en la época, Martí estuvo en posición de adentrarse fácilmente en todas las manifestaciones de la vida mexicana durante su estancia aquí, porque el periodista de entonces se dispersaba y explayaba sus actividades hacia todos los rumbos. Más que dentro de su órbita profesional, era fuera de sus lindes donde actuaba; y de esa manera captaba hasta las menores vibraciones de la colectividad. El periodismo tenía aún la forma desorganizada y romántica que lo alejaba por completo del industrialismo y quienes en él se movían lo practicaban como sacerdocio y como arte, sin perspectivas utilitaristas de ninguna especie.

Y siendo el periodismo un medio de introducción en los más diversos sectores sociales, quien se consagraba a él podía adquirir sin complicaciones un sentido exacto de la realidad circundante. Y si este era joven, si irradiaba simpatía, si exteriorizaba sin proponérselo las galas de su talento, si mostraba el corazón en la mano, cuando todos procuraban ocultarlo, como acontecía en el personal caso de Martí, entonces nada se escondía a la vista y bastaba un examen superficial para entender el espíritu y la fisonomía de México, que por supervivencias de su estructura colonial se entregaba sin reservas a cualquiera que se le aproximaba y que palpaba su esencia.

Situado así, Martí se desdobló psicológicamente y yuxtapuso a su fondo de rebelde de una patria irredenta un mexicanismo de verdad, que le trocó en comentarista de la actualidad en idéntico nivel de los propios mexicanos. Pero si su labor apresurada, hecha al margen de la urgencia del momento fugitivo no parecía consistente

en esos momentos, hoy, en la lejanía del tiempo, aparece rebosante de ideas fundamentales, con una macidez sorprendente, urdida con conceptos que sólo a un genio es dable expresar en plena juventud.

En los artículos febriles del boletinista que se firmaba "Orestes", Martí dejó páginas admirables en las que su clara percepción de los problemas de México, lo llevó a formular interrogaciones que todavía piden respuesta y en que se derramó un perfecto sentimiento de cofraternidad al pueblo que le había acogido tan amistosamente.

Cuestiones tan profundas como males endémicos o sea el de las razas indígenas abandonadas a su suerte por plutocracias envilecidas y por un mestizaje indolente y fatalista; como la amenaza, entonces latente, del imperialismo; como la educación popular, cuando era vital y de trascendencia para México, las vio Martí con ojos de iluminado, pero también con una conciencia segura del que expresa la verdad porque la tiene en las manos.

Poco a poco, enlazados por nexos sentimentales, el poeta, el pensador, el futuro apóstol libertario, acendra su mexicanismo que lo lleva a dar todo a la patria de Juárez. Y todo en él era su inteligencia, su gran alma ardida en los entusiasmos más bellos. Aquí estrena obras teatrales, aquí se deja arrullar por el amor, aquí fija a su vida un hito con el matrimonio, aquí llora a su hermana muerta, aquí la amistad le ofrece sus más puros dones y el mal le hinca sus garfios desgarradores.

Y él, al marchar al sacrificio, a la encarnizada lid de todos los días para preparar la realización del ideal supremo, lega a México lo mejor del período tal vez más sereno de su vida. Su obra mexicana, es mexicana en todas sus facetas y respira mexicanismo por todos sus poros. Si la detalláramos, rezumaría mexicanismo como esas rocas solemnes a través de cuyas grietas se filtran prodigiosos y cantarinos manantiales.

Ya en otras latitudes, Martí continuó en sus persistentes demostraciones mexicanistas. Nada que en el terreno intelectual, social, político o de cualquier otro orden se refiriera a México, dejó de mover los puntos de su pluma. Ella, que fue espuma de ola, garra de águila, clarín de dilatadas resonancias, estuvo pronta a exaltar el nombre de México, a defenderlo esforzadamente, a cantar sus glorias, a lamentar sus infortunios. No era un amigo, era un hijo de México

por la gratitud, por el amor, por el arte.

Por ello ahora, al evocar a Martí en esta fase, tan grata para nosotros, de su grandiosa personalidad, cobran resonancias de eterna verdad, sus magníficas frases escritas al abandonar a México:

No reclamé ciudadanía cuando ella me hubiera servido para lisonjear mejor al poderoso; no hablé de amor a México cuando la gratitud hubiera parecido servil halago y humillante súplica; ahora que de él me alejo; ahora que de él nada espero; ahora que el olvido de las más sagradas leyes suspende una amenaza sobre el que no ha de aprovechar ni hacer valer nunca estas desgracias porque no se queda en México para aguardar día de provecho: ahora, yo reclamo mi parte, me ingiero en estas penas, naturalizo mi espíritu, traigo mi voluntad de hombre lastimada, mi dignidad de soberbia de conciencia. La conciencia es la ciudadanía del universo.

EL CARÁCTER DE MARTÍ

(En el centenario de "El Apóstol")

por **Rosario Rexach**

El tema que vamos a tratar exigiría quizás determinar qué sea el carácter desde el punto de vista psicológico. Pero ello nos llevará por caminos muy ajenos al que nos hemos propuesto. Baste por ahora aceptar que el carácter es aquel estilo personal de la conducta que es propio de cada hombre, en la medida en que este estilo coincide con el de los demás el carácter se significa poco y por lo mismo se diluye en el todo de manera tal que apenas se nota. Cuando la singularidad es mucha, en cambio, las peculiaridades resaltan desde el punto de vista negativo o positivo. En el primer caso hablamos del hombre sin carácter, juguete al viento. El desprecio acompaña a estos hombres fatalmente. En el extremo opuesto están los otros singulares de la conducta. Aquellos en quienes la peculiaridad se acusa con rasgos positivos. De estos, y sólo de estos, hablamos cuando decimos de un hombre que es un carácter. Pero demasiado bien se comprende que si el carácter es la singularidad positiva de la conducta es difícil, por no decir imposible, jerarquizar entre los distintos tipos de hombre que han merecido este calificativo. Sólo diremos que los que han logrado en mayor medida la estimación han sido aquellos que se han polarizado en torno a lo ético, aquellos en quienes la conducta es siempre la consecuencia de unos principios de obligado cumplimiento, aquellos en que, como quería Spinoza, el "ser persevera siempre". Martí es de estos hombres. Quizás sea ésta la primera causa por la cual se trae a estas reflexiones; porque Martí representa para el alma americana el hombre en quien la conducta fue el desarrollo de un esquema ideal al que guardó siempre una fidelidad ilimitada, la fidelidad máxima que es dable al hombre, la que se garantiza con la propia vida. Mas, anticipamos con esto algo que queremos hilvanar más despaciosamente.

Veamos primero, antes de considerar el carácter de Martí, cuál es el estilo medio del carácter de nuestro tiempo y por qué podemos considerar aún, en la fecha de su centenario y a cincuenta y siete años de su muerte, que puede ser inspiración y guía. Para ello hagamos un poco de historia.

Es posible que muchos piensen que el carácter promedio que distingue al hombre de una época no obedece a leyes, que es un mero producto del azar. Mas sólo en la apariencia. En el subsuelo de todo conglomerado social está flotando siempre algo que es lo que orienta y da sentido a la vida de los hombres que lo constituyen. Cada época tiene así valores de estimación general, verdades en que cree, que sirven de pauta para normar la vida. Repárese bien que decimos verdades en que se cree, no simplemente verdades. A esto es a lo que ha hecho referencia Ortega y Gasset cuando al hablar de las ideas y las creencias ha dicho que las creencias son "aquello con que contamos". Pues bien, cada época tiene sus creencias de comunión general para orientar su conducta. Sólo que como auténticas creencias no se plantean nunca, ni siquiera se discuten. Así, el hombre promedio, cuando adopta una conducta respondiendo a esas creencias no es consciente de ello. Si se le preguntara, seguramente diría que se conduce de aquella manera porque "simplemente, le da la gana". Mas, a poco que se analice, se comprende la futilidad de la afirmación. Pues si se condujera en verdad atendido a normas estrictamente singulares pronto se destacaría en forma tal que sería considerado un paria, un desclasado, un líder, quizás un redentor. En muchas ocasiones, un mártir. El hecho de que al hombre promedio su conducta no le origine ninguna de estas consecuencias demuestra a las claras cómo coincide con la de los demás en un punto de común apreciación. Este punto de común apreciación funciona con las características de la creencia. Un filósofo de la moral diría que estas normas no son otra cosa que los valores dominantes de la época. De acuerdo. Sólo queríamos destacar que funcionan, no por elección racional, ni por elección de ningún otro tipo, porque ni siquiera se plantean; sino como creencias, y por tanto, como motivos ajenos a toda discusión. Pues se discuten las ideas. Cuando las creencias pasan a discutirse han dejado de serlo.

Interesa por ello mucho a cada época, indagar en ese subsuelo entrañable de las creencias, para hallar cuál o cuáles han estado tejiendo la trama que ha servido de sostén a la ética promedio del momento. Analicemos pues, cuáles han sido las creencias que han servido de soporte a la conducta en esta primera mitad de siglo.

Al hacerlo comprobaremos como desde fines del siglo pasado empezaron a ser primero ideas de discusión, para más tarde

irse afianzando como creencias normas que, aparentemente, nada significaban, pero que traerían como consecuencia este estado de vaivén en que ahora parecemos movernos.

Para ello es bueno recordar que las épocas, como los hombres, han respondido siempre en lo ético a uno de estos tres esquemas. O han sido épocas de absolutismo moral en que el reinado de los principios ha tenido una fuerza tal de coacción y coerción que un dogmatismo más o menos explícito ha regido la vida; o épocas de anarquía o descrédito de los principios en que la conducta ha pretendido regirse con absoluta libertad y espontaneidad y el hombre, en lo que tiene de más inmediato y frágil ha parecido reinar; épocas de libertad moral tan amplia que el libertinaje ha tenido modos fáciles para arraigar. Entre estas épocas extremas están aquellas en que la conducta sin caer en el dogmatismo rígido que inhibe la espontaneidad y frena la libertad de creación, porque también en la moral se crea; y sin degenerar en libertinaje, han sabido mantener el justo equilibrio entre la rigidez de los principios y la libertad para recrearlos. Han sido las épocas de armonía moral en que la ética no se hace cuestión porque no constituye problema.

Por poco que se haya meditado se comprende que nuestra época no es de éstas. Continuamente se hace referencia a lo mal que están las cosas, y el tema obligado de las conversaciones parece ser la conducta, tanto de los individuos como de la sociedad. Ello indica, bien a las claras, que nuestra época es una época de extremos y no precisamente de aquellas en que la rigidez de los principios impera, sino de aquellas en que parece pregonarse que la esencia del ser moral radica en el hacer lo que se desee, en el "vive como quieras"; aunque no se necesita ser zahorí para vislumbrar cómo en lontananza se dibuja ya, y con perfiles bien claros, la reacción a este estado de cosas y la adopción de una ética rígida de principios de obligado acatamiento y de tan pobres resultados morales como ésta en que ahora estamos. El totalitarismo no significa otra cosa.

Sin embargo, es conveniente disipar la creencia en que la ética de acomodamiento, la ética del "vive como quieras" carece de principios. No es cierto. Nunca ha habido conducta carente de principios. Lo que ocurre es que en las épocas de bajo tono moral los principios se ponen muy a ras de tierra, muy a nivel de las aspiraciones del hombre promedio, muy en lo próximo e inmediato. Y claro

está, cuando hacemos de lo inmediato un principio estamos socavando toda posibilidad de crecimiento en el hombre y reduciendo su capacidad moral, estamos rebajando su nivel humano. Pues lo más inmediato para el hombre es siempre lo más primitivo de su naturaleza, lo menos humano. Las épocas en que tal cosa se ha hecho son las épocas en que ha sido más evidente aquel principio de que hablaba Hobbes de que el hombre es el lobo del hombre. Los tiempos de relativismo moral por eso, que se apoyan en la doctrina que pone como medida de la conducta la aspiración de cada hombre, son tiempos en que el contenido espiritual tiende a reducirse y en que, poco a poco, el hombre parece hundirse en un mar sin orillas, en que todo flota y en que sólo parece reinar el derecho del más fuerte. Es el imperio del "sálvese quien pueda". La fuerza se señorea del mundo en que antes reinara el espíritu. Y lo que en un principio se tuvo por la máxima libertad se convierte, más tarde, en un dogal que aprisiona y degrada porque ha minado las fuerzas para resistir sin las cuales no hay vida humana posible.

Nuestro siglo, sería inútil pretender engañarse, ha vivido bajo el imperio de estas normas. A partir de Nietzsche, en el siglo pasado, y ya vislumbramos desde mucho antes, hizo crisis la moral de los principios que situaban la esencia del hombre en lo más alejado de su naturaleza animal, en el reino de los valores espirituales. Aquellos principios fueron sustituidos por los nuevos. Frente a lo moral; frente a la norma, el deseo; frente a la ley, el capricho; frente a la debilidad, la fuerza. Frente al imperio de la dignidad, el peso inexorable, al menos en la apariencia, de la circunstancia. Es decir, se elevaron a principios rectores de la conducta aquellos hechos y acontecimientos que hasta entonces habían sido cosa fortuita y no necesaria, que hasta entonces habían sido el acontecer del hombre, pero no su ser.

Lo que aparejaría semejante transmutación lo estamos viviendo hoy, a casi un siglo de distancia. El hombre, formado al socaire de estos postulados, es ahora un juguete al viento, hoja perdida, que apenas encuentra reducto en qué guarecerse y en que las circunstancias tienen una fuerza tal que parecen invencibles. De ahí que la divisa vital del hombre promedio de occidente que ha vivido en este siglo haya sido "someterse". No se hable de las guerras habidas, de las heroicidades, que ha habido muchas sin duda; porque

en el último fondo hay una resignación confiada, un acatamiento que asusta cuando no enerva. Y si ello trajera la felicidad a buen seguro que no se hilvanarían estas líneas. Pero lo cierto es lo contrario. Aun en el hombre más encajado en el medio, aun en el que sigue más inconscientemente esta moda ética, un marcado índice de insatisfacción se hace evidente. Algo hay que no halla paz ni sosiego. La prueba al canto. Tres deidades parecen reinar en este mundo de hoy. A ellas se ofrecen todos los sacrificios, se rinden todas las pleitesías, se someten todos los valores. Estas deidades son la política, la riqueza y el placer organizado. El poder, el dinero, el escape de sí mismo a través del placer que se nos ofrece desde fuera; son las supremas aspiraciones del hombre promedio. Sin embargo, no han aquietado ellas nunca a hombre alguno. Tienen como característica, las tres, el no ofrecer jamás entera satisfacción. El que tiene el poder quiere siempre más. El dinero nunca es bastante, aunque la vida sobrase para gastarlo todo. En cuanto al placer que se nos ofrece desde fuera ¿ha tenido alguna vez límite? Más y más, siempre más, parece ser el sino que domina al hombre de hoy. Más, hasta morir, porque en la loca carrera no se sabe cómo parar. Al fin, la vida se va sin que el menor adarme de satisfacción le haya dado sentido. La vida se va sin justificación en sí misma. ¿Extraña en esas circunstancias el miedo feroz que parece haberse adueñado del hombre actual? Nunca antes fueron tan cautelosos los hombres de su salud y de buscar seguridades para su vida. Y nunca se sintieron posiblemente tan enfermos ni tomaron tantas medicinas, ni fueron tan medrosos. Y se explica. Es que se ha hecho un fetiche de lo que es más externo al hombre, de las circunstancias.

Cuando don José Ortega y Gasset postuló en 1914 su famosa fórmula para definir la persona humana diciendo "yo soy yo y mi circunstancia" no se cuidó después de hacer un cumplido análisis de lo que ella entrañaba, haciendo un examen a fondo de los dos términos que la integran y de las relaciones que guardan entre sí. Y poco a poco, tal vez sin él proponérselo, el término "yo" fue desustanciándose en provecho del término circunstancia. Así las cosas, el predominio cayó desde un principio en lo mudable, en lo externo, en lo que acontece, en suma, en lo histórico. Y el hombre, uno, implícito en el yo, en el hombre que está frente a la circunstancia, se fue desdibujando y perdiendo estilo, figura, contorno; en suma,

se quedó sin carácter.

Y es que justamente el carácter ha sido siempre la capacidad para resistir, la fortaleza y el temple frente a la circunstancia. Martí lo define así:

El don propio y medida del mérito es el carácter, o sea el denuedo para obrar conforme a la virtud, que tiene como enemigos los consejos del mundo y los afectos más poderosos en el alma.

Sin embargo, llegar a tener un carácter es tarea difícil que exige larga disciplina y entrenamiento. Es como una obra de arte que el hombre ha de hacer con su propia vida. Obra difícil si las hay, por cuanto ha de hacer frente a la multitud de obstáculos, y precisamente a los más fuertes, a los que vienen de la naturaleza más primaria que suele reclamar sus derechos con inusitada violencia. Pocos hombres llegan a lograrlo. De ahí que la psicología diga que se nace con un temperamento, pero se adquiere un carácter. Este proceso de adquisición dura toda la vida. No llega jamás a poseerse enteramente. Es un desideratum que nos formulamos y que, presente como imagen a nuestra conciencia, nos ayuda en la tarea de construirnos. Así, despaciosamente, se edifica la figura precisa del hombre de quien decimos tener un carácter, en una dura lucha que no tiene término para resistir y vencer los mil obstáculos que se van oponiendo a la realización de nuestro ideal.

Martí se dio cuenta de la tarea creadora que hay en esta obra cuando dijo: "Cómo mármol ha de ser el carácter, blanco y duro". Intuía así que el hombre dotado de tal cualidad era el hombre firme, capaz de resistir, y puro, no desdibujado continuamente por las cambiantes circunstancias. Yo diría que el hombre de carácter es aquel que ejerce señorío sobre su circunstancia, en vez de éstas señorearse de él. Esto sale al paso a la posible objeción de que sólo puede lograr un carácter el hombre que da la espalda a su circunstancia, el que no cuenta con ella. Mas, esto es falso. Pues ello no sería señorío y dominio, sino francamente huida o entrega. Y nada más distante de la actitud de un hombre de carácter que se forma en y por las circunstancias. Es de ellas de donde saca la experiencia y los materiales necesarios para hacer su personalidad.

El hombre de carácter es, en definitiva, el que influye sobre su circunstancia, porque no estando entregado a ella, puede conocerla mejor y dominarla. No es frente a ella un juguete, sino un observador y un ejecutante. De ahí que los hombres de carácter asombren por su sentido para captar las situaciones, por su capacidad para normar la vida. El hombre de carácter es siempre lo opuesto a un desorientado. Sabe qué ha de hacer en cada momento y cómo. De ahí su firmeza.

Pero, repetimos, llegar a tener este modo de ser es difícil. La vida ha de posibilitarlo. Y no precisamente con exceso de facilidades. Bien al contrario. Diría yo que no hay carácter que se forme en el regalo y la condescendencia. Algo falta para darle tensión al espíritu. Tener desde temprano que vencer resistencias, que hacer esfuerzos, es la mejor escuela para el carácter. Y eso fue la vida de José Martí. Toda ella. Una continua tensión, un esfuerzo constante aunque sereno, para vencer las mil pequeñas incidencias que se oponían a la realización de su destino. La comodidad no fue nunca su signo. Tampoco la buena fortuna. Como agonía y deber definió la patria. Y agonía y deber serán los signos rectores de su existir. Esta ausencia de vida regalada, este afanar es tan palmario, que él mismo, tan poco dado a la queja de sí, dirá repetidamente frases como ésta: "para mí la fortuna viene en barco de alas negras". En otro lugar escribiría: "la piedra bruta llega a brillante después de rudos golpes". O esto: "las almas nacidas para la honradez no tienen conveniencia". Y ya más clara aparece la convicción que tuvo Martí de la dificultad que había en hacerse un hombre, cuando dice:

en la tierra no hay más que un goce real –el de labrarse a sí propio, el de cavarse en la roca hueco holgado, el de triunfar de la casualidad indiferente, el de ser criatura de sí mismo.

Este hombre singular, pues, se hizo con esfuerzo sostenido frente a circunstancias que, amadores muy exaltados, dirían adversas. Y que yo, más cauta y quizás más justa, calificaré de propicias. Pues tiemblo de pensar que José Martí, con aquella plenitud de dones que trajera al mundo, hubiera nacido en cuna dorada y en ambiente flojo y regalado. Nada desautoriza a pensar que no se hubiera perdido por su misma riqueza en la atmósfera de la vanidad y el lucimiento. Suerte pues, que las circunstancias le fueron siempre resistentes a su

realización; y al principio, muy débilmente. Pues poco a poco, pudo irse templando su alma para la dura tarea. Y fue haciéndose.

Pero esto obliga, aunque sea someramente, a repasar algo estas circunstancias para hallar en ellas el material admirable de su carácter. Nacido en familia pobre, española, primogénito, y dotado de prodigiosa inteligencia; con un padre brusco e inquieto, nada fácil, presto a saltar de la posición en que estaba cuando no la creía compatible con la dignidad; y con una madre normal, preocupada por el bienestar de sus hijos y justamente alarmada ante la inseguridad que como sombra se cernía de tiempo en tiempo sobre el hogar; pero con ternura y espíritu bastantes para complacerse en el brillo y la simpatía del hijo amado; Martí tuvo una niñez que no es la habitual.

La zozobra material y la inquietud espiritual que de ella deriva; fue frecuente en el hogar; y el niño sensible no pudo escapar a la tensión que en el espíritu tierno producen estas situaciones. Además, su experiencia de niño de casa pobre se amplió por estas causas. Entre los dos y los cuatro años va a España con su familia. Apenas referencia existe de la huella que dejara en Martí este viaje. Recuerdos precisos, sin duda, no los tenía. Pero algo en el fondo último de sí acusará un contacto íntimo y temprano con la España, si combatida en sus modos políticos, siempre amada en sus más puras esencias.

A los nueve años hace un viaje a la región del Hanábana, en las provincias centrales de Cuba, con el padre. Poco después a la Honduras Británica. Antes de llegar a la adolescencia, ha salido por tres ocasiones del círculo familiar; y si en el viaje a España cierta holgura pareció reinar; los otros dos fueron hechos bajo el signo de la necesidad; y él, demasiado tierno, iba a ellos impuesto de responsabilidades. Debía cuidar de su padre y ayudarlo en lo que fuere menester. Aquel niño endeble debía ya aprender que había nacido para dar más que para recibir. Cuando aun estaba para acoger la ternura y el mimo de la madre amante, debía dar ternura al padre alejado del hogar y servirle humildemente con su inteligencia despierta, con su trabajo. Esto, que pudiera parecer adverso, fue la primera escuela de su carácter. Aprendió a confiar en sus fuerzas, a bastarse a sí mismo, a callar sus dolores y angustias que apenas podría referir al hombre hosco que era su padre en la apariencia.

Viene luego la adolescencia. Llega en los momentos en que acaba de estallar la Guerra de los Diez Años. Tiene apenas quince. La brillantez de su talento y su madurez emocional le atraen la simpatía de sus profesores y compañeros. Ha tenido la suerte de encontrar dos buenos mentores: don Rafael Sixto Casado primero –de quien mi padre que fuera su alumno, me dijo siempre que era muy buen maestro– y don Rafael María Mendive, el dulce poeta, enamorado de la belleza en la vida y en el alma. En la casa del nuevo maestro se enfrenta a experiencias aún desconocidas; la de la vida intelectual y la del acento cívico. Diría yo que allí tiene su primer contacto con el mundo del espíritu, con la vida de la cultura. Las tertulias de casa de don Rafael le abren un horizonte al cual se asoma con avidez aquel niño que había vivido siempre cercado por las necesidades materiales que impedían este sano vivir del espíritu que requiere siempre cierto ocio amable y acogedor. Pero también la atmósfera cívica, imposible de respirar en su casa de honda raigambre española, lo envuelve y lo contamina. Él, dotado de una exquisita sensibilidad para los más altos valores humanos, que vive preso en una circunstancia que lo agobia y que le deja poco margen para expandir su alma cargada de poesía; halla en la libertad que se enarbola como bandera, un motivo de ilusionada esperanza.

Se ha especulado mucho sobre las causas que tendría Martí para no incorporarse entonces a la gesta emancipadora tan sensible como era a los valores que la animaban. He de confesar que me parece que lo anormal hubiera sido esto, en tanto que lo natural fue lo que él hizo. Pues sin duda alguna tuvo que plantearse a su espíritu la honda lucha entre la lealtad a los padres y el amor, que todavía no lealtad, a la causa de la libertad. En los padres ya estaba arraigado. Sabía de sus defectos, pero también de sus virtudes. Los había tenido siempre cerca. En cambio, la "causa", acababa de topar con ella. Era apenas una imagen distante.

El colegio de Mendive, por otra parte, no era "El Salvador", el afamado colegio de don Pepe de la Luz. Su ambiente era más cosa del espíritu que asunto de voluntad. Entre el poeta y el filósofo habrá siempre esa diferencia. El poeta embellece la circunstancia y su modo de acción sobre ella no es el denuesto o la osadía, sino la queja y el canto. El filósofo, por el contrario, es siempre un pretense del poder para regir mejor la vida humana. Se ha hablado mucho de la soberbia

de la filosofía. No otra cosa es que esto; la aspiración a regir con los nuevos valores la vida de los hombres. No extrañe pues, que Martí no se incorpore a la gesta. Arraigado en su hogar español, la libertad se le aparece todavía como la novia imposible, pero por lo mismo que imposible, más deseada cada día, más amorosamente querida, más ardientemente constituida en imagen de la vida feliz. Y la fuerza que tienen estas imágenes en la vida de los hombres no es posible desdeñarla.

Muy lentamente pues, fue Martí viendo cómo se desdibujaba su lealtad al viejo tronco familiar y cómo nacía y se afianzaba, en cambio, la que le merecía la novia imposible. Así las cosas, el ambiente se caldea paulatinamente. La guerra va fraguando su carga de pasión, su ambiente de resentimiento. Y un día ocurren los sucesos de Villanueva. El clima llega a su máximo de tensión. Hay que tomar partido. O con los voluntarios o con los insurrectos. Las discusiones florecen por doquier, la violencia verbal es frecuente. Los espíritus sensibles y aun indecisos ya no pueden más. Se respira demasiada humillación, humillación que acaba de hacerse patente en lo ocurrido en el Teatro de Villanueva. La fogosidad de la juventud es osada. En casa del amigo rico, en casa de Fermín Valdés Domínguez, se escribe una carta acerada al compañero que se ha hecho voluntario desertando de su deber de pureza. Merece la pena repasarla. Dice:

Compañero: ¿has soñado tú alguna vez con la gloria de los apóstatas? ¿Sabes tú cómo se castigaba en la antigüedad la postasía? Esperamos que un discípulo de don Rafael María Mendive no ha de dejar sin contestación esta carta.

La firman Martí y Valdés Domínguez. En el juicio, con indudable entereza, Martí se hace responsable de ella, pese a las protestas de su amigo. Y es enviado a presidio.

De nuevo la adversidad parece complacerse en sus carnes jóvenes. Pero era el martirio necesario para hacerse, con verdad, el hombre de su pueblo. Allí le esperan nuevas experiencias que acendran su piedad, encienden más su amor a la libertad y lo ponen en contacto más directo con el dolor humano.

Ve allí sufrir, odiar, degenerar y exaltar a la naturaleza humana. Ve cuánta admiración callada merece el hombre que sabe sufrir. Ve cuánto degrada al hombre usar la fuerza contra el hombre.

Aprende a discernir claramente la diferencia que hay entre dignidad y cobardía. Y elige su camino. Sabe que no será de los que opriman, tampoco de los que sufran callada y dignamente nada más. Sabe que su voz se le ha dado para levantar las conciencias. Su amor, para ayudar a los vencidos. Y que su vida tiene por delante una tarea, ya no distante e imposible, sino una tarea concreta y digna. Redimir el presidio de sus lacras. Restaurar la dignidad de los hombres que delinquen. No estará jamás, a partir de entonces, tranquila su conciencia hasta que él no haga cuanto esté a su alcance para que se sepa qué ocurre y cómo no debía ocurrir. Él ha nacido para redentor. Ve entonces la figura ideal de su vida. Es el llamado de la evocación.

El destierro vendrá después. Isla de Pinos será la estación de tránsito, no el hogar. Lo han desarraigado de él ya para siempre. Pues en el presidio y en el destierro la imagen de la vida ajustada a otros valores se formará con tal nitidez y fuerza que ya no podrá, por mucho que quiera, volver a ser un miembro más de su familia. Una distancia insalvable se abrirá entonces, aunque vuelva a convivir con ellos alguna vez, en México.

Madrid lo recibe con su vida rica y llena de vigor. Allí escribe, fiel al deber que se impusiera, **El presidio político**, ese alegato extraordinario en que denuncia sus horrores. Hay tal firmeza en él que uno quedo pasmado. Apenas puede creerse que lo haya escrito un joven que escasamente tiene 18 años. En él dirá, sintiéndose ya la fuerte vocación hacia la línea del sacrificio y de la redención, aun sin forma expresamente concreta todavía, estas palabras:

Presidio, Dios: ideas para mí tan cercanas como el inmenso sufrimiento y el eterno bien. Sufrir es quizás gozar. Sufrir es morir para la torpe vida por nosotros creada, y nacer para la vida de lo bueno, única verdadera.

Mientras, la patria lejana es una bella nostalgia que se agiganta cada día y que ejerce un imperio más fuerte cuanto menos impositivo. En La Habana, en tanto, ocurre el fusilamiento de los estudiantes. Las noticias llegan imprecisas. Martí está angustiado y enfermo. El presidio había dejado en él una huella indeleble de la que ya no podrá liberarse jamás, una huella que lo obligará a guardar cama muy frecuentemente a través de su vida. En medio de su congoja, el suceso adquiere ante él proporciones gigantescas. Pero un poco después, y

a consecuencia de su destierro, llega Fermín a compartir sus angustias y alegrías. Esto da algo de ancla a la vida del joven y se van juntos a Zaragoza. Van a estudiar y a romper las primeras lanzas del amor puro a una novia real.

Pero, en España, Martí debe todavía fortalecer su vocación como redentor de su pueblo, perdiendo la última esperanza, la esperanza que el advenimiento de la República en España le había dado para creer que aún podía lograrse la independencia de Cuba por medios estrictamente racionales y pacíficos. La desilusión que experimenta al comprobar cómo lo que se dice y sostiene como principio no es capaz de mover la acción justa y necesaria que de ellos se deriva, provoca varios alegatos. Denunciará con su palabra viril estos hechos. Es de esa fecha su artículo **Cuba y la primera república española**, en que anuncia los peligros que amenazan a una institución que no sabe ser congruente con sus principios. Ya entonces tiene idea clarísima de que sólo en la rectitud y congruencia de fines y procedimientos es posible hallar base sólida a las conquistas que se logre. La firmeza de su carácter va poco a poco apareciendo en todo momento. En este artículo dirá:

La libertad no puede ser fecunda para los pueblos que tiene la frente manchada de sangre.

Y continúa:

No prejuzgo yo actos de la república española, ni entiendo yo que la república haya de ser tímida o cobarde. Pero sí le advierto que el acto está siempre propenso a la injusticia; sí le recuerdo que la injusticia es la muerte del respeto ajeno, sí la advierto que ser injusto es la necesidad de ser maldito, sí le conjuro a que no infame nunca la conciencia universal de la honra, que no excluye por cierto la honra patria, pero que exige que la honra patria viva dentro de la honra universal.

Pese a la dureza de estas palabras aún es posible hallar en los artículos que escribe entonces una leve esperanza en que la metrópoli, sobre todo después de proclamada la República, entrará en razones. Pronto se convence de lo contrario. España es sorda a los clamores de la colonia.

Estando en Zaragoza cae la primera república. Martí verá alborozado la lucha de los zaragozanos por defenderla y se sumará a ella alentándolos. Pero la República se pierde, quizás porque había transigido demasiado con lo que no eran sus fundamentos. Las advertencias del joven expatriado se confirmaban. Pero de esta confirmación una experiencia política muy honda calará en su espíritu: ceder para mantener lo que en sí mismo no tiene justificación carece de sentido práctico; pues a la larga se pierde siempre y sin honra. Es preferible renunciar a tiempo a lo que contraviene los principios que fundamentan algo, a ceder; para perder de todos modos. En Zaragoza, pues, en la debilidad de la república para resistir, en su actitud hacia la colonia, halla Martí cantera para reflexionar e ir madurando su concepción de lo político y su carácter se afina y afirma. Pero en España ¡hay tanto que admirar! Los valores literarios, científicos y artísticos, los valores humanos que residen en la gente sencilla; le enseñan entonces cómo España no es solamente aquella costra un poco encallecida que había visto en las Cortes y que gobernaba en Cuba; sino aquella otra en que la cultura y la vida florecían con modos tan dignos. Para esta España tendrá siempre en su corazón un amoroso recuerdo y su palabra la defenderá siempre. Así asoma otro rasgo del carácter de Martí. Jamás fue un resentido. No necesitaba serlo. Se sentía firme y seguro. Ningún riesgo de sometimiento había en amar a la vieja y buena España. Él sabría siempre diferenciar. Recuérdese aquella estrofa:

Para Aragón en España,
tengo yo en mi corazón,
un lugar todo Aragón,
franco, fiero, fiel, sin saña.

Pero el destierro toca a su fin. Martí ha terminado su carrera de abogado. Su familia se ha exiliado en México. Y allí va el joven recién graduado a integrarse de nuevo al hogar, ahora que después de muchos sacrificios puede ser amparo y sostén. Trae de España y de su fugaz viaje a Francia a más del título, una experiencia más rica. Se ha hecho un hombre, ha aprendido a amar a una mujer, ha perdido fe en los valores políticos de la metrópoli, ha ampliado el horizonte de su cultura, ha adquirido confianza en su palabra y en su pluma. sabe que con ellas podrá vivir y luchar.

En México comprende pronto el abismo que lo separa de los viejos valores familiares. Comprende que debe proteger su familia, ahora más que nunca, en que la pérdida de la bella Ana, la querida hermana, ha dejado el hogar envuelto en la pena y la miseria. Pero un enorme vacío hay en su espíritu. Y ha de llenarlo. Ingenuamente cree entonces, como tantos jóvenes, que el amor de una mujer podrá colmarlo. Rosario de la Peña pudiera ser. Pronto, sin embargo, intuye que él pedirá siempre a la mujer algo más que amor y devoción, le pedirá inspiración y apoyo para la gran tarea que dé justificación a su vida. La frivolidad no podrá ser condición de la mujer que elija. Algo de heroína habrá de tener. Será valiente y sabrá sufrir. No extrañe por eso, que le diga:

Mía, Rosario, es más que mujer común.

O este otro:

Rosario, despiérteme usted... porque vivir es carga, por eso vivo; porque vivir es sufrimiento, por eso vivo; vivo porque yo he de ser más fuerte que todo obstáculo y todo valor. Esfuércese Ud., vézame. Yo necesito encontrar en mi alma una explicación, un deseo, un motivo justo, una disculpa noble.

Rosario no parece ser quién él habría querido. Huérfano de amores queda. Devaneos sin mayor importancia parecen rondarle. Pero nada lo ata realmente. El drama político de su patria distante no puede olvidarlo. Tampoco parece poder alejarse de la convicción que ahora se le aparece más clara, mejor dibujada, de que está faltando a su deber no estando en los campos de Cuba, junto a sus hermanos de ideal luchando por la libertad. Pero aún se sabe sin fuerzas bastantes para dejarlo todo y correr tras ese deber que se le aparece tan imperativo. Además, la guerra languidece a ojos vistas. Corre el año de 1876 y las disenciones entre cubanos hacen poco fructífera la lucha, aunque Martí tiene de ella noticias muy vagas.

Pero a alguien se le ocurre entonces desmerecer la guerra de Cuba en un periódico de México. Es más de lo que él puede soportar. Sale a la palestra en defensa de la guerra santa, y con aquel fervor que va a ser el signo de su hacer periodístico, y con aquel vigor de razonamiento que jamás pudo el entusiasmo opacar, dirá con voz firme:

Nada hay tan imprudente como perturbar con propios rencores –ya que hay infortunados que los tengan– la verdad de las cosas de la historia.

Y luego de justificar que en tierra extraña tenga que defender polémicamente su patria, dice:

Tengo fe en que el martirio se impone y en que lo heroico vence. Podrán los gobiernos desconocernos; los pueblos tendrán siempre que amarnos y admirarnos.

Es en ese artículo donde escribirá aquella famosa frase:

El entusiasmo no ha tenido nunca canas.

El joven periodista se adentra poco a poco en la vida política e íntima de México. Sólo su proverbial delicadeza lo detiene en el momento preciso, para no ser imprudente como él dice. En tanto su vacío interior se agudiza. Su éxito con las mujeres no calma su inquietud. Algo más, como ya había dicho a Rosario, él necesita. Y aparece en su vida Carmen Zayas Bazán. Aúna a su singular belleza su calidad y condición de cubana, y de cubana exiliada, de alguna manera. Un nimbo de idealidad parece circundarla. Es de presumir que en aquel momento, lejos de la Patria, halagada por el brillo del joven deportado, atraída por su talento, sienta latir su alma al compás de los mismos ideales que alientan en el poeta de los **Versos sencillos**. Carmen se adueña de Martí. La ama apasionadamente. La cree capaz de convertirse en la compañera que lo ayudará a realizar su destino. Y puede tratarla poco. Esto favorece la imagen ideal que ambos se forjan. Martí, que no acaba de poder encajar enteramente en México donde la situación política empieza a ser delicada para un espíritu enhiesto, independiente y sensible como el suyo; marcha a Guatemala. Cree allí poder allegarse los medios de fortuna necesarios para armar su hogar y para seguir ayudando a su familia.

Su llegada a la novel república es acogida con calor. Pronto su nombre resuena en la vieja ciudad. Pronto la "élite" lo considera uno de los suyos. Su éxito es notorio. Martí está además lleno de fuerza porque el amor lo alienta. Cree hondamente en Carmen. Y después de su secreto viaje a La Habana, de escala para Guatemala,

con el nombre supuesto de Julián Pérez, el menos hipócrita dentro de la mentira necesaria, en que se ha desengañado de las posibilidades de la guerra que aún dura; no tiene ante sí la esperanza concreta de fundar su hogar, y hacer acopio de fuerzas para el porvenir. En esta corta estadía en Guatemala cruza por su vida como una sombra alada la figura de María García Granados, la "niña de Guatemala".

Siempre he creído que el episodio dejó en Martí una honda huella más por el halago natural que proviene de lo poético que por lo que fue en sí mismo.

Regresa a México entonces para casarse con Carmen. La luna de miel no hace sino acrecentar su amor. La ve joven, bella, valiente; la siente capaz de ser su compañera. ¿Hasta qué punto la patria lejana los envolvió en su nimbo para acercarlos? Es cosa que jamás podremos saber; pero sí tenemos derecho a inducir que en un momento confluyeron en un mismo destino, Cuba, Carmen y Martí. Y en este momento de íntima comunión Carmen pudo llenarlo y lo llenó. En las cartas de entonces a Mercado, el buen amigo de siempre, vibra su fe en la mujer elegida que siente comprensiva y a tenor de los impulsos de su alma. En carta anterior a sus bodas había dicho al amigo mexicano:

Tengo un contento íntimo, una seguridad absoluta, que a grandes voces me dicen, con más fuerza cada día, que lograré lo que necesito. Yo iré honrando mi nombre, y ella vivirá a mi lado; suyos son esta obra y ese nacimiento. Ud. lo sabía un poco, pero no lo sabía bien: yo me moría. Soy de la que me salva, y la venero.

Y ya casado, de vuelta en Guatemala, le dirá comentando sus primeros reveses en tierra guatemalteca:

Este carácter mío es un fiero enemigo; pues aunque para el diario me traiga penas, yo quiero más vivir después, que vivir ahora. Carmen me perdona. En mi casa no me han querido perdonar.

Los reveses surgen de que también en Guatemala una dictadura amenaza lo más preciado para un hombre que merezca llamarse tal, la libertad y la dignidad del hombre. Y Martí no sabe transigir ni allanarle el camino a los que han transgredido los principios de la libertad. Y le dice a Mercado:

Ya Carmen me ha enseñado que con un poco de luz en la frente no se puede vivir donde mandan tiranos.

Renuncia pues, todos sus puestos, e instigado por la presión de la familia de Carmen, por la suya propia, y por ella misma que llora por un puerto seguro, decide, en un momento de debilidad –también los tienen los grandes caracteres– venir a la patria a ejercer su carrera y darle hogar a su mujer y a su hijo que va a nacer. Es que está preso entre dos cercos, el de su hogar recién creado y el del viejo tronco familiar que aun no se resigna a perderlo. Se queja entonces de la "amorosa e injusta carta" que ha recibido de su madre y empieza ya a ver lo que más tarde se le aparecería con mayor nitidez, que su padre, "el menos penetrante de todos" es el que más justicia ha hecho a su corazón.

Pero ese viaje a La Habana que ha decidido en un momento casi de desesperación no le aquieta el ánimo y lo lacera hondamente. Y dice al amigo distante:

¡Creen que vuelvo a mi Patria! Mi patria está en tanta fosa abierta en tanta gloria acabada, en tanto honor perdido y vendido. Yo ya no tengo patria hasta que la conquiste. Voy a una tierra extraña, donde no me conocen; y donde, desde que me sospechen, me temerán. Brillar allí me avergonzaría.

Bien sabía él que en cuanto lo sospechasen lo temerían. Bien sabía que si había cedido a un ruego de amor, no podría, en cambio, torcer su naturaleza. No lo dejarían brillar, y además, él no lo intentaría del modo que tendría que ser, doblegándose; sometiéndose al imperio español aún en sus trámites del derecho privado.

Por eso fue tan sabia la demora que opusieron las circunstancias, de nuevo propicias, a que pudiera ejercer. So pretextos pueriles, como él mismo dice, le niegan el permiso para ejercer como abogado. Tiene que dar clases para subvenir sus necesidades. Lo que sufrió entonces, y fue mucho –tal vez como nunca en su vida, porque era un sufrimiento que no venía amparado por salvaguardar los principios a los cuales venía dando de antes su mejor devoción– no hizo sino reafirmar su decisión de no volver a ceder ante lo que no estuviera íntegramente justificado ante su conciencia, aunque no fuera compartido por sus grandes amores. Cualquier carta de aquella

época, cualquier palabra pronunciada entonces, delatará esta angustia, este desasosiego, por no poder transigir enteramente y por haber transigido. Veáanse si no éstas:

Aquí me veo, sin alegrías para el espíritu, queda la pluma y aherrojados los labios, arrastrando difícilmente una vida que se me hace cada día más trabajosa. Me hace falta el aire del alma. Hay que refugiarse en la sombra, allí donde está el sol lleno de manchas. El rebajamiento de los caracteres después de haber visto tantos bosques y tan grandes ríos. Aquí ni hablo, ni escribo, ni fuerzas tengo para pensar.

Pero no era Martí hombre resignado a la vida mediocre del panganar. Tenía que salir de aquel estado. Algo tenía que hacer con sus talentos en pro de la causa con que soñaba. Alguna vez dirá:

La verdad tiene un lenguaje sencillo que seduce a la más indiferente voluntad: los oídos se resisten a ella en vano; ella tiene una fuerza secreta que convence, subyuga y conquista.

Y la verdad de su vida no podía ser aquella, callada y sometida, que la paz y la estabilidad de su hogar exigían. Su verdad era otra y a ella se debía. Carmen había pasado como un ave en vuelo muy cerca de su fuego y se había sentido entibiada por su calor. Pero ya estaba muy lejos de aquella esfera y empezó a no comprender. Ella quería el destino común, el que toda mujer sueña. Su marido aspiraba a la redención. Su madre le dirá en una carta, percatándose de ello, la frase admonitoria: "Recuerda que el que se mete a redentor sale crucificado". Pero la vocación le llamaba. Ni el consejo de la familia, ni los ruegos de Carmen tuvieron ya bastante fuerza. Él volvería a su círculo, a aquel donde la amada lo conoció, al del mundo de la libertad, aunque fuera soñada e imposible. Empezaron las pequeñas discusiones, las disensiones. Y claro, la conspiración. Martí fue descubierto. Y deportado de nuevo. Casi todas las amarras estaban ya sueltas para poder entregarse a su gran obra. Pero aun Carmen era un amoroso afán, un dolor necesario. Una angustiosa nostalgia. La primera carta fue esperada en Madrid con impaciencia infinita. Y una pena grande le inundó el alma. De nuevo el dolor, la adversidad, lo ponían en el camino de su verdadera vida. Carmen no comprendía. Estuvo en España, en París, y rápidamente decidió irse a New York.

¿Qué impulsó esta decisión? Dos nostalgias. La de la Patria, la del hogar. Patria y hogar estaban mucho más próximos a Nueva York. Además, tal vez pensara con muy buen juicio, que la gran metrópoli era campo propicio para reordenar su vida, aunando sus dos amores, el de la patria soñada y el de la mujer amada. Pero ya Carmen no era la misma. Tendría que darle cierta impresión de seguridad para que accediera a venir con él. El nudo que ata el amor real entre los esposos estaba deshecho. A la confianza sucedía la cautela. Peligrosa brecha por la que se entraría muy quedamente el frío que separó definitivamente a aquellos dos seres. Pero ese momento no ha llegado y Martí, que fue hombre de profunda fe, aun creía y esperaba el milagro. Pero Carmen llegó y el milagro no se hizo. En mayo de 1880 escribe a Mercado desde New York:

Carmen no comparte con estos juicios del presente que no siempre alcanzan a lo futuro, mi devoción a mis tareas de hoy.

Sin embargo, aún la cree necesaria, porque continúa:

Pero compensa estas pequeñas injusticias con su cariño siempre tierno y con una exquisita consagración a esta delicada criatura que nuestra buena fortuna nos dio por hijo.

Pero las incomprensiones siguieron. También las pequeñas injusticias. Quizás ella también, seguramente, esperaba el milagro que han visto florecer tantas mujeres cercenando el vuelo de águila de sus maridos. Pero Martí era fuerte, su carácter se había templado en muchas adversidades. Sabía ya que ceder es mala política cuando la dignidad anda por medio. No cedería. Si debía perder su hogar por ello, era señal de que se había equivocado al elegir. Y se dolería angustiada, íntimamente, toda su vida, pero mantendría sus convicciones. Su hogar fue así el último sacrificio que tuvo que hacer ante el altar de la Patria. Cuánto sufrió por ello, no será cosa que se entienda cabalmente sino cuando se lea mucho y bien todo lo que escribió desde entonces. Por ejemplo, a Gonzalo de Quesada le dice alguna vez: "por la piedad inmoderada suele entrar en los hombres y en los pueblos, la desdicha". Y a Fernando Figueredo dirá en enero de 1892:

Todo, Figueredo, se lo he dado a mi patria, hasta la paz de mi casa. Todo va bien en este carro mío, menos el eje, que va roto. Entre la frivolidad satisfecha y el destierro austero, hubo que elegir y me costó la ventura de mi vida.

Y más adelante dirá:

La amistad me apremia, a mí, que es otro modo del amor.

Tal vez no sólo en Figueredo pensaba cuando escribía estas palabras. La sombra protectora de Carmen Miyares, la amiga generosa que dio un poco de calor a sus soledades de desterrado más con la devoción de la amiga que con la pasión de la mujer, se cierne sobre Martí en los últimos años. Y sus hijos son para aquel hombre tan dado a la ternura, un poco de miel que endulza la amargura que el mundo ha ido acumulándole, aun cuando nunca se dejase bañar por ella.

Rota el ancla del hogar, Martí ha hecho la última renuncia que era necesaria para forjar el templo de su carácter. A partir de ahí su vida será una flecha disparada hacia su objetivo, sin más tregua que la necesaria para acopiar nuevas fuerzas y para reordenar los materiales con que llegar más pronto a la meta soñada. La gran tarea será organizar la revolución "con todos y para bien de todos" que traiga la independencia y ponga a la patria en el camino de la libertad.

Desligado de los pequeños deberes familiares se dedicará Martí a la obra de organizar la revolución en Cuba. Cuenta para ello con gran experiencia de cosas y de hombres. Tiene, además, una cultura que pasma. Parece saber de todo aquel hombre singular, que no se dio tregua para trabajar y estudiar. Lo mismo puede hablar de pintura que escribir muy sesudos artículos sobre la Conferencia Monetaria. Igualmente se muestra capaz de hablar de agricultura como del desarrollo industrial. Tan enterado está de la política europea como de lo que atañe a su amada Hispano-América. Escribe en los mejores periódicos del continente. Buenos Aires, Caracas, México, saben de sus opiniones y se enteran de muchas cosas a través de su pluma. En tanto, subviene a sus necesidades con trabajos que merman sus mejores fuerzas, pero todo antes que hacerse un profesional de la política. El decoro de este hombre le impedía siempre vivir de la revolución que lenta y calladamente organiza. Por eso, cuando alguien lo acusa de haber lucrado con ella, puede

responder con acento firme y convencido de justa indignación: Y dice a José Dolores Poyo, su buen amigo del Cayo (Key West):

De la maldad que nos pueda salir al paso, no es necesario hablar... se la castiga con dejar que se enseñe... el hombre de alma baja no puede comprender la virtud. La virtud no puede comprender la villanía y se deja engañar por ella. Los hombres sólo entienden aquello de que son capaces. Está ahora en mí tal orgullo por mi pueblo, que no se lo puedo decir porque no le parezca lisonja. Por su honor vivo, moriría por su deshonor. ¿Qué importa que, como al albañil, nos caigan encima de la ropa unas cuantas manchas de cal o de lodo? Nosotros, como el albañil, al quitarnos la ropa de trabajar, podremos decir: "hemos construido".

Y es que Martí comprendió pronto, en su azarosa existencia, que no es posible construir el carácter saliéndose de la circunstancia para no contaminarse. No. Sabía que había que pasar por ellas, y mantenerse puro a través de ellas mismas. Sabía que esto era difícil. Que mil ingratitudes y disgustos esperaban al hombre firme y sereno que pasaba por el fango sin otra salpicadura que la que le arrojasen los que en él andaban revueltos. Sabía también que alguna vez, manchado el traje desde fuera, un observador que llegara entonces al camino, podría juzgarlo mal. Pero tenía fe en sí mismo, en su íntima pureza, en la claridad de su objetivo, en el bien y en la justicia. Con ello era invulnerable. Podría la crítica morderlo con fiereza. No hallaría en él otro eco que acendrar su decisión de ser cada día mejor para salir airoso. Y comprendería siempre. Pues una honda sabiduría le cantaba al oído que el perverso o el intrigante, así como el envidioso no son sino seres incompletos, infelices, que no merecen sino perdón y amor. No sólo, pues, fue firme, sino también tolerante y comprensivo. Pero esa tolerancia no la confundió jamás con esta tolerancia culpable que so pena de guardar las formas allana el camino a lo que empequeñece la dignidad y la amordaza. Si había que perdonar a un hombre un hecho personal por grave que fuese, Martí sabría comprender y perdonar, así lo hizo con el que intentó envenenarlo en el Cayo. Pero cuando lo que estaba en discusión era un principio, de la transgresión del cual podían derivarse males insospechables, era terco hasta el absoluto, además de altivo y soberbio. Se amparaba para ello en la dignidad de su intención. Y debía parecer entonces pedante y

altanero, quizás hasta ridículo, a los que lo contemplaran. Pero la fuerza de su firmeza, a la larga, tuvo siempre la razón. Y si hoy lo admiramos es por aquella sublime intolerancia con que supo hacer frente a todas las tentaciones de la comodidad, del aplauso de los que mandaban, de las masas, de todos. Muchas veces se vio solo. Pero por poco tiempo. Al cabo, volvía su pueblo, volvían los cubanos sus ojos a él, que tan claro había sentado los principios por encima del halago y del éxito inmediato, en provecho del hecho futuro. Muestras antológicas de este espíritu son su famosa carta a Máximo Gómez en que le dice:

Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento. (...) Hay algo que está por encima de toda la simpatía personal que usted pueda inspirarme y hasta de toda razón de oportunidad aparente: y es mi determinación de no contribuir en un ápice, por amor ciego a una idea en que me está yendo la vida, a traer a mi tierra a un régimen de despotismo personal, que sería más vergonzoso y funesto que el despotismo político, que ahora soporta, y más grave y difícil de desarraigar, porque vendría excusado por algunas virtudes, establecido por la idea encarnada en él y legitimado por el triunfo.

Para terminar diciéndole, ante la posible objeción de que no era nadie, de que nadie lo seguía, lo siguiente:

Yo no sirvo más que al deber y con éste seré siempre bastante poderoso.

Es decir, aquel hombre pobre, triste, solo, al que se humilla y se niega el derecho a dictar normas en las cosas de la Patria, por los hombres de la Guerra Grande representados por Máximo Gómez y Maceo, se siente con fuerzas para enfrentarse a ellos, en medio de las críticas más humillantes y decirles limpia, firme y lealmente:

No estoy con ustedes, porque no me están queriendo a la Patria como yo creo que se debe querer.

Otras muchas cartas y documentos de Martí podrían citarse del mismo o parecido valor. Por ejemplo, la que escribiera a Lucena en 1885, negándose a participar en un acto el 10 de octubre en Phila-

delphia, por los mismos motivos que escribe la carta a Gómez. O también aquella otra que escribe a Maceo, cuando éste le plantea que no puede hacer la expedición a Cuba con el dinero que ha recibido, y Martí le escribe:

Decido que Ud. y yo dejemos a Flor Crombet la responsabilidad de atender ahí la expedición. ¿Qué de Ud. pudiera venirle el menor entorpecimiento? ¿De usted, y Cuba en guerra? No me entrará ese veneno en el corazón. Flor tendrá sus modos. No vamos a preguntar, sino a responder. El ejército está allá. La dirección puede ir en una uña. Esta es la ocasión de la verdadera grandeza. De aquí vamos como le decimos a usted que vaya. Y yo no me tengo por más bravo que usted ni en el brío del corazón, ni en la magnanimidad y prudencia del carácter.

Así era este hombre. Leal y decidido. A la intriga le salía derechamente al paso y la cortaba de raíz, sin darle tiempo para retoñar. Y nada perdía de vista. Una ponderación, que a veces rayaba en lo excesivo, parecía presidir todos sus actos. Ninguna precipitación, sino una calma serena, plena de obras pequeñas para fundamentar la grande; de modo que al salir a luz fuese indestructible. Así hizo la revolución cubana, esa que autonomistas y anexionistas creían imposible por lo magna y que ellos creían lograr mejor transigiendo, solicitando migajas de libertad. Como si mendigarla no fuera ya escarnecerla, porque hasta el aliento medroso la enturbia y la resquebraja. Martí, hombre sin el miedo pequeño, tuvo siempre por estos hombres compasión y hasta respeto. Pero ello no fue óbice para que los combatiera rudamente y les echara en cara su error. Quería verlos despertar del cómodo sueño en que estaban instalados. Por eso, alguna vez les dirá:

Los pueblos, como los hombres, no se curan del mal que les roe el hueso con menjunjes de última hora, ni con parches que le muden el color de la piel. A la sangre hay que ir para que se pueda curar la llaga.

Era, pues, radical, cuando de salvar los principios se trataba y no tendrá miedo a la palabra que le enristran en cara los acomodados de siempre que prefieren no desentonar, no ser demasiado altivos. Y declarará:

Radical no es más que eso, el que va a las raíces. No se llame radical el que no vea las cosas en su fondo. Ni hombre que no ayude a la seguridad y dicha de los demás hombres. Cuanto reduce al hombre, reduce a quien sea hombre.

Todas estas cualidades le hacían tener un sentido de la realidad que asombraba a los que conocían su natural soñador y poético. Pero es que su carácter, templado en el duro bregar de cada día, supo pronto que para triunfar había que meditar serenamente antes, porque sólo la reflexión cuidadosa de lo que se va a hacer proporciona seguros soportes a la acción.

Por eso no fue Martí el hombre de acción por la acción misma. Pensó, meditó, armonizó, y con todo ello dotó a la revolución cubana de un instrumento, de una doctrina, que le serviría de base para subsistir, pese a la desaparición de muchos de sus organizadores, pese a su propia muerte. Esa doctrina aflora en el Manifiesto de Montecristi. Y su gran discusión con Gómez y Maceo en 1885 no tuvo otra causa. Ellos creían en la mera acción militar. Él creía que la revolución no tendría éxito si no se la dotaba de una doctrina que fijara los principios, que señalara los ideales; pues bien veía que no bastaba lograr la independencia, sino que tendríamos, ya en la República, que conquistar la libertad.

La América española celebra el Centenario del nacimiento de este hijo preclaro en momentos en que muchos de los principios por los que él luchó parecen haberse vulnerado en muchas tierras suyas, incluso en la propia Cuba. Pero ahí está su vida. Y también su mensaje. Y América sabrá escucharlo.

[1953]

MARTÍ HOMBRE

por Salvador Azuela

La calidad humana de José Martí trasciende a todos los aspectos de su vida y de su pensamiento político. Poeta, hombre de acción, Martí es uno de los paradigmas no sólo americanos sino con valor de universalidad.

México tiene títulos especiales de vinculación a Martí y podemos decir que en gran parte Martí fue mexicano, nos pertenece por modalidades entrañables. La preocupación mexicana de Martí apunta a través de toda su obra. Fue amigo de los liberales más representativos de la generación de la Reforma que vivían en la ciudad de México cuando él vino a establecerse entre nosotros. Trató a Prieto, a Ignacio Ramírez, a Altamirano y laboró en el círculo romántico de los escritores que gravitaban en derredor de Rosario, la de Acuña.

Para juzgar a los hombres hay distintas escalas de valores. Un escritor francés del siglo pasado (XIX), el novelista Honorato Balzac, autor de **La Comedia Humana**, obra monumental de la novela moderna, dice que hay tres categorías fundamentales de hombres: el hombre de talento, el de espíritu dotado excepcionalmente para el heroísmo y el de temperamento apostólico.

El hombre de talento según Balzac, resuelve su vida en manifestaciones verídicas; el héroe ama la gloria por encima de todos los valores; el apóstol es desinteresado.

Recogiendo una vieja valoración clásica de San Pablo, el filósofo español don Miguel de Unamuno dice que a los hombres se les puede catalogar en carnales, intelectuales y espirituales. Los carnales viven para la tierra, son telúricos; los intelectuales viven para la inteligencia pura y los espirituales superan los extremos de la carnalidad y de la intelectualidad exclusivas.

El hombre superior para Balzac es el apóstol. El hombre superior para Unamuno, siguiendo la trayectoria de Pablo de Tarso, es el espiritual. En Martí se conjugan por igual el apóstol de entraña espiritual, el héroe, el hombre de talento, pero la dialéctica martiana tiene la luz del apostolado, de la iluminación, del sacrificio. Para Martí la vida carece de sentido si no es para el servicio, para la

responsabilidad. Por eso el ejemplo de Martí lo mantiene joven. No marchita el correr de los años la prédica martiana y si para algunos debe tener valor la ejemplaridad que dejó desde el punto de vista de la acción humana y del pensamiento de Martí, es para los jóvenes.

En Martí se equilibran por igual el talento, la bondad y el carácter, pero también bondad y carácter cobran una magnitud insospechada por la continuidad, por la congruencia. Esta vida sin aristas encaminadas al odio o al resentimiento adquiere pasión, exaltación emocional cuando se trata del sacrificio.

En Martí los aspectos humanos son riquísimos, fue un amigo de los hombres. La amistad es probablemente el sentimiento más generoso. El amigo quiere al amigo sin finalidades bastardas de interés, de aprovechamiento. Por la amistad nos acercamos a los hombres simplemente para buscar su solidaridad, su simpatía, su colaboración sin reservas, y pocas páginas tiene Martí más altas, más hondas, más musicales que las que dedica a la amistad. Amigos tuvo por doquiera que pasó. Siendo todavía casi un niño, un adolescente, fue descubierto Martí en compañía de su amigo Fermín Valdés Domínguez, como autores de una carta comprometedor. Luchaban contra el dominio español en Cuba. Aprehendidos y enjuiciados, los dos aceptaban la acusación. Deseaban aparecer como responsables queriendo salvar al amigo, pero fue más persuasiva, más pasional, más vigorosa la palabra de Martí y a los diecisiete años fue mandado a trabajar en forma forzada a las canteras de San Lázaro.

Ahí sobre la cal viva, el muchacho se hizo hombre, adquirió la magnitud y la luz del apostolado y llevó al máximo sus cualidades de espiritual, para sacar la clásica jerarquía de hombres de que hablara Unamuno siguiendo la trayectoria de San Pablo. La amistad para Martí fue una de las formas más altas del trato. Pero el amigo mejor al lado de Fermín fue un mexicano. De España vino a establecerse a México. Eran los años de 75 y 76 y principios de 77. Ocupaba el cargo de Secretario General de Gobierno de Distrito el licenciado Manuel Mercado. La familia de Martí había venido a México. Con Manuel Mercado tuvo un trato tan estrecho y tan íntimo que hay un tomo completo que los eruditos han recogido del epistolado de Martí y es Manuel Mercado a quien dedica aquellos versos sencillos:

Tiene el conde su abolengo,
tiene el mendigo la aurora,
tiene ala el ave; yo tengo
allá en México un amigo.

El trato con Mercado que continuó durante su vida, había de darle a Martí la posibilidad de conocimiento de los hombres mejores de México. En México fue amigo también de Manuel Gutiérrez Nájera, del círculo de escritores que se reunían en la casa de Rosario de la Peña; en Guatemala tuvo como amigo a José María Izaguirre.

Establecido en la vecina nación guatemalteca, Martí fue catedrático en la Escuela Central. Una diferencia del director del plantel José María Izaguirre con José Rufino Barrios, Presidente de la Nación dio lugar a que Martí, recién casado, abandonara el puesto de catedrático para ser leal al amigo en exceso, y prefirió la miseria a cualquier resfrío, a cualquier suspicacia que pudiera dar lugar al apartamiento de José María Izaguirre. Tuvo luego, posteriormente en Venezuela la amistad de aquel gran prócer que fue Cecilio Acosta. Desterrado Martí, vivió en la tierra de Bolívar. Eran los tiempos de la tiranía de Guzmán Blanco y bajo la sombra de la dictadura, Martí escribía elogios a Cecilio Acosta que le costó el destierro. Cultivó además la amistad de Daniel Mantilla. La mujer de Daniel Mantilla, Carmen Millares, fue amiga íntima de Martí y contribuyó a la formación de su hija, pianista excelsa, María Mantilla.

Martí cultivó la amistad e hizo de ella un símbolo en el poema aquel:

Cultivo una rosa blanca,
en junio como en enero,
para el amigo sincero
que me da su mano franca.

Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni ortiga cultivo;
cultivo una rosa blanca.

Tuvo siempre preferencia por este sentimiento humano, pero sabía que no hay dicha completa de hombre sin cariño de mujer. La vida de Martí tiene siempre la presencia femenina, lo asiste, lo exalta, le da devoción y calor.

El primer amor de Martí se desarrolló en Aragón, en su primer destierro en España. Estando en Aragón estudiaba en la Universidad de Zaragoza. Ahí conoció a Blanca de Montalvo. En Aragón, dice un pasaje de la obra lírica de Martí "rompió la poca forma de mi vida". De Aragón vino a México. Directamente se trasladó a Francia y luego a nuestro país. Aquí tuvo trato primero con Rosario de la Peña. El amor de Martí a Rosario de la Peña, la musa de los escritores mexicanos, es más bien una moda literaria. Fue en México en donde conoció a su esposa, la cubana Carmen Zayas Bazán. Aquí tuvo un amor carnal con Concepción Padilla, la artista de teatro. Eran los tiempos en que Martí escribía **Amor con amor se paga**. Su matrimonio con Carmen Zayas tuvo lugar en la ciudad de México. Describe a la cubana de Camagüey con aquella piel aterciopelada, cutis de ébano, con aquella cabellera dorada como la de las mujeres espléndidas que pinta Tiziano.

En Guatemala surge el romance de la niña que fue María García Granados, inmortalizado en el poema posiblemente el primer motivo de desvío, desvío realmente en que tiene menos responsabilidad Martí de la que pueda imaginar su esposa. El primer motivo de resquebrajamiento matrimonial ocurre en Guatemala y no hay momento de la vida de Martí en que no aparezca la presencia femenina.

El matrimonio del apóstol no fue afortunado. Hubo de él un hijo. La mujer no tuvo para Martí una actitud comprensiva. Pertene-cía a la burguesía cubana.

Para el padre de Carmen Zayas Bazán, Martí no era sino el pobre señor Martí, un individuo sin relieve social, sin riqueza, sin significación, un hombre sin porvenir económico.

Martí desde el punto de vista familiar cultivó con devoción los sentimientos primordiales. El padre era un valenciano. La familia de Martí era gente hortelana, recia, eran además cordeleros. Mariano Martí fue sargento de artillería, fue soldado, hombre rudo y duro, de temperamento combativo, con una elemental lealtad a España.

Martí tuvo con su padre muchos choques. Las diferencias entre padre e hijo derivaban de cuestiones de naturaleza política. Martí se sentía cubano, Mariano no regateaba su apego a España.

Siendo todavía un niño, cuando Martí iniciaba sus actividades patrióticas, el padre lo golpeaba con crudeza. Había entre los dos una muralla de incomprensión. La prisión y el destierro, la pobreza

y el sufrimiento de Martí rompieron esa muralla. Cuando Martí estaba confinado en la prisión en donde conoció el rigor del trato más extremo de su vida, el padre se emocionaba intensamente y por las mejillas tostadas del viejo sargento corrían las lágrimas, cuando la madre, doña Leonor Barrios Cabrera llevaba almohadillas, con objeto de suavizar el rigor de las cadenas que determinaron un tumor que le duraría hasta su muerte.

La madre de Martí era mujer ruda pero con su instinto certero de la grandeza, adivinó en el hombre el gran designio, vagamente se dio cuenta de sus destinos superiores. Ya hay en la presencia femenina pero delicada, recia a la vez de doña Leonor, una actitud de estímulo y de simpatía.

Martí tiene para su padre pasajes epistolares, pasajes poéticos llenos de nobleza. Hay por ejemplo aquel poema de los menos conocidos:

Viejo de la barba blanca
que contemplándome estás
desde tu marco de bronce
en mi mesa de pensar.

Es una alusión directa al padre encallecido en el trabajo, al viejo español de Valencia.

A la madre le dirige uno de los monumentos epistolares de la literatura universal, aquella carta en vísperas de que Martí se encaminara al sacrificio para caer en Dos Ríos, carta en la cual anota que de la madre ha heredado la actitud para el sacrificio. Ella le da la capacidad de hacer amable y humano el acto final.

Padre amantísimo, Martí dedica a su hijo José su libro intitulado **Ismaelillo**. Rubén Darío lo calificó como un devocionario lírico. Pero al lado de la calidad humana de Martí en el trato amistoso, en la elevación del amor, en el contacto consuetudinario de la familia hay un rasgo también humano de su pensamiento y de su acción.

Para Martí pensar es servir. Entiende que la función del intelectual y del artista es extraña a toda función burocrática. Él no puede de ninguna manera aceptar que el hombre de pensamiento sea el greculus, el esclavo griego sometido por el romano imperial que simplemente sirve sus consignas. El pensador, el hombre de inteli-

gencia, el creador de belleza está obligado a decir con verdad su mensaje, a no recatar su inspiración, a revelarla a sus contemporáneos en toda su autenticidad.

Martí no ve el pensamiento emparedado, no lo contempla en una visión académica muerta. Para él el pensamiento y la acción son inseparables, son militancia; dan sentido a su vida; revelan la calidad, la superioridad de su mensaje. Elogios constantes al caballo aparecen en las páginas de Martí. El caballo surge como símbolo americano. La figura briosa de este animal que integra nuestro paisaje, viene a ser a manera de una expresión que encarna la acción, la acción americana.

Martí no se otorga ninguna actitud de tipo teatral o escultórico de carácter ecuestre y decorativo, pero es, para decirlo en el término de Ventura García Calderón "un santo a caballo", un santo de la acción, un militante apostólico que amó profundamente a su padre. Recordemos las palabras iniciales de uno de sus discursos: "Para Cuba que sufre la primera palabra". En otra ocasión afirma: "Yo no soy un hombre que habla, yo soy un pueblo que se queja" y pinta a Cuba como una gran esmeralda flotando en el mar. Su amor a Cuba no le manifiesta un sentimiento egolátrico, nacionalista, que se traduzca en su acción de una manera indiferente a las inquietudes de los otros pueblos hispanoamericanos. Ama a Cuba en función de América; no concibe la independencia de Cuba sin la independencia de las Antillas. Así se explica que haya luchado tanto por Santo Domingo, por Puerto Rico, por Haití. Entre sus amores de este tipo emocional colectivo está América. **Madre América** titula uno de sus mejores discursos. Acentos maternales consagran a América. No es solamente el lenguaje profundamente colorido, no es solamente el calor literario, es un sentimiento de liberación superior, es una forma dinámica de una calidad que dimana de la entraña humana de Martí. Martí amó a Cuba y a América, la de habla española, como quien ama a una novia. En el amor de Martí no había interés bastardo, quiere a Cuba como altar, no como pedestal, lo mismo que a América.

Hemos dicho que tuvo para México una inclinación preferente. Las páginas de Martí sobre México son particularmente valiosas. Fue redactor del **Partido Liberal**, en la **Revista Universal**; partidario exaltado de aquel gran civil de la Reforma que fue don

Sebastián Lerdo de Tejada. En la paz aparente, en la placidez artificiosa del régimen porfiriano, Martí se dio cuenta que había grandes peligros, que enormes desigualdades encubrían y que pronto estallaría la lava de la Revolución. A México frecuentemente lo recuerda. Hay pasajes llenos de emoción. Llegó a decir alguna vez: "Oh, México idolatrado". La preocupación mexicana lo persigue por todos lados; comprende que México habrá de ser, como diría Pedro Henríquez Ureña, el que tendría que defender en esta frontera con los vecinos del Norte, los destinos de la raza española, que habían de elevar, además de adquirir definición programática nuestro sentido histórico.

Martí amó a España, combatió ciertamente el dominio colonial de España en América pero comprendió que una es la España oficial y otro es el pueblo español. Recorriendo España se da cuenta de la calidad de sus gentes. Va a las verbenas populares; conoce los museos; transita en medio de los círculos literarios; distingue a los profesionistas de la política; a los grandes negociantes del pueblo español auténtico. Hay en Martí impresiones cálidas, vivas, intensas de la cosa española. Amigos también grandes y entrañables dejó en España: a los Huanosta.

Un español que ve que su vida transcurre inútil en su juventud lo llama "El Cristo inútil", por tanto el destino superior de Martí habrá de demostrar que su capacidad de servicio no será vana, que esa inutilidad pronto será superada por la acción creadora.

No hay problema importante que no encontremos tratado en la obra de Martí. Martí era ciertamente un liberal, sí, pero un liberal que recoge del liberalismo lo mejor y lo permanente. El liberalismo postuló una acción ante el estado de exaltación de la persona, proclama que el poder público no debe intervenir en la vida privada. Esa no intervención del Estado en la vida privada de las gentes se ha resuelto en condiciones negativas cuando se trata de la economía pero en cambio se ha resuelto en condiciones positivas cuando se trata del espíritu. Lo permanente del pensamiento liberal es el derecho de pensar, a creer, a soñar sin fronteras ni rigores. Lo transitorio y caedizo del pensamiento liberal lo llama a superarse, es el individualismo que favorecía al régimen capitalista. Martí advierte el valor de libertad que hay en el liberalismo. La libertad para Martí es el derecho a ser honrado y a hablar y a pensar sin hipocresía. No es un

socialista pero tiene emoción social. Hay alguna cita de Marx en algunos de los escritos de Martí. Ha leído a los anarquistas. Piensa que el pobre que lo es independientemente de consideraciones de perversión o de pereza, nos presenta siempre un caso de injusticia. Afirma que los pueblos no son grandes por la riqueza desigual porque ésta produce hombres sórdidos y mujeres banales. Los pueblos, independientemente de su tamaño son grandes cuando crean hombres generosos y mujeres buenas. Y de él es aquel verso inmortal:

Con los pobres de la tierra
quiero yo mi suerte echar,
los arroyos de la sierra
me complacen más que el mar.

Fue además enemigo de la discriminación racial. Conoció a fondo la vida norteamericana. En sus cartas sobre los Estados Unidos, Martí señala dos taras: por una parte, las diferencias raciales respecto de la raza negra, por otra parte, la situación burocrática de preferencia sobre los altos intereses de Wall Street. Pero Martí no es un hombre que desconozca los aspectos varios de la vida americana. En uno de los capítulos más impresionantes de su libro sobre los Estados Unidos dice "le conozco las entrañas al monstruo". En una carta dirigida a Manuel Mercado dice, en su táctica de ataque: "mi honda es la de David". Combatía en la fuerza, en la espiritualidad, en la potencia delicada de la cultura de los pueblos hispanoamericanos. "mi honda es la de David"; "le conozco las entrañas al monstruo". Esta apreciación la justifica en la discusión certera y profunda que hace de la vida americana en sus comentarios.

Martí tiene una estética propia. Se ha dicho de Martí que es uno de los precursores de la escuela Modernista hispanoamericana. En rigor podríamos situarlo en la confluencia de los modernistas y los románticos pero con un matiz muy personal. Martí tiene constante la tendencia de colocar en plano realmente preferente el sentimiento, la emoción sobre el pensamiento, pero su romanticismo es un romanticismo que se disimula, no da lugar a aspavientos ni a cursilerías, su buen gusto siempre lo pone a salvo. El sentimiento de Martí como precursor del Modernismo es reconocido por el propio Rubén Darío. Conoce a Martí, lo invita a escucharlo en un mítin histórico en

Tamammy Hall, en Nueva York; entonces Martí expone una de esas concepciones modernistas del apóstol a la que Darío ha dedicado uno de los capítulos a edificar la figura de Martí. Darío ha escrito distintos ensayos sobre el profeta y el apóstol cubano. A Darío le sorprende en Martí el gran orador. La oratoria de Martí no es de tipo retórico. Ahora leemos sus discursos y nos impresiona el rigor algo tropical de su estilo. Martí es sobre todo un tipo elocuente que mueve a la acción, tiene un evangelio de la oratoria. Las palabras están de más, dice Martí, en este evangelio cuando no propugnan, cuando no defienden, cuando no atraen, cuando no añaden. Oyéndolo algún comentarista nos evoca su presencia: "se pone la mano derecha a la espalda, parecía tener allí el carcaj lleno de flechas, accionaba con la mano izquierda". "Tal parecía", dice el comentarista, "como si fuera a clavar en tierra una bandera o a marcar a sus amigos el camino de la libertad".

Pero la suya no era oratoria de palabrería tropical: era incitación a la acción; era llamada a la lucha; era una forma de militancia. En Martí, el poeta y el orador forman una unidad. Su estética se proyecta lo mismo en sus discursos que en su poesía, es una estética de lo sencillo. "Nada sale de mí", dice, "que sea recalentado, sofisticado o artificioso, todo es directo". Véase:

[Poesía] O nos condenan juntos
o nos salvamos los dos.

Al referirse a la sustancia interior de su poesía, de qué está hecha su poesía dice: "Es del acero con que está fundida la espada". Es la suya una poesía viril, de combate, americana, más que Modernista o Romántico, es un clásico de la americanidad. No hay preocupación americana que no haya tenido él. Es interesante, por ejemplo cómo hace un llamado a los pintores mexicanos para tratar sus temas de tipo natural, de asuntos mexicanos.

Efectivamente, Martí es un precursor, es un esteta de las nuevas formas pictóricas del México contemporáneo. En su obra encontramos ciertos aspectos típicos del misterio, de la interrogación que hay en los murales de Bonampak, en la pintura magnífica de José Clemente Orozco, incorporando a sus muros de sombra el pensamiento del indio. Entendió a nuestros indios; simpatizó profunda-

mente con ellos, con la sinventura raza indígena. "América no echará a andar hasta que comience a andar el indio". Se dio cuenta de la capacidad creadora del indio. Para él no se explica América sin la entraña indígena. Esa es una de las fuerzas vitales de su mensaje.

Martí padeció toda clase de sinsabores; luchó a través de todos los sacrificios: la pobreza, el presidio, la persecución, el trabajo duro, el destierro. A nadie temía que no fuera la incomprensión de las gentes. Pobre, vivió en España, en México, en Venezuela, en Guatemala, en Nueva York. A la ciudad de hierro habría de conocerla a fondo. Allí lleva contabilidades; es empleado de comercio; se pierde en las masas oscuras como un individuo sin relieve en forma gris; es el trabajador que tiene que subsistir pero que por encima de la dura cadena de cada día habrá de levantar la luz.

Martí trabajador, hombre pobre, se enfrenta a su destino. El periodismo diario lo tiene también sujeto a sus páginas; escribe innumerable correspondencia; mantiene contacto con los periódicos de México; llega a ser articulista permanente de **El popular**, periódico de Buenos Aires. Ya hemos dicho también cómo trabajó con los pies desnudos sobre la cal viva y cómo el presidio le dejó las huellas de una enfermedad que acabó con su vida. Martí muere ciertamente en lucha por la patria pero está intensamente minado por la tuberculosis y tiene un cáncer que lo hace sufrir terriblemente, un tumor que habría de operarse inútilmente en distintas ocasiones; conoce también lo que es el destierro. La mayor parte de la vida de Martí transcurre en el exilio. Vivir fuera de la patria es morir mutilado. El hombre encuentra una especie de integración de su ser en el país de donde es nativo. La patria no es una concepción agresiva, no es una mentalidad de sojuzgamiento de otros pueblos o de otras mentalidades, la patria es un modo de ser, un sello espiritual inconfundible; por eso no hay castigo más riguroso que el destierro, castigo propio de déspotas. Nadie sufrió más directamente el destierro que Martí. En América hubo también grandes desterrados: Sarmiento; pero Sarmiento era joven y tenía una naturaleza bravía y vigorosa. Cuando fue desterrado Montalvo, era un gran señor, un aristócrata para quien el destierro le permitía trabajar su obra en forma cada vez más amplia y así le sirvió para su aprovechamiento estético. Los hombres de la Reforma tuvieron su destierro difícil, pero pudieron volver a la patria. El destierro fue gran parte de su

vida. Es en América el mejor descendiente del Alighieri. **La Divina Comedia** no se habría escrito sin el recuerdo del destierro, sin la miseria, sin el sufrimiento, sin aquella tremenda crisis, que pasa el poeta florentino fuera de su ciudad natal en Bolonia, Forlì y Luca. Quizá la obra de Martí no tendría el vigor, la tortura, la inquietud profunda que alcanzan todas sus páginas, sin esta prueba tremenda del destierro. A la raza de los grandes desterrados, a la estirpe de los nostálgicos y a los inconformes pertenece Martí. Es un precursor de muchas formas modernas, políticas y literarias, es un poeta que podríamos catalogar de popularista asomándonos a su inquietud social. Su poesía popularista está trazando constantemente las manifestaciones locales más delicadas. Por eso él dice en una forma reveladora de su calidad humana:

Cuando me viene el olor
de la tierra generosa,
no pienso en Blanca ni en Rosa
ni en lo grande del honor.
Pienso en el viejo artillero
que está en la tumba callado;
pienso en mi padre, el soldado,
pienso en mi padre, el obrero.

Obrero, soldado, como su padre fue Martí: obrero de las mejores empresas americanas; soldado de la liberalidad y no del liberalismo que es transitorio; soldado de la causa de los humildes; soldado de la fe en América.

En Martí encontramos siempre una disposición para la muerte. Es como dice Unamuno, el filósofo español, un agonista. Está siempre en trance de morir. Preparándose para morir vive su vida, vida con hondo sentido trágico, vida que se consume como una llama al servicio de los valores del espíritu. Por eso el homenaje a Martí es un homenaje a lo mejor de América. Él resolvió su conflicto interior en forma victoriosa, porque el conflicto interior de Martí es el choque entre el apóstol y el poeta. El poeta busca la contemplación por la contemplación misma. En un propósito de dominio el apóstol sirve una misión, cumple un propósito. El poeta canta a la aurora a través de la salutación de la alondra o bien comprende el valor ingenuo que tiene la belleza de la fuente escondida en la espesura del

bosque. El poeta que va a luchar con el apóstol resuelve su conflicto interior escribiendo su mejor poema con su vida que es su muerte completa. La muerte de Martí es el epílogo lógico de una gran vida ejemplar, vida digna de haber sido escrita por Romain Rolland, la habría colocado el humanista francés al lado de la de los grandes, al lado de Miguel Angel, de la de Tolstoi, de la de Francisco Vitoria, de la de Beethoven. Martí tuvo lo mejor de los grandes de nuestra raza: de Francisco Vitoria, el español que sostuvo por primera vez la categoría injusta de la guerra; que defendió el valor racial del indio; de Fray Bartolomé de las Casas y de Vasco de Quiroga, los misioneros excelsos, los cristianos auténticos. Tuvo el sello de la voluntad de Juárez. Martí fue un gran admirador de los juaristas y del propio Juárez, además, el espíritu educador de Sarmiento, el sentido clásico de Montalvo, el glorioso jacobinismo de Manuel González Prada. En Martí se funden las mejores tradiciones hispanoamericanas, por eso lo proclamamos nuestro. Martí es un patrimonio de todos los americanos. Él, Martí, comprendió a los débiles, a los perseguidos, defendió las causas justas, lo que él llamó políticamente el derecho de error. Amó a los niños; para los niños escribió su periódico **La edad de oro** e **Ismaelillo**. Habló de la niñez como la edad de oro de que hablaba Novalis. Ahí donde hay un niño hay una edad de oro, estrella de gracia, de frescura; los periódicos de Martí son por eso clásicos filones perdurables.

El gran agonista está vivo, pertenece no a la vida que pasa sino a la vida que dura, que decía Unamuno. Es batallador, limpio como un arcángel, como dice el elogio de la Mistral, su ejemplo habrá de marcar la ruta a los jóvenes de todos los tiempos. En esta tierra pasaremos nosotros, pasarán las generaciones que nos sucedan y la gloria de Martí perdurará más allá de los ismos porque ha dicho las palabras más generosas, porque ha representado las búsquedas más altas, más allá de los ismos.

En esta época deshumanizada en que los gobiernos tienden al despotismo, Martí está cerca de nosotros, lo sentimos próximo, es una voz de aliento, una palabra de esperanza. Nadie en América ha hablado palabras más nobles:

La venganza es inmoral, el odio es inútil. Sólo la superioridad moral nos otorga el triunfo sobre el adversario.

Las palabras de Martí son el mejor término para mi plática de esta mañana y que el ejemplo de Martí perdure en los jóvenes y marque en ellos la luz y el camino.

JOSÉ MARTÍ, LIBERTADOR AMERICANO

por Ernesto Madero

Tan apasionante es la figura de Martí, que apenas medio siglo después de su muerte, su vida puede considerarse totalmente investigada y reconstruida. No solamente por los numerosos volúmenes que sobre él se han escrito, tanto biográficos como de ensayo y crítica en torno a su poesía y a su prosa; sino porque, al correr de los últimos cincuenta años, ha sido posible ordenar y publicar cuanto salió de su pluma, tan infatigable en el trabajo como extraordinaria en su calidad literaria. Es posible que queden todavía en las páginas de algún diario o revista del último tercio del siglo pasado [XIX], editoriales o artículos de Martí; tal vez en México mismo, en las páginas de **El Federalista** o de la **Revista Universal**, pudieran encontrarse algunos renglones martianos, escapados al ojo investigador de sus biógrafos. Pero el grueso de la producción martiana, se encuentra recogida y publicada en un total aproximado de cincuenta volúmenes: es decir, aquel hombre que murió apenas al cumplir cuarenta y dos años, dejó escritos cuando menos un medio centenar de libros; y entre todos ellos, no hay renglón vano, ni párrafo inútil, ni página que no encierre un alto valor literario, o una enseñanza ejemplar para los hombres y los pueblos americanos.

Hace cien años, el 28 de enero de 1853, nació Martí en La Habana; y murió el 19 de mayo de 1895, en la batalla de Dos Ríos. Su vida fue brevísima; pero su obra, tanto en el campo de las letras como en el de la actividad política, resultó completa y perfecta. En el terreno de las letras fue todo un maestro: poeta, periodista, autor dramático, traductor, corresponsal de los diarios más importantes de su época; conferencista y orador de fuerza desbocada e incontenible. Y en el campo de la actividad política, su tarea tuvo alcances gigantescos y asombrosos: siendo casi un niño inició la lucha por la independencia de su Patria, y esa lucha sólo terminó con la muerte, en pleno campo de batalla, y con la independencia de Cuba.

Una vida tan rica, tan fértil, tan múltiple y llena de facetas, puede ser estudiada desde numerosos puntos de vista. Y así se ha hecho en realidad: existen ya innumerables estudios y ensayos sobre la poesía de Martí; su prosa; sus traducciones; su labor periodística

y el ejercicio del magisterio, que cumplió con gran éxito en la Escuela Normal de Guatemala; existen también ensayos sobre su oratoria: en efecto, Martí era un orador de tal fuerza que la fama de sus discursos voló por encima de las fronteras y se extendió por toda la América, llegando naturalmente a España, la Metrópoli que seguía sojuzgando a la isla de Cuba.

En nuestro medio, bastaría leer uno de los periódicos de la época en que Martí vivió en México, para darse cuenta de su palabra arrebatadora. El periódico **El federalista** publicó el siguiente comentario después de una conferencia pronunciada por Martí desde la tribuna del **Liceo Hidalgo**:

Cuanto de su discurso pudiéramos decir sería pálido.

Y el periódico **El Eco de Ambos Mundos**, también publicado aquí, en la Ciudad de México, comentó en ese mismo año de 1875:

Este joven sería terrible en la plaza pública a la hora de una conmoción popular.

Por lo que respecta a la calidad poética de Martí, es bien sabido que se le considera como una cumbre indiscutible de las letras americanas. Y más aún: Martí, en plena juventud, no sólo revela a la poesía, saltando hacia el Modernismo y rompiendo los viejos moldes del Romanticismo, que durante su estancia en México, representaban los hombres de la generación de Manuel Acuña.

Grande es la figura y la obra de Martí en el mundo de las letras hispanoamericanas. Pero su vida y su obra —esta es mi opinión humilde y llena de devoción por el Mártir de Dos Ríos— ha de admirarse y exaltarse por ser una obra y una vida íntegramente dedicadas a una causa libertadora.

¿Fue profunda su huella en la poesía? ¿Fue notable su creación literaria en los diarios de Cuba, de México, de los Estados Unidos, de Guatemala, de la Argentina, del Uruguay, de Venezuela? Es verdad: pero su obra principal, la razón misma de su vida, hemos de encontrarla en la tarea que se echó a cuestras, de libentar primero a Cuba del yugo español; y después, a su esfuerzo por prevenir y librar a nuestros pueblos de un peligro más grande todavía: el peligro del imperialismo norteamericano, en el que Martí vio siempre, y con

justeza, una amenaza de muerte a la independencia, a la dignidad, a la existencia misma de nuestros países atrasados, desamparados.

I. LA INICIACIÓN

El presente ensayo tiende a ofrecer una visión general de la vida de Martí, señalando cómo se advierte, desde sus primeros años, el impulso libertador que latía en sus venas, en sus escritos, en sus palabras.

Nació Martí en una humilde casa habanera en la antigua calle de Paula, hijo de un pobre matrimonio español. Su padre, don Mariano Martí, venía de España, de Valencia, y había llegado a Cuba luciendo galones del ejército español. La madre, doña Leonor Pérez, venía de las Islas Canarias. Apenas ganaba el viejo sargento don Mariano Martí, lo suficiente para sostener aquel modestísimo hogar.

La niñez de Martí transcurrió, como es fácil comprender, en un ambiente de estrechez económica que en más de una ocasión estuvo a punto de frustrar sus propósitos de elevación, de estudio, de dedicación a tareas más nobles que la de sustentarse mediante el desquite de un salario esclavizante.

Una señalada fortuna tuvo Martí en su niñez: aprender las primeras letras junto a un gran maestro —José María de Mendive— quien descubrió en él, desde que tenía trece años una inteligencia abierta y un espíritu sensible. Mendive fue no solamente un gran maestro cubano, sino también un hombre empeñado en buscar mejores condiciones para Cuba. Entre sus discípulos, sembraba la semilla del amor a la Patria; y poco a poco hacía nacer en ellos la esperanza de sacudirse un día el yugo español.

Para las autoridades coloniales de la Isla, alertas a todo indicio insurgente, el maestro Mendive resultaba un cubano peligroso. Y un día de enero de 1869, Mendive fue arrestado bajo la acusación de haber inspirado ciertas demostraciones antiespañolas. Encarcelado el maestro, José Martí se sintió de pronto desamparado; pero para entonces, había comenzado ya a luchar: al día siguiente del encarcelamiento de Mendive, apareció un periódico bautizado con el nombre de **La Patria Libre**. Naturalmente, ese periódico no pudo vivir en aquel ambiente enrarecido; pero, en el único número que lograron sacar a la circulación, apareció un poema dramático de

Martí con el título de **Abdala** y "escrito expresamente para **La Patria Libre**", esta anotación fue puesta por Martí con letras mayúsculas, lo cual provocó la ira de las autoridades. A semejante audacia, se sumaba un soneto de Martí, intitulado **Diez de octubre**, escrito en homenaje al levantamiento insurgente iniciado tres meses antes por el patriota Carlos Manuel de Céspedes.

II. CADENAS Y GRILLETES

Esos poemas y aquellos primeros trabajos periodísticos, los escribió Martí poco antes de cumplir diecisiete años. Era ya posible advertir su vocación de gran poeta y formidable escritor. Pero cuando se sabe escribir, y además se tienen arrestos para enfrentarse a la tiranía, la vocación del hombre más grande: las letras y la inteligencia no son sino armas para forjar un destino superior. Y este era el caso de Martí: en octubre de ese mismo año de 1869, siendo un muchacho que aún no llegaba a los diecisiete años de edad es arrestado por "sospechas de infidencia", y un Consejo de Guerra sentencia a aquel niño a seis años de presidio.

Durante su primer año de presidiario, Martí conoció los tormentos morales y físicos del trabajo forzado; era débil y enfermo, y sin embargo, se le ataron cadenas de la cintura a los pies, y se le llevó a las canteras de San Lázaro, a romper piedras y extraer cal, bajo el sol inclemente del trópico habanero. De aquel martirio, Martí salió marcado para siempre: una hernia que habría de lastimarlo durante todo el resto de su vida; y en los tobillos, la huella de los grilletes brutales con que la España de entonces —como la España franquista de hoy— sujetaba a los hombres dignos y a los patriotas.

Allí, en el presidio de La Habana, en las canteras de San Lázaro y después en la reclusión de la temida Isla de Pinos, José Martí forjó sus primeras armas como libertador. No se doblegó bajo el látigo de los capataces en las canteras; soportó el dolor de los grilletes y las cadenas; trabajó con el agua hasta la cintura; limpió calladamente sus llagas purulentas; y cuando el Consejo de Guerra preguntó quién era el autor de un documento que se consideraba suficientemente comprometedor, como para sufrir la pena de muerte, Martí se atribuyó la paternidad de dicho documento, para salvar la vida de un amigo.

Aun en los momentos de mayor tensión, Martí tenía su pluma lista para la poesía. Horas antes de ser conducido a presidio escribió estos versos sencillos:

Voy a una casa inmensa en que me han dicho
que es la vida expirar.
La Patria allí me lleva. Por la Patria
morir, es gozar más.

Aquel muchacho de diecisiete años, no hubiera podido resistir físicamente la vida de presidio. Hay un detalle, tiernamente conmovedor: la madre de Martí, burlando la vigilancia de los carceleros, le mandó unas pequeñas almohaditas para que se las colocara en los tobillos, para aliviarse el roce tremendo de los grilletes.

III. MARTÍ EN ESPAÑA

Afortunadamente, una larga serie de gestiones logró la libertad de Martí, poco tiempo después de cumplir un año de condena. Entonces, lo desterraron a España. Esa era la costumbre de la época: a los cubanos sospechosos se les sacaba de Cuba y se les enviaba a Madrid, al corazón mismo de la Metrópoli, en donde podían vivir en relativa libertad, lejos de su tierra y siempre vigilados por la policía.

Llegado a Madrid, Martí se matriculó en la Universidad Central, tomando clases de Derecho Romano, Derecho Político y Administrativo y Economía. Cursó después Derecho Mercantil y Derecho Penal. Resultó un estudiante brillantísimo. Hubiera podido abrirse paso como abogado; pero para él la lucha por la libertad de Cuba era más importante. Publicó entonces un breve libro **El presidio político en Cuba**, denunciando la esclavitud de su Patria. La lectura de **El presidio político** levantó un verdadero revuelo en las redacciones de los diarios madrileños, en los corrillos políticos y aun en las Cortes. Los españoles republicanos felicitan a Martí y los cubanos residentes en la Metrópoli, descubren un verdadero ganador en aquel joven compatriota.

Poco después, a principios de 1872, se produjo la abdicación de Amadeo de Saboya, aquel rey postizo, traído de Italia dos años antes, y el 11 de febrero, las Cortes proclamaron la Primera República Española. saltaron a la palestra el viejo Pi y Margall, Salmerón, Estébanez, Figueras... y por unos momentos, implantada la República

en España, pareció abrirse un camino distinto para los destinos de Cuba.

Martí aprovechó la coyuntura con una precisión asombrosa. No hay duda de que había calculado el curso de los acontecimientos: cuatro días después de proclamada la República, circulaba por Madrid, causando extraordinaria sorpresa, su folleto **La República Española ante la Revolución Cubana**. El presidente del Gobierno, don Estanislao Figueras, leyó con asombro aquel vibrante documento político, escrito según le informaron, "por un jovencito de diecinueve años". Martí analizaba con verdadera maestría la situación política que se había creado con el nacimiento de la Primera República Española, y preguntaba a los hombres de la Metrópoli:

...si Cuba proclama su independencia por el mismo derecho que se proclamó la República, ¿cómo ha de negar la República a Cuba su derecho de ser libre, que es el mismo que ella usó para serlo? ¿Cómo ha de negarse a sí misma la República?

Aquella dialéctica irrefutable, puso en un brete a los republicanos españoles. Porque, salvo algunas excepciones, querían república y libertad para España; independencia y progreso para España; democracia y sufragio para España; pero... tratándose del último pedazo de sus colonias en el Nuevo Mundo, tratándose de Cuba, se aferraban a la Isla y no querían soltar prenda.

Afortunadamente, Martí no se hacía ilusiones. Había asistido con gran emoción a la asamblea en que se había proclamado la República; pero se había abstenido de aplaudir, cuando el famoso liberal don Cristino Martos, lanzó vivas a la República que nacía, al mismo tiempo que hablaba de "la integridad de la Patria y de Cuba española..."

Convencido de que no podía esperar mucho de los nuevos políticos republicanos, Martí decidió salir de Madrid y se trasladó a Zaragoza, inscribiéndose inmediatamente en la Universidad.

Resulta asombroso revisar su proceso de estudio y graduación: de mayo de 1873 a septiembre de 1874 –es decir, en menos de año y medio– se examina en Derecho Romano, Economía Política, Derecho Mercantil y Penal, Derecho Canónico, Lengua Griega, Literatura Clásica y Griega, Historia, Metafísica, Historia de España, Lengua Hebrea y Estudios Críticos sobre Autores Griegos.

En todos sus exámenes alcanzó las más altas calificaciones y recibió, en una misma semana, los títulos de bachiller y abogado.

IV. EN MÉXICO, TIERRA LIBRE

Sus armas académicas estaban forjadas y templadas. Nada tenía que hacer en España. En cambio, sabía que de este lado del mar, en México, encontraría una tierra mejor; una atmósfera más propicia para el desarrollo de su verdadera vocación libertadora. Cuando las autoridades españolas abrieron los ojos, Martí venía a bordo del vapor **Ciudad de Mérida**, camino de Veracruz.

Llegó a nuestras playas en febrero de 1875. Y a las tres semanas de vivir en la ciudad de México, apareció su primer artículo en las páginas de la **Revista Universal**, en donde desde luego obtuvo una plaza de redactor. Un mes más tarde, asombró a la intelectualidad capitalina, al pronunciar una conferencia en la tribuna del Liceo Hidalgo sobre **Espiritualismo y Materialismo**, que era el tema obligado de la época. Hay que advertir que en ese año de 1875, florecía en nuestro país la semilla liberal sembrada por Juárez, y fortalecida por el Presidente Lerdo de Tejada.

Tal vez nunca han vuelto a participar en nuestra vida pública intelectuales tan destacados y capaces: el propio Lerdo de Tejada; Guillermo Prieto; Ignacio Ramírez; Altamirano; José Gorostiza; José Vicente Villada; Manuel Mercado; Juan de Dios Peza; Justo Sierra y tantos más. Algunos de aquellos mexicanos, compañeros de Martí en la redacción de los periódicos, habrían de dejar honda huella en nuestra historia y en nuestras letras. Y sin embargo, el joven cubano que apenas llegaba a los veintidós años, jamás estuvo a nivel que desmereciera junto al brillante grupo que formaban aquellos intelectuales, partícipes o herederos inmediatos de las luchas de Reforma.

Más todavía: los escritos de Martí en la **Revista Universal**, no son la colaboración simple de una pluma que se inicia en el periodismo, sino que en cada línea encierran una lección de patriotismo, una advertencia oportuna de los peligros internos y externos que amenazaban a nuestro país; una esperanza en un mundo de justicia.

Con el seudónimo de **Orestes**, Martí inició la publicación de una columna permanente en la **Revista Universal**. Y la primera de

esas colaboraciones la dedicó precisamente a enaltecer la celebración del 5 de mayo. Y no hablaba Martí como un extranjero recién llegado, que busca horizontes y rumbos, sino como un político cuajado, que sabe lo que quiere y que conoce y siente en todas sus aristas el arraigado patriotismo de los mexicanos. No tiene en Cuba Patria Libre a la que cantar y dirigir. Su deber, mientras llegan los días en que pondrá a prueba sus fuerzas de libertador, será el de servir a México para que no pierda el rumbo.

Estas son las palabras con que Martí inicia su elogio del 5 de mayo:

El culto es una necesidad para los pueblos. Extinguido por ventura el culto irracional, el culto de la razón comienza ahora.

Bien hace el pueblo mexicano en celebrar el día en que el enemigo de su libertad fue atacado y abatido: esta fiesta no significa odio, esta fiesta significa independencia, patria.

Y escribía después Martí, asombrado de ver que uno de los mejores discursos de aquel 5 de mayo, había sido pronunciado por un indio descalzo:

Es bello que los niños pobres formen en la procesión del 5 de mayo: los hijos de la pobreza deben ir a la escuela de la gloria. Es bello que los indígenas descalzos repitan las ideas que consagran sus derechos: es bello que el pueblo tenga absoluto y pleno concepto de su dignidad y de su honra.

Todavía le queda tiempo a Martí para dedicarse a la literatura: en diciembre de 1875, se estrena en el "Teatro Principal", de las calles de Bolívar, su obra **Amor con amor se paga**. Y en los salones de moda, en los que se reunía la flor literaria de la época, sus poemas alcanzaban también gran éxito.

Apenas un año de trabajo, dio a Martí gloria y fama literaria en nuestro México de 1875. Y si se hubiera dejado llevar por la corriente, tal vez se hubiera convertido en hombre de fortuna; pero no tardó en presentarse al joven cubano una nueva oportunidad de poner a prueba su hombría, su honradez, su vocación de hombre libre y de libertador.

V. FRENTE AL SOLDADÓN DE OAXACA

Le tocó a Martí vivir en México un período en verdad dramático. Riva Palacio atacaba con violencia al gobierno de Lerdo de Tejada. Porfirio Díaz y Donato Guerra, impetuosos y jóvenes, afilaban el machete. Al iniciarse 1876, casi toda la prensa había tomado partido y publicado sin recato los llamados de Porfirio Díaz a la rebelión. Lerdo de Tejada pudo sostenerse en el poder diez meses más, pero ya en completa desbandada. Hasta que por fin, el 24 de octubre de ese año Porfirio Díaz se apoderó de la capital y del poder.

Antes de que el soldadón de Oaxaca entrara a la capital, Martí presentía el triunfo de la violencia y escribió palabras realmente proféticas:

En la formación de los pueblos se empieza por la guerra, se continúa con la tiranía, se siembra con la revolución... y se afianza con la paz.

Yo encuentro en estas frases de Martí, una imagen completa del México que entonces se estaba forjando.

"Se empieza por la guerra", las tropas de Díaz estaban a punto de tomar la capital.

"Se continúa con la tiranía", advirtió Martí, como anunciando el tercio de siglo que habría de durar aquel oaxaqueño bronco, en la silla presidencial.

"Se siembra con la Revolución", profetizó Martí en aquel año, cuando Francisco I. Madero, era un niño de tres años, en su hacienda de "El Rosario".

Aunque Martí había defendido con su pluma la causa lerdista, fácil le hubiera sido acomodarse bajo el nuevo régimen. A lo largo de nuestra historia –y para precisarlo mejor, a cada cambio de gobierno– es muy fácil advertir cómo la inteligencia, las voluntades, y en muchos, el decoro, se van entregando poco a poco al nuevo mandatario.

También en aquella ocasión, derrotado Lerdo de Tejada, y encaramado don Porfirio en la silla presidencial, la mayoría de los intelectuales se acercaron al sol que más calentaba. Quienes habían servido en sus días de gloria a don Sebastián, se ponían ahora a las órdenes de don Porfirio.

En aquellos momentos decisivos, Martí dio una lección de dignidad y de vergüenza a muchos de los intelectuales mexicanos de su época, que se vendieron a la dictadura porfirista y acabaron, como en el caso de Justo Sierra, sirviendo de lacayos a la dictadura.

Martí, en cambio, no estaba para inclinaciones ante los poderosos, ni para recibir dádivas de los nuevos mandones castrenses; prefirió la pobreza y abandonó el país, rumbo a Guatemala. Pero, a tiempo, dejó escrito su pensamiento:

Se levanta un hombre sobre la gran voluntad múltiple de todos los hombres; mi voluntad ingobernable se ve gobernada por una altanera voluntad... pero cuando las voluntades son burladas, olvidada la conciencia, irrespetado el propio fuero, las leyes suspendidas... la indignación me arrebató.

(...)

Por eso me sentí como herido en el pecho, la tarde en que a la luz opaca del crepúsculo, porque el sol mismo le negaba sus luces, leí aquel documento inolvidable en que un hombre se declaró, por su exclusiva voluntad, señor de hombres; por eso, cercano ya el día de mi despedida, tomé amorosamente la pluma de la indignación.

Y decía después:

No reclamé ciudadanía cuando ella me hubiera servido para lisonjear mejor al poderoso; no hablé de amor a México cuando la gratitud hubiera parecido servil halago y humillante súplica; (...) ahora que de él me alejo; ahora que de él nada espero; ahora que el olvido de las más sagradas leyes suspende una amenaza sobre el que no ha de aprovechar ni hacer valer nunca estas desgracias, porque no se queda en México para guardar día de provechos; ahora... yo reclamo mi parte, me ingiero en estas penas, naturalizo mi espíritu, traigo mi voluntad de hombre lastimado, mi dignidad de soberbia conciencia.

Al finalizar este escrito, Martí daba a la opinión pública una explicación más de su actitud:

Esta explicación no es para los que me la piden; que los que son capaces de pedirla, no merecen oírla; hay distintas maneras de responder a las gentes, para algo hizo la naturaleza los pies diferentes de las manos.

Y aunque la naciente dictadura porfirista comenzaba a ahogar todos los pensamientos, Martí se irguió para decir:

¿Qué mueve esos ejércitos? ¿Quién desangra a este pueblo? (...) Es que una facción quiere a toda costa levantar a su caudillo a la Presidencia definitiva de la República; es que una falange de partidarios asiste a su jefe y le extravía; es que un grupo de voluntades desordenadas han hecho garra en el corazón destrozado del país.

Luego estas palabras proféticas:

Treinta mil hombres, acaso más, combatirán en la próxima campaña; rodarán de una montaña, se extenderán en una llanura, se cruzarán los ayes con las balas, los pensamientos de los hombres morirán bajo los cascos de los caballos... y después... de la matanza bárbara... ¿flotará solo, sobre el mar de oscura púrpura, un hombre triunfador y sonriente, feliz estatua en pedestal de mexicanos?

Desafiando el poder de la dictadura, Martí, hizo también esta denuncia, que en más de una ocasión ha vuelto a tener actualidad en la historia de México:

Una revolución es necesaria todavía: la que no haga Presidente a su caudillo; la revolución contra todas las revoluciones: el levantamiento de los hombres pacíficos, una vez soldados, para que ni ellos ni nadie vuelva a serlo jamás.

VI. PEREGRINAJE A GUATEMALA

Martí abandonó México y se dirigió a Guatemala, en donde le ofrecieron algunas cátedras en la Escuela Normal. También allá, en la tierra virgen del quetzal, el cubano batallador encontró manos amigas. Enseñó literatura francesa, inglesa, italiana y alemana: dio un notable curso de Historia de la Filosofía: fundó la famosa **Revista Guatemalteca** y lo hicieron presidente de la sociedad literaria **El Porvenir**. Como podemos observar, era un hombre infatigable; no se daba un minuto de reposo. Pero toda aquella actividad, seguía siendo para Martí el prólogo necesario a la gran tarea de su vida. Por eso, al

llegar por primera vez a Guatemala, anunció sus propósitos, diciendo:

Vengo a comunicar lo poco que sé, y a aprender mucho que no sé todavía. Vengo a ahogar mi dolor por no estar luchando en los campos de mi patria, en los consuelos de un trabajo honrado y en las preparaciones para un combate vigoroso. Hay una gran política universal, y esa sí es la mía, y la haré: la de las nuevas doctrinas.

Igual que en México, Martí recibió en Guatemala los más altos honores que podían dispensarse a un extranjero. Pero tampoco allá, en aquella tierra a la que justamente se llamaba "de la eterna primavera y de la eterna dictadura", aquel cubano de espíritu libre y rebelde, podía sentirse definitivamente asentado.

Gobernaba por entonces un general típicamente latinoamericano, don Justo Rufino Barrios. Pero en honor suyo, hay que decir que a pesar de ser general, no estaba peleado con la cultura. Por el contrario: llevaba cinco años en el poder, manteniendo a raya a los clericales reaccionarios y tratando de dar impulsos liberales a la Universidad. Poco entendía don Justo Rufino Barrios de Latines y literaturas; pero le interesaba el progreso de su país y se empeñaba en abrir nuevas escuelas. El Presidente Barrios, era como esos rancheros que, a empellones mandan a sus hijos a la escuela para que se conviertan en hombres de bien.

Pero en el fondo, como todos, o casi todos los generales latinoamericanos, don Justo Rufino Barrios traía los instintos de un dictador debajo de la camisa. Y aquellos instintos de violencia acabaron por estallar: le avisaron a don Justo Rufino que los clericales atentaban contra su vida, y él solo, sin escolta, se encaminó hasta el lugar donde se reunían los conspiradores, los sacó a fuetazos y luego ordenó su fusilamiento en la Plaza de Armas, a la vista del pueblo.

Martí no quiso seguir viviendo en aquel ambiente de violencia tropical y se decidió a volver a Cuba donde la situación estaba más en calma y ya se le permitía regresar. Pudo vivir en La Habana cerca de un año hasta que la policía volvió a encarcelarlo por sospechas de conspiración y otra vez lo mandaron desterrado a España.

Para entonces, Martí estaba ya en contacto con todas las

fuerzas subterráneas que aspiraban a libertar a Cuba. Llegó desterrado a España, pero a los dos meses burló la vigilancia policíaca; escapó a Francia y luego a Nueva York, en donde vivió por espacio de casi quince años, íntegramente dedicado a preparar la guerra de independencia.

VII. POR TIERRAS DE AMÉRICA

La actividad de Martí en esos tres lustros, vista ahora en su conjunto, resulta positivamente asombrosa: los artículos, discursos, proclamas de Martí; sus poemas y escritos literarios; sus cartas enviadas a todos los países, en preparación de la guerra de independencia, se encierran ahora en más de cincuenta volúmenes. Al mismo tiempo, escribía para los diarios **The Sun**, **The Hour**, el **Evening Post**, la revista **América** y **El Latinoamericano** de Estados Unidos; para el diario **La Opinión Nacional** de Caracas; para **La Nación** de Buenos Aires; para el periódico **El Partido Liberal** de México; tradujo las más notables novelas norteamericanas de su tiempo; tradujo a Víctor Hugo, a quien había conocido en París; hizo la versión española del **Tratado de Lógica** de Stanley Jevons; ocupaba al mismo tiempo el cargo de Cónsul de Argentina. Cónsul del Uruguay y Cónsul de Paraguay en Nueva York. Y cumpliendo todas estas tareas agobiadoras, viajó miles y miles de kilómetros, aunando voluntades para ponerlas al servicio de Cuba.

Martí decía de sí mismo, que vivía como "montado en un relámpago". En efecto: viajó constantemente de Nueva York a Filadelfia, Tampa, Cayo Hueso, Santo Domingo, Haití, Jamaica, Panamá, Venezuela, Costa Rica, Puerto Limón, Punta Arenas, Belice y México. Y estos viajes los repitió una y dos veces, para conferenciar y unificar a los varios caudillos de la insurgencia cubana.

Aquella actividad llena de sacrificios y respaldada por un vivir honrado y limpio, convirtieron a Martí en el jefe indiscutible de la liberación de Cuba. En su modestia, Martí se apartaba de la publicidad innecesaria; pero íntimamente, sabía que en sus manos estaba la continuación de la obra de Hidalgo y de Morelos; de Bolívar y de Juárez. Describiendo su llegada a Caracas, Martí dejó estos renglones: hermosos desde el punto de vista literario y emocionante desde el ángulo de la historia:

Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba adonde la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo.

El amor de Martí por los pueblos latinoamericanos se manifestaba en todos sus escritos. Pero México, era el país de su predilección: aquí conoció por primera vez la libertad y el valor de una amistad verdadera; en el generoso Manuel Mercado, un mexicano ilustre que se convirtió en el apoyo más firme del Apóstol cubano; aquí recibió sus primeros honores; aquí se enamoró de Rosario "la de Acuña"; y también aquí, en la Capilla del Sagrario, junto a Catedral, contrajo matrimonio con Carmen Zayas Bazán. México era para Martí, como él mismo lo decía: "una patria más grande".

Por eso durante su estancia en Nueva York, estuvo siempre en guardia para defender a México del ataque y de la calumnia norteamericanos. Después de todos aquellos años de lucha, Martí sabía que una vez liquidado el yugo español, nuestros pueblos tendrían que enfrentarse a un peligro más grande: el del imperialismo norteamericano. Sobre la amenaza del norte a la dignidad de nuestros pueblos. Martí escribió constantemente. Alguna vez, Martí escribió para México una advertencia tremenda. No he podido encontrar el texto exacto, pero lo reconstruyo de memoria, seguro de no alterar su estructura original. Decía Martí:

Oh, México querido; México adorado. Ve los peligros que te acechan. Por el Norte, un vecino avieso se cuaja... tú le entenderás, tú le ordenarás... yo habré muerto ¡oh México!, por defenderte. Pero si un día no fueses digno de tu deber continental, yo lloraría debajo de la tierra, clavado en mi ataúd, como un hijo que mira cómo un gusano le roe a la madre las entrañas y mis huesos se convertirían en velas de hierro para lanzas.

Martí se enfrenta a los Estados Unidos, ya para entonces, en pleno poder de expansión económica. Tal vez, nunca descubrió Martí con mayor tino las ambiciones norteamericanas, como cuando dijo, hablando de los Estados Unidos:

He vivido en el monstruo, y le conozco las entrañas.

Y cuando en otra ocasión en periódicos de los Estados Unidos se denigraba a México, Martí escribió párrafos que todos los mexicanos deberíamos aprender de memoria y llevar grabados en nuestro corazón:

Los que, al amparo de una tradición criminal cercenaron... con el sable la tierra del hermano vencido, del hermano castigado más allá de sus culpas, si no quieren que les llame el pueblo ladrones, devuélvanle sus tierras al hermano.

Luego insistía en su advertencia:

El desdén del vecino formidable, que no lo conoce, es el peligro mayor de nuestra América: y urge, porque el día de la visita está próxima, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. (...) Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles y otra para quien les dice a tiempo la verdad.

Más adelante, en 1891, parece que Martí adivinaba lo que habría de acontecer en este mismo año de 1953. Anunciaba Martí:

Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de factores continentales; y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo. (...) pujante que la desconoce y desdeña.

Tal parece que se trataba de una alusión, en estos mismos días, al tratado de supuesta ayuda militar que quiere imponernos el gobierno de Washington.

Y si seguimos escudriñando en el pensamiento de Martí, encontraremos que ya entonces, hace más de sesenta años, fustigaba a los descastados y entreguistas. Así decía Martí:

Estos desertores, que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios.

Para agregar después:

Más ha hecho México en subir a donde está que los Estados Unidos en mantener, decayendo, de donde vinieron.

VIII. HACIA LA GRAN BATALLA

Cuba y Puerto Rico, eran entonces los dos últimos jirones del antiguo imperio español en América. España trataba de retener sus últimas posesiones; por su parte, los Estados Unidos ambicionaban apoderarse de esos dos rincones de tierra latinoamericana, y aprovecharlos como una base para su expansión futura: y los pueblos de ambos terruños, luchaban por obtener una independencia verdadera: zafarse del yugo español, pero sin caer bajo el látigo de los negreros yanquis.

La independencia del yugo español, era cosa que Martí daba por segura; pero conforme aumentaban las posibilidades de separarse de la Metrópoli hispana, aumentaban los peligros de ingerencia yanqui. De ahí que Martí levantara con decisión inquebrantable, la bandera de la dignidad latinoamericana frente al ambicioso, inescrupuloso y brutal vecino del Norte.

En vísperas de ordenar el levantamiento en armas que se convertiría en la guerra de independencia de Cuba, Martí decidió regresar a México en demanda de refuerzos para su gran batalla. Habían transcurrido dieciocho años desde su primera estancia entre nosotros. De nuevo, volvieron a recibirlo muchas de las manos amigas que había encontrado en 1875: a su lado estuvieron el generoso Manuel Mercado, y Justo Sierra, convertido en gran personaje del porfirismo. El Nigromante Ramírez y el maestro Altamirano, habían muerto años atrás.

Con gran emoción recibieron al peregrino cubano. Volvieron a sentirse unidos, a palpitar juntos, a quererse con más tristeza y hondura, al presentir la separación inevitable y trágica, Martí venía solamente por tres días. No era el muchacho de hacia veinte años: ahora, traía hundido el pecho y se le quejaban los pulmones. Pero en aquellos años de prueba y de lucha, había adquirido el brío de Bolívar y la reciedumbre de Juárez.

Algunos esfuerzos hicieron sus amigos mexicanos por detenerlo, pero todo era inútil. Le dejaron partir, convencidos de que aquel cubano tenía agallas de libertador y de que la guerra estaba por estallar de un momento a otro bajo su inspiración y su mando directo.

Durante sus tres o cuatro días en México, Martí informó confidencialmente a sus amigos sobre los acontecimientos que estaban por producirse, y les expresó su esperanza de recibir de

México, en las horas decisivas de la próxima lucha, ayuda y reconocimiento. Una mano amiga, dejó constancia de la nueva huella de Martí en México. El viejo diario **El Universal** publicó el 28 de junio de 1894 el comentario siguiente:

Ha pasado por México un gran artista, un excelso tribuno, un poeta centelleante, un magno espíritu: José Martí.

Martí se dirigió rumbo a Veracruz, despidiéndose para siempre de la tierra mexicana. Al pasar por las cumbres de Maltrata, impresionado por aquellas alturas, escribió:

¡Ah, qué grandeza! ¡Como que algo se arrodilla y cae dentro del pecho!

Unas cuantas horas estuvo en Veracruz y embarcó para dirigirse primero a los Estados Unidos y luego a Santo Domingo, de donde partiría clandestinamente hacia Cuba, para ponerse a la cabeza de las fuerzas insurgentes. De Santo Domingo partió en compañía del Generalísimo Máximo Gómez y de cuatro amigos más. Aquellos seis hombres se aventuraron en un carguero alemán, que les dejó caer en una pequeña lancha de remos, frente a las costas orientales de Cuba.

IX. CON UN PUEBLO A LAS ESPALDAS.

Durante varias horas lucharon contra la lluvia y las olas, llevando Martí el timón de la pequeñísima embarcación, hasta que a media noche lograron acercarse a la orilla. Ignoraban el lugar exacto en que se encontraban, pero aquella era ya tierra cubana, Martí y el Generalísimo Gómez, de rodillas, besaron las arenas de la playa.

Días después, la guerra ardía en toda la Isla. Durante los largos años que había dedicado a encender aquella guerra, Martí había sido víctima de no pocos comentarios hirientes, porque todavía no luchaba con las armas en la mano, sino con palabra y con la pluma. Aquellos dardos hirientes, habían lastimado su sensibilidad y su nobleza. Tal vez por eso escribió, cuando se lanzaba a la gran aventura:

Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí: al último tronco, al último peleador: morir callado. Para mí, ya es hora.

Así escribió, presintiendo que unas cuantas semanas después estaría bajo tierra. Sabía cuál era su destino, porque también afirmó:

Tengo la vida a un lado y la muerte a otro, y un pueblo a las espaldas.

Aún en el curso de la guerra, no descansó la pluma de Martí. Órdenes y proclamas, discursos y declaraciones a la prensa extranjera, llamamientos al pueblo y muchos otros documentos, escribió el Apóstol en su mesa de campaña.

Pero su pensamiento estaba siempre puesto en México. Y su última carta, fue precisamente para Manuel Mercado, el mexicano que más grande y limpia amistad le había brindado en nuestro país. Esa última carta de Martí, escrita a orillas de la muerte, horas antes de caer en la acción de Dos Ríos, es un documento extraordinario, del que solamente citaré algunos renglones. Le escribió Martí a don Manuel Mercado:

Yo estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber... de impedir a tiempo con la independencia de Cuba, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos, y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso.

Después demandaba:

Y México, ¿no hallará modo digno, efectivo e inmediato, de auxiliar a tiempo a quien lo defiende? Sí lo hallará –o yo se lo hallaré–. Esto es muerte o vida, y no cabe error.

Horas después de haber escrito esta carta para México, José Martí cayó en la sabana de Dos Ríos, atravesado por las balas españolas. Así terminó su vida heroica, a los cuarenta y dos años, aquel gran hombre que afirmó al lanzarse a la lucha por libertar a su país:

Para mí, la Patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber.

X. HONRAR HONRA

Nos encontramos ahora, a cien años de distancia del nacimiento de Martí. Con motivo de su centenario, ha sido obligación inescapable rendirle tributo, porque su vida no tiene paralelo en el continente. En él se conjugaron la niñez dolorosa, la juventud batalladora y la madurez coronada por el martirio, para hacer de su existencia lo que Unamuno llamó "la vida más conmovedora y dramática de América".

Todo México se honra, honrando a José Martí. Pero el verdadero homenaje a hombres como Martí, como nuestro Padre Hidalgo, nuestro gran Morelos y nuestro Benito Juárez, ha de consistir no sólo en conferencias ni en ensayos ocasionales de un aniversario.

La memoria de estos hombres, sobre todo en México, hemos de honrarla en el curso de nuestra vida, siguiendo su ejemplo, luchando y trabajando, para mantener siempre intactas la soberanía, la dignidad, el decoro de nuestros países.

Así –y sólo así– es como ha de honrarse a José Martí, el último de los grandes libertadores americanos.

JOSÉ MARTÍ

por **Mauricio Magdaleno**

La vida de Martí es uno de los acontecimientos culminantes del siglo XIX, como la de Dostoievski y la de Tolstoy. Después de las grandes tragedias del presente siglo [XX], cuando sea hora de verificar los guarismos fundamentales de la civilización que hemos convenido en llamar Cristiana, su misión se impondrá en los planos superiores de la esfera del espíritu y será una de las más activas fuentes de vida. El timón de los años próximos, por otra parte, lo llevará probablemente América –los presagios, a este respecto, son día a día más sensibles– entonces contará Martí por modo absoluto en las corrientes de pensamiento y de acción que se deriven de este hecho trascendental. Pues la vida verdadera de Martí apenas se inicia, cuarenta y siete años después de su desaparición material de la Tierra.

El nombre de Martí, que en su tiempo no era sino el de uno de los jefes insurgentes de la revolución de independencia de Cuba, se ha desdoblado rápidamente al correr de los años y se seguirá desdoblando hasta alcanzar sus proporciones más genuinas, que ni con mucho son las que sus contemporáneos advirtieron en la personalidad del mero caudillo de mambises a cuya inspiración se produjo el término del dominio de España en los destinos de América. Cabe asegurar, enfáticamente, que la mención del Nuevo Mundo no está completa si falta en ella la referencia de Martí. Inclusive en el orden de la mística, este nombre señala un capítulo henchido de valores originales. Hay vidas que se producen como para dar sentido a una época y a un pueblo: la de Martí, en esta esfera de consideraciones, es singularmente importante, tanto por sus alcances prácticos como por su inusitada riqueza espiritual. Vida enfocada al registro de las actividades más extraordinarias y en la cual las calidades superiores del heroísmo acendrarón una suerte de categoría sublime. Se antoja, por instantes, la de uno de aquellos fabulosos santos de la Europa de los inicios de la Edad Media, que a la par que organizaban la conciencia espiritual de su tiempo, ponían en juego una acción arrolladora a cuyo impulso se producían normas y jerarquías.

Políticamente, Martí entraña noción capital en el fluir americano. Su mensaje, de tan sustancioso, aún es fuente inagotable de inspiración y de conducta. Su instinto le hace adivinar sucesos que estaban en embrión en su época y apenas si en nuestros días se expresan de una manera ya sensible. El significado de América dentro de la civilización occidental, lo percibe en instantes en que los pueblos de este hemisferio aún no contaban en el acaecer mundial –meros gérmenes de una noción todavía confusa y oscura de destino–. Hay un instante –fines de 1889– en el cual, con ocasión de la primera Conferencia Panamericana, celebrada en Washington, en tanto los delegados oficiales de las veinte repúblicas latinoamericanas se banquetaban en la mesa del presidente Harrison y producen insulsos discursos en serie, Martí, que desde su exilio de Nueva York prepara los hilos de la batalla definitiva contra la dominación española en Cuba, se resuelve, gritando en memorables palabras la legítima definición de la política continental. Apenas si a la fecha, en español o en inglés, hay nada que no arranque, a este respecto, de aquella premonición audacísima que en su hora pasó inadvertida. Cincuenta años más tarde, apenas si la doctrina panamericana de Martí empieza a cobrar sentido, una vez que se palpa la necesidad de organizar una noción práctica de solidaridad de todos los pueblos del Nuevo Mundo.

Por su elevado rango moral, la vida de Martí abunda en acentos sublimes. Niño aún, conoció el dolor y arrastró el pesado grillete de los condenados de la Cantera de San Lázaro. La juventud se le abrió, como una flor dramática, en pleno exilio. Esta existencia extraordinaria, consagrada con exceso de fanatismo a la regeneración de su tierra de origen, transcurre casi por entero fuera de Cuba, en el destierro de España, de México, de los Estados Unidos, de Guatemala, de Venezuela. Los años en que físicamente se encuentra en Cuba, son poquísimos al lado de aquellos otros en los que el destino lo ancla en la amarga emigración del proscrito. Pocas vidas más trágicas que la suya, en los tiempos modernos, y desde luego ninguna más rica en proyecciones universales y esenciales. Hay instantes, en ella, en los que aletean soplos de pavor, verdaderas convulsiones de hombre a quien la adversidad prueba en forja de sangre. Sangre de Martí que, como la de Bolívar sesenta años atrás, abonaría de sustancias preciosas el sentimiento de su raza, y una vez muerto sigue circulan-

do en las arterias no nada más de Cuba, sino de tantos otros pueblos a los que consagró un fervor de poseído. En minuto en que aparecía ya sobre la Tierra un materialismo que inundaba todas las esferas de la actividad humana, Martí es ejemplo de la existencia para la cual sólo tienen sentido los ideales de una estirpe superior.

"Por el mundo hay que pasar volando", dijo alguna vez Martí. Él, al menos, pasó volando. Su vida fue breve, aunque a la distancia nos parezca, a fuerza de intensidad, larga como la de un río de Brasil o Indostán. En medida de años, Martí vivió menos aún que Bolívar, que vivió tan poco. Era flaco, como éste, y anguloso de cara, y enfermo de muchas y dolorosas podres de la carne –efecto no de disipaciones de adolescencia, que no las conoció, sino del rigor de sus verdugos españoles. Como Bolívar, era presa de la tuberculosis. Entre la tuberculosis y su hambre de patria le ponían en los ojos fulgores, como si por dentro ardiese. Y era, en verdad, una pira. Una página de Martí es cosa que arde, como una llamarada. Como todos los que tienen que cumplir en el mundo una misión áspera y padecen el tormento del tiempo, comenzó a vivir demasiado temprano, a la edad en que otros niños se dedican a jugar. Martí no supo de juegos. Su primer embeleso fueron los libros –los libros que leía, en la casona de la calle del Prado, una vez que su maestro Mendive lo consideró digno de compartir sus vigiliadas de humanista y de conspirador–. Adolescente todavía –en la cara pálida no apuntaba el bozo– escribe, en honor de su Cuba esclava, un poema nubio, **Abdala**, que es como un sollozo arrancado al romanticismo de Lord Byron o Espronceda. Era físicamente débil, desde niño; pero en el corazón le bullían turbonadas de fuerza. Poseía una voluntad capaz de taladrar montañas. Cuanto se propuso, desde que por propio impulso dio programa a su vida, lo logró. Cuando lo mataron los españoles en Dos Ríos, en mayo de 1895, había cumplido con creces su misión. Nada más lejos que él propio de aquellas sus amargas palabras de lamentación:

¡Qué miserable vida la del que concibió un alto empeño, y muere sin lograrlo!

La obra más extraordinaria que dejó Martí no fueron sus libros, como pudiera opinar el que sólo prestara atención a su mera personalidad

literaria, sino su vida misma. Para él, lo esencial era la condición, la categoría del hombre como tal: el hacer libros, esculturas u otras obras de arte, entrañaba capítulo secundario. "Los libros –exclamaría alguna vez, a este respecto– más estorban que ayudan para la gloria verdadera". Hay seres destinados a poner en su época una especie de trepidación sagrada: de ellos era Martí. Creía en los poderes del sacrificio personal; en las fuerzas de la fe, que mueven los mundos; en el perfeccionamiento de la especie por el dolor; en la exclusividad constructiva del amor; en la unidad de los hombres; en la eterna necesidad de libertad; en Cuba y en América. Vale decir: "estas líneas formaron su religión". Por eso en cuanto escribió hay un constante aleteo de cosas sublimes. Sus mismas cartas son documento único en lengua castellana. Hijo de padres pobres, no supo del halago de la fortuna, como Bolívar y como Goethe. El destino lo hizo primogénito, y como tal, desde muy temprano se enfrentó a la dureza de la necesidad. El temple que recibió fue de fuego. A los dieciséis años ya padece cadena en el presidio, condenado a seis de trabajo forzado, entre un pelotón de miserables en los cuales hace estragos el cólera. El castigo inhumano le deja huellas para toda la vida. Su primera universidad, prisionero de España, fue feroz. Por ahí dejó condensado en un grito, el espanto de aquella hora:

Muy unidos los labios, desnudo el pecho y apretados los puños y alzados al cielo, pregúntale su secreto a la vida.

Esto ocurría en plena guerra de independencia de Cuba, la última de las guerras libradas en América contra la dominación española. En la misma España, los liberales batallaban contra la opresión. Tras de la inútil transfusión operada por Prim en la Monarquía, que se derrumba, ruda Amadeo y se produce la República. Martí, en el destierro de Madrid, sigue peleando por Cuba. En Zaragoza hace la carrera de abogado y se doctora. Pudo haberse dedicado a ganar dinero, cómodamente instalado en su bufete. Pero no había nacido para eso. Entre todos los que medraban, él tenía una misión que cumplir. Una misión dolorosa y hermosa por la cual vivir. Decide el viaje a México, y un buen día aparece en la vieja ciudad donde unos años después se hospedara Heredia, el gran romántico, que también venía padeciendo su hambre de patria libre.

En México, allá por el año de 75, Martí se encontró, al pronto, con que su fiebre cubana desembocaba en un nuevo territorio de increíbles proporciones: América. Al fin y al cabo, Cuba no era en él, sino un incidente—incidente capital por las circunstancias de lucha en que se encontraba a la sazón la Isla—. México comenzaba ya a ser el pulso de los pueblos hispanoamericanos. El rebelde y México se entendieron. Hasta entonces, Martí había vivido con una sola pasión en el ser: la de su Cuba. Fuera de Cuba, la referencia americana—vagamente entrevista a través de los libros de la biblioteca de Rafael María de Mendive, en la casa de la calle del Prado de La Habana—aun no se hacía pasión en él. La pasión le esperaba en México y se adueñaría de él con una suerte de frenesí y le inspiraría los guarismos fundamentales de su mensaje. Martí no era, por aquellos días, más que un jovencuelo audaz que se plantó en México decidido a conquistarse lugar en el mundo. México dio rumbo definitivo a su vida: la causa de América.

La causa de América le ganó para siempre corazón e inteligencia. Se entregó a ella con una suerte de salvaje erotismo y la convirtió en epifoco de todos sus estremecimientos de hombre. Esta pasión alcanza en Martí exaltaciones de mística. Desde entonces, trascendió el ámbito de la mera empresa local de la independencia de Cuba, aunque sus afanes se dirigieron en lo inmediato a este objetivo. Es precisamente lo que lo diferencia del común de sus compañeros, los insurgentes de la larga guerra de independencia de Cuba, que se pronunciaron con el exclusivo fin de arrojar a los españoles de la Isla. Desde Carlos Manuel de Céspedes hasta los bravos Maceos de la gesta final de 1895. Para Martí, la independencia de Cuba era un capítulo—fundamental porque de él dependería el resto de la obra—de un vasto plan continental concebido de acuerdo con una doctrina de integración de América. Los sueños que quedaron truncos, a la muerte de Bolívar, él los recoge, los reorganiza y les da contenido nuevo, conforme a las necesidades de la época. Era el indicado para hacerlo, en virtud de la universalidad de su genio, que tendía a las formas más completas de la síntesis. De todos sus contemporáneos de América, ninguno posee como él esta capacidad universal de la síntesis.

Eugenio María de Hostos, efectivamente, era un sociólogo; Sarmiento también, además de un gran maestro y un gran constructor

de su pueblo; lo mismo cabe decir de Montalvo y Acosta. dentro del pensamiento de Martí, juegan todas las expresiones esenciales de su hora en América. Nadie como él, por otra parte, pasó por estos pueblos con un gesto de iluminado como el suyo. Su fe en el destino de América es punto de partida de una política que día a día iría apareciendo más real y al presente informa la sustancia misma de nuestra preocupación continental. Le cupo en suerte intervenir en el preciso instante en que la influencia inmediata de España concluía para siempre en América e irrumpía, pujante y fatal, la de los Estados Unidos. En esta tremenda coyuntura, Martí actuó con pleno dominio del tema que traía entre manos. Para él, la independencia de Cuba y Puerto Rico –propósito claramente expresado en el Manifiesto del Partido Revolucionario, publicado en Nueva York en mayo de 1893– era la manera de evitar que el naciente imperialismo del Norte cayese no solamente sobre las dos Antillas, sino sobre México y el resto del Continente.

Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo.

Declara en carta de dos años después, en la víspera misma de su sacrificio. Y dos meses más tarde insiste, en otra carta célebre dirigida a su amigo de México Manuel Mercado, carta que, por cierto, jamás llegó a su destino ni fue siquiera terminada:

Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber –puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo– de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

Lo dicho es claro y digno de un gran patriota y un finísimo político. No se trataba, pues, nada más de una simple guerra de independencia por Cuba, sino de un acto de certera previsión dirigido a salvaguardar

los intereses de los pueblos hispanoamericanos todos. Temía Martí que el imperialismo de los Estados Unidos arrollase con nuestras patrias e hiciese imposible, en un futuro próximo, la realización de la única estirpe válida de panamericanismo: la de una honrada y fecunda colaboración entre los dos tipos de civilización del Continente. Sabía que, al fin y al cabo, el destino es común para el Norte y para el Sur, que unidos habrán de lidiar grandes luchas en el futuro:

Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos. Es la hora del recuento y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.

Y agrega profético, este grito que condensa una vivísima realidad actual:

América salvará a Europa. En América resucitará España. En América, tras dolorosas peripecias entre los hombres rubios y los del Mediodía, se combatirá la batalla decisiva para contener a los hombres enjutos de oblicuos ojos y tez de marfil.

Esto fue escrito hace más de cincuenta años. Y más que la agudeza de quien vio venir al trote este tajo de destino, pasma el fervor y la seguridad con que se abre camino en una hora todavía a oscuras de América.

En aquellos años, la moda no era ciertamente la proclama de América. Lacayos del pensamiento vivían de recoger las migajas del festín de una Europa que, en su plenitud, despreciaba señorialmente a estas tierras mestizas donde una horda de bárbaros osó desafiar a la civilización asesinando a un emperador de ojos azules. Ya después de muchos grandes americanos dirían el canto de los ríos y la montaña nuestra, de la selva amazónica, de los llanos de Venezuela, de Colombia y de Argentina, de la magnolia y el tulipán indígenas, del maya refinado que construyó aras asombrosas, del esplendor de la corte de Moctezuma, de la elegancia de los **Comentarios Reales** del Inca Garcilaso. Entonces sólo Martí, que era un místico y por consiguiente tenía poderes extraordinarios de visión, entendió lo que era América y la índole de la misión que estaba llamada a cumplir, por encima del formal y necesario accidente de nuestras luchas de campanario y del amargor de nuestra cáscara todavía sin madurar.

Los que no tienen fe en su tierra –anatemizó, caústico– son hombres de siete meses.

Esta excesiva pasión –pasión de América– es una de las migas fundamentales del mensaje de Martí.

En cierto modo, Martí fue un cubano por accidente. Pudo no haber sido ni siquiera americano. Su padre era valenciano, de la raza forzuda y sencilla de agricultores y cordeleros de la Huerta. Su madre, canaria, de la vieja Santa Cruz de Tenerife. Cuando Mariano llegó a Cuba, allá por el 50, con el grado de sargento de artillería, entre otros cientos de peninsulares destinados al refuerzo de la guarnición isleña, en todo ha de haber pensado, menos en engendrar un hijo que a la vuelta de los años se enfrentase a España. Tres más tarde, José Martí vino al mundo. En la casita de la calle de Paula, a un paso del puerto, los apuros económicos pesan conforme vienen los hijos y se va la suerte. Mariano, en un golpe de decisión, se da de baja en el Ejército. Es policía por algún tiempo. Luego llega la cesantía. La pobreza decorosa deviene miseria. José, mientras tanto, ha espigado y hecho un amigo en la escuela; la flor de esta tierna amistad dejará huella en su vida para siempre. Fermín Valdés Domínguez es hijo de un rico guatemalteco. Juntos llegan a la Escuela Superior Municipal; Martí estudia y trabaja. Su padre le ha encontrado una pequeña colocación, como dependiente de una bodega en la cual, a la vez, lleva los registros del debe y el haber.

En las más dura estrechez forja el hombre su esencia. En el Colegio de San Pablo, el primero que le adivina el rango es el sabio Rafael María de Mendive, su maestro. Mendive es a Martí lo que Rodríguez a Bolívar; la coincidencia, feliz, se impone. No sólo aprende a su lado Humanidades, sino que el viejo ilustre acaba aceptándolo en su tertulia de autonomistas. Ya está iniciado. Es un bijirita. Cuba se revuelve. Hay presagios de tormenta. El 10 de octubre de 1868 –Martí tiene, a la sazón, quince años– estalla el levantamiento de la Demajagua, acaudillado por Carlos Manuel de Céspedes. El Apóstol en ciernes celebra el acontecimiento con versos de ocasión que caen en manos de su padre y determinan una gravísima crisis familiar. Su primera colaboración es para **El Siglo**, una hoja clandestina de los estudiantes, y para **El Diablo Cojuelo**, que edita su íntimo Fermín. Mendive, por su parte, con la plana mayor de los

intelectuales autonomistas, lanza el primer número de **La Patria Libre**, en el cual aparece un poema de Martí, **Abdala**, que celebra la independencia de Nubia. Por cierto que a nadie engañó esta Nubia del poeta, y el primero que cayó sobre él, castigándolo con brusquedad de soldado y de español, fue su padre. En seguida, un piquete de Voluntarios lo saca de su casa y va a parar con sus huesos a la prisión. Comparece ante un fiscal de guerra, al año justo de haber sido encerrado, y se disputan él y Valdés Domínguez el honor de purgar la condena. Gana él: seis años de trabajos forzados en la Cantera de San Lázaro.

Sobrevivió a la feroz condena. El grillete de tres ramales le dejó heridas para siempre. Desterrado, embarcó a España. Este viaje a España es acontecimiento definitivo en la vida de Martí. A no haberlo hecho nunca, habría guardado un odio eterno a España. En el Madrid de la víspera de la primera República, aprendió a conocerla y a amarla. No era España la que asesinaba a los patriotas de Cuba: eran los gobiernos sin visión política, de los cuales la primera víctima era la propia Península. La República, representada por oradores e ideólogos, tampoco quiso dar oídos a la demanda de Cuba y Puerto Rico. Cuatro años permanece en España. Ha aprobado el grado de Licenciado en Filosofía y Letras, con calificación de sobresaliente, y sus jugos de hombre maduran. Cruza de prisa París, en el helado enero de 1875, y embarca en Southampton rumbo a Veracruz. Otra vez el destino: podía haberlo hecho a Nueva York, que iba siendo ya una gran metrópoli mundial, o a Buenos Aires, o a Santiago de Chile. Era fuerza, empero, que México y Martí se encontrasen.

Martí y México. Hace traer a los suyos y los instala en una modesta casita de las calles de la Moneda. El viejo Mariano logra un contrato de manufactura de uniformes, con destino a la Secretaría de Guerra. México acaba de salir de una larga tormenta. El país, convulso aún, recose a duras penas sus heridas. La asonada acecha cada veinticuatro horas. Una flor de muchachadas soberbia hace amistad entrañable con el cubano: recordemos, de paso, unos cuantos nombres que marcarían reciamente su garra unos cuantos años después: Manuel Mercado, Manuel Ocaranza, Justo Sierra, José Peón y Contreras, Juan de Dios Peza; agreguemos a ellos los de los maestros de la época –Guillermo Prieto, el Nigromante, Altamirano– y la mención será esencial. El 7 de marzo de ese propio 75, ya anda

Martí en la **Revista Universal**, haciendo gala de una prosa maciza, sensual y dramática. En México, entre otras cosas, le maduró a Martí su prosa, misma que sería la más eficaz de sus armas batalladoras. Entre la comidilla de la ciudad, su nombre se pasea al lado de la célebre Rosario de la Peña, la de Acuña, la del vivo genio mexicano. Después, el escándalo mosconeja en torno de su ruidosa pasión con una cómica de alcurnia. Concha Padilla, la de las noches de gloria del Teatro Principal que estrena un proverbio escrito de prisa por Martí: **Amor con amor se paga**.

Con la entrada triunfal del general Porfirio Díaz a la capital, vibrando en todos los ámbitos de México, Martí escapa rumbo a Guatemala. Ha dejado novia y prometido volver en breve plazo. A fines de mayo de 1877, está instalado en la ciudad que gobierna Justo Rufino Barrios, el gran liberal. Es catedrático de Literatura Francesa, Italiana y Alemana, y de Historia de la Filosofía, en la Escuela Central; Vicepresidente de la Sociedad Literaria **El Porvenir**; orador que se adueña en seguida de la juventud guatemalteca. Un paréntesis: viaje de regreso a México, donde contrae nupcias. Otro, tras del regreso; muere María García Granados, cuyo perfume nos llega a los pósteros a través de un dulce nombre: **La niña de Guatemala**. Una noticia, al pronto: ha concluido la Guerra de los Diez Años, en Cuba, y se ha firmado el Pacto del Zanjón. El gobernador Martínez Campos, hábil político, decreta un indulto general y pregona el "Olvido de lo pasado". El 3 de septiembre de 1878 apea en el Muelle de Luz, Martí con su esposa. A mediados de noviembre, en el letargo de desencanto de La Habana, nace el hijo.

Un año más tarde, es deportado nuevamente, en virtud de sus actividades de conspirador. España, otra vez. Se ha trazado programa: se establecerá en Nueva York y desde allí se preparará la guerra de independencia –¡la definitiva!–. El primer elevado cimbra de raíz la roca de Manhattan, y Broadway estrena luz eléctrica. Encuentra su sitio en casa de Manuel Mantilla, su paisano, y de Carmen Miyares, la animosa venezolana, mujer de aquél. Un mes más tarde –las necesidades apremian y su bolsa de viajero está vacía– **The Hour** publica su primera colaboración. Enseguida, a lo que va. Aparece en Cuba el general Calixto García, héroe de la Guerra Grande que prefirió el destierro a la sumisión al Pacto del Zanjón; con este motivo, Martí inicia los trabajos de reorganización del movimiento

de independencia. Larga pausa. Nadie quiere oír hablar de Guerra. Con 1881 apenas caminando, embarca rumbo a Venezuela. Está solo y le duele el hijo ausente. Siente la necesidad –patética necesidad– de encontrar, apenas pone pie en Caracas, el sople vivo de Bolívar:

Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino, no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba a donde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo.

En unos meses, Martí revolvió Venezuela. El Presidente de la República, general Guzmán Blanco, le hizo conocer su disgusto. El cubano no se arredró. ¿Por qué había de arredrarse? La vida lo había curtido a miedos de autócratas. Siguió, pues, arengando a la juventud caraqueña y visitando tarde a tarde a Cecilio Acosta, que se moría sin haber transigido con Guzmán Blanco. Con ocasión de la desaparición de aquél, Martí encargó al segundo –y último– número de su **Revista Venezolana**, la misión de difundir un cálido elogio del pensador. El caudillo de la Revolución Azul estalló, y echó al agitador de Venezuela. Nómade, otra vez. Allá lejos, en Cuba, tiene un hijo. Carmen Zayas Bazán, su mujer, le reclama sus andanzas de redentor. A lo que va. El barco lo devuelve a Nueva York.

Años de fiebre. Se gana su pan traduciendo para la casa Appleton los libros más disímbolos, y el resto del tiempo lo consagra a preparar el ambiente para la nueva guerra. En intersticios de ensueño, con el recuerdo mordiéndole las entrañas, escribe, como quien se desangra, versos. Versos para el hijo. **Ismaelillo**. Más versos: **Versos libres**. Con ocasión de la conmemoración del primer centenario del natalicio de Simón Bolívar, un grito soberbio: el discurso de la Sala Delmónico, el 24 de julio de 1883. Colabora en **La Opinión Nacional**, de Caracas, en **La Nación**, de Buenos Aires; dirige una revista técnica de Nueva York: **La América**. Y aun le queda tiempo para escribir una novela: **Amistad funesta**, que publica con el pseudónimo de Adelaida Ral. Y todavía no está agotado y organiza, en largas cartas, los hilos de la guerra. ¡La guerra que más y más se niega a libertar a su Cuba! Años de angustia sorda. A mediados del 89, aparece el primer número de **La edad de oro**,

prodigio de periódico para los niños de Hispanoamérica. A fines de ese 89, reúne a los delegados de la Conferencia Internacional Americana, y les espeta un discurso que es nada menos que una de las piezas más inspiradas que se han pensado en orden al destino del Continente [titulado **Madre América**]. A partir de este instante, como si evocar las fuerzas de América fuera recoger lo esencial de su misión, los años, los meses, las semanas, los días, se cargan de acontecimientos decisivos.

Enero de 90: inauguración de "La Liga", institución de la cual Martí es maestro de español. Junio y Julio: Argentina y Uruguay lo designan, respectivamente, su cónsul en Nueva York. Discursos a beneficio del Club "Los independientes" y en ocasión de la celebración del 10 de octubre de 1868. Conferencia Monetaria de Washington; Martí es delegado. Aparecen sus **Versos sencillos** –"esta sencillez, escrita como jugando", que declara en un prólogo dramático–. De improviso –Carmen, su mujer, en complicidad con un amigo infiel, le ha arrancado nuevamente a su hijo– el mundo, en torno suyo, trepida. Octubre de 1891. Renuncia a los consulados de Argentina y Uruguay, a la Presidencia de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, a todo lo que signifique un lazo. El golpe le conmueve en sus raíces y cae en cama. Cuando se levanta, convertido en un fantasma, están decididos los caminos de la misión. En esos años de la existencia de Martí –los cuatro últimos– palpita una suerte de llamarada en la que se consume y que abrasa a cuanto lo rodea. Son años en los que corre, desalado, de aquí allá, tejiendo los hilos de la revolución. Parece, en instantes, un demonio herido. El mismo destino, sojuzgado, acaba poniéndose a su lado.

El 25 de noviembre de 1891 capital, está en Tampa, hablando en el **Club Ignacio Agramonte**. El 26, en el **Liceo cubano** pronuncia uno de sus mejores discursos. El 27 aparece ante la Convención Cubana, organizada merced a los empeños de Gerardo Castellanos. En aquellas tres noches de lluvia torrencial de Tampa, nació prácticamente el Partido Revolucionario Cubano. Enseguida, Cayo Hueso, donde unos millares de cubanos lo aclamaron precisamente el día de Navidad. En el Cayo tabaquero, Golfo por medio de Cuba, el Partido fue constituido y se firmaron sus bases y estatutos. En una de aquellas se asienta:

El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto llevar a Cuba una agrupación victoriosa que considere la Isla como su presa y dominio, sino preparar, con cuantos medios eficaces le permita la libertad del extranjero, la guerra que se ha de hacer para el decoro y bien de todos los cubanos, y entregar a todo el país la patria libre.

En Tampa, nuevamente, en otra velada histórica, es sometido a la consideración de la **Liga Patriótica** el plan de la organización política, y aprobado por unanimidad. Desde aquel instante, de Nueva York a Cayo Hueso funciona una red de agencias encargadas de la difícil misión de llevar a la Patria esclava la libertad.

En Nueva York, las viejas dolencias lo derrumban. La herida inguinal que le produjo el grillete de la Cantera de San Lázaro, veintidós años hace, se ha convertido, conforme cunde el tiempo, en una llaga cancerosa. La tuberculosis, por otra parte, medra en él. Hay días en los que la carne se resiste a seguir tirando. Esta historia del enfermo que era Martí entraña un drama aterrador. Desde la adolescencia, casi un niño, debe sobreponerse constantemente a dolencias que sólo lo echan en cama cuando ya no puede más. Durante los últimos años de su existencia, el mal se exagera. Muchas veces tiene que hablar ante muchedumbres que llenan de bote en bote las salas de los clubes con el dolor hincado en las entrañas y haciendo un esfuerzo desesperado para mantenerse en pie. Todavía no es hora de concluir. En una carta patética de esos años, firmada en Nueva York, de vuelta de una de sus correrías infatigables por Florida, escribe a Gonzalo de Quesada:

En cama, muy mal. Mucho mérito en el pueblo y muchos corazones nobles. Desde la cama, junto. Aquí me tiene rodeado de una guardia de amor. Pero no puedo escribir, ni me iré sino cuando todo esté en sazón.

Aun no están en sazón las cosas; pero muy pronto lo estarán. Tiene la obsesión de que se irá de un momento a otro, y urge al destino a que se ponga en marcha. Los días se cargan de frenesí. Escribe, viaja, habla tres o cuatro veces en unas horas, discute con los jefes de la revolución, se gana el pan en oscuras actividades pedagógicas, todo a la vez y como inspirado por el presagio del fin próximo. En

septiembre de ese 92, ya con todas las filiales del Partido revolucionario Cubano funcionando en los Estados Unidos y el periódico **Patria** organizando la conciencia del deber, embarca a Santo Domingo, a poner la jefatura militar del movimiento en manos del veterano Máximo Gómez. Cruza Haití y Jamaica, removiendo la decisión de la cubanada. Lleva consigo el compromiso de Gómez, y en Kingston se adueña, con esa tierna solicitud que pone en el amor, del corazón de una viejecita, la madre de los Maceo. La guerra, sin Antonio Maceo, no estará completa, y le importa ir ganando, por caminos de ternura de madre, la voluntad de éste. Un mes después, está de regreso en Nueva York. "Quisiera ser relámpago y cubrirlo todo", exclama. Y en verdad lo es. En los Cayos, en Tampa, en Ocala, en Filadelfia, en la misma Nueva York, ha puesto en movimiento a cientos de corazones. Toda la obra se dirige a poner en pie a Cuba. Aconseja a los clubes:

Publiquen, publiquen. A Cuba por todos los agujeros. Las guerras van sobre caminos de papeles.

A fines de mayo del año siguiente, anda otra vez por el Golfo, rumbo a Santo Domingo. Va a ultimar los detalles de la guerra con Máximo Gómez, con quien conferencia en su hacienda **La Reforma**. Va siendo hora de que la espada haga lo suyo, y el héroe de los Diez Años tiene prestigio y está pronto. Cada cual ha de ocupar su sitio y en él cumplir con la Patria. Un mes más tarde, se encuentra en brazos de Antonio Maceo, en Costa Rica. A la vuelta de otros días –¡qué intensa sensación la del destino que galopa!– ya va de retorno, vía Panamá. Otros más, y reaparece en Tampa, en Cayo Hueso. El 28 de octubre pronuncia en la Sociedad Hispanoamericana, de Nueva York, su famoso discurso en honor a Bolívar. Nuevas hieles: contra las instrucciones expresas del Partido, Manuel y Ricardo Sartorius se levantan en son de guerra en Oriente. España, que estaba en guardia, cae rápidamente sobre el brote mambí y lo ahoga en sangre. La repercusión en los Estados Unidos es inmensa. Martí, desde su cama de enfermo, condena la actitud de los alzados. Todo intento prematuro conspira contra los fines de la revolución. Voces, entre la expectación general, lo acusan de ser inspirador de la intentona de los Sartorius. Para sincersarse –a cada paso hay que dejar claro el

propósito—convoca al mitin de Hardman Hall, mítin inolvidable en el que la turba acabó levantándolo en brazos. Entre los presentes, acompañando a Gonzalo de Quesada, se encontraba Rubén Darío.

1894, el año del destino, según escribe, desde Santo Domingo, Máximo Gómez. Ya está el caudillo en Nueva York. Viene a verificar personalmente los medios de que dispondrá la revolución. Urge empezar ya, porque los comprometidos de Cuba no pueden sostenerse en sus puestos por mucho tiempo. Los reiterados mensajes de Oriente, Santa Clara, Matanzas y La Habana, hablan elocuentemente. No hay tiempo que perder: todo está dicho y las fechas se fijan. Máximo Gómez retorna a Santo Domingo, desde donde caerá a su hora sobre la costa de Camagüey. Otra expedición, simultánea, saldrá de Florida a las órdenes de los generales Sánchez y Roloff, y otra tercera, de Costa Rica, con Maceo por Jefe. Martí, en tanto, hace una última gira por los Estados Unidos, recabando fondos. Gómez le ha dejado a su hijo, con quien visita a los ricos, en solicitud de unos pesos para armas y barcos. Por instantes, lo gana la desesperación:

¿Y me habré de echar por esas calles, despedazado y con náuseas de muerte, vendiendo con mis súplicas desesperadas nuestra hora de secreto, cuando usted, con este gran favor, puede darme el medio de bastar a todo con holgura y de encubrir con mi serenidad mis movimientos? Como un perro infeliz vivo, y no me quejo, desde que empecé este trabajo de salvación; y usted, que lo ve todo, que lo sabe todo, que ama a Cuba, que me ve padecer, ¿me dará estos momentos—acaso los últimos de mi vida—de gloria y de respiro, o me dejará solo en mi dolor y responsabilidad, rodeado de hombres que ya han hecho cuanto podían hacer, arrastrándome y mendigando, por salvarle a su patria, suplicando en vano, lamiendo la tierra lo mismo que un perro.

¡Patética, terrible carta! A quien así pide Martí, con extremo de agonizante, es al rico industrial Eduardo Dato, uno de los que con mayor eficacia ayudan a la revolución.

Otra vez, Filadelfia, Tampa, Cayo Hueso, Jacksonville. En Nueva Orleans, embarca rumbo a Costa Rica. Fue un acierto de Gómez enviar a su hijo con Martí, porque las reservas que aun guardaba Maceo se le deshicieron, con un abrazo del muchacho. Todo está dispuesto y en espera de la hora. Volando, pasa por

Panamá, por Jamaica. Al mes, ya está en Nueva York. Lo angustia hasta la muerte el apuro del dinero. Las fuentes de la emigración en los Estados Unidos, por otra parte, están agotadas. Cada quien dio ya lo que podía dar. Irá a México. Los viejos amigos figuran ahora en el Gobierno. Ya está en camino. Julio, 1894. Lo hospeda en su casa nada menos que el Subsecretario de Gobernación, Manuel Mercado. Para agasajarlo, se reúnen los mexicanos más famosos, desde Justo Sierra y Peón y Contreras y Urbina y Peza, hasta los nuevos que han oído hablar de él y le conocen y le admiran a través de su colaboración en **El Partido Liberal**. El encuentro es dramático. Martí trae la muerte pintada en la cara. Del adolescente de hace diecinueve años –noches de Concha Padilla y el Teatro Principal; vemos a Rosario de la Peña, diosa lírica; violines llamando al vals; fragancia de azahar, azahar nupcial en el pecho de Carmen Zayas Bazán– a este fantasma de traje raído y cara huesuda en la cual fulguran, febriles, los ojos, hay una distancia que aterra. Viene a solicitar caridad para Cuba. Justo Sierra, que no acaba de entender lo que ocurre, le pide, conmovido, que se quede en México a escribir. Martí le habla de su obsesión. Justo Sierra lo abraza, con lágrimas en los ojos:

¡Vaya usted a hacer la libertad de Cuba!

El viejo dictador Díaz pone en sus manos el óbolo de la República. Sin esperar más, aborda el tren de Veracruz, cruza el Golfo y reaparece en Nueva York.

Tres barcos deberán partir de Fernandina, rumbo a Cuba: el **Amadis**, el **Lagonda** y el **Baracoa**. ¡Menuda sorpresa para quienes suponían, y eran muchos, que Martí no era capaz de hacer la revolución sino con discursos, proclamas y libros! Antes de que zarpen los barcos, la policía cae sobre ellos. Han sido vendidos por un traidor, cuyo nombre se conserva, por cierto: Queralta. Esta vez, el golpe es de muerte. Martí se derrumba, llorando, en brazos de un piquete de amigos, una noche terrible de Jacksonville. Amanece el 95. La nieve de Nueva York, donde se refugia, en casa de Quesada, entume el alma:

Yo voy a morir, si es que en mí queda ya mucho de vivo. Me matarán de bala o de maldades.

Las horas se llenan de presagios. En las noches, insomne, ha hecho sus cálculos y sabe que va a acabar: mas no acabará convertido en abasto de clínica, descuartizado sobre una plancha, con la carne agusanada. Acabará como soñó acabar: sirviendo a Cuba. Si vivo no ha logrado darle lo que anhela desde niño –la libertad– muerto será combustible de una hoguera que nadie apagará, nadie, nadie. Se despide de los amigos y embarca a Santo Domingo.

Bajo las palmeras de Montecristi se encuentran Martí y Gómez. También el dominicano ilustre ha dejado para siempre el tierno terrón de su hacienda de caña dulce. En Cuba, mientras tanto, un piquete de patriotas proclama el Grito de Baire. Los adinerados de Tampa y Cayo Hueso cooperan, entusiasmados. Dos últimos documentos escribe Martí, antes de partir a Cuba: la célebre carta a Federico Henríquez y Carvajal –que con razón se reputa su testamento político– y el **Manifiesto de Montecristi**, que firma con el generalísimo Gómez. El 1ero de abril embarcan y pasan por Inagua y Cabo Haitiano. Cerca de la medianoche del 11 están en Cuba. El 5 de mayo se encuentran en Mejorana, los ejércitos de Maceo y Gómez. Martí vive sus últimos días presa de una exaltación contagiosa. El 18, en el campamento de Dos Ríos, se acuerda de México y escribe su última carta, dirigida a Manuel Mercado. No la terminó, por cierto. El 19, a media tarde, cae sacrificado. De allí en adelante, Martí pertenece por entero a la inmortalidad. La guerra de independencia de Cuba, desde aquel minuto, es invencible.

Nadie vivió tan entrañablemente consagrado a la patria como José Martí. Es interesante observar, otra vez, sin embargo, que casi toda su existencia la pasó fuera de ella. Físicamente, más vivió fuera de Cuba que en Cuba. En el exilio de Nueva York diría alguna vez, de sí propio:

Quien ama a su patria con aquel cariño que sólo tiene comparación, por lo que sujetan cuando prenden y por lo que desgarran cuando se arrancan, a las raíces de los árboles.

Los tres períodos más importantes del destierro, los vivió en España, en México y en los Estados Unidos.

Cuando el gobierno español de Cuba, tras el indulto de la sentencia de seis años de trabajos forzados en la Cantera de San Lázaro, lo embarca en el correo **Guipúzcoa**, hace por Martí más que

un amigo preocupado por el sentido profundo de su vida. La estancia en España, en efecto, era indispensable a Martí para integrar el cuerpo de su misión. Sin sus años de Madrid y de Zaragoza, su obra habría adolecido de una laguna fundamental. Para los fines de aquella, pudo habérsela pasado sin París; sin España, no. En España aprendió, es verdad, la unidad de una empresa común al Nuevo Mundo y a la propia España. Si Cuba se debatía presa de durísima dominación, también los españoles eran víctimas de una política que no veía más allá de sus narices y había perdido ya el secreto de su fuerza civilizadora. La crisis del 98 estaba en puerta, tras el desastre de Cuba y Filipinas. Unos años hacía, un desencantado sintomático, Mariano José de Larra, se había abierto los sesos de un pistoletazo. El ruido del pistoletazo se prolonga a través de todo el siglo XIX español. También Larra era un rebelde. Por sobre los López de Ayala y los Martínez Campos y los Sagasta, en España palpataba la inconformidad. Merced a su exilio de España, Martí incorpora a su causa todos los temas de la crisis española de su siglo.

México, acto seguido, le da el secreto de un hecho que está en vías de formación y Martí, con aquella predisposición que tenía de acentuar místicamente todo lo grande, convierte en pasión: América. La pasión de América es al contacto de México que se produce en su inteligencia. México y Martí tenían muchas cosas en común. El clima le fue propicio, en el momento exacto en que el cubano organizaba su mensaje. México salía, a la sazón, de una larga tragedia. Ocho años antes, la República venció, sobre un mar de sangre, la intervención armada de Francia, y Maximiliano, fugaz emperador, fue inmolado en aras al respeto de la soberanía nacional. Benito Juárez, el indio extraordinario, logró restaurar las instituciones liberales tras una década de enconada revolución. Una de las más brillantes generaciones estaba en el poder. Martí se enamoró ardientemente de México. A mayor abundamiento, es en México donde logra construir su prosa, su prosa robusta, eficaz, melodiosa, que mientras más se la lee más profundidades descubre.

Tenía veintidós años cuando desembarcó en Veracruz; pero su experiencia correspondía a una edad mucho mayor. Desde muy temprano, Martí dio siempre esta sensación de madurez. A los veintidós años, generalmente, un hombre no se preocupa poco ni mucho de las cosas recónditas de la vida, sino de gozarla hasta donde

se pueda. A Martí, en cambio, lo preocupaban precoces torcedores de libertad, de hombridad, de Dios y de pueblo. Por eso topó derechamente, en cuanto se instaló en México, con Altamirano, con Baz, con Sierra, con Ramírez. A Baz lo batió en memorable velada –el mundo intelectual celebraba su recepción como socio del Liceo Hidalgo– en la cual se pronunció contra el positivismo exclusivista de la época. Tan en el cogollo de México se metió, que a los cuantos meses los trabajadores de Chihuahua le dieron su representación en un Congreso. Su colaboración en la **Revista Universal** abunda en incontables luces sobre el país y sus temas capitales, inéditas hasta entonces para los mismos mexicanos. Es él quien inicia una corriente de respeto para el indio. Ya muchos años después, recordando este tema mexicano, repetiría:

América ha de salvarse con sus indios.

México y Martí se marcaron mutuamente con sello perdurable. La referencia mexicana sería, en lo futuro, inevitable en sus libros y en sus discursos. En lo mejor de su obra estaría presente el ejemplo de esta tierra que no se avenía a la calma chicha de la iniquidad, sino que ardía constantemente.

Necesitaba haber venido a este país y no a otro –asienta por ahí, uncioso, Hernández Catá– para sentir desde su inmenso edificio de tres plantas donde todos los cultivos hallan tierra propicia y donde la raza de los conquistadores y una raza que mira a la muerte con ojos orientales de remotas inmigraciones llegadas por ese Pacífico suplantado en la vida mexicana por el portillo atlántico de Veracruz, se funden en un mestizaje de extraña textura. Necesitaba contemplar desde la altiplanicie norteña, de espaldas a las tierras cercenadas por la primera lucha entre el águila traída en la humilde cubierta del **Mayflower** y esta otra águila que, con el nopal, es cifra de los descendientes de Doña Marina y de Cortés, la América toda, la nuestra, cuya cintura de mujer se estrecha en el istmo y cuyos pies juntos, a modo de flecha, van a clavarse en el Antártico.

Es verdad. México –la experiencia mexicana– era indispensable para los fines de su existencia.

La otra experiencia cardinal es la de los Estados Unidos. En medida rigurosa de tiempo, en ninguna otra parte vivió tan abundantemente como allí. De una manera ininterrumpida, once años: de 1881 a 1892. Con razón pudo gritar, con grito de padre que previene al hijo amado, en la última carta que le salió del corazón y no concluyó, la víspera misma de su muerte:

Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas: y mi honda es la de David.

Casi toda su obra escrita es fruto de esos años de Nueva York. Lo mejor de su colaboración periodística a Caracas, a México, a Buenos Aires, a Montevideo, a Guatemala y a las mismas publicaciones de Nueva York, lo da en esta gran capital. Allí, asimismo, organiza los nudos de la revolución de Cuba. Representa, como cónsul a Argentina, a Uruguay, a Paraguay. Preside la Sociedad Literaria Hispanoamericana y representa a la Asociación de la Prensa, de Buenos Aires, a la Academia de Ciencias y Bellas Artes, de San Salvador, a la Sociedad **Amigos del saber**, de Caracas. En los Estados Unidos y con el fin de unir a la emigración cubana, funda el Partido Revolucionario. Los más de sus libros están escritos allí. Su dominio prodigioso del tema norteamericano le permite asomarse a todas las expresiones de la existencia del gran pueblo cuya creciente fuerza verifica, preocupado, en todos sus alcances.

Lo esencial de su mensaje americano fue pensado, madurado y escrito en Nueva York: tal es **Madre América, Nuestra América**, el discurso de Hardman Hall el 10 de octubre de 1891, el discurso en homenaje a Bolívar, las Bases y el Manifiesto del Partido revolucionario Cubano. Los grandes acontecimientos que le sorprenden en el exilio de los Estados Unidos son, asimismo, fundamentales para los fines de su obra y su vida. Cuando aparece en Nueva York, en 1880 –precisamente con el año nuevo– comienzan a darse cita en los Estados Unidos todas las familias de la Tierra. Se respira una pujante y agresiva energía. El mundo de las máquinas inicia su imperio. La vieja casta de los puritanos, calvinistas y agrios, cede plaza al tipo nuevo del **self made man**. Se abre una era que está destinada a operar increíbles transformaciones en la sensibilidad social. Martí observa, en sus primeras notas en inglés:

El poder material, como el de Cartago, si crece rápidamente, rápidamente declina.

Por las avenidas de enormes andadores, pululan todas las tardes muchedumbres apresuradas y mudas que dan al recién llegado una impresión de crueldad y aspereza. Legiones de trabajadores levantan, de día y de noche, el colosal puente colgante que unirá Manhattan con Brooklyn. Por todos lados cae, bajo la piqueta, la vieja casa neerlandesa y anglicana, y en su lugar crece el flamante rascacielos color de plomo. Las señoriales costumbres que la aristocracia trajo de Inglaterra victoriana, se mustian bajo el alud de los tiempos nuevos.

Tiempos nuevos. ¿A dónde irá a parar esta eclosión material, la más extraordinaria que registra la historia? Martí piensa en su América, su otra América, sentimental, mestiza y caótica, y se estremece. Hace treinta y tres años que México sufrió, el primero, la dentellada. ¿Se organizarán las patrias convulsas del Sur, para bien de un necesario equilibrio de todos, o continuarán desunidas, anémicas políticamente y expuestas, por los excesos de la anarquía y la tiranía, a la agresión súbita del poderoso? Los grandes capitanes de la industria que aquí mismo, en Nueva York, consolidan todos los días firmas que se adueñarán del mundo, hablan con un frío impudor de sus inversiones en las tierras del Sur y ponen precio a cada una. Por el culto de la libertad, los Estados Unidos son dignos de la emulación de todos los pueblos del orbe; pero hay en ellos una llaga –advierte Martí, angustiado por el futuro incierto– la del culto excesivo del dinero que, caso de no ser curada con atenciones delicadas de justicia y de cultura, devendrá peligro de muerte para América y para los propios Estados Unidos. Hay, evidentemente, dos nociones de la existencia –ambas incompletas– la del Norte y la del Sur. Se le viene a la imaginación, soñando, la vieja historia de Marta y María. ¡Marta y María del Nuevo Mundo que, para gloria última de América, deben encontrarse fatalmente y compensarse sus mutuas fallas, con las manos juntas sobre la tarea común!

Fue en los Estados Unidos donde el pensamiento político de Martí cobró esa jugosa madurez que no es resultado de libros, sino de una vigilante preocupación por el destino de América. Por sobre todos los demás valores, la obra de Martí es obra política.

Martí –asienta, con razón, Marinello– fue primordialmente un político, y quien indague el color de su pensamiento con olvido de esta verdad, anda descaminado.

Apenas hay página suya en la que no aliente esta realidad del político. Político, sabe que la economía, en los individuos como en los pueblos, no es sino una manera de poner en juego la política:

El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse, vende a más de uno. Cuando un pueblo fuerte da de comer a otro, se hace servir de él. Cuando un pueblo fuerte quiere dar batalla a otro, compele a la alianza y al servicio a los que necesitan de él. Lo primero que hace un pueblo para llegar a dominar a otro, es separarlo de los demás pueblos. El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios. Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes. Si ha de preferir a alguno, prefiera al que lo necesite menos, al que lo desdeñe menos. Ni uniones de América contra Europa, ni con Europa contra un pueblo de América. El caso geográfico de vivir juntos en América no obliga, sino en la mente de algún candidato o algún bachiller, a unión política. El comercio va por las vertientes de tierra y agua y detrás de quien tiene algo que cambiar por él, sea monarquía o república. La unión con el mundo y no con una parte de él; no con una parte de él contra otra. Si algún oficio tiene la familia de repúblicas de América, no es ir de arria de una de ellas contra las repúblicas futuras.

Unidad, fuerza, quieren decir que sin justicia interna, los pueblos no serán nunca unidos ni fuertes. Unidad, porque las patrias no se componen de razas, sino de hombres, y "peca contra la humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas"; y fuerza, que es salud, porque es el fruto más precioso de la justicia social. La explotación del hombre por el hombre es crimen que purgan, a la larga o a la corta, las repúblicas. Pobres de todas partes son la flor de la especie. Sin ellos, el mundo ya habría reventado, ahíto. Ara es la patria y no mancebia en la cual, con detrimento de la honra de todos, unos llevan yugo y otros medran. La grandeza de la patria no se mide por el oro de sus arcas, sino por las virtudes de sus hijos y el empeño de igualarlos en la democracia.

El pueblo grande –diría, al respecto, Martí– no es aquel en que una riqueza desigual y desenfrenada produce hombres crudos y sórdidos y mujeres venales y egoístas; pueblo grande, cualquiera que sea su tamaño, es aquel que da hombres generosos y mujeres puras.

Entre los pobres de la Tierra realizó Martí su obra extraordinaria y de ellos recibió fuerza, como de un hontanar prodigioso. Su mismo mensaje alcanzó acento sublime en contacto con los infelices de Tampa y Cayo Hueso. Agregaría:

La verdad se revela mejor a los pobres y a los que padecen.

Hace muchos siglos que todo redentor, para obtener sacudir de raíz el mundo, busca este calor de pobres. Entre ellos se producen, siempre, las revelaciones.

Las ideas políticas y sociales de Martí en orden al hecho americano, no han sido a la fecha igualadas por ningún otro inspirado, ni por su admirable y siempre exacto sentido de las realidades, ni por su amplitud, ni por su rango. Para él, todo secreto de autonomía –económica, social, política– reconoce como raíz la educación de nuestros pueblos. En cada patria ha de producirse la conciencia de su destino; en busca de ella, nuestras largas guerras civiles significan la necesidad de encontrar formas que se acomoden con el temperamento de América:

La incapacidad no está en el país naciente –que diría en uno de sus libros fundamentales– que pide formas que se acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyés no se desestanca la sangre cuajada de la raza india. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma de gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.

Es por este ensayar formas exóticas que no se avienen con la íntima personalidad de nuestros pueblos, por lo que éstos han padecido un doble azote: el ideólogo que porfía por meter en la sangre nueva instituciones de afuera –¡como si las instituciones no fueran el fruto de una tradición y de un clima y de un suelo!– y el caudillo que se produce como una suerte de venganza contra aquél y retrasa, a cada golpe de machete, el proceso natural de la formación de la república.

Por la educación social y política se salvarán estos pueblos en los que día a día se afirman nuevas virtudes. De copia de patrón de afuera hemos vivido, desde hace cien años, y todo indica que es llegada la hora de darnos nuestros propios modelos, de acuerdo con las realidades de nuestra geografía y nuestra historia. Como justamente lo dice Martí, hemos opuesto al instinto de sociedades convulsas decretos de Hamilton, frases de Sieyés, métodos de Francia e Inglaterra. Escuelas donde organizar nuestra conciencia hemos de multiplicar en nuestros territorios, si queremos, en verdad, organizarnos como nacionalidades. Escuelas nuestras, nacidas de la original composición social y humana, y buenos institutos populares de artes y oficios, donde se aprenda a hacer uso de los instrumentos modernos de la agricultura y donde el hombre obtenga conocimientos prácticos en el orden industrial. Sobrecargados de humanismo formulista y erudito andamos, desde los días en que éramos colonias de España, y por eso carecemos de artesanos que transformen nuestras riquezas y abundamos, en cambio, en letrados que no aspiran sino a vivir cómodamente del ejercicio de una rutina estéril. La escuela de América ha de echarse a los campos, en densas tropas de misioneros que sepan predicar con sencillez "el conocimiento de la ciencia llana y práctica, la independencia personal que fortalece la bondad y fomenta el decoro y el orgullo de ser criatura amable y cosa viviente en el magno Universo". Esto lo recomendaba en 1884, muchos años antes del experimento mexicano de la escuela rural y de la moderna pedagogía rural de Rusia.

De un caos mil veces peor que aquel del que surgieron los pueblos europeos, por encima del derrumbe de Roma, han nacido nuestras repúblicas, y todas se organizan activamente. Afirma Martí:

De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas.

Quien no tiene fe en el destino de América, es que no entiende lo que ocurre a su alrededor. El tema capital de nuestra época es éste, precisamente: la novedad política del Nuevo Mundo. Siglos de oscuridad, de barbarie, de tiranía, de persecuciones, tardaron las naciones de Europa en constituirse y unas cuantas décadas de convulsión necesaria molestan al escéptico de América. Es más: la noción de nuestro hemisferio emana de una preocupación trascendental: la de nuestra americanidad, que aspira a patria grande, del Ártico al Antártico, de la Bahía de Hudson al cantil de Magallanes. El torcedor de un destino común para el Nuevo Mundo es innato a todas nuestras patrias. Lo mismo en la porción de habla inglesa que en esta otra que vive en español y en portugués, madura la conciencia de que por encima de diferencias ocasionales existen superiores intereses que por igual nos incumben. Así penetramos, por modo legítimo y natural, a un orden internacional que informa los rasgos de la política del Continente: el panamericanismo.

Cabe aseverar enfáticamente: Martí fue el primer político de América que dio programa a esta realidad apenas en embrión en su tiempo. Una palabra suena hoy en todos los ámbitos de nuestras tierras, como queriendo traducir la generosa y todavía confusa ansiedad del fenómeno naciente: solidaridad continental. De solidaridad continental habló Martí. Conspira contra ella el que, soberbio, ose hablar en inglés con lenguaje de dominador; igualmente conspira quien, desde el Sur, no sea capaz de dar al panamericanismo rango digno y elevado. Solidaridad, no vasallaje. Conocerse es entenderse.

El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe.

Martí veía a muchos años de su minuto. Recuérdense, si no, sus palabras proféticas acerca de la batalla que habrá de lidiarse para contener a "los hombres enjutos de oblicuos ojos y tez de marfil". La unión es fatal: "está escrita por la fauna y los astros de la Historia". Hoy, cincuenta años después del mensaje del gran cubano, los hechos nos ponen de un golpe –golpe violento, como todos los que vienen de la sangre– en fila, frente al enemigo común. La guerra entre las democracias de América y el Japón ha sido declarada hoy, domingo

7 de diciembre de 1941, fecha grande como la del inicio de las Guerras Púnicas. Del encuentro tremendo –en el cual tendremos, seguramente lugar– saldrá la noción panamericana robustecida, confirmada, limpia de prejuicios. Es fuerza que la unidad se obtenga a través de empresas heroicas.

La obra escrita de Martí es enorme y abarca todas las esferas del pensamiento. En los archivos de Nueva York, de Caracas, de Guatemala, se siguen encontrando, a la fecha, artículos olvidados. Política, sociología, arte, educación, verso, drama, novela, ensayo, historia, economía: de todo ello dejó muestras excelentes; levantaba los temas, de la naturaleza que fueran, a un rango extraordinario: recordemos, a este respecto, el admirable estudio que hizo para la Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América, reunida en Nueva York en 1891, en el cual abundan las normas geniales del estadista que conocía la íntima naturaleza de nuestros pueblos. En la carta que a manera de testamento literario escribe Martí a Gonzalo de Quesada, desde Montecristi, con fecha 1ero de abril de 1895, en la víspera misma de su sacrificio, divide sus papeles en seis gruesos capítulos:

- I. Norteamericanos.
- II. Norteamericanos.
- III. Hispanoamericanos.
- IV. Escenas norteamericanas.
- V. Libros sobre América.
- VI. Letras, Educación y Pintura.

Decía en aquella carta célebre a su discípulo Quesada:

Tengo mucha obra perdida en periódicos sin cuento. Usted sólo elegirá, por supuesto, lo durable y esencial. Entre en la selva y no cargue con rama que no tenga fruto.

Apenas hay rama que no lo tenga. No pasma tanto la cantidad de sus trabajos escritos como el temblor de aguas de joya que fulgura aún en el menos importante. Como bien lo reputó Unamuno, era Martí "un hombre, todo un hombre, y un maravilloso escritor". Le brotan a llamaradas las palabras, las frases; su estilo es irregular, personalísimo; él mismo define:

No está el arte en meterse por los escondrijos del idioma, y desparramar por entre los versos palabras arcaicas o violentas; ni en deslucirle la beldad natural a la idea poética poniéndole de tocado, como a la novia rusa, una mitra de piedras ostentosas; sino en escoger las palabras de manera que con su ligereza o señorío aviven el verso o le den paso imperial y silben o zumben, o se arremolinen y se arrastren, y se muevan con la idea, tundiendo y combatiendo, o se aflojen y arrullen, o acaben, como la luz del sol, en el aire encendido.

También dijo:

A esa literatura se ha de ir: a la que ensancha y revela, a la que saca de la corteza ensangrentada el almendro sano y jugoso, a la que robustece y levanta el corazón.

La literatura de Martí es precisamente para este uso: para robustecer y levantar el corazón. Su estilo es uno de los más personales que hayan sido elaborados en castellano. Montalvo mismo, como advierte con razón un ilustre contemporáneo –y digo Montalvo para no aludir a una cúspide reconocida de las letras en América– tiene un marcado regusto cervantino. Martí no tiene regusto de nadie. Por eso declaró Gabriela Mistral que "es de veras una voz autónoma, levantándose en un coro de voces cuál más cuál menos aprendidas". No creía él –y cómo había de creer, él que entendía el secreto de su misión!– en la fruslería ésa de la literatura por la literatura. Afirma:

Quando la palabra no se pone al servicio de una causa grande, es una coqueta abominable.

La literatura vale sólo en razón directa al mensaje que entraña. Literatura sin mensaje es virtuosismo estéril de estetas, aberración de la inteligencia. Jamás escribió Martí una línea que no contuviese un propósito. Sus páginas –todas las que pensó y puso en pie, como encrespados tajos de sangre– están vivas porque les dio el latido de su propio corazón. Por éste escribe con su propia sangre, su obra no ha perdido el más fresco y pujante de sus poderes: el de regeneración. Palpita en aquélla un oleaje excesivo de fervor. Es barroca, como las portadas de las grandes catedrales del Nuevo Mundo, y por donde va, suelta perfume. En ocasiones, de tan patética, deviene jadeos. De esa

prosa dramática que no parece cosa escrita sino arrancada de las entrañas convulsas de la angustia, la pasión y el fervor, opinó Sarmiento:

En español, nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí, y después de Víctor Hugo, nada presenta la Francia de esta resonancia de metal.

Ciertamente: algo de bramido hay en todo Martí. Como respondiendo al gran argentino, él mismo diría, en otra ocasión:

Hay gritos que sintetizan a toda época.

Él era uno de aquellos gritos. Por su parte, agudo juicio de Ventura García Calderón agregaría:

Nadie tuvo, en lengua española esa arrogancia verbal, ese amor comunicante del hombre nacido para evangelizar y redimir.

Cada estilo responde a una vida. Cada uno emana de un venero personal de hombre. Martí, sin reservas, palpita por entero en su estilo de diamante y de flor, de lágrima y de estrella.

Poco importa, porque no es lo esencial, el tema de cada uno de sus libros. Con palabras de García Calderón digamos, porque es la verdad, que en todos no se mueve más que un solo y exasperado propósito: el de evangelizar y redimir. Era su obsesión, y en él alcanza extremos de poseído. Es justo. Para echar a andar el mundo y levantarlo en los brazos, hay que estar poseído. Para meterse en empresas increíbles de esa estirpe sublime que frecuentemente roza lo ridículo, hay que estarlo. Alientos de estos son los que ponen gloria en el destino. Conocía como nadie los secretos hilos de las almas, los poderes ocultos del hombre por los cuales éste es niño y héroe, ala de ángel sobreponiéndose a baba de ofidio. Lo mismo cuando cuenta, con una simplicidad que ha resuelto los más arduos problemas, quiénes eran Bolívar, Hidalgo, el Padre de Las Casas, San Martín, que cuando habla de pintura, o de las asociaciones obreras, o de las ciudades que conoció o soñó, o que cuando escribe una carta, el tema, en sus manos, asciende y se hace trascendental. Por eso, nada de cuanto escribió carece de valor. Lo hay, y crecido,

aun en sus crónicas más volanderas, aquellas que escribió de prisa y sobre las rodillas para añadir un poco de pan a su diario pasar.

Quiero hablar de uno de sus libros más conocidos. Todavía la generación anterior a la mía lo leyó en la escuela; hoy no es fácil encontrarlo, y sin embargo, ¿resolvería, con unos cuantos toques que no afectarían su sustancia, el problema creciente de dar a los niños textos eficaces para aprender! Me refiero, precisamente, a un delicioso libro de texto que, inclusive, no todos los que saben de Martí saben que es suyo: el **Mantilla**. Manuel Mantilla era, como él, cubano. Martí vivió en su casa, al llegar a Nueva York: era una casa de huéspedes en la que el pobre enfermo apenas contaba y que iluminaba con su simpatía y su sentido de lo práctico su mujer, Carmen Miyares, venezolana emparentada con influyentes de la administración de Guzmán Blanco. Mantilla consiguió el contrato de un libro de lectura escolar; Martí lo formó y le dio el nombre de su amigo. Aun en el modo de ganarse unos pesos hacía obra generosa. Años después, en el mismo Nueva York, escribiría una novela que un periódico solicitó de otra amiga suya, Adelaida Baralt, venezolana también: **Amistad funesta**, en la que andan tantas cosas de su propia vida y que firmó con una graciosa aproximación del nombre que debió haberla firmado: Adelaida Ral.

En realidad, Martí, que escribió tanto, apenas dejó unos cuantos libros. Todo lo demás –y para cosas tan esenciales como su estudio sobre Cecilio Acosta– anda rodando en los archivos de los periódicos del Continente. En Cuba y en México, sus discípulos buscan afanosamente su profusa y dispersa labor y la ordenan en libros. Recordemos, a este respecto, los empeños fervorosos de Gonzalo de Quesada –o mejor dicho, de los dos Gonzalos de Quesada– de Félix Lizaso, de Camilo Carrancá y Trujillo, Emilio Roig de Leuchsenring y de otros. Casi todos sus versos, en cambio, los publicó en libros. En Nueva York aparecieron tres: **Versos cubanos**, **Versos libres** y **Versos sencillos**. Si en prosa es dueño de un estilo extraordinario y único, en verso fue un precursor. En su lírica laten ya las más substanciosas calidades del Modernismo que, a la vuelta de unos cuantos años, irrumpiría en el lenguaje dándole una nueva emoción. En 1891, en el prólogo de uno de sus libros de versos, escribe estas significativas palabras:

¿Ni a qué exhibir ahora, con ocasión de estas flores silvestres, un curso de mi poética, y decir por qué repito un consonante de propósito, o los gradúo y agrupo de modo que vayan por la vista y el oído al sentimiento, o salto por ellos, cuando no pide rimas ni soporta repujos la idea tumultuosa?

También en Nueva York fue publicado el volumen **Ismaelillo**, escrito casi íntegramente en el medio año que vivió en Venezuela.

La nata del pensamiento político y americano de Martí, no obstante lo que arriba se dice, se encuentra en algunos breves tomos publicados con posterioridad a su muerte: **Madre América** y **Nuestra América**, entre otros. Son fundamentales, asimismo, para quien busque en su obra signos de organización de la existencia americana, sus discursos en homenaje a Bolívar y los de Hardman Hall y el Liceo Cubano, de Nueva York los dos primeros y de Tampa el último; los manifiestos del Partido Revolucionario Cubano y de Montecristi, y algunas cartas escritas en la víspera misma de su sacrificio: la de Federico Henríquez y Carvajal y la de Manuel Mercado, que constituyen una suerte de inspirado testamento. Tienen un interés singular, por la misma razón, sus estudios sobre personajes y temas de la vida norteamericana que le tocó confrontar, desde los publicados originalmente en inglés bajo el rubro **Impressions of a fresh Spaniard** hasta los magníficos retratos enviados a **La Nación**, de Buenos Aires y a **La Opinión Nacional**, de Caracas. Hasta la entraña del inmenso poderío material de Norteamérica se metió, y en algunas de sus páginas deja gritos de una realidad sobrecogedora. Antes que ninguno de sus propios hijos, urgió a los Estados Unidos a volver por los valores eternos del espíritu, sin los cuales ninguna otra casta de valores tiene alcances perdurables:

Quando lleguen los días de pobreza, ¿qué opulencia, sin la del espíritu, podrá ayudar este pueblo en su colosal infortunio?

También a los niños llevó los himnos de su pasión americana. Como todos los que viven preparando los caminos de mañana, Martí puso en el amor a los niños el estremecimiento más cálido de su ternura universal. Un día convenció a un rico brasilero de Nueva York, D'Acosta Gómez, de que había que hacer un periódico para los niños. En lengua española, efectivamente, éstos carecen de literatura adecuada. En cambio, los de Alemania, los de Dinamarca, los de Suecia, los de

Inglaterra y Estados Unidos, cuentan con grandes poetas que les hablan de sus mitos nacionales y les cultivan la imaginación y las nacientes fuerzas prácticas con nobles ejemplos y hermosas leyendas. En la flor del estío de 1889 sacó, con este fin, **La edad de oro**, de la cual saldrían cuatro números. Dijo en aquella ocasión:

Para eso se publica **La edad de oro**: para que los niños americanos sepan cómo se vivía antes, y se vive hoy, en América, y en las demás tierras; y cómo se hacen tantas cosas de cristal y de hierro, y las máquinas de vapor, y los puentes colgantes, y la luz eléctrica; para que cuando el niño vea una piedra de color, sepa por qué tiene colores la piedra, y qué quiere decir cada color; para que el niño conozca los libros famosos donde se cuentan las batallas y las religiones de los pueblos antiguos. Les hablaremos de todo lo que se hace en los talleres, donde suceden cosas más raras e interesantes que en los cuentos de magia, y son magia de verdad, más linda que la otra; y les diremos lo que se sabe del cielo, y de lo hondo del mar y de la tierra; y les contaremos cuentos de risa y novelas de niños; para cuando hayan estudiado mucho, o jugado mucho, y quieran descansar. Para los niños trabajamos, porque los niños son los que saben querer, porque los niños son la esperanza del mundo.

La edad de oro tiene mucho que hacer en nuestras escuelas todavía. En la América nuestra faltan maestros, en la grande y verdadera acepción de la palabra. Con razón Juana de Ibarbourou reputó a Martí "formidable pedagogo instintivo". Lo era ¡y en qué grado! Toda su vida y toda su obra, no son sino una severa función de magisterio. Evangelizó a niños, a hombres, a mujeres, a pueblos. Si se hicieran, en México como en todos los países del Continente, grandes ediciones modernas de esta **Edad de oro**, aún habría allí riqueza soberbia para chicos y grandes. Y lo harán otras generaciones, porque un día el mensaje de Martí tendrá que ser difundido para robustecer la salud de la patria americana. **La edad de oro** anda ahora convertida en libro, ella que fue letra de cuatro números de periódico, y señala dentro de la obra de Martí gajo entrañable y rico de aroma. El que fue precursor de tantos rumbos, se anticipó, con ella, en tres décadas, a esa serie maravillosa del genio sajón que es hoy regalo de nuestros niños: **El tesoro de la juventud**. Salvo que **La edad de oro** es cosa de inspirado y materia extraordinaria de

doctrina, y no sólo no se ganó con ella un centavo, sino que D'Acosta perdió muchos cientos de dólares.

Explicaré cómo se formó el mensaje que contiene este libro que la Secretaría de Educación Pública de México edita para ejemplo y provecho de su juventud. Para mí que esta selección ofrece aspectos esenciales de la extraordinaria obra de Martí. Por cierto que, cuando se tiene el propósito de buscar lo esencial del gran cubano, la tarea no es fácil, porque todo es esencial. En sus menos conocidas páginas, en estudios publicados en oscuros periódicos de provincia, hay luces soberanas de genio. El jugo, que otros dosifican avaramente, lo despilfarraba él en todo lo que escribía. Entre el material de construcción empleado por Martí, no figuró nunca la paja. De ahí que duela cortar en capítulos sus libros y cercenar, por necesidades fatales de espacio, tanta sustancia como queda fuera. Sin embargo, hubo que elegir muestras de ese inagotable tesoro, y se procuró, al menos, ofrecer una de cada uno de los grandes temas en que se divide su obra: el de América, el de Cuba, el de los niños, el verso y algunas de sus páginas póstumas, contenidas en el cuaderno de apuntes escrito durante los dos últimos meses de su existencia, entre Santo Domingo y Cuba.

El artículo publicado en homenaje a Manuel Acuña en **El Federalista**, de México, en diciembre de 1876, exhibe ya las calidades características de su prosa y posee una extraña grandeza. Hay pasajes en él en los que el joven de veintitrés años que era Martí entonces, enseña la garra de león. De 1883 a 1884, son las dos páginas tituladas **Las asociaciones de obreros y Una novela en el Central Park**, publicadas en **La América**, de Nueva York; deliciosas crónicas plenas de ternura de poeta y de una sagacidad y una certeza de ojos ejemplares. **Madre América** es uno de sus discursos más justamente famosos, pronunciado ante los delegados hispanoamericanos a la Primera Conferencia Internacional Americana, celebrada en Washington; es esta obra, con **Nuestra América**, publicada en **El Partido Liberal**, de México, dos años después (1889 y 1891), la que lleva lo más fibroso de su pensamiento continental. Famoso también es el discurso pronunciado en honor de Bolívar en Nueva York, en 1893, y en el cual su estilo cobra una salvaje suntuosidad unida a una dramática fuerza de expresión.

De **La edad de oro**, se dan cuatro capítulos: "La historia del hombre contada por sus casas"; "Las ruinas indias"; "La exposición de París" y "El Padre Las Casas", que son un dechado de preciosa –y

precisa— sencillez, de originalidad y de nobleza. Haciendo doctrina para los niños, se le sale a marejadas, contagiosa, la pasión de las grandes cosas de América. Martí, que en todo persiguió lo esencial, era un indianista esencial. Modelos acabados, en este género, son "Las ruinas indias" y "El Padre Las Casas". De su obra en verso, se recogen poemas de tres libros: **Ismaelillo**, **Versos sencillos** y **Versos libres**. El primero es el canto al hijo ausente, "el príncipe enano", "el reyezuelo", "el diablillo con alas de ángel". Los **Versos sencillos** —¡y qué difícil, qué macerada sencillez de rima acendrada en fuego de síntesis!— celebran acontecimientos de su propia vida, rastros marcados a través de los días, recuerdos de amigos, de mujeres que le despertaron en el ser aromas, de países. De los **Versos libres** dice Martí que le nacieron

de grandes miedos, o de grandes esperanzas, o de indómito amor de libertad, o de amor doloroso a la hermosura, como riachuelo de oro natural, que va entre arena y aguas turbias y raíces o como hierro caldeado, que silba y chispea, o como surtidores candentes.

En ellos abundan los poemas de ancha respiración clásica, como el de **Pomona**, en cuya melodía hay presagios de la gran voz revolucionaria —próxima ya— de Rubén Darío.

Fundamentales para el pensamiento político de América son los dos discursos, los dos manifiestos y las dos cartas que se incluyen en esta selección. El discurso pronunciado en Hardman Hall, de Nueva York el 10 de octubre de 1891, como el del Liceo Cubano de Tampa, de ese mismo año, son mensajes apretados de novedosas definiciones de regeneración patria, a los que exalta un soplo de misticismo. En los manifiestos del Partido Revolucionario Cubano, aparecido uno en **Patria**, el órgano del propio Partido, en Nueva York, en 1893, y otro en el pueblo de Montecristi, de Santo Domingo, en marzo de 1895, dos meses antes de su muerte, es dable encontrar las sustancias del edificio nacional que traía entre manos. En trascendencia política, valen por un programa inspirado no solamente para Cuba, para quien fueron escritos, sino para cada uno de nuestros pueblos hispanoamericanos. Las dos célebres cartas, dirigida una a Federico Henríquez y Carvajal, de Santo Domingo, y otra a Manuel Mercado, de México, forman su testamento. Siempre que América busque camino, a ellas habrá que acudir. Figuran, en el presente volumen, por último, varios fragmentos del diario póstumo

de Martí, escrito durante el breve lapso del 9 de abril al 17 de mayo de 1895. Estas páginas minuciosas van saliendo por las noches, en el silencio tropical de los campamentos, y aletea en ellas una emoción de la naturaleza, un calor humano y una suerte de religiosa fusión con lo cósmico, que rozan frecuentemente las esferas de lo sublime.

México entrega orgullosamente estas páginas de José Martí a América. Puesto que están vivas, vayan y hagan lo suyo. Excelso es el mensaje: cumpla su destino y prenda luces nuevas en la conciencia de nuestro tiempo.

CRECIMIENTO Y REVELACIÓN DE JOSÉ MARTÍ

Por Manuel Pedro González

Un ejemplar libro exegético publicado en Cuba el año pasado motiva y estimula estas reflexiones. Pero antes de referirme a **Temas martianos** (Cintio Vitier, Fina García Marruz. Biblioteca Nacional. La Habana, 1969), quisiera señalar el insólito fenómeno aludido en el epígrafe de estos comentarios.

En 1952 escribía el penetrante crítico y profesor español, Federico de Onís, estas palabras que han resultado proféticas:

El valor de Martí ha crecido sin interrupción desde su muerte hasta hoy. Su personalidad y su obra han adquirido gradualmente ante nuestros ojos dimensiones no igualadas por ningún otro de los muchos y grandes escritores que la literatura de la lengua española ha producido en los últimos setenta años, a raíz de la gran renovación literaria que llamamos Modernismo. Martí ha llegado a ser sin duda alguna el más vivo y actual de todos ellos, y este juicio de la posteridad es indicio seguro de que su valor se contará siempre, como ahora ya, entre los más altos de nuestra América. ("José Martí: valoración". **Antología crítica de José Martí**. Recopilación, introducción y notas de Manuel Pedro González. Editorial Cultura, México, 1960).

No sabemos si de Onís al escribir estas líneas tuvo conciencia de que estaba glosando pensamientos martianos. No sé de otro escritor o poeta hispano en quien se diera el don profético con tanta precisión y frecuencia como en Martí. El número y variedad de vaticinios que hizo es infinito, y lo más desconcertante y asombroso es que casi todos se han cumplido —menos los relativos a los pueblos de su América porque los juzgaba con los ojos del amor, no como eran sino como él anhelaba que fueran—. Sobre ningún otro tema hizo tantos y tan acertados pronósticos como sobre Norteamérica y sobre su propio destino. Tampoco su verso, y su obra toda dejaron de inspirarle augurios clarividentes. Lo curioso de estos délficos postulados relativos a su verso es que en ellos la pre-visión o fortuna que anticipa a su poesía aparece frecuentemente vinculada a su hado o sino como ser humano. Así dirá: "Mi verso crecerá: bajo la yerba/ yo también creceré...". Entre 1885 y

1890 debió escribir un hermoso dialogismo de tono resignado y melancólico en el que nos revela su desolada "soledad ontológica". El contenido sibilino de los últimos versos es de impresionante videncia. Confieso que me produce un escalofrío de admiración y asombro este oráculo tan fielmente cumplido:

...;Los honrados
son muy útiles soldados!
De manera
que aunque por mi vida entera
hoy no me vengan a ver,
y a bosque dejen crecer
de mi umbral la enredadera.
¡No me importa!
Esta vida es triste y corta,
e irán luego
cual gente friolenta al fuego,
luego que el mío sucumba,
a visitarme a mi tumba:
y yo que siempre sonrío,
es mi seguro aposento,
todo mío,
sonreiré entonces contento:
y se verá en derredor
de mi sepulcro un vapor
como de mirra y de luz,
¡y una flor
nueva se abrirá en la cruz!

Una última cita en la que la fusión entre poema y poeta, entre vida y poesía es absoluta y perfecta. Autor y expresión son ya una sola y misma cosa. Refiérome a la última estrofa del libro **Versos sencillos**:

¡Verso, nos hablan de un Dios
adonde van los difuntos:
verso, o nos condenan juntos,
o nos salvamos los dos.

Comentando este último poema del libro impar, dice Cintio Vitier con sutil penetración crítica:

Nada de esto podría hacerlo el verso si no se hubiese convertido en el poeta mismo. Martí revolucionario se hace uno con su verso. Es ya el verso hecho carne, el hombre-poesía, la integración ontológica de la palabra, la acción y el destino:

Verso, o nos condenan juntos,
o nos salvamos los dos!

Los escritores jóvenes de América leen poco a Martí hoy. Por lo general lo conocen "de nombre" o "de oídas" solamente. Es un valor consagrado que citan o mencionan cuando les conviene –como los políticos– pero no lo leen. De esto he tenido innumerables testimonios en años recientes y en diversos países –sin excluir a Cuba–. La juventud "letrada", frívola y snob, se pirra por conocer las novelorías y "tecniquerías", como las llamara Unamuno, que París y New York exportan, pero ignora a sus propios clásicos de máxima talla. Martí, pensador recio y original, poeta y prosista de tamaño mayor, y sobre todo, la vida más ejemplar, luminosa y pura que América ha producido, disuena y resulta extemporáneo en la atmósfera de frivolidad y farsa –política y literaria– que prevalece por nuestras tierras. En el ambiente literario, guarango, pretendidamente sofisticado y snob, que en América da la tónica hoy, Martí resulta un testigo incómodo. Más exacta aplicación tienen hoy las siguientes líneas por él escritas que en la América de sus días:

Hoy son las conciencias anchas
y pasea
todo el mundo con sus manchas:
¡no recrea
eso de ver a censores!
Y, aun si callan,
los honrados
con su silencio batallan.

¿Qué pueblo o gobierno hispano-lusitano no lo ha traicionado y apostatado de su prédica redentora? Sólo un gobierno americano ha rehusado a representar el papel de Caín para con su amada Cuba durante la última década, actitud tanto más indigna por cuanto al adoptarla ni siquiera procedían por iniciativa propia sino como lacayos a instancias de un poder extraño. De ahí la postración y

subordinación en que han dado, mucho más servil y venal hoy que en los días en que Martí los defendía y amparaba.

Y sin embargo, Martí sigue creciendo a despecho de la nesciencia que en torno a él reina entre los escritores bisoños de América, y se multiplican las ediciones de sus obras y los estudios de alta calidad que inspira en Europa, Norteamérica y Cuba. La explicación de esta aparente contradicción consiste en que si bien la juventud "letrada" de América lo ignora, el pueblo humilde lo lee más que nunca. Por otra parte, con el incremento de la población y la alfabetización han aumentado las bibliotecas, escuelas y liceos, las clases de literatura y las librerías. De ahí que los editores puedan vender las parvas ediciones que de sus libros tanto como de los de sus comentaristas dan a luz. Como prueba de lo susodicho hubiera podido ofrecer una nómina de los libros que de Martí y sobre él se han publicado en la última década. Con tal fin comencé a catalogarlos y reuní más de treinta títulos. Su misma cuantía me impide incluir la lista aquí porque alargaría demasiado estos comentarios. Lo que sí puede afirmarse es que los últimos diez años constituyen la década más fecunda que se descubre en la bibliografía martiana, especialmente en estudios críticos de monto y alcance, tanto como en iniciativas fecundas destinadas a estimular su exégesis y fomentar el interés por su obra en la juventud.

Entre las iniciativas que más prometen mencionaré sólo dos. En 1968 se inauguró en la Biblioteca Nacional de Cuba la Sala Martí, en la cual se están coleccionando los materiales bibliográficos, tanto los activos como los pasivos, publicados en muchas lenguas y países. El acervo bibliográfico y documental acopiado hasta ahora en la Sala es cuantioso y está siendo utilizado ya, no sólo por los martistas e investigadores cubanos, sino por algunos europeos y norteamericanos también. Es de esperar que todo lector que posea libros y folletos raros, manuscritos o cartas de Martí que no puedan obtenerse en el mercado de libros, los done a la Sala para, de esta manera, enriquecer la colección. Martí mantuvo correspondencia con gran número de hispanoamericanos y no pocas de sus cartas permanecen desconocidas y olvidadas en los archivos y bibliotecas de sus corresponsales, desaparecidos ya todos. Los herederos realizarían obra de cultura americana donando a la Sala estos documentos. Martí pertenece a América tanto como a Cuba y es

deber de todo americano cooperar en este noble esfuerzo por reunir y catalogar todo lo que aquel auténtico héroe americano escribió. Estos preciosos materiales deben remitirse a la siguiente dirección: Doctor Cintio Vitier. Sala Martí. –Biblioteca Nacional. Plaza de la Revolución. La Habana, Cuba.

La Sala publica un **Anuario Martiano** del cual han visto la luz hasta la fecha los dos primeros tomos (1970). El número dos, recién aparecido, alcanza 626 páginas de primerísima calidad y valía para cuantos por Martí se interesan.

La segunda iniciativa es de índole distinta, pero en cierto modo relacionada con la Sala y complementaria de ésta. Refiérome a la creación en los Estados Unidos de la José Martí Foundation o **Fundación José Martí**, cuya existencia se debe a un modesto cuanto fervoroso martiano que la dotó con los ahorros que con tal fin había hecho durante años. La Fundación José Martí, única en su género que en Norteamérica existe, fue organizada legalmente en 1969, y su fin y aspiraciones consisten en estimular los estudios martianos de calidad, y fomentar el interés por sus nobles ideales entre los estudiantes avanzados mediante premios anuales, quinquenales, y especiales. Estos premios en metálico acaban de anunciarse, y comenzarán a otorgarse en diciembre de 1971 en el caso de que se presente alguna monografía que por su seriedad y hondura merezca el galardón de mil dólares. El premio quinquenal será de cinco mil dólares para la tesis doctoral que a juicio de los cinco profesores que constituyen el "Board of Trustees" de la Fundación sea acreedora a la recompensa.

El caso de José Martí es único en el ámbito de la cultura hispana por la capacidad de seducción o fascinación que posee. Esta especie de carisma póstuma es triple: ideológica, ética y estética. A menos de ser un frívolo, un cínico, un egoísta o un pícaro, es imposible leerlo sostenidamente sin quedar ya subyugado y catequizado para siempre en la malla sutil de su ideación y en el ejemplo de su vida inmaculada y altruista. El contacto íntimo con su espíritu conforta, estimula y purifica, como la plegaria al creyente. Este fenómeno de sesgo místico se ha dado en muchos casos de auténticas conversiones laicas. El último que se registra es el de Ezequiel Martínez Estrada. En una de sus últimas cartas, dirigida a Roberto Fernández Retamar, dice el genial ensayista argentino:

Los cuatro últimos años de mi vida consagrados a Martí han sido para mí el tiempo mejor aprovechado. Me he purificado y he aprendido a estimar la sabiduría, la santidad, el heroísmo, la abnegación, todos los atributos esencialmente humanos en él. (Roberto Fernández Retamar. **Prólogo a Martí revolucionario**, primer tomo, por Ezequiel Martínez Estrada, obra póstuma. Casa de las Américas. La Habana, 1967).

Ejemplo análogo es el del español Manuel Isidro Méndez, uno de los exégetas más fervorosos, perseverantes y lúcidos que Martí ha tenido. Durante medio siglo ha consagrado íntegramente su vida a estudiar e interpretar a Martí. A este noble español lo sorprendió la guerra civil en Asturias. Sus ideas liberales y sus simpatías por la República eran bien conocidas de los fascistas locales y dio comienzo una feroz cacería por las montañas de Asturias que duró varias semanas hasta que la víctima pudo llegar a la frontera y refugiarse en Francia. Años después me contaba Isidro Méndez que lo único que lo sostuvo y ayudó a resistir la fatiga, el hambre y la sed en aquella odisea por las montañas inhóspitas fue el recuerdo y el ejemplo alentador de Martí. También Rubén Darío experimentó su benéfico influjo. Bien conocido es el caso de Gabriela Mistral para quien el "santo de pelea" fue paradigma de hombre, de escritor y poeta. No faltan casos en que la lectura de Martí ha cambiado el rumbo del destino a modestos escritores. Refiriéndose a esta virtualidad catequista que el espíritu y la obra de Martí poseen, ha dicho uno de sus más fieles y sagaces intérpretes:

Tales son algunos ejemplos de las perspectivas a que nos conduce la apertura martiana. "Mina sin acabamiento" es también metáfora del horizonte. La futuridad de Martí, presente como irradiación en cada palabra suya, es una de las causas de la fascinación que ejerce. Desde cualquier ángulo que se llegue a él, es inevitable establecer un compromiso humano profundo, como es inevitable la convicción de un descubrimiento personal absoluto. Sus biógrafos y críticos han acabado dedicándole la vida y recibiendo de él con mayor verdad y pureza. (Cintio Vitier. "En la mina martiana", prólogo a **Martí, Darío y el Modernismo** por Iván A. Schulman y Manuel Pedro González. Editorial Gredos, Madrid, 1969).

La razón de la insólita capacidad proselitista que Martí atesora, casi huelga aclararlo, es que en él se conjugaron tres dimensiones o categorías que en vano trataríamos de encontrar aunadas en ningún otro escritor de nuestra lengua –y acaso en ninguna lengua: la dimensión apostólica, la heroica y genial. Significativo y de gran fuerza probatoria es el hecho de que fuese un norteamericano conservador y hasta proclive al imperialismo, pero hombre de talento y cultura que lo conoció bien, el primero en reconocerle las categorías heroica y genial: Charles Anderson Dana, el director del **New York Sun**, en el que Martí colaboró durante quince años. Cuando Dana conoció a Martí en 1880, había apostatado ya de su idealismo juvenil y se había convertido en republicano de derecha, desilusionado y expansionista. Quiere decir que en el orden político era la antítesis de Martí, pero en su prolongado trato y amistad con el cubano supo apreciarlo en todo lo que valía. A despecho de la antípoda ideología que los distanciaba, Dana le mantuvo abiertas las columnas de su diario hasta que Martí murió. Allí publicó el Apóstol más de 300 artículos que pronto aparecerán reunidos en libro gracias al esfuerzo realizado por el norteamericano que con mayor perseverancia y amor ha estudiado a Martí, el profesor Ivan A. Schulman, vicepresidente y secretario de la Fundación. El **Sun** fue el sostén económico más prolongado y seguro que Martí tuvo en su vida. Cuando Dana se enteró de la muerte de su amigo en la manigua cubana, publicó cuatro días después, el 23 de mayo, en su diario, un breve y conmovido obituario que era un dolorido treno. Tres o cuatro días más tarde publicaría Rubén Darío en **La Nación** de Buenos Aires su patético responso en el que a las categorías por Dana otorgadas añadía la apostólica.

Pero el caso más extraordinario y revelador de conversión casi religiosa es el ya mencionado de Ezequiel Martínez Estrada hacia el final de su vida. Antes de 1960 Martínez Estrada era admirador de Martí, pero en realidad lo conocía mal y fragmentariamente; los casi cuatro últimos años de su vida consagrados íntegramente a su estudio e interpretación lo convirtieron en martiólatra, y a fuer de converso tardío devino idólatra hasta dar en el frenesí amoroso. **Martí revolucionario** es una impresionante confesión de fe que no tiene parigual en las letras hispanas –ni siquiera en la ingente bibliografía pasiva de Cervantes ni en la martiana en la que

tanto se prodiga el tono f3rvido y la terminolog3a hagiogr3fica. Porque trat3ndose del Ap3stol cubano resulta arduo en extremo evitar el deslumbramiento y la actitud votiva una vez que penetramos en su reino axiol3gico. Y no es 3sta una peculiaridad limitada a la estimativa escrita en castellano. Como debo abreviar, citar3 s3lo un ejemplo. En 1929, cuando todav3a se le conoc3a muy parcamente, public3 el cr3tico italiano, Pietro Pillepich, un agudo ensayo exeg3tico en el que leemos este certero dictamen:

No podemos acercarnos a la obra de Jos3 Mart3 si no es con el religioso respeto con que nos aproximamos a las m3s luminosas figuras del pensamiento humano, a un Cristo, a un Gandhi, a un Tolstoi. No es un simple escritor 3ste que ahora tenemos delante, sin un libertador, y m3s bien un instigador, un creador de pueblo; no es s3lo un orador prodigioso, sino tambi3n un redentor y un ap3stol. No se le puede medir con el metro con que se mensuran los escritores de nuestro tiempo. (Pietro Pillepich **L'ultimo liberatore d'America: Jos3 Mart3**. Colombo (Roma), Settembre-ottobre, 1929).

Esta actitud reverente en torno a un escritor profano es una peculiaridad que s3lo se descubre en nuestra lengua en la exeg3tica martiana. Si repasamos la monta3a de estudios que sobre las figuras de mayor tama3o se han escrito en los 3ltimos siglos –un Dante, un Rabelais, un Cervantes, un Shakespeare, un Goethe, pongamos por caso– observamos que int3rpretes y cr3ticos mantienen un tono exaltado y admirativo ante el genio que analizan, pero de todos est3 ausente la veneraci3n de viso religioso o poco menos por la personalidad humana que da la t3nica y es norma y denominador com3n en las disquisiciones martianas de mayor alcance, cualquiera que sea la lengua en que se hayan escrito. El propio Mart3nez Estrada nos lo demuestra. En su copioso **Panorama de las literaturas** (1946), comenta a todos los grandes genios literarios que la humanidad ha producido, pero en ning3n caso descubrimos la exaltaci3n m3stica que permea las 618 p3ginas de **Mart3 revolucionario**. En este estudio caracterol3gico reitera que para interpretar a Mart3 correctamente es necesario emplear el lenguaje m3tico o religioso. La raz3n de esta especie de unc3n que Mart3 inspira en los que se han detenido largamente a meditarlo es de 3ndole ps3quica o espiritual

más que intelectual, como es el caso de los genios precitados en cuya valoración sólo intervienen las facultades discursivas. Lo que en Martí nos impone este acatamiento amoroso no es su genio literario ni su aptitud organizadora ni su oratoria fulgurante ni su dimensión heroica ni su capacidad cogitiva ni su don profético. Todos estos atributos se dieron en él en altísimo grado, pero se han dado en muchos hombres de pensamiento y de acción; lo que en Martí nos fascina no es aquello que tiene de común con otros genios, sino lo que de éstos nos separa y singulariza: su talla espiritual, su vocación redentora y altruista, su abnegación y disposición al sacrificio, y sobre todo su capacidad de amor y de ternura. Tan excepcionales eran en él estas dotes o potencias espirituales, tan intenso su amor doloroso a los humanos y su anhelo vehemente de redimirlos que Martínez Estrada en su enorme ensayo exegético llega a preguntarse si no sería Martí un Dios.

MARTÍ Y LA MÍSTICA INDOSTÁNICA

Tengo para mí que Martínez Estrada al hacerse esta pregunta pensaba en términos budistas. En esta religión, un Buda –no sólo Siddhartha Gautama– "es un ser que ha alcanzado la sabiduría; un hombre superior a los demás seres, humanos y divinos, por su conocimiento de verdad. (...) Un Buda se distingue de los demás seres por su profunda y grande piedad, por su amor, misericordia y compasión por todos los seres. (...) Un Buda se caracteriza por su total e impoluta pureza". (Richard A. Gard. **Buddhism**. Washington Square Press, New York, 1967). En aquella religión, cuando el Buda alcanza las virtudes y perfecciones por Gard indicadas, deviene santo, y deidad después de la muerte. Si analizamos en profundidad y detalle la vida, la conducta desde los diez años, y la obra literaria, política y social de Martí, nos percatamos de que todos y cada uno de los atributos mencionados que Gard reconoce en el Buda, se dieron en Martí en máxima escala. Juzgado a esta luz de santidad budista, no resulta tan hiperbólica, subjetiva y apasionada la sugerencia apuntada por el ensayista argentino.

Hay que recordar, además, que Martí estaba muy familiarizado con la filosofía místico-panteísta de los vedas tanto como con el budismo, y que ambos dejaron honda huella en él. Sus intérpretes

católicos aducen siempre el influjo del cristianismo sin tomar en cuenta esta otra corriente filosófica védica-brahmánica-budista de la cual es deudor el cristianismo, empezando por los evangelios. No toman en cuenta estos exégetas que la concepción místico-metafísica de Martí nada o casi nada debe a los dogmas judeo-cristianos, y en cambio es muy afín con el concepto panteísta del Âtman védico. El cristianismo en su prístina manifestación es más una ética elemental (en gran parte trasegada del budismo) y una teología de origen hebreo que una concepción metafísica, y no pocos de sus postulados no sólo han prescrito ya sino que nos repugnan hoy día. El budismo es un sistema y hasta un método mucho más intelectual, filosófico y elevado que el cristianismo. Aunque Buda precedió a Cristo en más de 500 años, de él tenemos noticias fidedignas. De Cristo, en cambio, no sabemos nada cierto. Ni siquiera tenemos pruebas irrefutables de que existiera. Llegó hasta nosotros envuelto en la leyenda, la mitificación, y por último, la deificación, con lo cual se adulteró y mistificó aún más la realidad histórica. También la leyenda ha tendido su velo en torno a Buda, una vez que a su sombra se crearon intereses de clase, económicos y políticos—exactamente igual a lo ocurrido con Cristo unos ocho siglos después de la muerte de Gautama Buda. Siddhartha Gautama puso el énfasis en la libertad y dignidad del hombre, en el amor al prójimo, en la importancia de la razón, el estudio, la meditación y el análisis como fuentes de conocimiento y sabiduría, y proclamó la trascendencia de la vida en la tierra y la necesidad de ennoblecirla y redimirla de su bestialidad y egoísmo. Contrario al exclusivismo judeo-cristiano que erige un Dios y un credo racistas y fanáticos, Buda predicó el respeto y la tolerancia para con todas las demás creencias y religiones. Todo esto coincide con el pensar martiano y contrasta penosamente con el dogma bárbaro y el Dios vengativo y cruel—Jahvé o Jehová— judeo-cristianos. El cristianismo proclamó la transitoriedad de esta vida, y exaltó la futura. La vida sobre la tierra es simplemente vía purgativa, estación de tránsito; la definitiva y verdadera, se nos dijo, es la trasvida o vida eterna de cuya existencia no tenemos prueba ninguna. De estas paparruchas y sandeces estaba libre la prédica de Buda. Buda era un príncipe muy culto que hacia los veinte y ocho o treinta años abandonó "el siglo" y se tornó predicador y místico. Pero no creó ningún dios sádico. Aceptó la metempsicosis que heredó de los

brahmanes y creyó en el nirvana que representaba una modificación del Âtman védico, esencia divina o espíritu creador. Buda hereda una cultura mística y metafísica más que milenaria, y predica de preferencia a sus pares, es decir, a los nobles y cultos. Cristo, en cambio, era hijo de carpintero –y carpintero fue él mismo, según sus panegiristas– hasta los treinta años –notese la sospechosa "coincidencia". Si de veras existió, era probablemente analfabeto, lo mismo que sus discípulos, los pescadores del mar de Tiberiades. Siglos más tarde entraron en juego la milagrería y la magia que lo deificaron, y por arte de birlibirloque aquellos humildes pescadores se tornan sapientes predicadores, peritos en lenguas y argucias teológicas. Nada de esto resiste el más elemental análisis lógico. Toda esta tramoya armada por los embaucadores teólogos la rechaza la razón, pero la fe ignara y crédula la admite y hasta la necesita. Por eso Martí repudió el catolicismo, sus dioses (porque son tres, "uno y trino", según el misterio trinitario), y sus dogmas antes de cumplir los dieciocho años. No en balde pedía "un pueblo que no fuera nunca a misa".

De los cinco genios precitados, aquel cuya vida y espíritu se aproximan más a los de Martí es Cervantes, pero ni siquiera el manco glorioso alcanza el grado de perfección espiritual y disposición apostólica que descubrimos en el "terriblemente puro" héroe americano. Cuando en 1934 definió Federico de Onís la vida de Martí como "una de las más intensas, puras y nobles que han vivido sobre la tierra", señaló tácitamente las razones de la conmovida veneración que inspira a cuantos penetran en su reino con alma limpia y ganosa de superación. El genio de Shakespeare nos deslumbra y asombra, pero el hombre que en pleno vigor mental y físico abandona su obra de creación para convertirse en usurero y prestamista sólo un piadoso desdén puede inspirarnos. Lo mismo hay que decir del "narciso de mármol", como definió Martí al genio de Weimar, en quien la grandeza moral era muy inferior a la intelectual. Pero hay que recoger velas y volver al libro que sugirió estos comentarios.

APOSTILLAS A "TEMAS MARTIANOS"

Testimonio fehaciente de la carisma espiritual que a los setenta y cinco años de su tránsito poseen el evangelio y el ejemplo de la vida

inmaculada y heroica de José Martí es el matrimonio Cintio Vitier y Fina García Marruz, coautores de **Temas Martianos**. No creo equivocarme si los reputo como los exégetas más lúcidos, devotos y peritos que Martí tiene hoy en Cuba. Del estudio y análisis de la obra martiana han hecho ambos un culto y una dedicación vital y vitalicia. A ellos se debe principalmente la creación de la Sala Martí en la Biblioteca Nacional, por más que en este admirable empeño contaran con el apoyo del director de la Biblioteca, el capitán Sidroc Ramos, y la eficaz colaboración de Francisco Chavarry, el jefe de la "Colección cubana", el poeta Roberto Fiol, Celestino Blanch y otros empleados. A Cintio y Fina debemos también, de modo muy especial, la aparición del **Anuario Martiano**, órgano de la Sala, convertido ya en una de las publicaciones más serias y valiosas que en la Isla existen. Cintio y Fina son poetas, en verso y prosa, y críticos prestigiosos por añadidura. Ambos pertenecieron a la generación de líricos que José Lezama Lima orientó entre 1935 y 1950 con sus revistas **Espuela de plata** y **Orígenes**. La presencia de Juan Ramón Jiménez en La Habana en 1936 fue un estímulo altamente benéfico para estos incipientes vates, y en algunos dejó huellas visibles. Cintio y Fina fueron de los que mejor aprovecharon la enriquecedora lección del poeta de Moguer. Algún vestigio leve de este influjo podría descubrirse en la refinada cosecha lírica de Cintio, de Eugenio Florit y otros.

Cintio le lleva ventaja en años tanto como en el monto de la obra publicada a Fina. Se inició antes que ella con un libro de versos en 1938, cuando apenas contaba diecisiete años. Desde entonces su quehacer literario no ha conocido tregua, ni sufrido quebrantos ni desmayos. Con ocasión de aquella primicia lírica de 1938 dijo Juan Ramón: "poeta y músico, vocativo, vive y muere en Cuba existencia trascendental, cercado de completos horizontes isleños y universales con luz eterna. A los 17 años de alma y carne sitiadas por lo desnudo, es ya centro de sí mismo". Pronóstico y definición los ha sacado valederos Cintio a lo largo de los treinta años siguientes. En 1968 se le tributó un merecidísimo homenaje, y la Biblioteca Nacional donde ambos trabajan como investigadores, publicó un precioso opúsculo titulado **Homenaje a Cintio Vitier. 30 años con la poesía** en el que se recogió su bibliografía activa y pasiva. Asombra realmente la nómina de títulos de sus libros y folletos en verso y prosa. Dudo que

exista en la actualidad otro obrero de las letras cubanas menor de cincuenta años que tanto haya contribuido a enriquecerlas y dilucidarlas. A Cintio debemos el estudio de mayor alcance exegético y más bellamente escrito que sobre la poesía cubana se haya publicado hasta hoy: **Lo cubano en la poesía** (1958), en casi 500 páginas. Este es uno de los escasos estudios definitivos que las letras cubanas pueden ofrecer al mundo.

Temas martianos viene a ser complemento indispensable del libro de Martínez Estrada, **Martí revolucionario**. El autor argentino era totalmente negado para la acción. Por eso precisamente se dejó fascinar por el formidable hombre de acción en que Martí se transformó cuando llegó el instante de preparar y organizar la guerra de independencia cubana. Es achaque muy común entre los puros hombres de letras y pensamiento, esta predilección por los hombres de acción. El caso más similar al de Martínez Estrada era el de Unamuno. El rector salmantino conocía la historia y las letras de América, y fue el primero que en España leyó a Martí, y en varias ocasiones escribió sobre él –siempre con elogio– pero no era el angélico cubano el que más le seducía. Sus más fervientes evocaciones las reservó para dos grandes de la acción, aunque dotados ambos de talento literario: Bolívar y Sarmiento. Estas secretas preferencias se explican por la ley de atracción de los contrarios que en tantos casos se han evidenciado. El mismo Martí podría servirnos de ejemplo. ¿Y qué decir de Cervantes que como el cubano era genio literario y no obstante sintió también idéntica seducción por los meros hombres de acto?

Temas martianos viene a completar la imagen trunca y parcial que del Apóstol nos dejó el ensayista argentino. Su farragoso y al mismo tiempo estupendo estudio caracterológico peca –y peca mucho– de apasionado, descriminado y arbitrario. Al limitarlo al estudio del héroe con voluntad de hierro y suprema aptitud organizadora nos dejó un perfil de Martí mutilado y por ende incompleto. Prescindió de las potencias geniales como pensador, poeta y prosista impar que en Martí se dieron, y como secuela recorta la talla reduciéndolo a máximo forjador de pueblo y patria. Martí fue esto en grado superlativo, pero fue otras muchas cosas también, a igual nivel de excelsitud. En esto consiste la mayor deficiencia y falla de su enorme radiografía psicológica del seráfico luchador. **Temas**

martianos no fue escrito ni concebido como antídoto, complemento o rectificación de **Martí revolucionario**, ni tiene relación ninguna con él. De hecho varios de los ensayos que contiene fueron escritos y dados a conocer mucho antes de que se publicara el libro de don Ezequiel; mas ello no obsta a lo dicho: que es, sin que los autores se lo propusieran ni tuvieran conciencia del hecho, complemento –y hasta rectificación tácita– del monumental esfuerzo realizado por el ilustre argentino.

Con sólo dos excepciones –**Martí: Cuba y Etapas en la acción política de Martí**– los otros quince estudios que en **Temas martianos** se agrupan hacen referencia todos a la obra literaria martiana, preferida por Martínez Estrada. Contrario a lo que éste sostiene empeñosamente, la voluntad y capacidad de acción con ser eximias, no constituyen los lineamientos o perfiles más ínsitos y definidores de la personalidad martiana. Estas fueron virtudes en cierto modo aleatorias o circunstanciales que la condición colonial de su patria le impuso. Cierta que la volición redentora y la vocación de sacrificio para libertar a Cuba se hicieron patentes en él desde los dieciséis años al escribir **Abdala**; pero Martí hubiera sido un altísimo poeta y un pensador hondo y original aunque hubiese nacido en un país libre. Es posible conjeturar que el ambiente colonial, la esclavitud y la tiranía que España mantenía en Cuba lo hayan potenciado, condicionado y hasta fomentado en él las prendas morales tanto como las intelectuales de que nació dotado. En todo caso, Martí es una personalidad de orden o calidad milagrosa, multifacética y genial, a la que no se le descubre parigual en el ámbito de la cultura hispana. Desde cualquier ángulo que lo enfoquemos nos resulta paradigmático siempre: el hombre, el patriota, el organizador, el líder político, el pensador, el poeta, el prosista, el apóstol. Todo él constituye un conjunto de excelsitudes y perfecciones, una acumulación de virtudes y potencias creadoras de pasmosa virtualidad y eficacia pautadora. Esto que al ignorante que no lo ha leído podría parecer hipérbole o exaltación de adepto, es verdad inconclusa para cuantos lo han estudiado ahincadamente. Por desdicha son muy raros los escritores de hoy que han penetrado en su mundo axiológico (ético y estético), con ánimo de escrutar los valores inmarcibles que contiene.

Los estudios reunidos en **Temas martianos** representan una valiosísima aportación a la martiología. Todos son calas muy sagaces

en torno a diversas facetas de la creación literaria martiana. Todos revelan un largo y perseverante comercio intelectual con su doctrina y su obra. La extensión que estos comentarios han alcanzado ya me impide detenerme a glosar cada uno de estos estudios. Todos son de suma calidad exegética y todos están escritos en una prosa rica y poética que es un deleite leer. Muchos son los comentarios que este hermoso libro sugiere, pero debo limitarme a una o dos observaciones, no coincidentes con el criterio de los autores.

Estimo, por ejemplo, que lo ocurrido el 5 de mayo de 1895, en La Mejorana, entre las tres máximas figuras de la revolución, fue mucho más acibarado y doloroso para Martí de lo que Cintio da a entender en la página 62. La conducta del general Antonio Maceo en aquella ocasión fue indigna de su jerarquía militar y de su gloria de insigne patriota. El propio generalísimo, Máximo Gómez, no parece haber estado a la altura que las circunstancias demandaban. Sobre lo ocurrido en aquella entrevista entre Martí, Gómez y Maceo ha prevalecido siempre la confusión y la duda, y aun la tácita voluntad de no aclarar y comprobar los hechos. El temor de arrojar sombras sobre los dos caudillos y patriotas acrisolados, ha impedido esclarecer el misterio. Para un cubano resulta penoso reconocer el proceder injusto y rencoroso de Maceo para con Martí en aquel altercado en el que el caudillismo forzado prevaleció sobre el civilismo disciplinado y democrático que Martí encarnaba. En un ensayo recién aparecido he tratado de interpretar las relaciones entre los dos caudillos, de una parte, y el héroe civil, de la otra, y no deseo repetirme aquí (Vid. "Radiografía espiritual de José Martí". **Anuario martiano** No. 2. Sala Martí. La Habana, 1970). La vida de Martí está presidida por un sino trágico que sólo Martínez Estrada ha sabido percibir y retratar en toda su esquiliana tragicidad. Por eso resulta tan adecuada y convincente su interpretación mítica de Martí. Pero de todos los conflictos y dramas que en su vía dolorosa y agónica se descubren, el más ineluctable y fatídico, el que responde perfectamente a la inevitabilidad del desenlace trágico en la tragedia griega, es el drama cuyo primer acto tiene lugar en Nueva York, en 1884. La carta que Martí envía a Gómez aquel año al separarse de él y de Maceo porque no comparte la concepción personalista y caudillesca que ambos tienen de la guerra independentista, representa el primer acto de la tragedia. La entrevista de La Mejorana es el segundo –el nudo– que

no puede tener otro desenlace que la catástrofe de Dos Ríos dos semanas más tarde, es decir, la muerte del héroe. La sentencia de destierro del seno de la revolución que Gómez y Maceo dictan contra Martí, hace tan inevitable y fatal su inmólación el 19 de mayo como la que el dios Destino pronunciaba contra los héroes esquilianos. El propio Martí había hecho la prognosis de su sacrificio final muchas veces: "me matarán de bala o de maldades", fue uno de sus varios pronósticos.

"Martí como crítico", el último de los nueve ensayos de Cintio recopilados en el libro, es una síntesis luminosa de un tema amplísimo. Éste y el libro que José Antonio Portuondo consagró a esta actividad de Martí en 1953 son los dos estudios más esclarecedores que sobre el tema se han publicado. Martí hubiera podido ser uno de los críticos de mayor rango de nuestra lengua. Para alcanzar tal jerarquía le sobaban el talento, la cultura, la capacidad de análisis y todas las demás dotes inherentes al gran crítico. Por desdicha (o por fortuna, según el ángulo de enfoque), la crítica de Martí es con harta frecuencia excesivamente subjetiva y proclive a la exaltación no siempre justificada por la obra o el autor que estudia. La crítica de Martí peca en muchísimos casos por exceso de generosidad, de bondad y hasta de gratitud. Con frecuencia la disposición apostólica, el amor y el patriotismo continental sustituyen a la sindéresis y al análisis objetivo, especialmente tratándose de autores hispanoamericanos. Uno de sus aforismos alusivos a la crítica, reza: "Amar: he aquí la crítica". El apotegma es moralmente hermoso y lo enaltece. Es digno del rango apostólico que la posteridad le ha reconocido, pero cabría preguntar si con tal máxima por divise puede realizarse labor crítica de gran aliento y beneficio estético, sobre todo tratándose de autores vivos. El silencio era su modo de censurar. Cuando no encontraba méritos que enaltecer, callaba. No es que no percibiera los defectos y fallas de la obra que encomiaba; pero su ínsita bondad y gratitud los atenuaban al máximo, y con frecuencia los pasaba por alto o disimulaba, para destacar sólo los méritos no siempre egregios que descubriría. De ahí que sus ensayos críticos de mayor ejemplaridad y jerarquía sean aquellos en que estudia autores extranjeros en los que no se inmiscuyen la amistad, el amor, el patriotismo o la gratitud. Tales los consagrados a Emerson, Whitman, Pushkin, Oscar Wilde, el esbozo de Mark Twain de 1884, cuando el gran humorista no

había publicado todavía sus libros mayores, las siluetas de George Bancroft, Augusto Barbier, los Goncourt, Sully Prudhomme, Flaubert, Washington Irving y tantos otros. Su crítica de autores cubanos o hispanoamericanos –Heredia, Francisco Sellén, Cecilio Acosta, Pérez Bonalde, Juan Carlos Gómez, Olegario Víctor Andrade, etc.– adolece de proclividad ditirámica, de generosidad excesiva. En tales casos el criterio lo rige el amor (patrio o continen-tal), la amistad, el anhelo de enaltecer a su América. Heredia, por vía de ejemplo, es un poeta muy desigual con momentos felicísimos y lamentables caídas. Pérez Bonalde, Acosta, Sellén, Andrade y todos los demás que encomió son valores de segunda o tercera fila poco menos que olvidados hoy. Los respectivos ensayos que Martí les dedicó valen más, mucho más, que las obras que aplaudía. El pedestal en estos casos es muy superior a la estatua que en ellos colocó. Las estatuas se han eclipsado o poco menos, pero los pedestales perduran por su contenido ideológico, por su intrínseca belleza, y por el gran número de postulados teóricos que algunos contienen. El dedicado a Sellén, por ejemplo, encierra toda una poética.

Similares, y por idénticas razones de orden afectivo, son las fallas de sus juicios sobre Hispanoamérica. En tanto su visión y dictamen de los Estados Unidos son de una asombrosa clarividencia y de impresionante verismo, como definición y profecía, en su ambivalencia admirativa y censora, la imagen que de su América nos dejó era irreal y falsa ya en sus días, porque en el fervor de su amor la idealizó y aun sublimó. La posteridad no ha convalidado –hasta ahora, por lo menos– su fe y su optimismo respecto a los pueblos de su raza. Los juzgó con los ojos del cariño y no con los de la sindéresis objetiva. Como ya indiqué, los vio y reputó como deseaba que fuesen y no como eran. Lo mismo exactamente ocurre con sus reiteradísimas exaltaciones de la mujer a la que casi diviniza. Tanto la idealizó y sublimó que son rarísimas las hijas de Eva que se reconocerían en el retrato por él pintado. Siempre que Martí juzga con las facultades discursivas –inteligencia, razón, lógica, sindéresis– no sólo acierta sino que preve y vaticina con impresionante clarividencia; pero falla cuando se interponen los atributos o facultades afectivas que son las más elevadas y nobles en él.

Confieso que me ocurre con **Temas martianos** un poco de lo que le sucedía a Martí con los libros y autores de su América. El cariño que me une a sus autores me veda el juicio fríamente objetivo –pero no me lo nubla–. En algunos detalles acaso discrepe de ellos, pero son bagatelas sin importancia ninguna. Mucho me placería glosar algunos de estos brillantes estudios, pero no es posible prolongar más estas notas. Libro es éste indispensable para todos los que por Martí y su genio literario se interesen. Quienes lo lean no saldrán defraudados.

JOSÉ MARTÍ, INSIGNE MAESTRO DE LITERATURA INFANTIL

por **Elba María Larrea**

En la soledad de su alma pura, cristalina, "extraña por su misma capacidad para sufrir" (**Cartas a una niña**), Martí, acuciado por "pone de manera que sea durable y útil todo lo que a pura sangre" le "ha ido madurando en el alma" (**Carta a Mercado**), inicia en julio de 1889 su riego de almas buenas (**Cartas a una niña**), ese mensaje de amor, de ternura, de fe en el hombre y en América en nuestra América, que es su periódico infantil **La edad de oro**.

En sus páginas está Martí dándose entero, entregando, en plenitud de amor y de heroísmo, la poesía de su alma luminosa, ese tesoro de comprensión y ternura, a la niñez que fue el aliento revitalizador que le hacía disminuir las lágrimas y sonreír al futuro, infundiendo la certeza de un porvenir de luz aun en vísperas de su muerte.

El apóstol de la verdad, el mártir de la dignidad, el maestro del amor; el descubridor de la poesía en "la verdad y música del árbol y su fuerza y sus amores"; el constante viajero en busca de la estrella azul, que extendía sus manos pobladas de luces, de fuegos, de alas, concluye la última carta a su niña querida, a su Mariensa, con un mensaje de comunión, de empatía, de un vivir más allá de la muerte, en el amor de los niños, de esos seres puros espontáneos, dulces, capaces de vibrar al influjo de los héroes:

Tu alma es tu seda. Envuelve a tu madre, y mímla, porque es grande honor haber venido de esa mujer al mundo. Que cuando mires dentro de ti, y de lo que haces, te encuentres como la tierra por la mañana, bañada de luz. Siéntete limpia y ligera como la luz. Deja a otros el mundo frívolo: tú vales más, sonríe y pasa. Y si no me vuelves a ver, haz como el chiquitín de Franz Sórzano: pon un libro –el libro que te pido– sobre la sepultura. O sobre tu pecho, porque ahí estaré enterrado yo si muero donde no lo sepan los hombres. Trabaja. Un beso. Y espérame.

Es para esas almas de seda, ligeras y luminosas, que tan bien saben envolver la vida en amor y donde se puede morir para vivir por

siempre, para quienes escribe este periódico, con la enorme alegría de poder conversar con ellas y contarles cuanto hay de bueno y de maravilloso en este mundo. Andando por la vida, sabe que algún niño de América, hecho hombre, estrechará su mano amiga para decirle con el gozo de un encuentro largamente querido y hondamente esperado:

Este hombre de **La edad de oro** fue mi amigo.

Con su preclara visión de Maestro, siente la urgencia de formar al hombre de América, y con la infinita dulcedumbre de su espíritu se acerca a los niños para estimularlos a ser dignos, decorosos, sinceros. Desde su heroico destierro, escribe líneas que siguen a su "hermano querido" Manuel Mercado, comunicándole los propósitos de su periódico:

Verá por la circular que lleva pensamiento hondo, y ya que me la echo a costas, que no es poco peso, ha de ser para que ayude a lo que quisiera yo ayudar, que es a llenar nuestras tierras de hombres originales, criados para ser felices en la tierra en que viven, y vivir conforme a ella, sin divorciarse de ella, ni vivir infecundamente en ella, como ciudadanos retóricos, o extranjeros desdeñosos nacidos por castigo en esta otra parte del mundo. El abono se puede traer de otras partes; pero el cultivo ha de hacerse conforme al suelo. A nuestros niños les hemos de criar para hombres de su tiempo, y hombres de América.

En síntesis elocuente hace conocer su programa: formación del hombre de esta parte del mundo que se llama América, del hombre "original" que ha encontrado la esencia de su ser clavando las raíces en su suelo, en su tradición india e hispánica y abriéndose al influjo de otras culturas, para amalgamar lo propio con lo de fuera en simbiosis consciente, creadora. Porque esa es la originalidad que Martí quiere para el hombre americano: concentración en sí y vivificación de sí: no copia, imitación, repetición, eco: no trasplante anulador.

Para los niños de América escribe en páginas breves, alegres, comunicativas, llenas de vida, "de lenguaje más claro, escrito todo como se lo ve" (**Cartas a una niña**), para formar en español maravillosamente

original en su simplicidad, una lengua donde la música capta la esencia de la idea y nos la da en trazos impresionísticos o la va desovillando cantarínamente al engrandecer lo trivial, lo pequeño, lo diminuto.

A propósito de la lengua de **La edad de oro**, anota en carta a María, lo siguiente:

Yo no recuerdo, entre los que tú puedes tener a mano, ningún libro escrito en este español simple y puro. Yo quise escribir así en **La edad de oro**, para que los niños me entendieran y el lenguaje tuviera sentido y música.

Comunicación intelectual, intuición toda música, melodía hecha carne y nervio de la idea, palabras que se arremolinan jugando para dibujar un pensamiento o trazos firmes, viriles, relampagueantes, esenciales, forman la urdimbre de su lenguaje con "sentido y música", de ese "español simple y puro", ligero y dúctil, que tan bien capta y expresa los matices del alma infantil.

Conforme a su deseo de formación del hombre americano, dedica la primera página de su periódico a exaltar el valor, la sinceridad, el decoro, la dignidad de tres Libertadores de pueblos: Bolívar, San Martín e Hidalgo. La titula **Los tres héroes**. Ejemplifica en estos tres grandes las altas virtudes cívicas americanas sin caer en la subordinación de la Historia a la finalidad moral o didáctica como se observa en los relatos de **El seminario pintoresco español**, dedicado a los niños y publicado en España entre los años 1836 y 1837. Martí toma de la Historia los elementos más afines a su espíritu y sabe presentarlos de tal manera que la lengua se hace fiel expresión del fuego heroico, de la lucha y de los sinsabores de estos tres héroes.

La presentación de estos tres grandes está precedida por un breve relato que la motiva:

Cuentan que un viajero llegó un día a Caracas al anochecer, y sin sacudirse el polvo del camino no preguntó dónde se comía ni se dormía, sino cómo se iba a donde estaba la estatua de Bolívar. Y cuentan que el viajero, solo con los árboles altos y olorosos de la plaza, lloraba frente a la estatua, que parecía que se movía, como un padre cuando se le acerca un hijo. (**La edad de oro**).

En este breve relato, Martí ofrece un fragmento de vida lleno de significación, de sugerencias hiriendo la sensibilidad del lector hondamente, es decir, se realizan en él las condiciones estilísticas requeridas en todo cuento. En este trozo transcrito se dan ciertas características esenciales de su prosa. Martí huye de la vieja fórmula de los cuentos infantiles ("Había una vez...") y de su uso repetido al comienzo del relato. La reemplaza con otra remozada por el segundo elemento (viajero) que se repite y que aumenta el valor estilístico de "cuentan". "Cuentan" revela la permanencia y profundidad del efecto del hecho en todos aquellos –en un sujeto indiferenciado– que conservan y transmiten lo que han visto u oído. Es decir, "cuentan" revela el efecto de una impresión, nos estimula para adquirir conciencia de la resonancia del hecho.

En los cuentos, la presencia del mundo natural es generalmente escueta. En el caso que venimos comentando, Martí nos habla de los "árboles altos" que sirven de marco natural a ese viajero "solo". La percepción de su soledad se liga intuitivamente al adjetivo "altos" a través del cual se llega a visualizar en todo su contenido psíquico, esta experiencia de comunión ideal del viajero con el héroe. Para hacer más evidente esta identificación, nuestro autor recurre a una comparación encabezada de acuerdo con las conocidas fórmulas lógicas: "Como un padre cuando se le acerca un hijo"; pero, este "como" introduce no una comparación material, concreta, sino espiritual y profundamente afectiva. Es decir, se comunica un contenido vital y se establece una vinculación más íntima entre autor y lector que la que se logra con el predominio lógico.

En este cuento, los tres tiempos –exposición, nudo, desenlace– de las viejas preceptivas se reducen a uno solo. Al finalizar el relato, Martí emite las conclusiones en una serie de reflexiones expresadas en oraciones yuxtapuestas:

El viajero hizo bien, porque todos los americanos deben querer a Bolívar como a un padre. A Bolívar, y a todos los que pelearon con él porque América fuese del hombre americano. A todos: al héroe famoso y al último soldado, que es un héroe desconocido. Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria.

El párrafo se abre y se cierra con dos generalizaciones de las cuales la segunda constituye ampliación de la primera. Martí encadena las oraciones mediante una frase: "A Bolívar, a todos", que al repetirse encabeza sentencias paralelas que amplifican la primera oración del párrafo mediante una síntesis ("a todos los que pelearon como él porque América fuese del hombre americano") y un análisis ("al héroe famoso y al último soldado"). Es decir, hay un constante juego de síntesis y análisis, de condensación y ampliación que tienden a dar unidad al párrafo.

Martí expone sus ideas en oraciones desnudas de artificio pero que calan hondo en el ánimo del lector, puesto que sabe encontrar el recurso efectivo que aumente el efecto producido por las ideas:

Un hombre que oculta lo que piensa, o no se atreve a decir lo que piensa, no es un hombre honrado. Un hombre que obedece a un mal gobierno, sin trabajar para que el gobierno sea bueno, no es un hombre honrado. Un hombre que se conforma con obedecer leyes injustas, y permite que pisen el país en que nació, los hombres que lo maltratan, no es un hombre honrado.

En este párrafo se da también la oración sintética al comienzo que se abre en dos ramas analíticas. Estas dos se ordenan en progresión ascendente respecto de su contenido. La repetición de la frase "no es un hombre honrado", tiene un valor expresivo, enfatiza la condena moral. La alteración del orden normal de los elementos oracionales permite destacar el sujeto y aumentar la tensión de la impresión causada en el lector.

Pero, sin duda, lo más valioso de este relato, desde el punto de vista estilístico, es la presentación de los tres héroes. Dos o tres oraciones le bastan a Martí para mostrarnos al personaje en sus rasgos más característicos. Conoce a la perfección el arte de acertar con el detalle que haga inolvidables sus pinturas. Está pintando héroes. Le hacen falta trazos firmes, penetrantes, esenciales, deslumbrantes. Nada de líneas grises, inciertas, sino llenas de vida; frases que sintetizan, que condensan, que saben expresarlo todo con el menor número posible de palabras:

Bolívar era pequeño de cuerpo. Los ojos le relampagueaban y las palabras se le salían de los labios.

Martí deja de lado las comparaciones de acuerdo a la retórica del siglo, la de los "como, parecía, semejante a", para darnos la imagen en todo su valor sugestivo. Le basta un verbo, el verbo "relampaguear", para que el lector sienta cuánto fuego y qué profunda penetración tenía la mirada de ese hombre "pequeño de cuerpo"; y una oración "las palabras se le salían de los labios", para comunicar mediante una transferencia semántica original ("se le salían de los labios") el magnífico poder de elocuencia de este Libertador de pueblos. Pintando a San Martín dice:

Hablaba poco, parecía de acero, miraba como un águila: nadie le desobedecía, su caballo iba por el campo de pelea, como el rayo por el aire.

Oraciones breves, consecutivas, yuxtapuestas mediante una puntuación original. El elemento introductorio de la comparación enmarca una imagen: "acero, águila, rayo por el aire", semánticamente inmersa en el mundo del personaje.

Al presentarnos al cura Hidalgo, un cura de pueblo, que a los sesenta años sale a luchar por la libertad, las oraciones se alargan y aumentan, explican los hechos que estimularon a este personaje a tomar las armas; pero, la raíz de su heroísmo se concentra en una oración, en un verbo:

Vio a los negros esclavos y se llenó de horror. Vio maltratar a los indios, que son tan mansos y generosos, y se sentó entre ellos como un hermano viejo, a enseñarles las artes finas que el indio aprende bien: la música que consuela; la cría del gusano que da la seda; la cría de la abeja, que da la miel. Tenía fuego de sí, y le gustaba fabricar: creó hornos para cocer los ladrillos. Le veían lucir mucho, de cuando en cuando los ojos verdes. Todos decían que hablaba bien, que sabía mucho de nuevo, que daba muchas limosnas el señor cura del pueblo de Dolores.

Este cura poseía en sí el fuego de los héroes. bajo su mansedumbre se percibían sus rasgos de libertador de hombres en ese "lucir mucho" de sus ojos verdes, que pasaron de la potencia al acto ("de cuando en

cuando") en el momento de dar "ese fuego de sí", ese fuego capaz de "crear". Es interesante destacar que Martí emplea el verbo "crear" para definir el rasgo esencial de Hidalgo. Saca esta palabra de su uso habitual, hace una combinación semántica en contra de las normas y distingue así a Hidalgo de Bolívar, de San Martín, al presentarlo sobre todo como un Creador de Pueblos. Este verbo presenta su significación pormenorizada en el siguiente trozo referido a la actitud de Hidalgo en acción libertadora:

El cura montó a caballo, con todo su pueblo, que lo quería como a su corazón; se le fueron juntando los caporales y los sirvientes de las haciendas, que eran la caballería; los indios iban a pie, con palos y flechas, o con hondas y lanzas. Se le unió un regimiento y tomó un convoy de pólvora que iba para los españoles. Entró triunfante en Celaya, con música y vivas. Al otro día juntó el Ayuntamiento, lo hicieron general, y empezó un pueblo a nacer. Él fabricó lanzas y granadas de mano. Él dijo discursos que dan calor y echan chispas, como decía un caporal de las haciendas. Él declaró libres a los negros. Él publicó un periódico que llamó **El despertador americano**, Ganó y perdió batallas.

Hidalgo es un héroe de inspiración humanísima, un cura hecho general por el amor a su pueblo. Su ley es la del amor, la del perdón. Su vida es coincidente en unos aspectos y en otros diferente de las de Bolívar y San Martín. La prosa de Martí se adapta a cada uno de sus personajes y frente a la presentación de Hidalgo en acción libertadora, encontramos la de los otros héroes, escueta en sus oraciones analíticas que concluyen en una síntesis sumamente expresiva. Veamos la de Bolívar:

Libertó a Venezuela. Libertó a la Nueva Granada. Libertó al Ecuador. Libertó al Perú. Fundó una nación nueva, la nación de Bolivia. Ganó batallas sublimes con soldados descalzos y medio desnudos. Todo se estremecía y se llenaba de luz a su alrededor.

Martí enfatiza la acción bolivariana mediante la repetición del verbo libertar y el uso del punto y seguido. De esta manera, cada acción se destaca nítidamente. La oración final cierra el párrafo en magnífica condensación que recoge y comunica los elementos esenciales de la psicología de Bolívar revelando el efecto de la figura del héroe en su

medio, y haciéndolo percibir al lector, como si estuviera en presencia misma de Bolívar. De San Martín dice lo siguiente:

Llegó a Buenos Aires, no dijo discursos, levantó un escuadrón de caballería. En San Lorenzo fue su primera batalla, sable en mano se fue San Martín detrás de los españoles, que venían muy seguros tocando el tambor, y se quedaron sin tambor, sin cañones y sin bandera.

La oraciones breves, semejantes a fogonazos, usadas para presentar a los héroes, guerreros de profesión, en acciones consecutivas, a veces, como en este caso, son rubricadas con una tajante economía de palabras, en una oración que remata magistralmente el párrafo.

El estilo de Martí culmina en sus cuentos originales, cuando nos habla desde dentro mismo del mundo infantil; cuando disuelve, amalgama, suelda en la materia de sus relatos, ese contenido formativo que aparece expresado directamente en sus otras páginas, de manera predominante: cuando se abandonan los caminos conocidos de la gramática para encontrar las propias formas, donde la espontaneidad infantil halla su sintaxis que atesora las creaciones gozosas y saltarinas de su fantasía. Es decir, a medida que la literatura infantil se independiza de la tiranía de los elementos que la perturban, que la subordinan a condición de medio. En progresión ascendente se puede señalar esta liberación partiendo del cuento **Bebé y el señor don Pomposo**, donde hay un constante tironeo entre declaración verbal formativa y su revelación en acto, pasando por **Nené traviesa**, lucha entre fantasía y realidad, hasta llegar a la joya del periódico, **La muñeca negra**, donde toda la ternura se expresa en la minucia, en el mimo de la palabra, en ese adelgazamiento intelectualivo del significante para enriquecerlo con todos los matices expresivos de la intuición.

Martí puebla el mundo de la literatura infantil –en los cuentos a que venimos refiriéndonos– con niños buenos, juguetones, alegres, sinceros, pícaros, que llenan de ternura el mundo del adulto triste, que comparten sus juguetes con el pariente pobre, que defienden el mundo de su fantasía, con gracia inolvidable, de la profanación del adulto.

Los argumentos son trozos de vida plenos de belleza, donde el autor ha puesto todo lo que su excelso espíritu ha sabido captar finamente en el mundo de los pequeños y guardar con profundo amor

para ofrecerlo en sus largas conversaciones con los lectores de **La edad de oro**. A propósito, es interesante recordar la opinión de Gutiérrez Nájera acerca de este periódico:

[Martí] se ha hecho niño... un niño que sabe lo que saben los sabios, pero que habla como los niños. No es Hércules hilando a los pies de Onfalia: es Hércules jugando con la reina Mab. No parece que escribe para los muchachos, como si temiera que los muchachos no supiesen leer aún. Parece que se los sube a las rodillas y que allí les habla. Los instruye, los educa, y para que no se vayan, para que estén contentos, les da mil juguetes primorosos que él sabe hacer con su palabra. (Manuel Gutiérrez Nájera. **Obras. Crítica literaria**. México, 1959).

En **Bebé y el señor don Pomposo** se cuenta la historia de un niño rico y bueno que da a su primo huérfano el regalo de un sable, regalo que le hizo su tío. Bebé sueña con ser general: tendrá traje de drill blanco, sombrero de plumas y un caballo morado, un caballo morado, porque si no existe se lo mandarían hacer.

Martí en este cuento crea interés desde el principio al fin. El desenlace se expresa a través de una pregunta, un comentario de admiración, donde el autor se dirige a sus lectores, y la enunciación del hecho:

¿Qué hace, qué hace bebé? ¡Va riéndose, va riéndose el pícaro!, hasta que llega a la almohada de Raúl y le pone el sable dorado en la almohada.

El autor va preparando este final mediante la repetición de la oración: "Bebé está pensando", que remata los párrafos más sugerentes del relato.

La impresión de aburrimiento, de fastidio que le produce a Bebé su tío don Pomposo, está expresada desde dentro de la experiencia psíquica del personaje: "¡Qué largo, qué largo el tío de mamá, como los palos del telégrafo!".

Es decir, la lengua comunica una impresión mediante un comentario admirativo que contiene un adjetivo intensificado en su significación mediante la repetición. Aumenta este énfasis la comparación que sigue.

Líneas más adelante, Martí emplea el adjetivo "Largos" para definir tíos como don Pomposo; es decir, generaliza su uso. La frase "tíos largos" representa un sugerente contenido impresionista.

Dijimos que en este cuento hay una constante fluctuación entre declaración verbal formativa y revelación en acto. Ejemplos de ello son oraciones como las que siguen, que revelan la preocupación evidente de Martí por engarzar en el mundo infantil el interés por los seres disminuidos en algún sentido:

A Bebé lo visten como al duquesito Fautleroy, "el que no tenía vergüenza de que lo vieran conversando en la calle con los niños pobres".

Bebé y Raúl han hecho hoy muchas visitas: han ido con su mamá "a ver a los ciegos", que leen con los dedos, en libros con las letras muy altas: han ido a la calle de los periódicos, "a ver cómo los niños pobres, que no tienen casa donde dormir, compran diarios para venderlos después y pagar su casa".

Las oraciones entrecuñadas revelan la urgencia del escritor por comunicar su mensaje. Pero la verdad es que su estilo cautiva cuando la prosa capta, sigue, expresa todos los movimientos del espíritu infantil con originalidad incomparable.

Nené traviesa es el cuento de la niña que desea ir cuando muera a la estrella azul, envuelta en los arrullos de las mejores músicas que sepan tañer los hombres, sin atisbo de llanto ni de dolor. En este cuento, nuestro autor se aferra con una mano a la realidad, pero con la otra no disimula su urgencia, su ansiedad por volar al mundo fantástico de Nené:

A ella le gustaban mucho los libros que él traía, donde estaban pintadas las estrellas, que tiene cada una su nombre y color; y allí decía el nombre de la estrella colorada, y el de la amarilla, y el de la azul, y que la luz tiene siete colores, y que las estrellas se pasean por el cielo, lo mismo que las niñas por el jardín. Pero no, lo mismo no; porque las niñas andan en los jardines de aquí para allá, como una hoja de flor que va empujando el viento, mientras que las estrellas van siempre por el cielo por un mismo camino, y no por donde quieren; ¿quién sabe?, puede ser que haya allá arriba quien cuide de las estrellas, como los papás cuidan acá en la tierra a las niñas.

Martí pone freno a la fantasía después de un "desvío" por medio de una explicación objetiva (la luz tiene siete colores), de una comparación (lo mismo que las niñas en el jardín), de una negación enfática (pero no, lo mismo no) o de una interrogación dubitativa (¿quién sabe?). Pero los dos planos –fantasía y realidad– se superponen dubitativamente en la oración final. Por ello, Martí vuelve a la explicación más extensa para reemplazar, esta vez, la fantasía infantil con la visión esperanzada y curiosa del adulto (introducida por "dicen que").

Sólo que "las estrellas no son niñas", por supuesto, "ni flores de luz", como parece desde aquí, sino grandes como este mundo, y dicen que en las estrellas hay árboles, y agua, y gente como acá.

"Por supuesto, como parece", son fórmulas del lenguaje de la comunicación estrictamente lógica que enmarcan la imagen "flores de luz", donde la lengua se llena de contenido individual, de poesía.

Este andar en la frontera de realidad e irrealdad se define con el triunfo de la fantasía. Se rechazan por inexpresivas las preceptivas gramaticales y la lengua registra la experiencia psíquica del personaje desde dentro; se pasa de la simple descripción a la situación dramática, al diálogo, borrando toda distinción externa entre narración y representación. La lengua, empujada por la tensión afectiva, se hace inseparable de ella y rechaza todo elemento formal externo que pueda destruir el encanto de la comunicación intuitiva:

¡Ahora sí que está bueno el libro éste! Es mejor, mucho mejor que el Arca de Noé. Aquí están pintados todos los animales del mundo. ¡Y con colores, como el gigante!, éste es el elefante, el elefante, con ese sillón lleno de niñitos. ¡Oh, los perros, cómo corre este perro! ¡Ven acá perro! ¡Le voy a pegar, porque no quiere venir! Y Nené, por supuesto, arranca la hoja.

La oración final destaca, con el uso predominante de elementos lógicos, el momento que acaba de vivir el personaje. Al utilizar esta oración aseverativa, el contraste subraya el contenido intuitivo de las que le precedieron.

Otras veces, Martí presenta la experiencia psíquica de su personaje estableciendo comparaciones que registran impresionísticamente el momento que está viviendo:

Nené no ve. Nené no oye. Le parece que su papá crece, que crece mucho, que llega al techo, que es más grande que el gigante del monte, que su papá es un monte, que se le viene encima.

Martí retuerce la frase, encuentra otro orden para destacar lo afectivo. De ahí también el uso del verbo en infinitivo mediante el cual no se pone límite a la aflicción del personaje:

A hacer dulces es a lo que le gusta más a Nené jugar.

Nuestro autor sabe de ese jugar con los objetos pequeños, de alinear las palabras en repetición inversa y paralela para que la lengua sea pura música, gracia, espontaneidad, captación íntima del mundo infantil:

Verlo no más, no más que verlo.

Martí define a su personaje con una serie de oraciones que enhebran la historia de Nené y de sus gustos:

A hacer dulces es a lo que le gusta más a Nené jugar; ¿y por qué será? ¡Quién sabe! Será porque para jugar a los dulces le dan azúcar de veras; por cierto que los dulces nunca le salen bien la primera vez, ¡son unos dulces más difíciles!: Siempre tiene que pedir azúcar dos veces. Y se conoce que Nené no le quiere dar trabajo a sus amigas; porque cuando juega a paseo, o a comprar, o a visitar, siempre llama a sus amiguitas; pero cuando va a hacer dulces, nunca. Y una vez le sucedió a Nené una cosa muy rara: le pidió a su papá dos centavos para comprar un lápiz nuevo, y se le olvidó en el camino, se le olvidó como si nunca hubiera pensado en comprar el lápiz: lo que compró fue un merengue de fresa. Eso se supo, por supuesto; y desde entonces sus amiguitas no le dicen Nené, sino "Merengue de fresa".

Las oraciones de este diálogo entre autor y lector muestran con gracia muy tierna, cuán golosa es Nené. Es decir, delinean el rasgo fundamental del personaje sin una declaración directa. Hasta el seudónimo "Merengue de fresa" está en función de ese arte de la sugerencia para concluir el período.

En **La muñeca negra**, Martí hace reír a sus lectores con el guiño cómplice de sus picardías que son las mismas que comenta acerca de Piedad.

La tensión y fuerza dramática –sostenidas a lo largo del cuento– se presentan en un ambiente de misterio magistralmente creado por Martí.

Mediante una descripción pormenorizada penetramos en ese mundo de Piedad, donde todo está vivificado por la imaginación infantil, y nos sentimos dentro de él:

El piano es de madera, con las teclas pintadas; y no tiene banquetta de tornillo, que eso es poco lujo, sino una de espaldas, hecha de la caja de una sortija, con lo de abajo forrado de azul; y la tapa cosida por un lado, para la espalda, y forrada de rosa; y encima un encaje. Hay visitas, por supuesto, y son de pelo de veras, con ropones de seda lila de cuartos blancos, y zapatos dorados; y se sientan sin doblarse, con los pies en el asiento; y la señora mayor, la que trae gorra color de oro, y está en el sofá, tiene su levantapiés, porque del sofá se resbala; y el levantapiés es una cajita japonesa, puesta boca abajo.

Esta demora en el detalle, esta complacencia en lo trivial, permite entender el mundo infantil en el que reina la muñeca negra:

Y en la almohada, durmiendo en su brazo, y con la boca desteñida de los besos, está su muñeca negra.

Para hacer más vívida la tendencia animista infantil, Martí la presenta en diálogo:

Tus ojos son los que quiero yo, porque con los ojos me dices que me quieres; te quiero mucho porque no te quieren.

Cuando a nuestro personaje se le obliga a romper con los objetos de su querer, su rebeldía se plasma en diálogo que expresa ira, angustia, usando las formas lingüísticas comunes en la lengua:

¡Pero muñeca, háblame, háblame!

Y la lengua expresa un contenido esencialmente simbólico cuando la niña se acoraza en su mundo para defenderlo de la profanación del adulto, con toda la astucia que sea menester:

¡Ay, mamá, no me mates el ramo! ¡Mira, ya me mataste mi flor!

Martí juega con las frases, las repite a lo largo del cuento para crear ese ambiente de misterio que precede a la sorpresa, como en:

Mañana hace ocho años que nació Piedad.
Mañana cumple Piedad ocho años.
Hoy cumple Piedad ocho años.

Es de destacar en este cuento la variedad en la repetición de frases y palabras. Unas veces se repite una frase al comienzo de un párrafo preparándonos para entrar en el ambiente donde se desarrolla la escena:

De puntillas, de puntillas, para no despertar a Piedad, entran en el cuarto de dormir el padre y la madre.

O al final de la frase, enfatizando por medio de la síntesis:

Todos sus juguetes se los dieron aquella noche, todos.

O al comienzo de la segunda oración ligando, enhebrando las sentencias en infantil juego expresivo:

Vienen riéndose, como dos muchachones. Vienen de la mano como dos muchachos.

Otras veces, la frase se repite en distintas partes del párrafo, jugando con el orden de los elementos que la constituyen para sostener una comparación poblada de objetos del mundo del pequeño:

Es un sueño no más, no más que sueño, como esos que se tienen sin dormir, en que se ve uno vestido muy bonito o un caballo vivo de cola muy larga, o un cochecito con cuatro chivos blancos, o una sortija con la piedra azul; sueño no más.

Este tipo de reiteración está en función de la musicalidad que Martí trata de captar en su lengua y se relaciona con ese gusto por la repetición de sonidos, característica que se da especialmente en la infancia.

Martí, inmerso en el mundo infantil, ha vencido intuitivamente la tiranía de los materiales con que crea. Ha sabido fundir sus más finas intuiciones y descubrimientos del mundo del niño con las formas lingüísticas y técnicas de estilo que expresan todos los movimientos del alma del pequeño mediante combinaciones llenas de sugerencias. **La edad de oro** es una revelación más del genio de Martí. Su prosa fluye cristalina y rica en este "ensayo" que es obra maestra de amor, arte y de promociones espirituales y eternas.

MARTÍ, HÉROE CIVIL

por Salvador Pineda

Martí no ha perdido actualidad en el ideal de América; su lección está vigente en la conciencia de todos los ciudadanos que aman la libertad. Sigue siendo joven símbolo, o mejor dicho, es uno de esos héroes que se rejuvenecen a medida que discurre el tiempo. **A cien años de su nacimiento** –aniversario de la libertad en la cuna de América– vale la pena emprender con nuevos bríos el redescubrimiento de su personalidad. Así se rendirá homenaje a su memoria y se podrá reconstruir, con mayor acierto, su dramático panorama.

O para decirlo en el lenguaje de Germán Arciniegas: el mito de Martí es tanto más real cuánto más nos asiste y salvaguarda en el conflicto que significa encontrarse de pronto entre la libertad y el miedo. Pese a su sacrificio, todavía quedan en América resabios dictatoriales; pero Martí decide la gran pelea: actúa como árbitro de las luchas sociales que se debaten diariamente en este mundo nuevo en que sólo unos cuantos, huérfanos de principios y ayunos de convicciones, asumen el papel de espectadores indiferentes.

Los más, en número y calidad, son actores responsables del humano existir y cuanto hacen y piensan va orientado a la realización de la justicia social. A Martí le toca el papel principal; cerebro y corazón de altas empresas, se diluye en ideas y se integra en símbolos. Endeble y enérgica, bondadosa y violenta, su figura adquiere cada día perfiles más humanos para significar lo permanente y duradero.

Martí se deja sentir a cada paso porque se actualiza en obras y se renueva en ideas; es, al mismo tiempo, héroe y mártir. Concilia en sí las excelencias del hombre de letras y las virtudes del hombre de acción, hasta alcanzar la categoría de intérprete y pensador de los grandes problemas americanos.

Cien años de abrir brechas y batallar por lo suyo, no han bastado para gastarle el nombre ni reducir su condición humana. Tan no se borra ni se empaña, que es más indeleble su lucha y más limpia su imagen a medida que más se afana en el tiempo: resurge cada día en lugar de declinar, renovando la sencillez de su alma y la grandeza de su espíritu.

Martí es escritor profundo pero ceñido; se advierte así a lo largo de su prosa y a través de sus versos. Su exigencia y meticulosidad saltan a la vista. No pierde el tiempo en necedades ni abstracciones, porque va siempre, conciso y substancial, al fondo de los hechos para llamar las cosas por su nombre y dar a los conceptos su sentido cabal. Puede asegurarse, sin exageración, que la sinceridad de su pensamiento equivale a la verdad de su vida y que tiene derecho a que se le venera como héroe y se le honre como escritor.

Su obra es abundante, variada su actividad y múltiples sus acciones; supo ser grande como hombre, leal como amigo, tierno como amante, cariñoso como padre, entero como patriota y ejemplar como ciudadano. Encarna lo grande y lo pequeño, lo angelical y lo guerrero, lo común y lo heroico. ¡Qué manera de recorrer la escala humana en una sola pauta de emociones!

No es posible, sin embargo, captarlo de una sola plumada, porque su genio requiere dimensiones mayores, pinceladas más fuertes. Es tan grande su acción y tan extenso su ejemplo que, como bien se ha dicho, sugiere horizontes en vez de simas, profundidades en vez de cumbres. Cuenta en verso sus emociones y relata en prosa su destino; pero el mejor pasaje de su existencia es el que escribe con sangre de sacrificio.

Sabe pulir la frase y dar brillo a la palabra; pero su literatura y su oratoria no son improvisaciones retóricas sino hechos vitales y realizaciones concretas. Se declara en contra de todo lo ostentoso y declamatorio para poder llamarse soldado en el deber y apóstol en la lucha.

El escritor se produce al nivel del patriota y el intelectual a la par con el apóstol, igual que el americano está en íntimo consorcio con el lujo de Cuba. Es tan humano, que muchos creen que hay en él dos Martí: el que musita y el que declama; pero Iduarte se pronuncia mejor por el que clama y el que impreca. Y con éste está muy bien, porque para América conviene más el soldado que el escritor, el héroe que señala los caminos del civilismo que el poeta que labra imágenes de oro.

Convence con su prosa y seduce con su palabra; pero algunos pretenden contraponer el héroe y el escritor, y lo cierto es que ante él no caben los dilemas: es escritor el que habla y orador el que escribe. Martí busca a toda costa lo esencial, en lugar de discutir se

interesa por definir; su bandera fue y sigue siendo la misma: redimir la patria y hermanar a los hombres bajo el imperio de la justicia y la libertad.

Pero no bastan sus merecimientos literarios; se requiere además definir su trayectoria y reconstruir su itinerario para consagrarlo en el deber e inmortalizarlo en el ejemplo. Escribió de todo lo mejor que pudo, y, sin embargo, dejó inconcluso el último capítulo de su vida: es una historia sin epílogo. Caer con la mente despierta, la palabra en los labios y con la pluma en la mano, mucho antes de terminar su patriótico mensaje.

Deja, al menos, señalado el rumbo, trazado el camino; el tránsito es más fácil así y no tardan sus múltiples herederos en consumir la obra. El caminante hace lo suyo y los que van en pos de lo mismo no tienen más que seguir sus pasos; Martí es héroe en camino, fijador de rumbos –rumbero, como dicen los colombianos– a quien nadie es capaz de desviar o detener. ¿Quién duda de que está siempre en avance, de frente al porvenir?

No admite posturas claudicantes ni fórmulas transitorias, siendo como es hombre entero y luchador cabal. Padece mal de patria y fiebre de libertad, y basta con tomarle el pulso para comprobar que la emoción de Cuba y la pasión de América le suben la temperatura. Estas dos sanas enfermedades –paradoja natural en quien vive a sabiendas su apostolado– aquejan y estimulan su existencia, tan fecunda como apremiante.

Deja tras de sí una estela de luz para que sirva de señal a los que vienen detrás; su divisa es la misma a lo largo de toda su rebeldía: consagrarse a la lucha y aceptar como un deber el sacrificio. Dijérase que en él se tocan los extremos y que fija su itinerario a fuerza de bondad y coraje, de soledad y compañía, de placideces e inconformidades, de dulces complacencias y santas indignaciones.

¿Cómo no recordarlo así, combativo y cordial, afanoso y alerta, creyente y fraternal al amparo de cada aniversario en que nos lo prestan en imágenes y lo devolvemos en símbolos? México –su adorado México de amor y luchas– le sirve de tribuna en el combate, de hospitalidad en el destierro y de refugio en la adversidad. Aquí temple su alma y prepara sus armas; formula sus planes y lanza anatemas hacia los cuatro vientos.

México—el México civil de Hidalgo, de Morelos y de Juárez que tanto le impresiona— produce gran impacto en sus sentimientos. Aquí encuentra ambiente propicio para hacer de su vida "escuela, palenque y forja". El contacto con México le afina los sentidos y le depura las emociones, en una ascensión de imágenes que hace decir a Iduarte:

Gravita alrededor del Caribe. De Cuba va a América, de la cubanidad a la hispanoamericanidad por firmes y sentenciosas etapas.

Su tránsito es de héroe civil, a la americana, porque va de lo menor a lo mayor, de lo popular a lo heroico, de lo emotivo a lo sublime, hasta abarcarlo todo con su pasión creadora.

Guatemala, Caracas y Nueva York son pues tres puntos de arribo y estancia en los años de su continuo batallar; nunca permaneció inactivo porque, como él mismo lo sugirió, ¿puede estar quieto quien no conoce la calma? En efecto, Martí no es de los que se cansan ni retroceden; la voluntad lo urge y el deber lo reclama. Es un pasional y un poseído, y como tal, hace, escribe, habla, combate y actúa sin pausas ni quebrantos. ¡Nunca se ha dado corazón más entero ni mentalidad más completa! Lleva en sí mismo la poesía de su dolor—poeta de su vida— para traducirla en sacrificio y escribir, al mismo tiempo, el poema de su heroísmo.

FRASEOLOGÍA DE LA CONDUCTA

Martí no es hombre de frases, y sin embargo, lo que más se le parece son sus propias palabras. Se retrata fielmente en cada una de ellas; le descubren el carácter y le denuncian la personalidad. ¿Cómo no revivirlo a través de sus expresiones si en cada una de ellas hay mucho de su vigor y no poco de su estatura?

El alma del hombre, como el cielo en el agua del mar, se refleja siempre en sus obras.

Tal parece ser el epígrafe de su vida; pero agregó a guisa de comentarios: hacer, es la mejor manera de decir. Y en efecto, hizo y dijo lo que más apetecía su patria y necesitaba su pueblo; creyó en lo mejor del hombre y tuvo fe, apasionada fe, en la justicia de su causa.

¿Es necesario pensar en más o ambicionar más? Con eso basta y sobra para hacer mucho y realizar algo grande; así gana, al menos, un sitio en la historia y el derecho al respeto ajeno. Siente apego a la inteligencia y respeto por la palabra, convencido de que "savia quieren los pueblos y no llagas". Y para culminar en el civilismo, remata su apostolado con esta frase:

Respetar es ya un derecho a vencer.

En efecto, respeta a sus semejantes y vence todos los contratiempos y adversidades para enfrentarse de plano a la realidad, cara a cara con el destino; no le abruma la tarea ni le amilana la magnitud de la empresa y sabe bien que "el lamento es de ruines cuando está enfrente la obra". Es siempre él mismo –Martí de carne y hueso, de suaves maneras y duros momentos– y nada hay que le haga perder el equilibrio o caer en el vacío.

No anda con evasivas y va derecho a su objetivo –actuar con prontitud y cumplir con eficacia– para conducirse en todo instante como varón del patriotismo y caballero del sacrificio. No da reposo a su cuerpo ni descanso a su mente y lucha más con la inteligencia que con las armas, seguro de que

trincheras de ideas vale más que trincheras de piedra.

Pero Martí –emblema de rectitud en la constancia– es más actual cuanto más se vierte en todo un pueblo. ¡Qué sinfónico parece su destino con inspiración de patria y música de sacrificio! Pelea enconada fue la suya por lo elemental y lo supremo, ya que la libertad y la inteligencia constituyen la atmósfera natural del hombre.

Entregado por completo a la lucha, no pelea sin embargo por caprichos o necedades sino por cuestiones esenciales y cosas definitivas. La conquista del porvenir –expresa enfáticamente– ha de hacerse con las manos blancas. Pero dice luego en tono más categórico:

La patria necesita sacrificio. Es ara y no pedestal. Se la sirve, pero no se la toma para servirse de ella.

¡Son palabras santificadas que merecen inscribirse en bronce para que sirvan de evangelio en toda América!

Tras de observar que el vanidoso mira su nombre y el hombre honrado a la patria, se anticipa a su consagración en estos términos:

Sea yo potro o fusil, y hagan de mí después lo que quieran. Los pueblos se amasan con sangre de hombres.

Martí hizo hermosas frases; pero la mejor de todas, la que no admite sospechas ni ironías, es la de su pasión sin mancha y su apostolado sin mengua. Frase única de emoción y bronce, de piedra y flor que, por inédita, traduce lo sublime y encuadra lo positivo. Desde niño hasta hombre, la patria para él no será nunca triunfo sino agonía y deber. ¿Qué mejor título para premiar su perseverancia, como quiere el escritor cubano, que llamarlo místico del deber?

Chicos y grandes lo miran con cariño o lo invocan con simpatía. Los niños lo quieren porque lo sienten suyo y los hombres lo admiran porque quisieran parecerse a él. ¿Valdría decir que es, en paridad de ideales y sentimientos, niño en la emoción de vivir y hombre en la pasión de pelear?

El clima creado por la opresión es, a la postre, favorable a su inteligencia: la tiranía abre nuevos cauces a su intelecto. Se forma a la sombra de Mendive y bajo el sol de Cuba; pero lo lleva más lejos su civilismo. Cuba es apenas su punto de partida y por las ventanas de su espíritu se asoma a panoramas más amplios y latitudes más anchas. Es entonces cuando se topa con la realidad de América; de ahí en adelante, vive en función de una patria chica: Cuba, para servir a una patria grande: América.

Está siempre en desasosiego y va de un lado a otro paseando sus rebeldías y distrayendo sus inquietudes; en cada lugar saca valiosas experiencias y conquista nuevos afectos. Espera así ver realizado su mayor anhelo: la libertad de Cuba y la integración de América.

Tres símbolos caracterizan la línea de su conducta: sangre, paloma y estrella. Sangre para derramarla por su pueblo; paloma para volar en pos de la libertad y estrella para iluminar el advenimiento de nuevas patrias. ¿Será procedente compararlo con Ícaro el de las alas rotas? Puede que haya sido romántico —el último romántico enamorado de la libertad de América— pero ahora se le sospecha en pie, en

actitud erguida y de cara al sol, dispuesto a enfrentarse a todos los peligros y a superar todos los obstáculos.

Sabedor de lo que vale la inteligencia, admira a los grandes hombres y desprecia, en cambio, a los mercaderes de la pluma y a los bailarines de la palabra. Colocado en posición vertical, ni la envidia ni el servilismo logran hacerle mella; no es de los que engañan por oficio o adulan por interés, sino de los que elogian con justicia y sirven con eficacia.

Hay en sus pensamientos todo un ideario cívico que es preciso consignar: la generosidad acerca a los hombres, en tanto que el egoísmo los separa; al corazón se le han de poner alas y no amarras; hay que desconfiar de quien tiene la molestia en los labios, porque ese tiene la soberbia en el corazón; el corazón virtuoso se enciende con el reconocimiento y se apaga con la ingratitud.

Consecuente con sus ideas, Martí elogia lo positivo y combate lo insensato; habla con palabras de fuego purificado y "moja la pluma en lo puro y lo grande". Jamás rehuye situaciones ni elude compromisos para ser el primero en la línea de combate, convencido de que el deber de un hombre está ahí donde es más útil.

Como héroe civil no admite parangón; es sublime en los afectos, grande en el sacrificio, entero en la conducta, firme en la lucha y sereno en el infortunio. Tuvo muchas cualidades; pero el culto a la amistad fue su principal característica; supo ser amigo en el trabajo, compañero en la lucha y hermano en el ideal.

Sus cartas –epistolario generoso de la amistad– forman verdadera antología de afectos y confidencias. Dijérase que se honra a sí mismo en el respeto a los demás, con esa práctica del amor al prójimo que fue casi el lema de su vida. Nadie como él ha logrado diferenciar mejor lo benéfico de lo malo, lo útil de lo nocivo, lo fecundo de lo estéril para quedarse siempre con lo esencial y desechar todo aquello que impide que los hombres sean buenos y felices los pueblos. Su credo mayor fue la patria; lo profesó con hombres de bien y celo ejemplar. América es su meta y su razón, o como dice Iduarte:

Cuba es la Dulcinea del gran Quijote americano.

A Martí hay que interpretarlo siempre como buen ciudadano, como principal actor de nuestra vida social o como partícipe voluntario en el drama de nuestro tiempo. Así se encontrará a sus anchas, porque ahora que pelea es cuando realmente descansa. Espuela y rienda, ala y raíz, agonía y deber siguen siendo sus expresiones favoritas. Síntesis y paradigma de patrias a caballo, Martí galopa por los caminos donde transita el pueblo y, como el señor Santiago de nuestra América, "brilla más en él la espada destructora del dragón que las Tablas de la Ley".

A más de cien años de edad, Martí sigue siendo un americano joven, ya que no puede envejecer quien se renueva en conciencia y se actualiza en espíritu. Para Martí esta es la hora: sobre un nuevo mar y bajo un cielo claro, auspicia la suerte democrática de América, "sin más caudal que una estrella en la frente y un himno en los labios".

MARTÍ ESCRITOR

por **Andrés Iduarte**

Martí es, por encima de todo, un escritor original. Podrá negársele otra calificativo, pero no éste. Fue hombre indudablemente excepcional y, además, un predicador y un soldado de la sinceridad, de la autenticidad. Su fondo singular, su raro espíritu, salieron a flote y sin velos en su poesía y en su prosa, tan personales, tan suyas que hay derecho a decir "tan martianas". Tenía modos propios, aspectos exclusivos, y su pluma fue un espejo límpido, nunca empañado por disimulos o disfraces de ninguna especie. Ennoblecíó el oficio de hombre y le subordinó el de escritor: precisamente por eso, todo es sustancia autónoma en su literatura, hasta lo que pueda parecer adorno, o añadido, o exceso ornamental.

Por lo mismo es muy difícil buscarle al escritor sus huellas literarias. No es que no las lleve. Su originalidad es doblemente válida porque las guarda en la entraña viva, no en una página de papel. Sabemos bien que fue hombre de profusa lectura y de firmes devociones éticas y estéticas. Su misma condición mesiánica pudo encajonarlo en uno de los hondos cauces que trazaron antes que él las almas angélicas que tanto amaba. No se trata, pues —como Gabriela Mistral lo dijo ya— de "el Adán literario, brotado de la tierra como un copo de barro fermentado sobre el que nadie ha puesto la mano". Su originalidad no es de isla ni de eslabón perdido, sino de mucho y variado alimento y de aprovechamiento y superación personales. Tuvo altares y devocionarios, pero no los usó como moldes, ni como modelos. Teniendo en cuenta que vivió en una América todavía entregada al préstamo literario —en lo que insiste la poetisa chilena— la originalidad de Martí resulta más fuerte y valiosa.

Tuvo Martí su manera peculiar, no calcada de nadie. No recibió recetas, ni las hizo. Por ello resulta igualmente difícil buscarle sucesores. No lo siguen, sino precisamente lo deforman y lo niegan, quienes lo copian y lo imitan. "Influye en los escritores de su cercanía jerárquica —dice Marinello— como los grandes expresadores de ayer están vivos y ostensibles en su palabra inusitada. Todo Martí está en la **Crónica** de Rubén Darío, ha dicho Juan Ramón Jiménez, podríamos añadir nosotros anda por los **recados** de Gabriela Mistral. Pero

la coincidencia de calidades, la similitud de fuerzas, la confluencia del aporte sabio, hace que no tomen de Martí sino aquella porción de su ímpetu y de su verbo que pueden gozar sin peligro de quedar en descubierto. Sólo los que tengan, como él, humildad y fuerza para dejarse penetrar por la vida sin perder el mando de sí mismos, son legítimos sucesores de Martí". Lo mismo puede decirse de don Miguel de Unamuno, el que también le debe "bastante", a juicio de Juan Ramón Jiménez.

La trascendencia humana de Martí no le quita trascendencia literaria, sino que se la da y cada día se la dará más ante la buena crítica que "acierta a ver tras los libros los hombres" en vez de ver "tras los hombres los libros", de acuerdo con el justo reproche y consejo del mismo don Miguel. No le faltó respeto para la tradición, aunque haya sido en tantos sentidos su vencedor, ni tampoco la necesita y paciente escoleta. En su poesía hemos visto ya que es el artista consciente de sus innovaciones, en marcha lenta desde las formas comunes de sus primeros poemas de Cuba y España, y de sus paréntesis modernistas de algunos críticos en México, a la trabajada facilidad del **Ismaelillo**, al embridado galope de los **Versos libres** y a la lograda sencillez de sus difíciles **Versos sencillos**. Los romances raros –ni de ocho ni de seis sílabas– del **Ismaelillo**, y la seguidilla que se convierte en romance; el endecasílabo blanco martiano, el ritmo y el encabalgamiento novedoso de los **Libres**; y el octosílabo clásico, pero no propio de su tiempo, en los **Sencillos**, que coincide con lo que ahora se hace –¿ese octosílabo blanco no está hoy en Pedro Salinas?– revelan más "métier" literario del que le suponen los que lo conocen a distancia. No es un azar que sea un precursor y más que un precursor. Lo sospeché –ya lo hemos visto– cuando apunté que "pronunciaba... pronta a nacer... una inmortal poesía". (XLIII, 15).

También en su prosa es el remador que mira hacia atrás mientras penetra en nuevos parajes. En el espíritu común del muchacho inteligente que escribe **El diablo cojuelo** se muestran lecturas escolares, probablemente la picaresca y el costumbrismo español, aunque sin relieve; al hallarse con su misión política en las canteras de San Lázaro, cobran valor dos de sus lecturas, Hugo y La Biblia, que forman en **El presidio político en Cuba** un misticismo siglo XIX, una religiosidad española tradicional con gorro frigio; contactos jurídicos y filosóficos, más de las aulas que de su elección, se asoman en **La República española ante la Revolución cubana**,

y se mantienen en algunos escritos circunstanciales de México y Guatemala; y es en México, y sobre todo en Guatemala y Venezuela, donde más se muestran sus lecturas españolas, mejor digeridas ya en sus artículos de **La Revista Venezolana**, sus colaboraciones a **La Opinión Nacional** y su prólogo al libro de Pérez Bonalde, en los que su prosa comienza a ser íntegramente suya. Después, recibe y se incorpora las sacudidas de Whitman, las sentencias de Emerson, la manera de los historiadores norteamericanos, que estudia con afanosa curiosidad para escribir sus crónicas, hasta que llega a la prosa evangélica, iluminada, "oracular, sacramental, como si se tratara de una liturgia en la que era a la vez oficiante y holocausto" de sus diarios de Santo Domingo y Cuba. Hay un paréntesis que no por breve y secundario debe merecer menos consideración para quien estudie su prosa, y es la novelita **Amistad funesta**, escrita por encargo, sin su nombre y fuera de su misión, y en donde, quizá por todo eso, aparece cierto diletantismo Modernista, que sabía manejar pero que —está a la vista— poco le interesaba.

De todas estas lecturas y de las muchas que aquí falta por rastrear, así como de los contactos humanos de todo tipo que tuvo el viajero de varios países, resultó un sumando vario y rico, diluido en un espíritu personalísimo.

En Martí orador hay indudablemente abundancia y, a menudo, la hay en sus artículos y en sus cartas. Plétora hemos dicho nosotros, pues no era precisamente excedente, sino necesidad de decir todo lo que en pensamientos y sentimientos llevaba Martí dentro. Ésta es la generosidad tropical de que habló Gabriela Mistral. Por allí va su aparente semejanza con el párrafo largo de su época; pero adviértase bien que el suyo es enumerativo, primitivo, enlazado por la "y" y la "o", muy diferente de la inflada curva castelarina. Apartemos sus primeros escritos y podemos afirmar con Manach que "es exuberante y tupido, pero ya nunca vano".

De la oratoria de su época lo separa, desde luego, su concisión, la de quien nunca habla sin razón ni sin propósito; del parlamentismo al uso, su manera críptica; del prosaísmo frecuente, el hecho extraordinario de que este escritor de versos sencillos y de cartas familiares no usa lugares comunes. No está ni dentro del prosaísmo ni dentro del clasicismo convencional del siglo XIX sino, a la vez, contra la pereza y desgarbo de la palabra trillada y contra la copia muerta, de decadencia,

sin invención, de la prosa de su tiempo.

Del conceptismo de Martí ha hecho una magnífica disección Juan Marinello. Se parece a Gracián porque "las razones se estorban en Martí por numerosas y robustas", y a Quevedo porque "los dos están poseídos de preocupación política e intención pedagógica". Ya apuntamos, al examinar su cultura, que el género que más lo sedujo en su juventud fue el teatro, y que parece haber leído sobre todo a los conceptistas; en consecuencia, Calderón estaba en el vértice de sus aficiones. La Afición al teatro se le fue acabando y sus más permanentes lecturas españolas parece que fueron Gracián y Quevedo. A Armas y Cárdenas le saltaba a los ojos esta huella; y nos salta a nosotros. Sólo que el juego verbal era para Gracián fin y meta, y para Martí siempre medio –y medio apresurado– porque él sí creía en el hombre, y no tenía ni tiempo ni interés en el cultivo de la palabra por la palabra misma; y en cuanto a Quevedo la distancia la marca el rechace natural de Martí, por temperamento y por convicción, de cuanto supiera a sarcasmo. La raíz es de todos modos visible, y Marinello apunta que "Martí es más él... cuando medita como Gracián, adoctrina como Quevedo o siente como Santa Teresa", y señala en seguida las divergencias. De cualquier manera, es un hecho que medita y adoctrina como los dos conceptistas.

Adoctrinar y meditar pueden ser, al fin y al cabo, maneras de "hacer". Pero sentir, en cambio, es modo de "ser": es la llama interna en la que, al hablar de las ideas filosóficas y políticas de Martí, lo vimos enlazado con los místicos españoles. Es tiempo ya de decir que sobre todo con Santa Teresa. Se encuentran doblemente en "el vuelo enfebrecido y sin rumbo", así como "en la senda de lo confidencial". Si en el caso de Gracián y Quevedo no hay en Martí copia, sino cierto paralelismo de funciones y situaciones –pensar, normar– menos en el de Santa Teresa: aquí lo que hay es coincidencia de matices, de orígenes, de puntos de partida. La fe sencilla y auténtica, la militancia apostólica, la expresión a la vez alta y familiar, lo que los dos tienen de soldado y de madre, el extraño engarce de cielo y de tierra, de raptó místico y de pequeña realidad humana, crean un inquietante parecido entre el héroe de Cuba y la santa de Ávila. Sobre todo, es claro, cuando Martí deja la tribuna y la imprenta a que lo lleva su necesidad, y se recoge en la soledad de la carta íntima, íntima y pública –todo él en ella, y para todos– que es lo mejor de su obra.

Incluyamos allí sus diarios, que no son sino una gran carta hecha a tramos.

Vamos viendo cómo en Martí se juntan siempre los cabos. Sarmiento vio en Martí, desde 1887, los "bramidos de Hugo" y su "resonancia de metal". No tenía el gran argentino muchos modelos para comparar, pero se dio inmediata cuenta de lo que había tocado. Por eso su hallazgo vale como prueba, en el que coinciden, luego, todos. Pero Gabriela Mistral recorta y equilibra: "...un Víctor Hugo corregido de su garganta trompetera por un trato diario y enseñador de la Santa Teresa doméstica y voluntariamente vulgar". Nosotros no suponemos la lectura cotidiana ni escrupulosa de Santa Teresa, sino creemos que se hacen pareja por el hondón de la sangre: lo que aquí queremos señalar es la antinomia completadora: "Miguel ígneo y Rafael terrestre –añade Gabriela– ...conjunción de lo arcangélico combativo con lo arcangélico misericordioso". Al hablar de su poesía recordamos que Regino E. Botí vio en ella dos Martí: el que musita y el que declama (que nosotros preferimos definir como el que musita y el que clama). Y, después del rebusco y el juego verbal gracianesco que unos le ven, el trabajo sobre cada término, la oscuridad y el detalle, otros apuntan lo que puede ser lo opuesto: Sarmiento llama a su elocuencia "sudamericana, áspera, capítosa, relampagueadora", y manda al joven cubano desde la Argentina "el homenaje de su admiración... por su talento descriptivo y su estilo de Goya, el pintor español de los grandes borrones con que habría descrito el caos". Quizá coincidió Darío con esta impresión de Sarmiento al llamar a sus crónicas de **La Nación** "espesas inundaciones de tinta".

En su misma vida podríamos hallar el enlace de las puntas: en ella están España y Cuba, las dos en pelea: el mundo indígena de México y Guatemala, y el blanco del Uruguay y la Argentina; Venezuela –donde empieza el poema de 1810, para decirlo con sus palabras– y las Antillas, que son su última estrofa; Hispanoamérica y los Estados Unidos. Hasta de su lenguaje podríamos decir que puede servir de ejemplo para el sobreespañol de que habló Unamuno: no es el que hablan las gentes cultas de La Habana, o de Madrid, o de Zaragoza, o de México, o de Guatemala, o de Caracas, o de Santo Domingo, o de Buenos Aires, o de Montevideo, sino el que hablan las de todas partes; se ha hecho por feliz aluvión natural, luego por conocimiento y gusto que llevan a la posesión legítima, y después por

selección de escritor y hablista de raza. Razón tuvo Jorge Manach para hablar de "síntesis martiana" no sólo al referirse a Cuba, sino a América. Dice con gran acierto: "Así como en su pensamiento confluyeron las dos grandes corrientes de su época –idealismo y positivismo– y en su voluntad se juntaron todas las imágenes y motivos de su pueblo, en su palabra definitiva se da como una síntesis de lo clásico español y de lo romántico americano, de lo barroco y lo impresionista".

Primitivo, elemental, conciso aun en los momentos en que parece un torrente, claro hasta la luz del relámpago y a la vez con túneles de dramática oscuridad, confidencial sin chabacanería, familiar en medio de la elocuencia, con un tono guerrero para hablar de Bolívar y otro filial para referirse a Hidalgo, traductor de la calma de las viejas ciudades conventuales como del tráfago neoyorquino, culterano doblado en juglar, amplio sin viento, rico sin relleno, aristocrático sin rebusco. Cargado de razón estuvo Darío cuando lo incluyó entre sus "raros": de su acierto no nos dimos cuenta plena en América antes de ahora.

MARTÍ EN LAS LETRAS HISPÁNICAS. CONTINENTALIDAD

No conocemos ninguna otra prédica tan clara, segura, condensada y sostenida de independencia literaria americana como la que hace José Martí desde 1875 a su llegada a México; ni pueden señalarse en esa fecha, salvo en Gutiérrez Nájera, poesías que tengan tanto como las suyas un nuevo tono y una nueva manera. Puede afirmarse, en consecuencia, que es el principal anunciador y animador, y uno de los más visibles iniciadores de la revolución literaria que luego, en manos de Rubén Darío, se propagó por toda América y pasó a España.

La nueva sensibilidad estaba, por supuesto, en el aire de América. La independencia política de España y la influencia de otras literaturas la auguraron desde mucho antes. Podría hacerse un significativo parangón entre la Asociación de Mayo como base de Echeverría, y la Reforma juarista de México como sostén de Martí. Pero el movimiento del suramericano tuvo menos vastedad y hondura que el de Martí o, cuando menos, no cuajó tanto como el que el

cubano predicó en México, Guatemala y Venezuela, y lanzó al continente desde Nueva York.

En el americanismo de Martí hay un fervor de cubano no independizado de España que vive en países ya independientes, y que "quiere escribir la estrofa que falta al poema de 1810" (XXII, 94); hay el conocimiento directo de lo que combate, la poesía de la Península, donde estudió y escribió durante cuatro años; y hay, además, lo que no había en Echeverría: un alto y original espíritu poético. El americanismo de Martí no se reduce a una posición política rebelde, ni sólo al canto a la poderosa pampa suramericana: además de recorrer países variados, tierras lujuriosas, llanos tendidos y grandes montañas, en el antiguo virreinato de la Nueva España ve el pasado español más brillante de América conjugado con las culturas azteca y maya-quiché, cuyo brillo se completa en Guatemala. La savia de la revolución juarista pone en su espíritu –preparado para sentirlo– el amor por el indio, el respeto por su historia y la fe en su futuro como parte fundamental de la América mestiza. Y luego su viaje a Venezuela lo baña de fuego épico, bajo la lumbre de Bolívar y la luz de Sucre, ante los campos todavía maltrechos por la furiosa contienda. La grandeza geográfica; la monumental, ayer española y anteayer india, hoy mestiza; sus diferencias de numerador con España, dentro del común denominador de una lengua que él conoce y de veras posee; el misterio de las viejas civilizaciones y el ímpetu de América, insurgente y fundador en todos sentidos, acaban de hacerse sangre de su sangre cuando desde Nueva York contempla América: se liga, por sus escritos, a toda ella; sirve a varios de sus países, como si fuera uno de sus hijos; y vive como un centinela adolorido ante la otra América de habla inglesa, observando y comparando con alegría o con tristeza, pero sin dudar nunca de cuál era la suya.

Nadie junta, en su tiempo, aquellas calidades personales y estas circunstancias generales. Pero, sobre todo, nadie está tan dentro del mundo hispanoamericano, en su conjunto y por encima de fronteras –precisamente por no tener todavía una patria libre– y nadie puede lanzar su voz al Continente tanto como el poeta que vive en Nueva York como delegado oficial y extraoficial de los países hispanoamericanos y como capitán de las únicas tierras –las antillanas– que aun viven bajo el dominio ultramarino. Su hispanoa-

mericanidad dentro del mundo inglés de América, le da vastedad, y su cubanidad le da hondura e intensidad para sentir lo americano.

No estamos yendo demasiado lejos. Ya sabemos que su influencia no llegó a grandes grupos, y que su fama literaria era más reducida que la de otros muchos. Pero sus colaboraciones durante dos años en **La Opinión Nacional**, de Caracas, y durante diez en **La Nación**, de Buenos Aires, llevan su nombre y sus palabras a todo el Continente, sobre todo al Caribe y al Sur. Es así como Sarmiento lo lee y lo admira. Es así como Rubén Darío –hecho fundamental y decisivo– pone en él sus ojos descubridores.

MARTÍ Y LOS PRECURSORES DEL MODERNISMO

Antes de llegar a Darío veamos las relaciones de Martí con los grandes precursores.

Martí fue amigo de Manuel Gutiérrez Nájera. Esta amistad comenzó desde su llegada a la capital mexicana, en 1875. Martí tenía veintidós años y Gutiérrez Nájera dieciséis; pero el mexicano era ya el conocido niño prodigio de las letras. Más tarde, hay recíprocas referencias en lo que escriben. Nájera, según dato de Núñez y Domínguez, publicó el 25 de septiembre de 1889 "un precioso artículo acerca de **La edad de oro**, reproducido en la **Revista azul**, en septiembre de 1895". Hace un encendido elogio de la revista de Martí, marcando, de paso, sustanciales diferencias:

Martí, cuyas ideas no podemos seguir a veces, porque sus ideas tienen las alas recias, fuerte el pulmón y suben mucho; Martí, en cuyo estilo mágico nos solemos perder de cuando en cuando como Reynaldo en el jardín de Armida, o como el viajante intrépido en una selva virgen; Martí, para escribir **La edad de oro**, ha dejado de ser río y se ha hecho lago, terso, transparente, límpido. Lo diré en una frase: se ha hecho niño... un niño que sabe lo que saben los sabios, pero que habla como los niños. No es Hércules hilando a los pies de Onfalía: es Hércules jugando con la reina Mab.

¡Qué obra tan buena y qué buena obra es **La edad de oro**!

Los elogios de Martí a Nájera son frecuentes. Es posible que hayan sostenido alguna correspondencia; y sin duda, se comunicaban a

través de Manuel Mercado. Y en 1894, en que Martí va a México, su amistad se hace íntima. Es cuando Martí dedica sus conocidos versos a Cecilia Gutiérrez Nájera y Maillfert. Martí fue, además, "testigo de la presentación legal de su segunda hija, Margarita, que acababa de nacer". Nájera, poeta y diputado, fue el piloto de Martí en su última visita a México. Poco después de esta comunión fraternal murieron los dos poetas: Nájera, el 3 de febrero y Martí el 19 de mayo de 1895. Martí, en su carta a Mercado, ya en el umbral de la muerte, recuerda al amigo: "Ahora que... ya no vive donde se le vea" (VIII, 275).

Tan importantes son esas relaciones personales como las semejanzas de su poesía. Eugenio Florit ve en el poema **Magdalena** un parecido con Rubén:

Aquel cuello gentil se doblé gaba,
aquella alta cabeza no se erguía;
y en los valles el lirio sollozaba,
y el nelumbo en los lagos se moría. (XLII, 50).

Florit piensa en Rubén porque éste es el mágico condensador de las dos voces anteriores, amén de otras muchas. En 1875, fecha de esa composición, quizá sólo Nájera y Martí escribían así en América.

También ha citado Florit el poema **María**, segundo de los que dedicó a María García Granados:

Esa que ves, la del amor dormido
en la mirada espléndida y suave,
es un jazmín de Arabia comprimido
en voz de cielo y en contorno de ave. (XLII, 135).

Y agrega Florit: "Hay que ir hasta 1894 para encontrar en el poeta acento semejante, como cuando escribe para Cecilia Gutiérrez Nájera:

En la cuna sin par nació la airosa
niña de honda mirada y paso leve
que el padre le tejó de milagrosa
música azul y clavellín de nieve. (XLII, 195).

Dice Florit:

Esa música azul es, se me antoja a mí, digna hermana de aquella "voz de cielo y contorno de ave". En una y otra estrofa están ya, de un modo claro, definido, terminante, el trabajo de orífice y el lujo de la palabra exquisita y alada que caracterizan las mejores realizaciones del Modernismo.

Iniciado en 1875 en México, en la misma manera, Martí vuelve a ensayarla cuando se encuentra otra vez con Nájera, como homenaje al amigo y revalidación simbólica de sus raíces literarias hermanas.

Más vaguedad hay en las relaciones de Salvador Díaz Mirón con José Martí. De la misma edad, coincidieron en la ciudad de México en 1875, y según nos dice Núñez y Domínguez, fueron amigos desde entonces. Más datos darían las cartas de Martí que, según el mismo Núñez y Domínguez, están en el archivo particular de Díaz Mirón. Parece ser, también, que al pasar Martí por Veracruz, estando preso el bardo venezolano, fue a visitarlo a la cárcel. Lo cierto es que Díaz Mirón siempre recordó al cubano. "Era un gran poeta", decía.

En cuanto al parecido con Díaz Mirón, Raimundo Lazo apuntó hace años el de **Patria y mujer**, de Martí, con las formas rotundas del veracruzano. Y Augier compara y ve una semejanza en lo que Blanco Fombona denomina "estrofa mironiana" con otros poemas escritos por Martí en México.

José Asunción Silva –nos recuerda Augier en su ensayo– "conservaba como un devocionario el diminuto **Ismaelillo**". Es dato que ha recogido de la carta que el colombiano Max Grillo escribió a Rufino Blanco Fombona, y que éste recoge en **El Modernismo y los poetas Modernistas**.

De varios poetas menores del continente podría decirse otro tanto; pero sólo estamos señalando los valores que, por su influencia tienen para nuestro tema importancia fundamental.

No conoció a Julián del Casal, pero sí su obra. Acaso Casal también la suya. El 31 de octubre de 1893 publicó Martí una brillante gacetilla en **Patria**:

Murió el pobre poeta y no lo llegamos a conocer. ¡Así vamos todos, en esta pobre tierra nuestra, partidos en dos, con nuestras energías regadas por el mundo, viviendo sin persona en los pueblos ajenos, y con la persona extraña sentada en los sillones de

nuestro pueblo propio! Nos agriamos en vez de amarnos. Nos encelamos en vez de abrir vía juntos. Nos queremos como por entre las rejas de una prisión. ¡Es verdad que es tiempo de acabar! (XIII, 13).

¿Podría interpretarse que hubo acritud y celos en sus relaciones, o no revelan nada de eso estas frases vagas? De la poesía de Casal dijo líneas antes:

...Y es que en América está ya en flor la gente nueva, que pide peso a la prosa y condición al verso, y quiere trabajo y realidad en la política y en la literatura. Lo hinchado cansó, y la política hueca y rudimentaria, y aquella falsa lozanía de las letras que recuerda los perros aventados del loco de Cervantes. Es como una familia en América esta generación literaria, que principió por el rebusco imitado, y está ya en la elegancia suelta y concisa, y en la expresión artística y sincera, breve y tallada, del sentimiento personal y del juicio criollo y directo. El verso, para estos trabajadores, ha de ir sonando y volando. El verso, hijo de la emoción, ha de ser fino y profundo, como una nota de harpa. No se ha de decir lo raro, sino el instante raro de la emoción noble y graciosa. Y ese verso, con aplauso y cariño de los americanos, era el que trabajaba Julián del Casal. (XIII, 12).

MARTÍ Y DARÍO

El contacto más trascendental para nosotros es el que Martí tuvo con Rubén Darío. En 1893 éste, en su viaje de Panamá hacia Buenos Aires por la caprichosa vía Nueva York-París, fue con Gonzalo de Quesada a buscar a Martí a un mitin que tuvo lugar en Hardman Hall:

Yo admiraba altamente [dice en su **Vida**] el vigor general en aquel escritor único, a quien había conocido por aquellas formidables y líricas correspondencias que enviaba a diarios hispano-americanos, como **La Opinión Nacional** de Caracas; **El Partido Liberal**, de México; y sobre todo, **La Nación**, de Buenos Aires. Escribía una prosa profusa, llena de vitalidad y de color, de plasticidad y de música. Se transparentaba el cultivo de los clásicos españoles y el conocimiento de todas las literaturas antiguas y modernas; y, sobre todo, el espíritu de un alto y maravilloso poeta.

Cuenta con emoción el encuentro:

Pasamos por un pasadizo sombrío; y, de pronto, en un cuarto lleno de luz, me encontré entre los brazos de un hombre pequeño de cuerpo, rostro de iluminado, voz dulce y dominante al mismo tiempo y que me decía esta única palabra: "¡Hijo!"

Darío admiraba en Martí al prosista sobre todo, como se deja ver en el artículo incluido en **Los raros** y escrito en la muerte de Martí: "Y era poeta, y hacía versos". Aunque dedica su canto sobre todo a la prosa de Martí, Darío sospechaba, desde entonces, más que conocía, su valor poético: "**Los versos sencillos...**" –dice ya– "tienen verdaderas joyas". Y en los artículos ya mencionados aquí, publicados en **La Nación**, en 1913:

Pero fue también poeta, buen poeta en verso, aunque haya dejado poco a este respecto. Cuando al saberse la noticia de su muerte, en el campo de batalla, escribí en **La Nación** su necrología –que forma parte de mi libro **Los raros**– yo no conocía sino muy escasos trabajos poéticos de Martí. Por eso fue mi juicio somero y casi negativo en cuanto a aquellas relativas facultades.

Y poco después dice:

¿No se diría un precursor del movimiento que me tocara iniciar años después?

Completa las referencias halladas en Darío sobre Martí una interesante carta dirigida por éste a Pedro Nolasco Prendes, el 12 de noviembre de 1888, y publicada en el **Archivo de Rubén Darío**, de Alberto Ghirardo:

Todos estamos de acuerdo en que los versos que se hacen en prosa pierden; como toda prosa que se pone en verso, tomando gallardías y alientos nuevos y propios, gana. ¡Si yo pudiera poner en verso las grandes luminosas de José Martí! O ¡si José Martí pudiera escribir su prosa en verso!

Destaquemos sobre todo esta declaración –más valiosa por ser la más íntima y la más remota– de Rubén Darío. En el mismo año en que

aparece **Azul** quisiera poner en verso "las grandezas luminosas de José Martí". No conocía entonces, ni conocía bien en 1895, la poesía de Martí; y hasta 1913 no pudo escribir sobre sus tres libros poéticos capitales. No hay, pues, influencia directa de las formas poéticas de José Martí o, si la hay, es poco importante. Pero sí hay la influencia de su espíritu y de su arte poética. Confirman nuestra opinión las pasajeras huellas que Boti señaló: "en algunos versos de Darío incluidos en **Sol de domingo** y en su elogio a don Vicente Navas".

Ya vimos cómo, en todas sus alusiones a Martí, recuerda sus crónicas de **La Opinión Nacional**, de Caracas, que se publicaron en 1881 y 1882, cuando Darío tenía sus catorce y quince precoces años centroamericanos; y, luego, las de **El Partido Liberal**, de México y **La Nación**, de Buenos Aires, que van desde aquellas fechas, las últimas en forma constante y nutrida, hasta 1893. Suponiendo que Darío haya exagerado y sólo por casualidad haya visto **La Opinión Nacional** y **El Partido Liberal**, es indudable que durante diez años leyó a Martí asiduamente en **La Nación**.

Se ha publicado un artículo de Juan Ramón Jiménez sobre Martí en su libro **Españoles de tres mundos**, en el que debe destacarse lo que dice sobre Martí y Darío:

Miguel de Unamuno y Rubén Darío habían hecho mucho por Martí, porque España conociera mejor a Martí (su Martí, ya que el Martí contrario a una mala España inconsciente era el hermano de los españoles contrarios a esa España contraria a Martí). Darío le debía mucho. Unamuno bastante; y España y la América Española le debieron, en gran parte, la entrada poética de los Estados Unidos. Martí, con sus viajes de destierro (Nueva York era a los desterrados cubanos lo que París a los españoles), incorporó los Estados Unidos a Hispanoamérica y España, mejor que ningún otro escritor de lengua española, en lo más vivo y más cierto. Whitman, más americano que Poe, creo yo que vino a nosotros, los españoles todos, por Martí. El ensayo de Martí sobre Whitman, que inspiró, estoy seguro, el soneto de Darío al "buen viejo", en **Azul**, fue la noticia primera que yo tuve del dinámico y delicado poeta de **Arroyuelos de otoño**. (Si Darío había pasado ya por Nueva York. Martí había estado). Además de su vivir en sí propio, en sí solo y mirando a su Cuba, Martí vive (prosa y verso) en Darío, que reconoció con nobleza, desde el primer instante, el legado. Lo que le dio me asombra hoy que he leído a los dos enteramente. ¡Y qué bien dado y recibido!

Recordemos, además de la información literaria que de los Estados Unidos dio Martí a Darío, la información política y humana, incorporada y desarrollada poéticamente por el altísimo espíritu de Rubén. La visión que éste tenía de la nación del Norte, esto es, del mundo moderno y agresivo de su **Oda a Roosevelt** y del mundo progresista y desmesurado de su **Salutación al águila**, es la de Martí. Poniendo sus páginas por encima de las de Bougert y Groussac sobre el país del Norte, dijo:

Los Estados Unidos de Martí son estupendo y encantador diorama que casi se diría aumenta el color de la vida real. Mi memoria se pierde en aquella montaña de imágenes, pero bien recuerdo un Grant marcial y un Sherman heroico, que no he visto más bellos en otra parte; una llegada de héroes del Polo; un Puente de Brooklyn literario igual al de hierro; una hercúlea descripción de una exposición agrícola, vasta como los establos de Augías; unas primaveras floridas y unos veranos ¡oh, sí!, mejores que los naturales; unos indios sioux que hablaban en lengua de Martí como si Manítú mismo les inspirase; unas nevadas que daban frío verdadero, y un Walt Whitman patriarcal, prestigioso, líricamente augusto, antes, mucho antes de que Francia conociera por Sarrazin al bíblico autor de las **Hojas de hierba**.

Y cuando el famoso congreso pan-americano, sus cartas fueron sencillamente un libro. En aquellas correspondencias hablaba de los peligros del yankee, de los ojos cuidadosos que debía tener la América Latina respecto a la Hermana mayor; y del fondo de aquella frase que una boca argentina opuso a la frase de Monroe.

En el americanismo y el patriotismo de Ricardo Rojas halla "muchos puntos de contacto con Martí"; al hablar de Manuel Ugarte apunta que "José Martí, más de una vez, había dicho cosas bellas y proféticas sobre los hombres del Norte"; y en el mismo artículo reproduce –alterándola, porque ya entró en su sangre– aquella frase famosa de la carta de Martí a Mercado: "Conozco al monstruo, porque he vivido en sus entrañas". Un repaso más cuidadoso de los libros de Rubén nos daría muchos testimonios más.

Darío sigue, por supuesto, otras rutas. Algunas excelentes, que Martí no tocó. Mucho más numerosas, sin duda: la gama de sonidos del nicaragüense supera todas las de la poesía española. Pero

en sus mil excursiones poéticas, Rubén llega a veces a parajes menos felices, y por ahí lo siguen los que fabrican el "rubendarismo" con su acento menos valioso.

Recordemos también que Darío rechazó la americanidad en su primera época. En su conocida declaración de **Prosas profanas**, aunque "detesta la vida y el tiempo en que le tocó nacer", admite que "si hay poesía en América está en las cosas viejas, en el indio legendario, y en el inca sensual y fino, y en el gran Moctezuma de la silla de oro". En esto, y en "lo demás es tuyo, demócrata Walt Whitman", hay el rastro del cubano. Se descubren en él esos ingredientes martianos, aunque todavía siga negando a la América democrática y naciente, dramática y dolorosa, a la que tanto cantó Martí. Darío insiste en su negación durante varios años. En su carta del 21 de abril de 1899 a don Miguel de Unamuno, le dice:

Le confesaré, desde luego, que no me creo un escritor americano. Esto lo he demostrado en cierto artículo que me vi forzado a escribir cuando Groussac me honró con una crítica. Mucho menos soy castellano. Yo, ¿lo confesaré con rubor?, pienso en francés; de ahí que mi obra no sea castiza.

Era, desde luego, americano y castizo, pero no quería serlo por entonces. O así lo decía, cuando menos.

De todas maneras, la emoción democrática americana, con sudor de pueblo, que Martí ama desde niño en Lincoln, en Juárez y en su lucha insurgente contra los soldados de España, y que luego vive entre mexicanos lerdistas y señala en Whitman y en la vida agitada del gran hormiguero neoyorquino, tampoco está en Darío. En su primera época aparta a la América republicana, le niega poesía y sueña en "princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos e imposibles", a pesar de la "gota de sangre de África, de indio chorotega o nagrandano", que sospecha en sus venas; y después, aunque defiende a América de la penetración norteamericana, considera a la democracia "funesta a los poetas, así sean sus adoradores como Walt Whitman" y duda y compadece a Colón por haber descubierto el Continente. No es la fe de Martí que conoce y examina las pústulas americanas sin que el dolor lo haga flaquear un solo instante. Y aunque por fortuna Rubén encarna a América en pleno mundonovismo, no llegó a vencer sus vacilaciones.

Esta misma postura afirmativa separa a Martí de lo español momentáneo y de similar, sin matar lo español profundo que había en él. Lo salva de los cantos al rey y a la reina de España, de los elogios de circunstancia que Rubén prodigó. Darío no se destruye, por supuesto, a pesar de estos tropiezos: hacía oro cuando tocaban su genio y su bondad, aun cuando fuera el antro de los traperos. Es suyo el genio poético, el alba de oro. Esto tiene tanta importancia política como literaria; pero en cuanto a lo político, la comparación huelga, porque Darío se consagró sólo a la belleza. Martí se inclina a lo popular, a lo folklórico, y da así un paso hacia adelante que lo liga a la actual poesía española e hispanoamericana. Antes de mencionar los contactos de Martí con lo mejor del Modernismo, y de señalar sus distancias con él, volvamos a oír voces autorizadas. Dice Juan Ramón Jiménez:

Desde que, casi niño, leí unos versos de Martí, no sé ya dónde:

Sueño con claustros de mármol
donde en silencio divino
los héroes, de pie, reposan:
¡de noche, a la luz del alma,
hablo con ellos: de noche!

"Pensé en él". No me dejaba. Lo veía entonces como alguien raro y distinto, no ya de nosotros los españoles, sino de los cubanos, los hispanoamericanos en general. Lo veía más derecho, más acerado, más directo, más fino, más secreto, más nacional y más universal. Ente muy otro que su contemporáneo Julián del Casal (tan cubano, por otra parte, de aquel momento desorientado, lo mal entendido del Modernismo, la pega) cuya obra artificiosa nos trajo también a España Darío, luego Salvador Rueda, y Francisco Villaespesa después. Casal nunca fue de mi gusto. Si Darío era muy francés, de lo decadente, como Casal, el profundo acento indio, español, elemental, de su mejor poesía, tan rica y gallarda, me fascinaba. Yo he sentido y expresado, quizás, un preciosismo interior, visión acaso exquisita y tal vez difícil de un proceso psicológico, "paisaje del corazón", o metafísico, "paisaje del cerebro"; pero nunca me conquistaron las princesas exóticas, los griegos y romanos de medallón, las japerías "caprichosas" ni los hidalgos "edad de oro". El Modernismo, para mí, era novedad diferente, era libertad interior. No, Martí fue otra cosa, y Martí estaba, por esa "otra

cosa", muy cerca de mí. Y, cómo dudarlo, Martí era tan Moderno como los otros Modernistas hispanoamericanos.

Saltemos un trozo ya citado:

El **Castelar** de Darío, por ejemplo, podía haberlo escrito Martí. Sólo que Martí no sintió nunca la atracción que Darío por lo español vistoso, que lo sobrecogía, fuera lo que fuera, sin considerarlo él mucho, como a un niño provinciano absorto. Darío se quedaba en muchos casos fuera del "personaje", rey, obispo, general o académico, deslumbrado por el rito. Martí no se entusiasmó nunca con el aparato externo ni siquiera de la mujer, tanto para Martí (y para Darío, aunque de modo bien distinto). El único arcaísmo de Martí estaba en la palabra, pero con tal de que significara una idea o un sentimiento justos. (Este paralelo entre Martí y Darío no lo hubiera yo sentido sin venir a Cuba). Y no pretendo, cuidado, disminuir en lo más mínimo, con esta justicia a Martí, el Darío grande, que por otros lados, y aun a veces por los mismos, tanto admiro y quiero, y que admiró, quiso y confesó tanto (soy testigo de su palabra hablada) a su Martí. La diferencia, además de residir en lo esencial de las dos existencias, estaba en lo más hondo de las dos experiencias, ya que Martí llevaba dentro una herida española que Darío no había recibido de tan cerca.

Lo que Juan Ramón nos dice es lo que pensarán todos los que estudien y sientan a los dos grandes poetas, pero dicho con las mejores palabras y la autoridad de conocedor, participante y primera figura de la poesía española. En Martí había todo lo bueno del Modernismo, sin su pega; había todo lo bueno de lo español, sin el rendimiento a lo más barato, lo vistoso; había lo elemental, lo indio y lo español, que está también en lo mejor de Darío. Y precisamente en esa parte mejor de Darío había mucho de Martí.

MARTÍ Y LOS MODERNISTAS

Lo martiano de Darío no pasó sino a muy pocos, casi a nadie. En los poetas Modernistas no hay directamente admiración por Martí poeta, ni contacto directo y visible con Martí. Nos parece que el Modernismo, como escuela, subestimó a Martí o lo vio como cosa ajena y distante.

Del **Almanaque mexicano de arte y letras** de 1896, recoge Núñez y Domínguez unas páginas de Nervo, de las que citamos lo esencial:

Es, por lo contrario, tal forma en él, desaliñada, frecuentemente exótico y aun extravagante. Sus procedimientos literarios son poco armoniosos y aun se distinguen, a veces, por su incoherencia, pero bajo tan desordenado atavío, adivinábase siempre una inspiración poderosa que, bien encauzada, hubiera hecho admirar su hermosura y embeleso.

Y un poco más adelante:

Bastóme aquella tarde inolvidable para admirar y querer al patriota a quien hoy acompañan mis memorias en la soledad de su tumba, para presentir todo lo que aquel eximio artista hubiera hecho, si la vida, amante infiel, no le abandona, cuando el otoño de esa vida, próximo ya, prometía frutos de oro y opulento ocaso vetado de púrpura y de gualda.

De **Bajo el sol y frente al mar**, de Urbina, recoge Núñez y Domínguez un artículo, **El día de los héroes cubanos**. Recuerda al orador y al conversador:

Su imaginación de poeta era torrencial, inagotable. A cada momento brincaba el tropo, culebreaba el símil, se abría, como una flor, la metáfora. Era el suyo un estilo peculiar sobrecargado de color y de luz... amaba infinitamente la belleza y poseía el don magno de saber analizarla y comprenderla.

A la hora de su muerte, **El Partido Liberal** publicó en un artículo estas frases que Núñez y Domínguez cree juiciosamente son de don Justo Sierra:

Martí era un hombre de mucha imaginación, de gran talento, de instrucción vastísima. Su bagaje literario era rico, y si en vez de consagrar su vida a la conspiración, se hubiese dedicado a cultivar sus altas dotes para las letras, de seguro figuraría hoy en primera línea entre las notabilidades de la América española.

En **El Mundo**, que después fue **El Mundo Ilustrado**, encuentra Núñez y Domínguez unas letras que supone de Nervo, suposición

que no queremos compartir. Se escribieron como comentario a su muerte: "No juzgamos la razón y la justicia de su causa", dice alguien que ojalá no haya sido Nervo. Lo demás son, naturalmente, amargas apreciaciones envueltas en concesiones ante la muerte.

Y "Petit-Bleu", Carlos Díaz Dufoo, que era su amigo, dijo en su sección **Azul pálido** de la **Revista azul**:

¡Oh poeta! Ya la estrofa vibrante, la incisiva, la punzante, no romperá el satinado estuche: mudo estás y triste, y tu alma, golondrina de más altos espacios, no vendrá a tejer sus sutiles guirnaldas armoniosas con la alada palabra.

Ahora descansa el viajero errante, el paladín de la idea, el trovador del ensueño.

Los Modernistas de México recuerdan, pues, con amor y admiración al hombre de bien, al patriota, al orador. Al poeta, sólo con tristeza, porque no dio lo que hubiera podido dar si se entrega a las letras. Si en realidad es de Nervo el párrafo de **El Mundo**, puede decirse que un Modernista de calidad lo recuerda con positivo desdén. De todos modos, en el grupo de los Modernistas de México no tuvo la aceptación que entre los precursores Gutiérrez Nájera y Díaz Mirón.

Sabemos, a través de Félix Lizaso y de José Antonio Fernández de Castro, que "Lugones, en 1897, en el **Himno de las torres**, lo pone [a Martí] entre sus más grandes sombras heroicas". Lizaso cita en otra parte una carta del escritor colombiano Lucio Pavón Núñez, en la que le informa: "Guillermo Valencia me ha dicho que en discursos pronunciados en el Senado de Colombia en 1896, algo dijo sobre Martí y Maceo", A juzgar por estas noticias, el poeta argentino y, sobre todo, el colombiano, se refirieron más al héroe que al escritor. De cualquier modo, es poco; y ¿qué supieron o dijeron de él, aparte del ensayo de Blanco Fombona, los demás poetas Modernistas? ¿Qué Herrera Reissig, Chocano, Jaime Freyre? No cabe duda de que su obra sufrió por años un eclipse casi total.

MÁS QUE PRECURSOR

Martí, pues, se borra de la escena poética, cuando menos en lo visible. Por esto se le llama sólo precursor. El precursor apunta y muere: él apunta y muere para los Modernistas, para casi todos los

que hacen familia y escuela durante varios años brillantes. Pero ¿esto es definitivo?, ¿es definitiva esta calificación de escuela temporal, por grande y valioso que sea el Modernismo?

En 1913, Darío lo reconoce poeta y lo considera, de paso, su antecesor. Unamuno, apenas lo descubre lo ensalza en varios artículos y cartas, y recibe su huella. En la carta que dirigió de Hendaia a Artemio Precioso, la reconoce:

Pienso en Martí, que tanto me ha enseñado a sentir, más que a pensar".

Aquí hemos citado ya su artículo sobre **Versos libres**, de 1915. En 1930, Gabriela Mistral apunta que es el maestro americano más ostensible en su obra, y en 1938 exalta la eternidad de los **Versos sencillos**. En 1940 (no sabemos la fecha en que escribió el artículo sobre Martí, y sólo damos la del libro citado) Juan Ramón Jiménez señala sus huellas en Darío, en Unamuno y en él mismo.

¿Es Martí sólo un precursor? "Hijo" llamó al director de orquesta del Modernismo, y éste no calló la palabra filiadora: la repitió con satisfacción. Dos de los tres poetas más grandes de la España mejor le guardan admiración y sienten su huella. ¿Y el otro grande, Antonio Machado? No tenemos dato ninguno; pero nos arriesgaríamos a decir que también. Cuando Darío lo define diciendo que "era pastor de mil leones –y de corderos a la vez", nos parece que habla de José Martí. Él que dijo: "soy, en el buen sentido de la palabra, bueno", y tantas otras cosas puras y firmes, ¿nada tenía que ver con José Martí? Como espíritu –tierno y entero, dulce y valiente– es, de nuestros días, el que más se le parece. Y en América un alma femenina tan cercana a Martí, para nosotros con altura también de montaña ardiente y serena, vibra como él.

En dos páginas cuajadas de atisbos extraordinarios, dijo Federico de Onís, en 1934:

Su poesía no es inferior a su prosa. La sencillez y libertad a que aspiró su poesía consistió en dar lo más puro, elevado y complejo de sí mismo, en supremo esfuerzo y originalidad. Por eso su poesía, al parecer tan tradicionalista, tiene muy poco que ver con la retórica de su tiempo, y su originalidad innovadora tampoco basta para encasillarle entre los precursores del Modernismo. El

espíritu de Martí no es de época ni de escuela: su temperamento es romántico, lleno de fe en los ideales humanos del siglo XIX, sin sombra de pesimismo ni decadencia; pero su arte arraiga de modo muy suyo en lo mejor del espíritu español, lo clásico y lo popular, y en su amplia cultura moderna donde entra por mucho lo inglés y lo norteamericano; Su modernidad apuntaba más lejos que la de los modernistas, y hoy es más válida y patente que entonces.

¿Cuánto queda de la pega del Modernismo, de las japonerías y las princesas de que se ríe Juan Ramón, y del decadentismo y el pesimismo? Y el entendimiento de Martí por la mejor poesía y la aguda crítica ¿no coincide con la vuelta al "folklore", a lo popular que él amó junto a lo clásico? "Su Modernidad apuntaba más lejos que la de los Modernistas –cree Onís– y es más válida y patente que entonces". ¿No lo está siendo más cada día? Martí no es sólo un precursor, que brilla y se va. Es el libertador del prosaísmo y la academia. Es el punto de partida más visible de una gran revolución literaria. Como estuvo y está en el corazón de lo mejor del Modernismo sin escuelas que pudo conocerlo –Darío, Unamuno, Juan Ramón, Gabriela Mistral– lo está en el de toda verdadera poesía, sobrepasando modas y derrotando cenáculos.

MARTÍ ESCRITOR

por Agustín Cué Cánovas

(Conferencia pronunciada por su autor en el Salón de Actos, del Colegio de San Nicolás de la Universidad de Michoacán, el día 9 de febrero de 1953 en el Ciclo Conmemorativo del Primer Centenario del Natalicio de José Martí).

I

No es este un ensayo de crítica literaria. Después del libro **Martí escritor** de Andrés Iduarte, ¿qué más podría decirse sobre la obra del gran cubano? Pero es mi fervor martiano y un indeclinable afán de servir lo que me induce a comparecer ante ustedes para expresar algunas opiniones producto de mis lecturas y aun de mis reflexiones personales en torno a la obra de Martí como escritor. No avezado en achaques de crítica literaria, mas deseoso de colaborar con el **Comité del Primer Centenario del Natalicio de José Martí**, en el estudio que presento a la benevolencia del público se pretenden examinar las características de José Martí como prosista, su ascendencia literaria, los ingredientes de su estilo, sus temas, su doctrina, los géneros que cultivó y, finalmente, un intento de valoración de su obra escrita. Pero advierto que en el culto a Martí, yo soy uno de "los pinos nuevos".

Al gran escritor cubano más que a ningún otro puede aplicarse la justa expresión de que: "el estilo es el hombre". Para aquel que ha estudiado a Martí, aunque haya leído poco de él, es fácil descubrir en una página, en un párrafo, en una oración, su procedencia martiana. Porque el estilo del escritor cubano fue inconfundible. Supo colocar las palabras y construir su pensamiento escrito, no como los demás, sino con acento propio, con sentido peculiar y único. Sin pretenderlo, prefiriendo al oficio del escritor el de hombre, Martí llegó a alcanzar la calidad fundamental del escritor más original y completo de Hispanoamérica. No hay autor o crítico capaz de negarle su carácter de escritor vigoroso, singular, de recia personalidad y de gran originalidad e independencia. No formó parte de escuelas ni capillas literarias. En el comentario de su traducción de **Mes Fils**, de Víctor Hugo, en 1875, hubo de escribir: "En las estrecheces de una

escuela yo no vivo, **Ser es más que existir**". Comprendía desde entonces la necesidad de crear y expresar, para todos, con plena autenticidad, su propio mensaje.

Para nosotros es, por antonomasia, un escritor "esencial". Toda palabra surgida de sus labios o de su pluma, tenía substancia literaria y humana. Pudo ser gran escritor porque, poseyendo la esencia, contó también con el medio de expresión.

Tono y maestría son las características fundamentales de su prosa, como dice Marinello. pero debe insistirse en que fue un escritor sin filiación. No es posible clasificarlo dentro de corriente literaria alguna. Su tono y su maestría fueron tan propios que no tienen descendencia, y aquellos que pretenden ser discípulos de él como escritor, no hacen sino incurrir en fraudes literarios cuya pena es el ridículo.

Y es porque en Martí las ideas, sentidas profundamente, encontraban su cauce y su modo natural de expresión. Por eso, el estudio de Martí como escritor es el sendero más directo para conocerlo en su intimidad espiritual y humana, en sus vivencias más hondas.

Mas su originalidad como escritor no significa que Martí no tenga ascendencia literaria. No existe un "Adán literario" según la feliz expresión de Gabriela Mistral. El poeta de **Prosas profanas** fue uno de los primeros en advertir las influencias en la prosa martiana cuando expresó:

Escribía una prosa profunda, llena de vitalidad y de color, de plasticidad y de música. **Se transparentaba el cultivo de los clásicos españoles y el conocimiento de todas las literaturas antiguas y modernas;** y, sobre todo, el espíritu de un alto y maravilloso poeta.

Martí que fue escritor por vocación y noble ejercicio espiritual, fue hombre de profusa y extensa lectura. En su obra se manifiesta más que la influencia, la marca de los autores clásicos españoles. Bebió en ellos pero, espíritu peculiar y creador por excelencia, supo asimilar, es decir, convertir en sangre y aliento propios, la prosa de los grandes autores de la lengua española de los que no fue un imitador pues, después de lectura infatigable y apasionada pudo escribir, como él mismo lo dijo "con su propio modo de ver y

lenguaje" con su substancia propia. Así, la tónica de su prosa fue la sinceridad porque fue una naturaleza labrada para la obra creadora.

En España hizo su formación literaria. Sus estudios de leyes en ésta, sólo los realizó con la idea de poder auxiliar a sus familiares pobres y necesitados. En cambio, su aprendizaje literario lo llevó al cabo con aliento y decisión vigorosa, como inspirado por un alto propósito y una misión que juzgaba acaso la más trascendente de su futuro destino. Amó con vehemencia sus estudios de filosofía y letras y para poder leer hubo de ofrecer a un editor español "artículos de buena voluntad por libros de buena ciencia" es decir, como él mismo dijo: "trabajo ofrecido en cambio de bases de trabajo". En España, particularmente en Zaragoza, fue donde se afirmó su vocación literaria.

Porque llegó a dominar el estudio de los clásicos castellanos y a poseer extensa y amplia cultura, debe leerse despacio para gustarlo y entenderlo.

II

Los libros fueron su pasión y su fe; su noble artesanía de escritor el oficio más estimado aunque en ocasiones y sólo por las urgencias de vivir cotidiano fuera también escribiente, maestro y abogado. Comprendía claramente que era necesario hacer primero la revolución en las conciencias con impactos de ideas, para llevarla después al campo de la acción porque sabía que "las guerras van sobre caminos de papel". Pero no pudo satisfacer, como hubiera querido, su ansia de libros. Así lo confesó en su testamento literario, la carta escrita en vísperas de su muerte a su amado discípulo y amigo Gonzalo de Quesada, al hablar de sus libros que habían sido su vicio y su lujo sin haber tenido jamás los que deseó ni haberse creído con derecho a comprar los que no necesitaba para la faena. Y de sus libros, los más queridos siempre fueron los libros sobre América.

Sin embargo, al hablar de la ascendencia literaria de Martí es fuerza, antes de ir hacia los clásicos castellanos, referirnos a la obra y al pensamiento de un maestro: **Rafael María Mendive**. La huella de éste ha sido advertida claramente en las primeras páginas escritas por Martí, particularmente en **El presidio político en Cuba**. Su contacto constante con Mendive, su amable labor de amanuense

del maestro admirado, su interés por oír la conversación de éste cuyas palabras recogía con unción fervorosa, fueron el primer estímulo a su formación de escritor. A la par del maestro, Martí escribía: cuando Mendive traducía un libro de Moore, el discípulo preferido se ocupaba en verter el **Hamlet** al español, tarea que nunca habría de cumplir. Bajo la inspiración del maestro, Martí creció en la devoción de los grandes escritores cubanos y en el culto de las letras.

Pero fue, después de su primer exilio en España, cuando volvió lleno de conocimientos y de experiencias. Su comunión plena y ardiente con los grandes autores castellanos del Siglo de Oro, contribuyó grandemente a acendrar su vocación literaria.

Los estudiosos de Martí han señalado en su prosa la huella de tres clásicos españoles: Gracián, Quevedo y Santa Teresa. Con Gracián lo une el afán de encontrar el modo de expresión más perfecto. Pero los separa el fruto y el propósito. Gracián es dominado por la palabra. Martí, en cambio, es un vencedor de ella y logra someterla a sí mismo, subordinarla a su deseo de decir. Gracián escribía para los de mucho entender, Martí para los hombres del pueblo aunque a veces lo que escribe no resulta completamente accesible a ellos.

Más afinidades se encuentran en la prosa de Martí con la de Quevedo por el tono sentencioso y la adjetivación, por la intención política y la preocupación pedagógica, por la expresión conceptista también. El cubano mismo confiesa con sinceridad la marca de **Quevedo** en su prosa cuando dice:

Ahondó tanto en lo que venía, que los que hoy vivimos, con su lengua hablamos,

llegando a compararlo con Cervantes. Se identifican también en la riqueza del lenguaje, en la capacidad de síntesis y en el sentido de observación de los sucesos de su tiempo. Mas se distinguen profundamente en el aliento amargo y sarcástico del español frente a la emoción optimista y creadora del cubano.

Es menos constante la huella de Teresa de Cepeda en Martí. Como aquélla, éste gustó de emplear sustantivos arcaicos variando, en cada asunto, el modo de expresarlo. En momentos, la exaltación mística domina la prosa del cubano. Pero al contrario de la Santa de

Ávila, Martí no vive en permanente estado místico. Sin embargo, **hay en ambos un ansia de dolor, un placer de sufrir que llega hasta el querer de la muerte**, a través del camino del sacrificio. Mas, los separa nuevamente el propósito porque en la Santa, la muerte es la identificación con la divinidad y en Martí la sublimación de la vida. Los une otra vez el sentido de intimidad, lo confidencial, en ambos de indudable raíz mística.

Por la naturalidad de la expresión y la gracia de los giros debe vincularse con Cervantes y Mariana. Saavedra Fajardo fue de sus lecturas y esto se aprecia en la tendencia moralizadora y en el calor de la expresión, características de la prosa martiana. Con Luis de León debe compararse por el cuidado con que escogía las palabras y por el arte de colocarlas, y con Luis de Granada por el uso constante y reiterado del hipérbaton, quizá el ingrediente más típico de la prosa de Martí, figura de construcción que empleó mucho, en busca de la expresión elegante y agradable.

No fue culterano porque no fue rebuscado y excesivo sino un escritor pleno de sinceridad, y porque no escribió para minorías.

A su conocimiento general de la literatura española debe agregarse su estudio de autores griegos y latinos entre los que Homero fue uno de sus ídolos. Su dominio del inglés y del francés le permitió conocer principalmente a los autores franceses, ingleses y norteamericanos de su época. Pero como afirma Iduarte, su cultura era, sobre todo literaria y medularmente española, con alguna base clásica, y con sucesivos y buenos aportes de lo francés, lo norteamericano e inglés y, probablemente, de lo alemán, además de otros contactos circunstanciales con las principales lenguas y literaturas modernas. A sus lecturas literarias e históricas debe agregarse las que hizo sobre disciplinas económicas, sociológicas, jurídicas y filosóficas. Supo asimilar armoniosa y sabiamente lo antiguo y lo moderno, para decirlo con sus propias palabras en su ensayo sobre Cecilio Acosta, en éste como en Martí "no riñeron la odre clásica y el mosto nuevo; sino que para hacer mejor el vino, lo echó a bullir con la sustancia de la vieja cepa".

III

El estilo de Martí está lleno de esencias y de precisión; lo animó siempre la preocupación generosa de presentar al lector la idea tersa

y plena de luz; tuvo el afán del color y por ello empleó la adjetivación de los clásicos españoles con una belleza y una exactitud que maravillan. Supo embellecer la historia y la narración y fue abundante en conceptos pero no por afán de presunción sino por propósito de exponer ideas vertidas con emoción y claridad. Su prosa resulta deslumbrante y sus términos de comparación, a los que fue singularmente afecto, son de una esplendidez incomparable. Se ha reconocido por muchos que su adjetivación es de lo más rica y armoniosa de la lengua hispana. Empleó con frecuencia el adverbio al iniciar un período y su verbo fue preciso porque, invitar a la acción era el desideratum de su prosa magnífica. La palabra fue esclava fiel de su pensamiento. Pensar y decir fue en él una sola cosa. Por eso, es uno de los más grandes escritores de nuestra lengua.

Aforístico y preciso por su gran capacidad de generalización, hizo uso frecuente de la elipsis sin que ésta impidiera que fuera claro el sentido de su pensamiento. Dominador de la lengua, empleó la silepsis con gracia y encanto que maravillan. Fue abundante pero no excesivo y, con fuerza idiomática singularísima, pudo escribir largos períodos en los que después de sucesivas enumeraciones, en breve y admirable expresión arribaba triunfalmente a la conclusión definitiva. Color y calor son los distintivos de su prosa.

"De honda raíz ha de venir, y a gran espacio ha de tender toda obra de la mente" escribió, proclamando un evangelio que él mismo sintetizó en dos palabras: raíz y ala. De la vida misma hizo surgir los elementos de su creación porque su método era, él mismo lo dijo: "poner los ojos limpios de prejuicios en todos los campos y el oído a los diversos vientos, y luego de bien henchido el juicio de pareceres distintos, dejarlos hervir, y dar de sí la esencia". Al hablar del estilo, estableció una doctrina literaria de plena y universal vigencia: "El escritor ha de pintar, como el pintor". Pero escribía y hablaba, desde las páginas inolvidables impregnadas de dolor y de misticismo y sembradas de parábolas, admoniciones e invocaciones angustiadas de **El presidio político en Cuba** hasta sus últimas arengas libertarias al desembarcar en el suelo de Cuba en 1895 y su postrera epístola a Manuel Mercado la víspera de su muerte gloriosa, con palabras que brotaban del alma de un ser predestinado a la lucha por la libertad, como lo fue él. Como Anfión, al conjuro de su palabra hablada o escrita, se fueron formando los muros de la Patria.

No fue un improvisador. Sus pensamientos eran elaborados hasta adquirir madurez y cuando los expresaba en forma escrita, adquirían ya su modo correcto y justo. A pesar de haber dicho "cuando [se] escribe con la espada en la historia, no hay tiempo ni voluntad para escribir con la pluma en el papel", escribió mucho en el papel y en la historia. En cada una de sus palabras iba envuelto un acto. "Todo anda y se transforma", dijo, expresando un sentido dinámico de la historia y de la vida.

Sus temas principales fueron: Cuba, España, México, Hispanoamérica y los Estados Unidos. Su amor por Cuba, raíz y razón de su existencia y de su obra, tuvo un sentido de universalidad porque pensaba que la Patria es aquella parte de la humanidad que vemos más cerca. El elemento fundamental de ese amor, como han notado Manach e Iduarte, es la nostalgia. Con los ojos doloridos del desterrado contempló durante más de la mitad de su vida, con claridad angustiada, la Isla siempre amada.

Amó también a España, no la de los conquistadores y de los monarcas vestidos de negro, sino a la España del dulce Fray Bartolomé de los indios y del alcalde de Móstoles, a la España buena. Escribió:

Por española no hemos de querer mal a Santa Teresa que fue quien dijo que el diablo era el que no sabía amar.

En México descubrió a América y sus ideas se ensancharon para salir de Cuba y adquirir trascendencia continental, en un cuadro de perspectivas de ilimitada extensión y grandeza. En México concibió la realidad futura de una América nueva, aquella que había de empezar a andar, cuando andaran sus indios.

Después en Guatemala y Venezuela redondeó y completó su visión americana y cuando escribió su ensayo sobre Cecilio Acosta el prócer venezolano, su estilo de escritor logró el momento culminante de su esplendor y de su belleza. Desde entonces sabía ya de la necesidad de defender y acendrar los valores espirituales de nuestra América aunque tuviera que irse contra la imitación de lo europeo porque pensaba que:

El vino, de plátano; y si sale agrio, es nuestro vino.

Porque nuestros países se salvarán, creando. Crear fue el signo de su obra de escritor y de hombre, y fue el mensaje que lanzó con ardor y optimismo a los ámbitos de América. Porque es absurdo ser propio, y querer ser ajeno.

En Norteamérica vivió casi por tres lustros, mas siguió siendo siempre un hispanoamericano. Amó a la patria de Lincoln pero temió a la patria de Cutting. Admiró a Emerson y Whitman pero sufrió por los negros y tembló ante la nación que comenzaba a mirar como privilegio suyo la libertad, aspiración universal y perenne del hombre, y a invocarla para privar a otros pueblos de ella. Y supo expresar con frase lapidaria y exacta:

Los pueblos de América son más libres y prósperos a medida que más se apartan de los Estados Unidos.

IV

Martí cultivó diversos y variados géneros literarios: la poesía, artículos y ensayos periodísticos, cartas y diarios, documentos políticos, teatro, novela, cuento, traducciones, informes económicos, apuntes íntimos y crítica de arte.

Su poesía, de la que hablará alguien más capaz, fruto de una profunda revelación humana, no está sólo en sus versos sino también en su prosa ardiente y vigorosa y, por encima de todo, en su vida y en la gloria de su muerte dolorosa y fecunda.

Sus ensayos sobre hombres de América reviven con fuego heroico, acciones y sucesos, evocados apasionada y devotamente. Al leerlos, se reaniman ante nuestros ojos los momentos cruciales de la historia americana. En sus páginas, el culto a nuestros héroes tuvo siempre un sentido actual porque, como decía, su mensaje tiene aún vigencia pues al haber consagrado su vida a la defensa de una gran verdad, tienen qué hacer en América todavía. Su producción de artículos y de ensayos representa aproximadamente las cuatro quintas partes de su obra impresa. No había cumplido dieciséis años cuando escribió su primer artículo periodístico. Poco después, en España, publica su primer ensayo político-literario. A partir de entonces su colaboración en periódicos de diversos países, fue copiosa y constante.

Son sus cartas y diarios los que revelan mejor la intimidad de Martí. En sus cartas escribía con el alma a flor de labios pero con el miedo "de caer en la tentación de poner en palabras cosas que no caben en ellas". La literatura epistolar comprende una gran parte de su obra. En este género, nadie ha sido más sincero al confesar sus pensamientos, que José Martí. Con tacto incomparable solicita lo que desea y con delicadeza admirable insiste en pedir lo que se le niega. Cada línea de sus cartas es un ejemplo de cordialidad y de ternura. De ellas destilan bondad y encanto. En ellas, muchas escritas con prisa porque el tiempo apremiaba, los temas más sencillos y vulgares se elevaban hasta alcanzar cimas insospechadas. En las cartas se manifiesta singularmente emotivo y vehemente. Más que pedir, ofrece en ellas. Pero cuando pide, nunca lo hace para él sino para otros, y sobre todo para Cuba. El pensamiento de su Patria palpita en muchas de sus cartas con acento que muy pocos escritores han podido alcanzar. La mayor parte de ellas son un canto a la amistad. Es en sus cartas donde se recorta su silueta con nitidez que maravilla, sobre un fondo de cordialidad y emoción pero animada por un sentido de equilibrio que trasciende de ellas para producir una verdadera obra de creación no inferior, en cuanto al estilo, a sus discursos y ensayos.

En los documentos políticos se advierte su preocupación por la claridad y la concreción del pensamiento. Con respecto al teatro, fue grande su afición pero no llegó a alcanzar la calidad de dramaturgo notable. De novela escribió poco y sin entusiasmo. Sus cuentos fueron escritos con inspiración y ternura porque eran escritos para los niños. Para ganar dinero realizó traducciones de obras famosas pero de aquellas la que más quería era la del **Lallah Rookh** de Tomás Moore, que quedó inédita. En sus informes económicos trató de comercio, agricultura, ganadería y moneda. Sus apuntes íntimos contenían planes sobre libros. Pero uno de los aspectos más valiosos de su obra literaria fue su crítica de arte, que le permitió ejercitar su gusto y su criterio estético, particularmente sobre pintura, respecto a la cual siempre emitió juicios originales y certeros. Como crítico de arte, Martí perteneció a la gran tradición occidental del arte monumental sin dejar por ello de comprender el arte nuevo de su tiempo del que pensó llegaría a ser un arte propio y grandioso. Importante fue su producción como crítico literario y como tal, nunca produjo elogios excesivos pero tampoco fue mezquino en ellos aunque lo que

le parecía imperfecto lo señalaba con discreción y sin ánimo de provocar disgusto. Como se censurara su benevolencia de crítico, hubo de replicar: "Yo no pinto los hombres que son: pinto los hombres que debieran ser". Su doctrina como crítico se inspiró siempre en el interés de censurar las ideas esenciales con alteza de miras, e imparcialidad y serenidad de juicio, para beneficio y prez del arte y de las letras.

No escribió palabra que no tuviera una idea pura y la misma ansiedad y el mismo deseo de hacer el bien. Servir fue su manera de escribir y de hablar porque sabía que

la única gloria verdadera del hombre... estaría en la suma de servicios que hubiese, por sobre su propia persona, prestado a los demás.

Pensaba que la literatura debía inculcar en el espíritu de los hombres una convicción arraigada de la justicia y de la belleza definitivas. Por eso, no puso su pluma y su voz al servicio de la tiranía y del caudillismo, con lo que hubiera podido alcanzar poder y riqueza, pero prefirió la lucha por la justicia y por la libertad porque, "traía la estrella y la paloma en el corazón".

Su credo artístico es proclama ardiente de originalidad creadora:

El arte, como la literatura, ni se improvisa ni se trasplanta; ni, trasplantado da buen fruto. Para ser poderoso ha de ser genuino. En pintura, como en letras, sólo perdura lo directo. El arte ha de madurar en el árbol, como la fruta.

No admitía que la creación artística fuera ajena a la realidad de los tiempos y de los hombres:

Cada estado social, trae su expresión a la literatura, de tal modo, que por las diversas facetas de ella pudiera contarse la historia de los pueblos, con más verdad que por sus crónicas y décadas.

Para él, la cultura humana, obra impersonal, no podía ser disfrutada como un privilegio:

Asístese como a una descentralización de la inteligencia. El genio va pasando de individual a colectivo. El hombre pierde en beneficio de los hombres. Se dilúen, se expanden las cualidades de los privilegiados a la masa.

Como prosista, jugó siempre con las palabras y éstas siguen vertiendo simiente generosa sobre la tierra de América porque surgieron, más que de su conciencia, del dolor profundo de su pueblo y de su suelo como una voz telúrica que nadie pudo apagar. Porque todo lo que escribió estaba inspirado por el afán de una renovación de su Patria y de América por el amor, por el trabajo y por la justicia social.

José Martí es un ejemplo de que la grandeza del escritor y la trascendencia de su mensaje alcanza verdadera latitud cuando se identifica con las ansias de su pueblo y las inquietudes de su tiempo.

Como escribió de Bolívar en uno de sus más hermosos ensayos, él vivió también entre llamas y llevaba una llama en el corazón que era la única fuerza que animaba su cuerpo desmedrado y enfermo.

De las páginas que escribió sobre Cuba, ninguna le pareció digna de ella; "sólo lo que vamos a hacer me parece digno" agregaba en vísperas de iniciar la lucha por la emancipación de la Isla, la tierra cálida y generosa que hunde su cuerpo en el mar para que el mar devuelva la luz y la sonoridad hecha música y color en la prosa de José Martí.

Predicó con la letra, con la palabra y con la acción. Fue un espíritu hecho para la belleza, un brazo vigoroso nacido para las tareas del honor y del valor y fue también una conciencia animada por el afán de la libertad y armada por la fuerza del derecho. Fugitivo de sí mismo, estuvo inspirado siempre por un anhelo inextinguible: servir. Para él, pensar fue servir.

Su inteligencia clara sigue al servicio de su pueblo y de América. Como poeta y como prosista fue el precursor de una revolución literaria: el Modernismo, revolución que inició sin proponérselo. Su prosa es una de las más maravillosas y personales de nuestra lengua.

Autenticidad, sinceridad y belleza fueron sus tres virtudes cardinales como escritor. Supo mirar hacia atrás para seguir hacia

adelante. Luchó denodada y febrilmente por la independencia política de su país y por la emancipación literaria de América. No fue sólo un precursor. "Es —escribió Iduarte— el libertador del prosaísmo y de la academia".

Su mejor página fue escrita con su muerte porque sabía con Nietzsche, que quien escribe con sangre, aprenderá que la sangre es espíritu. Para su entierro Rubén Darío pedía, como en los bajorrelieves "flautistas que hiciesen lamentarse a sus melodiosas dobles flautas" y para darle la despedida

su propia lengua, su órgano prodigioso, lleno de innumerables registros, sus potentes coros verbales, sus trompas de oro, sus cuerdas quejosas, sus oboes sollozantes, sus flautas, sus tímpanos, sus liras, sus sistros.

No sólo igualó el pensamiento con su vida sino también con su muerte. Pero su muerte no es verdad porque cumplió bien la obra de la vida. Al honrarlo en el primer centenario de su natalicio, nos honramos a nosotros mismos porque rendimos homenaje a uno de los grandes de la especie humana. Y recordando su vida, su pensamiento y su obra repetimos con él:

¡Qué inmenso es un hombre cuando sabe serlo!

MARTÍ COMO MAESTRO

por **Rubén Landa**

Se cumple ahora el primer centenario del nacimiento de Martí. En recuerdo del mucho bien que hizo detengámonos a pensar en su vida y sus escritos. Le necesitamos: en esta hora difícil Martí puede ayudarnos. Personas eminentes se han dado cuenta de su valor excepcional. Sin embargo, fuera de Cuba, el gran público, incluso numerosos intelectuales, sabe poco de Martí. Es menos conocido que Bolívar, Juárez y Lincoln, por ejemplo, y no es menos grande que ellos. Es difícil hallar una personalidad que sobresalga en tantas aptitudes diferentes. Aun si examinamos su vida y sus obras con espíritu crítico ¿sería posible negar que fue un poeta, y que su prosa es bellísima, que fue orador, político, periodista, hombre de moral exigente y un héroe? ¿Que su vida de familia como hijo, hermano, esposo y padre es de enorme interés? Como amigo ¿no parece insuperable? Tenía una sensibilidad delicadísima de artista, y era pensador de inteligencia clara, de ideas precisas, de lógica muy sólida. Era trabajador formidable. Y un idealista, y a la vez observador perspicaz de la realidad, hombre práctico, eficiente, capaz de crear una vida nueva, no sólo de soñarla. Era soñador, soñador de bellos sueños, pero no un iluso. ¿Fue también un maestro? Ejerció esta profesión repetidamente. Ya en España, siendo alumno de la Universidad y menor de veinte años, dio clases particulares. Cuando decide casarse, la enseñanza es el trabajo que elige, y va a Guatemala como profesor de Filosofía y Literatura. Pocos meses después sale de allí, precisamente por el alto concepto que tiene de lo que es la dignidad del maestro. Vuelve a Cuba, en donde enseñar es uno de los trabajos que emprende. Desterrado a España, escapa a los Estados Unidos. Al fin acepta un puesto de profesor en Venezuela, y pronto se repite el caso de Guatemala. Regresa a Norteamérica, y en Nueva York, durante algunos años, enseña lengua española en clases nocturnas. De maestro es también su trabajo como redactor único de la revista para niños **La edad de oro** y su proyecto de publicar una serie de libros de educación. Suyo es el texto conocido por el **Mantilla**. (Magdaleno. Pág. XXXIV).

Estos son hechos escuetos, lo externo; mas, si miramos hacia dentro, se confirma que no fue maestro ocasional, sino por vocación y con toda su alma. Maestro es lo que Martí quería ser. Cuando pudo elegir, ese trabajo prefirió. Alguna vez escribió que su ideal sería vivir en México dedicado a enseñar a los indios. De una carta a Mercado:

Por ahí [por Morelia] me ha de buscar usted una escuela de indios dentro de unos cuantos años. Con las frutas, con el silencio, con la gente natural y con las flores.

Y en 1887, el escaso desahogo económico conseguido mediante su trabajo, dice en carta a Mercado

me permitió pensar con más libertad en lo que podría hacer con mis libros, que son mi deseo... serme oficio gratísimo, publicar libros... favoreciendo con la venta de libros amenos la de los de educación, hasta que pueda desenvolver sin imprudencia los planes que casi desde mi niñez he venido meditando... y en materia como ésa son naturalmente vastos.

De otras cartas a Mercado:

Trabajo tenazmente en mi proyecto de libros, en que cada día tengo más fe... y ésta es la base de mi empresa editorial, que preparo tenazmente, y de la que, cuando ascienda a mi plan de libros de educación, hemos de hablar muy largo. (**Cartas a Manuel A. Mercado**, 188, 151 y 170).

En carta a Gonzalo Quesada, su **Testamento literario**, escribe:

Si no vuelvo [es decir, si muere en la guerra], y usted insiste en poner juntos mis papeles, hágame los tomos como pensábamos: VI.– Letras, Educación y pintura... material hallará en las fuentes que le digo para otros volúmenes: el IV podría doblarlo y el VI. (Editorial Lex. Vol. I, 3–4).

Iduarte dice que a Martí "Enseñar le satisfacía más" [que escribir]. (Iduarte, Andrés. **Martí escritor**. 294).

En circunstancias normales se hubiese dedicado a enseñar de manera permanente. En realidad siempre fue maestro. Ya en sus primeros escritos aparece su afán docente (en **Abdala y El presidio político en Cuba**). También es educador como periodista, orador, político, amigo y organizador de un ejército. Por supuesto, siempre hubiese sido también poeta; lo fue en sus discursos, artículos y cartas. En su obra de educador puso intensidad, entusiasmo, esfuerzo máximo, hasta sacrificio. Por notas suyas, vemos que preparaba cuidadosamente sus clases. Que era buen maestro aún se ve mejor por los resultados. Dice en cartas a Mercado, hablando de sus clases en Guatemala, ya convencido de que era incompatible con la dictadura allí establecida:

Es verdad que había una disconformidad absoluta entre su brutal modo de ser [de los dirigentes de Guatemala] y mi alma libre... con un poco de luz en la frente no se puede vivir donde mandan tiranos.

Él no se somete a

viciar el alma y pervertir el carácter en la innoble corte hecha a un hombre torpe y brusco... se revelan mis pobres discípulos (ahora con otro profesor), abandonan las clases que yo les daba; se niegan en algunas a aprender de otra voz que la mía... aquí... me he quedado siendo catedrático platónico de Historia de la Filosofía, con alumnos a quienes no se permite la entrada a clase; y sin sueldo... doy gratuitamente una clase de Filosofía: el mejor sueldo es la gratitud de mis discípulos. Hubo reformas económicas y creyendo ellos [los alumnos] que mis clases serían víctima de las economías, anunciaron que saldrían en masa del colegio donde les educa el Gobierno. (**Cartas a Manuel A. Mercado**, 50, 51 y 49).

En Nueva York Martí fue profesor de castellano en una escuela nocturna. En el capítulo XII de su **Vida de Martí** dice R. Esténger:

Los discípulos... sentían afectuosa deferencia por Martí... consta el método de Martí como profesor de aquel colegio. Hacía que el estudiante se interesara por el idioma y le enseñaba gramática sin parecer que la enseñaba... uno de sus discípulos, el norteamericano Víctor H. Paltsits... muchos años después, trazó una página...

que revive aquellas noches escolares... y recordaba aquel severo perfil y aquellos ojos brillantes que infundían respeto al mismo mister White [hombre de mal genio, director temido de la escuela]. En ella tuvo Martí una discípula norteamericana que le rindió homenaje después de muerto. Miss Cecil Charles tradujo algunos versos de Martí, publicándolos en volumen con el título de **Tuya**.

Por defender la libertad de cátedra sacrificó varias veces el bienestar económico suyo y de su familia. Primero en Guatemala, como ya hemos visto. Lo mismo le sucede en Venezuela. El caudillo que entonces dominaba el país, era contrario al gran venezolano Cecilio Acosta. Sin embargo, al morir éste, Martí, con valor cívico que en él es constante, le dedica un hermoso artículo en su **Revista Venezolana**. A consecuencia de ello sale de la patria de Bolívar y regresa a Nueva York. (Sobre su renuncia como corresponsal de **La Opinión Nacional**, de Caracas, véase: Iduarte, pág. 170). Por idénticos motivos desiste de continuar haciendo la revista para niños **La edad de oro**. Lo cuenta a su amigo Mercado:

Le quiero escribir con sosiego sobre mí y sobre **La edad de oro**, que ha salido de mis manos –a pesar del amor con que la comencé, porque, por creencia o por miedo de comercio, quería el editor que yo hablase del "temor de Dios", y que el nombre de Dios, y no la tolerancia y el espíritu divino, estuvieran en todos los artículos e historias. ¿Qué se ha de fundar así, en tierras tan trabajadas por la intransigencia religiosa como las nuestras? Ni ofender de propósito el credo dominante, porque fuera abuso de confianza y falta de educación, ni propagar de propósito un credo exclusivo. (**Cartas a Manuel A. Mercado**, 204).

Martí tenía cualidades necesarias para ser buen maestro. Primera: afición de estudiar. La curiosidad intelectual de Martí era inagotable. A ello le ayudó su conocimiento del francés y del inglés. Ambas lenguas llegó a escribirlas. Leyó sobre todo libros de literatura. Acerca de Homero y de Horacio, por ejemplo, tiene papeles de gran valor. A **La Divina Comedia** se refiere en una de sus primeras obras, escrita a los dieciocho años. Literatura Universal fue una de las materias que enseñó en Guatemala, y que cultivó siempre. Leyó sobre religión y sobre filosofía. Vio mucha pintura y oyó música con frecuencia, y en sus juicios acerca de estas dos bellas artes a veces se

adelanta a su tiempo. Derecho fue una de las carreras que estudió en España. Pero aún más que sus conocimientos jurídicos hemos de admirar su sentido de la justicia, tan fuerte que en realidad a él sacrifica su obra de poeta (contra el consejo de Rubén Darío) y el bienestar material de los suyos, y por él muere. Leyó no pocas obras de ciencias, e incluso escribió recensiones de algunas de ellas. Los libros le atraen poderosamente desde niño, le acompañan hasta el momento de morir, y es en lo único en que él, siempre pobre, se permite gastar algo más. En Zaragoza, siendo estudiante, con grandes esfuerzos, poco a poco, fue reuniendo dinero para unos zapatos que necesitaba mucho. Al fin, cuando reunió la cantidad requerida, la empleó en comprar un libro con reproducciones de obras de arte. En su carta testamento a Quesada no habla de más bienes que sus libros. En su diario de viaje **De Cabo Haitiano a Dos Ríos**, escribe:

17 de abril. –La mañana en el campamento... se arregla la salida para mañana. Me meto la **Vida de Cicerón** en el bolsillo en que llevo 50 cápsulas. (Edit. Lex. I. 9, 941. 2050-6 y 276).

Mas su saber no es únicamente de libros. Aprendió también conversando y viajando. Era gran observador, rápido y penetrante. Asombra cuánto captó de Francia, con sólo haber pasado brevemente por ella dos veces, y la riqueza de contenido que tienen sus diarios de viaje, aunque los escribió aprisa. Paisajes, plantas, costumbres, psicología de la gente, comidas, nada se le escapa. Por esto, como hace un buen maestro, despierta el afán de leer libros y de observar la naturaleza y a las personas.

Tenía otra cualidad de maestro: le interesaba la gente. Y no sólo los niños y los jóvenes, porque Martí, también fue educador de adultos. Su obra en verso **Ismaelillo** revela gran sensibilidad para la infancia. Allí se trata de su hijo, pero a él le interesan todos los niños. (Véase **El Presidio Político en Cuba**, Lex, I, 24 y sig.). Al describir el desfile del Día del Trabajo en Nueva York cuenta:

Carro no traen los enladrilladores, sino carruajes en que viene un anciano de barba muy larga rodeado de todos sus nietos, y de estos la más pequeña lleva un estandarte en que dice "¡Nada más que nueve horas de trabajo para el abuelo y para Nellie!". Porque aquí los niños trabajan: y ¡ah infamia sin nombre!, catorce horas a

veces. Así, si no se corrigiese esto, sería de temer el día que se escapasen de sus jaulas las fieras. Ya va lleno de flores, que le echan los trabajadores, el coche de Nellie.

La tragedia de los niños que viven en los barrios pobres de Nueva York le impresiona tanto que repetidamente se refiere a ellos:

Como los maizales jóvenes al paso de la langosta, mueren los niños pobres a centenas al paso del verano... ¡es de morderse los labios de cólera, de no andar por toda la tierra paseando infatigablemente el estandarte de su redención.

Un día de nieve, también en Nueva York, es el asunto de mi crónica que incluye este pasaje: "¡Señor!", dice una voz de niño a quien la nieve impide ver, "¡Sáqueme de aquí, que me muero!" Es un mensajero que una empresa vil ha permitido salir con esta tormenta a llevar un recado. (Edit. Lex, I, 1564, 1556, 1538, 1519 y 1881).

De jóvenes en quienes se fija con afán de maestro señalamos dos: Un hijo de Mercado y otro de Máximo Gómez. En la correspondencia con Manuel Mercado padre, habla con frecuencia de Manuel Mercado hijo. Entresacamos sólo algunos fragmentos:

Al pequeño de los ojos árabes, que honrará padre y madre, déle un abrazo varonil... a su hijo... el que heredará de usted la pasión digna y el espíritu preclaro, un formal saludo... con Manuel, el "bereu" digno de serlo, tengo grandes deudas: de cariño, aunque esto le es pagado; de un juguete, que debe ser libro... como premio a su hermosa alma, denle un fuerte abrazo... su hijo Manuel ¿no sabe el inglés?... para Manuel, tan pronto haya cómo mandarla, tengo una geografía nueva, con láminas hermosas y muchas de México... a Manuel, por si sabe inglés, le mando un periódico con láminas de la fiesta de la estatua [de la Libertad, Nueva York]: y cuando venga el mensajero le enviaré una de las medallas... no me quiere contar qué es de Manuel... no me ha dicho... si Manuel, que debe ya ser un perfecto caballero, sabe inglés, ni qué hace y estudia, todo lo cual tendría gusto en saber... a Manuel una palabra de aliento... pienso con frecuencia en su hijo Manuel, de quien no quiere hablarme... y ¿qué piensa su hijo Manuel del indio Alejandro? [Personaje de la novela **Ramona**, traducida por Martí]. Para que él la lea voy a traducir del inglés, del inglés de Inglaterra, un hermosísimo libro: **John Halifax, caballero**. Enseña amablemente

te el arte de ser hombre. Aunque no sé yo qué tenga que ir a buscar en libros quien tiene el mejor ejemplo en casa... la defensa de nuestro país, que escribí, en la lengua picuda, de un arranque de pena... se la mando para que Manuel se la traduzca... para Manuel tengo un libro de año nuevo... ¿en quién cree usted que pienso muy a menudo? En Manuel, su mayor, que me sedujo siempre por su ternura y cortesía... de Manuel que he estado acordando estos días, en que ya empiezan aquí los exámenes. (**Cartas a Manuel A. Mercado**, 22, 29, 52, 69, 99, 129, 132, 134, 140, 150, 156, 174, 175, 184, 190, 216 y 243).

En 1894 un hijo de Máximo Gómez, Pancho, acompañó algún tiempo a Martí. Fue un goce para éste, que sentía con dolor agudo, acaso el más grande de su vida, la separación de su hijo. En cartas al general le habla extensamente de Pancho y muestra el interés de buen maestro que puso en conocerlo. He aquí algunas muestras:

Pancho y yo nos separamos un momento. Ahora mismo me deleito viéndolo dar vueltas, tan puntual y tan hábil. Su gozo es servir, adivinar, no errar, y ver contento a su compañero de viaje, y hablar de su casa... le hablaré de Pancho. De tanto que le dijera no tengo cómo empezar... en las situaciones más tentadoras y difíciles no le he visto una sola vanidad, ni una sola falta de tacto. En seguida y sin prédica mía, entendió el valor de los humildes, y se estremeció ante su grandeza. Vibra, callando, a cada referencia a usted. Jamás habla, ni me hubiese parecido bien que hablase, sino con viril brevedad... sin vacilar, y al correr de la mente, hace él ese trabajo, rudo aun para los expertos, de ir escogiendo las palabras vigorosas y propias; y cesa cuando el pensamiento cesa... escribiendo todavía rebusca un poco... y de su corazón, tan pegado al mío que lo siento como nacido de mí, nada le diré por no parecerle excesivo; de mi agradecimiento. Ya él conoce la llave de la vida, que es el deber... ni un solo gesto ni un pensamiento tengo que reprocharle [a Pancho] en esta continua y seria intimidad. Todo lo puedo dejar en sus manos... ¿y tendré que dejarlo ir? Tendrá que ser y será para mi gran soledad... una sola pena llevo, y es la de haber tenido que decir adiós a ese hombrecito que con tanta ternura y sensatez me ha acompañado... ha estado cosido a mí dos meses, siempre viril y alto. A él fiaría lo que a hombres no fío... ha hecho usted bien en darme ese hijo. (Edit. Lex, I, 82, 181, 189, 193 y 598-99).

Ejemplo del influjo profundo que ejercía Martí, es el joven Mantilla, a quien encargara de misión secreta y arriesgada, según dice en carta al general Antonio Maceo:

El portador de la carta es Manuel Mantilla, que ha vivido siempre cerca de mí, y a quien su madre viuda y pobre, ha cedido sin pestañear para esta mortal comisión. Manuel ha ido para preparar el fácil éxito del plan. (Edit. Lex, I, 226).

Mas su discípulo predilecto parece que fue Gonzalo de Quesada, a quien llegó a conocer casado y a tratar como compañero; pero siempre aconsejándole cordialmente como maestro acerca del periódico **Patria**:

De mi gratitud por ustedes –de mi emoción al verlos tan leales y precisos, en cosas que no admiten media alma ni demora– de mi total confianza... de eso no les hablo. (Carta a G. Quesada y B. Guerra).

Gonzalo y Benjamín, **Patria** ha de ser ahora un periódico especialmente alto y hermoso... una pequeñez que estirpar, con mano firme, y es el tono burlón o jocoso de los comentarios sobre la guerra. La guerra es grave y nosotros, y se espera de nosotros gravedad. (Edit. Lex, I, 238 y 250).

En su labor de maestro con adultos destaca el caso de Máximo Gómez. Afirmaríamos que en ciertos aspectos, en política especialmente, Martí educó a Máximo Gómez cuando éste ya era hombre maduro, general y caudillo. Es una de las obras más difíciles, más delicadas y de más trascendencia realizadas por Martí. Andrés Iduarte, en su excelente libro **Martí escritor**, dice el

General Máximo Gómez, cuya alma conquistó Martí.

En 1884, en desacuerdo con el general, Martí se niega a colaborar con él. Con espléndida sinceridad, que hace luego posible la unión, le escribe el 20 de octubre de aquel año:

Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento... ¿qué somos, General? ¿Los servidores heroicos y modestos de una

idea que nos calienta el corazón, los amigos leales de un pueblo en desventura, o los caudillos valientes y afortunados que con el látigo en la mano y la espuela en el tacón se disponen a llevar la guerra a un pueblo, para enseñorearse después de él? ¿La fama que ganaron Uds. en una empresa, la fama de valor, lealtad y prudencia, van a perderla en otra?... tal como es admirable el que da su vida por servir a una gran idea, es abominable el que se vale de una gran idea para servir a sus esperanzas personales de gloria o de poder, aunque por ellas exponga la vida. El dar la vida sólo constituye un derecho cuando se la da desinteresadamente... ya lo veo a Ud. afligido, porque entiendo que Ud. procede de buena fe en todo lo que emprende... a una tentativa armada que no vaya únicamente movida del propósito de poner a su remate en manos del país... las libertades públicas... no prestaré yo jamás mi apoyo.

Años después Martí había conseguido que entre los dos hubiese no sólo acuerdo, sino también sólida amistad, y por carta dice al general:

Mis angustias son muchas ¿pero no han sido las de Ud. más? y, ¿qué hago yo, comparado con lo que Ud. va a hacer?

Y en otra:

Me entrego pues a las últimas faenas... llena el alma de la grandeza ajena de la de Ud... ¡qué gusto anticipado... el de ver... la identidad feliz, y de todos a la vez, entre nuestros pensamientos sobre las formas políticas de guerra... sienta en la suya apretándosela con afecto indecible, la mano de su José Martí. (Edit. Lex, I, 78, 80, 200 y 204).

Tenía fe en su capacidad de maestro, en su poder para influir en los demás. Afirma que habría impedido el suicidio de su amigo el poeta mexicano Manuel Acuña, si él hubiese estado en México. Dice en el artículo necrológico que le dedicó:

Yo le habría explicado qué diferencia hay... entre el desafío y el acobardamiento... yo le habría acompañado al grande y sombrío Acuña... le habría yo enseñado cómo renacer tras rudas tormentas, el vigor en el cerebro, la robustez y el placer en el corazón... aspirador poderoso, aspiró al cielo: no tuvo el valor de buscarlo en la Tierra, aquí que se halla. (Magdaleno, Mauricio. **Martí**, prólogo y selección, 3-5).

Además de tener cultura e interesarle la gente, sabía educar. Esa gracia nativa especial del educador la tenía Martí. Y también una buena escuela, una buena formación. ¿Dónde la adquirió? No en una Normal, sino con el ejemplo de su maestro Mendive, que es quien descubrió a Martí, y el que hizo posible que madurase. Lo que sobre **Rafael María de Mendive** escribe Martí, puede decirse asimismo de éste:

Enamorado de la belleza, que la quería en las letras como en las cosas de la vida, y no escribió jamás sino sobre verdades de su corazón o sobre penas de la patria?... peleó por ella [por Cuba] desde su juventud... trató de "hermosear alrededor de la vida, de modo que cuanto le rodeaba fuese obra de arte, y hallaran a toda hora cubierto en su mesa los cubanos fieles y los españoles generosos; como juntó, con el cariño que emanaba de su persona, a cuantos desagradecidos o sinceros para con él, amaban con él la patria, y como él escribían de ella... su cariño de hijo para [el maestro] José de la Luz... la tierna amistad que le profesaron... los hombres jóvenes o canosos que llevaban a Cuba en el corazón, y la veían, fiera y elegante, en aquella alma fina de poeta... me daba a empeñar su reloj, para prestarle seis onzas a un poeta necesitado. Y luego yo le llevé un reloj nuevo, que le compramos los discípulos, que le queríamos; y se lo di llorando... la clase de historia que nos daba, de gusto de enseñar... era maravilloso —y esto lo dice quien no usa en vano la palabra maravilla— aquel poder de entendimiento con que, de una ojeada, sorprendía Mendive, lo real de un carácter; o cómo sin saber de ciencias mucho, se sentaba a hablarnos de fuerzas en la clase de Física, cuando no venía el pobre Manuel Sellén —y nos embelesaba... ¿se lo pintaré preso en un calabozo... servido... de sus discípulos; o en Santander?... o en Nueva York, a donde vino escapado de España... y celebrar en su verso alado y caluroso al héroe que caía en el campo de pelea, y al español bueno que no había querido alzarse contra la tierra que le dio pan, y a quien dio hijos?... de la luz de la noche y el ruido de las hojas fabricaba su verso... hablando de los que cayeron en el cadalso cubano, se alzaba airado del sillón, y le temblaba la barba. (Edit. Lex, I, 856-858).

Hasta qué punto obliga la relación entre maestro y discípulo lo dice Martí a los dieciséis años (4 de octubre de 1869) en carta a Carlos de Castro, que no había sido leal a las ideas del maestro acerca de Cuba:

Compañero: ¿Has soñado tú alguna vez con la gloria de los apóstatas? ¿Sabes tú cómo se castigaba en la antigüedad la apostasía? Esperamos que un discípulo del señor Rafael María de Mendive no ha de dejar sin contestación esta carta.

Que Martí tenía el don de educar se ve por los resultados que consiguió con sus alumnos de Guatemala y de Nueva York, con el joven Mantilla, con Quesada y con el mismo Máximo Gómez, a lo cual ya nos hemos referido. Martí fue educador también en su labor de periodista, de político (creó un partido) y de militar (creó un ejército), y con los dos inició una revolución triunfadora. En el influjo educador que ejerce un verdadero maestro no hay poco de sugestión. Así Martí. Orestes Ferrara en **Martí y la elocuencia** cuenta:

Máximo Gómez... decía [de Martí]... "Era un mago, todo lo podía con la palabra". De labios de viejos guerreros que le oyeron en Dos Ríos, antes de morir, y en otros campos de Cuba, ha venido esta frase: "No lo comprendíamos, pero queríamos morir por él". Un viejo abogado que lo tuvo por algunos meses en su oficina legal en La Habana nos declaraba: "Hablaban como un inspirado; oyéndolo no se sabía si admirar más al hombre o a su oratoria; se le aplaudía aun cuando se estuviese en absoluta oposición con su tesis. (Citado por Iduarte, 153).

Conocía los recursos de un buen maestro, por ejemplo, el de hablar a veces a solas con el alumno, recurso que hay que salvar a toda costa aun en estos días de educación de masas, si la educación no ha de bajar de nivel. De que tenía plena conciencia del valor de este procedimiento, es prueba un relato suyo en el artículo **Recuerdos de la guerra**:

Decía el hombre de la guerra... cuando [Agramonte] nos regañaba, no lo hacía nunca delante de los demás; ¡era demasiado hombre para eso!, nos llevaba a un rincón de su rancho, o a un tronco de un árbol, allá lejos, y nos echaba un discurso de honor. (Edit. Lex, I, 592).

DOCTRINA PEDAGÓGICA

En lo fundamental, y aun en muchas cuestiones especiales, tenía ideas muy precisas y admirables por lo avanzadas: aún son buena fuente de inspiración para maestros de hoy. Textos de los más importantes para conocerla son: las seis notas, muy condensadas y sustanciosas, tituladas **Educación popular**, la carta sobre **Maestros ambulantes**, los artículos **A aprender en las haciendas**, **La escuela en Nueva York**, **Peter Cooper**; **José de la Luz**, **Rafael María Mendive**, **Cartas de verano: Universidad de los pobres**. (Edit. Lex, I. 853; II. 512-17; Lida, 230; Lex, I, 1651, 2160, 854, 856 y 2009). En su obra de periodistas se advierte atención especial hacia las escuelas. Además, pensamientos importantes sobre educación se hallan con frecuencia en sus cartas, artículos y discursos. En México dedica un artículo a la inauguración de una escuela en Contreras, y en otros se refiere a los cursos del Colegio de Abogados y al Colegio de las Vizcaínas. En uno de sus artículos sobre España, de 1881, habló de

la Institución Libre de Enseñanza, donde se explican, sin traba de escuela antigua, letras y ciencias. (Citado por Iduarte, 302).

Indicaremos sólo algunas cuestiones citando expresiones de Martí:

1) **En educación lo primero es la educación moral.**

Es preciso ver si sembramos hombres buenos. El don propio y medida del mérito, es el carácter o sea el denuedo para obrar conforme a la virtud. (Edit. Lex, I. 162 y 778).

2) **El hombre es naturalmente bueno.**

La naturaleza humana siempre generosa. El hombre natural es bueno. Y con fe absoluta aguardamos, por la esencial bondad del hombre, que de este mismo, en su ejercicio libre, surgirán todos los medios de poner coto a los errores en que le haga caer lo que aún tiene de feroz y avara su naturaleza. Por fortuna, la gente llana de todos los pueblos de la tierra es buena... que [la escuela] no apague al hombre y surja al sol todo el oro de su naturaleza humana, esencialmente buena. (Edit. Lex, I, 1546; Magdaleno. 28; Lex, I, 1547, 1575, 1757, 1494 y 1559).

3) La enseñanza ha de ser para todos.

Que enseñemos al ignorante infeliz en vez de llevarlo detrás de nuestras pasiones y envidias a modo de rebaño. Ha de esperarse de nosotros política de cimiento y de abrazo, por donde el ignorante temible se eleve a la justicia por la cultura. Un día, en un viaje reciente, llamó un hombre [¿Martí?] a otros más en un pueblo de los dos que los cubanos han levantado sobre la arena [en la Florida], y los convidó a abrir una escuela para los pobres... se habló bravamente, se expusieron quejas viriles, se abrazaron los hombres de un color y otro. Un mes después volvía el iniciador por aquel pueblo de los corazones. La escuela tiene catorce maestros, ochenta discípulos, cuatro aposentos y una biblioteca. (Edit. Lex, I, 371, 383 y 25).

La educación para todos evitaría el empleo de la violencia en la solución del problema social:

De todos los problemas que pasan hoy por capitales, sólo lo es uno; y de tan tremendo modo que todo tiempo y celo fueran pocos para conjurarlo: la ignorancia de las clases que tienen de su lado la justicia. La mente humana, artística y aristocrática de suyo, rechaza a la larga y sin gran demora, a poco que se la cultive, cuanta reforma contiene elementos brutales e injustos. La educación suaviza más que la prosperidad: no esa educación meramente formal... sino aquella otra más sana y fecunda, no intentada apenas por los hombres, que revela a estos los secretos de sus pasiones, los elementos de sus males... la obra negativa y reaccionaria de la ira, la obra segura e incontrastable de la paciente inteligencia. Por educación se ha venido entendiendo la mera instrucción... un concepto más completo de la educación pondría acaso rieles a esta máquina encendida y humeante que viene rugiendo por la selva, como que trae en sus entrañas los dolores reales, innecesarios e injustos de millares de hombres. Y sería entonces mensajera de vida aquella que ¡guárdenos Dios!, se viene encima, a son de tambor de odio, con todos los arreos salvajes de la guerra. Y como no hay nada más temible que los apetitos y las cóleras de los ignorantes; como un ejército de fieras de los bosques quedan trocadas, cuando pierden el miedo que las enfrena, las grandes masas adoloridas, ineducadas, envidiosas y deseadoras de las grandes ciudades, es consejo de higiene nacional, y elemental precaución pública, sobre ser dulcísima obra

que consuela y engrandece al que la hace y suaviza y eleva al que la recibe, promover y, por todas las vías, auxiliar una verdadera, útil, aplicable educación pública. Todo hombre es una fiera dormida. Es necesario poner riendas a la fiera, y el hombre es una fiera admirable: le es dado llevar las riendas de sí mismo. (Edit. Lex, I, 737, 738 y 745).

4) Educación y enseñanza mediante el trabajo y para el trabajo.

Habla una y otra vez de la dignidad que da el trabajo, toda clase de trabajo, el hecho de sentirse productivo:

Como abejas de oro trabajaban sobre sus cajas de imprimir los buenos hermanos que hacen los periódicos.

Enaltece el trabajo manual, y acaso más que otros el de la tierra:

Todo hombre ha de aprender a trabajar en el campo, a hacer las cosas con sus propias manos. La patria del hombre nuevo de América convida al mundo lleno de asombro, a ver lo que puede hacer en pocos años un pueblo recién nacido que habla español, con la pasión por el trabajo; ¡mejor es morir abrasado por el sol, que ir por el mundo, como una piedra viva, con los brazos cruzados. Yo estrecho con gozo toda mano callosa. El cubano emancipado, por su trabajo individual, del miedo y dependencia. El corazón se me va a un trabajador como a un hermano.

Habla de los que proceden:

De todas las universidades de la vida, del claustro del colegio y del claustro del taller. Los que viven de otros, y pasan sobre zancos a través del mundo sin hallarse con hiel y sudor por la fatiga de la realidad, esos no se pueden conocer, y desconfían de sí y de su pueblo: los que viven así, los que en la vida verdadera se han graduado de hombres, esos se conocen y confían. Aquellas fábricas que son como academias, con su leer y su pensar continuos; aquellos liceos, donde la mano que dobla en el día la hoja de tabaco, levanta en la noche el libro de enseñar. La prensa es... creadora del nuevo templo, magno e invisible, del que es el hombre puro y trabajador el bravo sacerdote. La multitud, que es de bravos braceros, cuya vista enternece y conforta, enseña más músculos que alhajas, y más caras honradas que paños sedosos. El

trabajo embellece, Remoza ver a un labriego, a un herrador o a un marinero. De manejar las fuerzas de la naturaleza, les viene ser hermosos como ellas.

Al describir un desfile de obreros en la fiesta del trabajo dice:

Ogaño, ver a estas gentes humildes, a estos pobres alegres, a estos viejos honrados, a estas mujeres enfermizas, a estos creadores de sí propios, es como recibir un título más decoroso y limpio de nobleza: "Hombre te hago", dijo el Creador: y le puso en los labios la palabra, y entre el cabello y los ojos un cintillo de luz: desde entonces ni ser duque, ni marqués, ni conde, ni vizconde, ni barón, es ser más que hombres: ¿Cómo el que hereda una fortuna ha de ser más noble que el que la fomenta? ¿Cómo el que vive a espaldas de los suyos, o al amparo de castas favorecidas, ha de merecer más respeto que el que forcejea por abrirse paso en la tierra difícil, con la pesadumbre del desdén humano encima, abandonado a sus esfuerzos propios? Gusanos me parecen todos esos despreciadores de los pobres: si se les levantan los músculos del pecho, y se mira debajo, de seguro se ve el gusano. Jamás veo acá en las mañanitas, a un trabajador de manos duras que deja a sus hijuelos con el alba, y va camino de su taller, mina, o escalera, con su comida del medio día en su tinilla de lata, sin que las manchas de su vestido me parezcan condecoraciones, y si es joven, me entran deseos de abrazarlo, y, si es viejo, de besarle la mano. (Lida, 235; Magdaleno, 67 y 84; Lex, I, 1426, 314, 391, 440, 453, 1488, 1517, 1558-59 y 1568).

Está en contra de las escuelas y universidades que crían señoritos holgazanes y pretenciosos, y en favor de las que forman hombres útiles:

Quimeras despreciables les enseñan en los colegios de entes y categorías. Los educadores en consejo, que están viendo con agradable y laborioso empeño, la manera de colocar al niño de modo que abandonado luego entre los hombres, pueda aplicar sus fuerzas enseñadas a un mundo conocido, en vez de ser ciego presuntuoso, cargado de letras griegas y latinas inútiles, en medio de un universo activo, apasionado, real, necesitado, que lo ofusca, asorda y arrolla. Ha de poner la naturaleza sobre el libro.

Muy importante es lo que sobre esta cuestión escribe bajo los epígrafes: **Enseñanza clásica y enseñanza científica** y **La educación conforme a la vida. Disciplina de la mente moderna. La lengua antigua**. En su artículo titulado **Buenos Aires** dice:

Ni en lenguas secas y ciencias sofistas educan los colegios [de la Argentina] a la gente moza, que va de pie, desnuda la ancha frente y limpio de odio el labio, coreando hosannas, en el aventrén de una locomotora. Acólitos no dan ya las escuelas, sino agrónomos; no enfrenadores de almas, sino acariciadores de la tierra. (Magdaleno, 19-20; Lex, I, 1488, 808, 1535 y 1619; Lida, 167).

5) **Enseñanza antigua y moderna**. Critica la enseñanza anticuada por excesivamente literaria, abstracta y libresca. Habla en contra de las universidades "retóricas" y en favor de las científicas y de desarrollar la enseñanza de las ciencias en la escuela primaria; de dar más importancia a las lenguas y literaturas modernas. Las lenguas clásicas sólo debe aprenderlas la minoría que siente verdadero interés por ellas. Él, que estudió Derecho, Letras y Filosofía, aboga por la enseñanza científica y técnica; él, que vivió siempre en ciudades, siente la dignidad del trabajo agrícola. Por esto da especial valor a la enseñanza de la agricultura, incluso para la educación moral. Dice de Bronson Alcott:

¿De dónde sino del trabajo y de la vida natural había de venir hombre tan puro? No nació en la ciudad, que extravía el juicio, sino en el campo, que lo ordena y acrisola. Su padre fue labrador. El perro y el caballo fueron sus primeros amigos. Aró, sembró, cosechó. Puso a los acordes y enseñanzas del mundo el oído que traía afinado de la naturaleza.

Une a la visión poética el sentido práctico:

Hay que enseñar a nuestros agricultores los métodos probados con que en los mismos frutos logran los de otros pueblos resultados pasmosos. (Lex, I. 1171; Lida, 230).

Adiestramiento técnico, pero también educación espiritual. No aprobaría Martí la enseñanza técnica inspirada por hombres de empresa que ponen su negocio por encima del obrero, y no les

preocupa o evitan la formación de éste como hombre y ciudadano independiente:

Puesto que se vive, justo es que donde se enseñe, se enseñe a conocer la vida. En las escuelas se ha de aprender a cocer el pan de que se ha de vivir luego. Bueno es saber de coro a Homero: y quien ni a Homero, ni a Esquilo, ni a la Biblia leyó, ni leyó a Shakespeare, que es hombre no piense, que ni ha visto todo el sol, ni ha sentido desplegarse en su espalda todo el ala. Y es bueno, por cuanto quien ahonda en el lenguaje, ahonda en la vida, poseer luces de griego y latín, en lo que tienen de lenguas raizales y primitivas, y sirven para mostrar de dónde arrancan las palabras que hablamos: ver entrañas, ilustra. Pero puesto que la tierra brota fuerzas... urge estudiar las fuerzas de la tierra. Sé que un pueblo que no cultiva las artes del espíritu aparejadamente con las del comercio, engorda como un toro, y se saldrá por sus propias sienes, como un derrame de entrañas descompuestas, cuando se le agoten sus caudales.

Acerca de un informe de Lamar, Secretario del Interior (Estados Unidos) escribe:

Bien se ve, aunque él no lo dice, que sufre por esta rudeza general de espíritu que aquí aflige tanto a las mentes expansivas y delicadas. Cada cual para sí. La fortuna como único objeto de la vida... el hombre máquina rutinaria, habilísimo en el ramo a que se consagra, cerrado por completo fuera de él a todo conocimiento, comercio y simpatía con lo humano. Ese es el resultado directo de una instrucción elemental y exclusivamente práctica. Como que no hay alma suficiente en este pueblo gigantesco... los hombres, a pesar de todas las apariencias, sólo están unidos en este pueblo por los intereses, por el odio amoroso que se tienen entre sí los que regatean por un mismo premio. Es necesario que se unan por algo más durable... es indispensable alimentar la luz, y achicar la bestia. Fuera de negocios y de cierto círculo privilegiado, salta acá a los ojos que los hombres no tienen nada que decirse, ni pensamientos finos con que complacerse, y elevarse en común... de este empequeñecimiento es necesario sacar estas almas. En el hombre debe cultivarse al comerciante, sí; pero debe cultivarse también el sacerdote... un hombre es un deber vivo: un depositario de fuerzas que no debe dejar en embrutecimiento, una ala. La lectura de las cosas bellas, el conocimiento de las armonías del universo, el

contacto mental con las grandes ideas y hechos nobles, el trato íntimo con las cosas mejores que en toda época ha ido dando de sí el alma humana, avivar y ensanchar la inteligencia... producen goces mucho más profundos y delicados que los de la mera posesión de la fortuna, endulzan y ennoblecen la vida de los que no la poseen... el hombre... no ha de saber sólo qué es lo que tiene bajo sus pies, sino lo que lleva en sí. (Edit. Lex, I. 1536, 1598 y 1666-67).

6) Ni premios ni castigos. Habla con desdén de las escuelas donde se emplean los castigos corporales. Ni siquiera los padres deben emplearlos:

Le enseñaron a Páez con sangre en la escuela de la señora Gregoria... da pena leer lo que sacerdotes, poetas y maestros escribieron –cuando Alcott fundó su célebre **Temple School**– en defensa del castigo corporal... si ahora, 1888, castigan aquí [en los Estados Unidos] corporalmente en las escuelas públicas, entonces era cosa de sacar la sangre de las posaderas y las manos, lo que indignó a Alcott tanto, que, por no poner torturas a sus discípulos.

Al enumerar defectos de las escuelas de Nueva York escribe (1886):

Se autorizan y ejercitan los castigos corporales.

En su discurso sobre Alfredo Torroella dijo del padre de éste:

No tuvo nunca para su hijo aquel amante padre esas rudezas de la voz; esos desvíos fingidos, esos atrevimientos de la mano, esos alardes de la fuerza que vician, merman y afean el generoso amor paterno. Puso a su hijo respeto, no con el ceño airado ni con la innoble fusta levantada –que mal puede alzarse a hombre el que se educa como a siervo mísero– no con la áspera riña, ni la amenaza, sino con ese blando consejo, plática amiga, suave regalo, tierno reproche, que deja sin arrepentimiento tardío el ánimo del padre, y llena de amoroso rubor la frente del hijo afligido por la culpa. Amigos fraternales son los padres, no implacables censores. Fusta recogerá quien siembra fusta... ley es única del éxito la blandura: la única ley de la autoridad es el amor. Siempre lo impuesto es vano, y lo libre es vivífico.

No admite más premio que la satisfacción de la propia conciencia:

Esa vanidad tantas veces criminal que los hombres llaman gloria... yo no trabajo por mi fama, puesto que toda la del mundo cabe en un grano de maíz... trabajo para poner en vía de felicidad a los hombres que hoy viven sin ella. Uno de aquellos batalladores maravillosos que sin más paga que la virtud... más gloria no queremos que cumplirlo [el deber]... el deber cumplido da una luz que no brota jamás de la vida, ni de la tumba, de los que lo esquivan... el mero éxito es premio propio de gente inferior. El esfuerzo pleno y sano es premio bastante... a la patria no se le ha de servir por el beneficio que se pueda sacar de ella, sea de gloria o de cualquier otro interés, sino por el placer desinteresado de serle útil. ¿Quién nos impele, quién nos aconseja, quién nos conduce que besemos con amor la mano que nos arrastra por la vía oscura y terrible? ¡Todo oh patria, porque cuando la muerte haya puesto fin a esta fatiga de amarte con honor, puedas tú decir, aunque no te oiga nadie: "fuiste mi hijo". ¡No hay más gloria verdadera que la de servir sin interés y morir sin manchas. La única gloria verdadera del hombre –si un poco de fama fuera cosa alguna– estaría en la suma de servicios que hubiese... prestado a los demás. Los que trabajan para sí o para su popularidad o para mantenerse siempre donde se aplaude o se vea... hablarán hincadamente... vocearán a todos los vientos lo que hacen, para que se les premie y se les vitoree... los que no trabajan para sí, sino para la patria; los que no aman la popularidad, sino al pueblo; los que no aman la misma vida sino por el bien que puedan hacer en ella, esos, mano a mano con todos los hombres honrados, con los que no necesitan lisonja... con los que no sacan de la vanidad su patriotismo sino de la virtud, llevan adelante, aunque de las gotas de su corazón vayan regando el amargo camino, la obra... ¿y la moral, qué es más que el orden en la vida, impuesto dulcemente al hombre libre por el gusto que deja el obrar bien?... no hay más que una gloria cierta, y es la del alma que está contenta de sí. Mi gusto está en el deber, y en cumplirlo sin fatiga y sin ira. (Lida, 157; Lex, I, 1171, 1172, 1753, 729-30, 1885, 125, 131, 406, 411, 364, 190, 460 y 1981; Lida, 8; Lex, I, 234).

Falta espacio para tratar de otras cuestiones. La educación de los indios y de los negros le preocupaba. Por supuesto, era contrario a la desigualdad y a la separación. Dice:

En la piedra en bruto trabajan a la vez las dos manos, la blanca y la negra: ¡seque Dios la primera mano que se levante contra la otra!

En un texto citado más arriba expresa con precisión lo que piensa acerca del problema religioso en la escuela:

Ni ofender de propósito el credo dominante, porque fuera abuso de confianza y falta de educación, ni propagar de propósito un credo exclusivo. (Edit. Lex, I, 514: Mercado, 2040).

Sobre la mujer y su educación escribió no poco. Ve este problema a través de la tragedia de su hogar deshecho. Ni su madre ni su esposa, por deficiencias de educación, llegaron nunca a comprender la misión que tenía Martí que realizar fuera de la familia. Para que en todo sea compañera del marido, la esposa ha de ser culta como él. La mujer debe vivir para el hogar; sin embargo, ha de estar preparada para tener independencia económica en caso necesario. Le parece terrible que pierda las cualidades peculiares femeninas. Moralmente la considera superior al hombre.

Causa ahora preocupación honda que empresas, movidas sólo por el afán de lucro, publiquen, para lectura de los niños, historietas, novelas, etc., que envenenan sus almas. Comprobado está que han sido causa en no pocos casos de que los jóvenes cometan delitos. En los Estados Unidos ha sido fundada una asociación para combatir este peligro. Minutos antes de escribir estas líneas he leído que una sociedad de científicos ingleses pide que se prohíba la importación en la Gran Bretaña de películas, novelas e historietas de este tipo. Martí da solución al problema con su revista para niños **La edad de oro**. Merece estudio detenido. Sólo podemos indicar algunos puntos: Divierte, que ya es mucho. Y a la vez enseña. Como buen maestro, su enseñanza es intuitiva. El poeta ayuda al maestro: enseña mediante imágenes. E imágenes bellas: Martí practica la educación mediante la belleza. La moral (que también aquí es lo primero para él) la enseña con biografías y otras narraciones. Contrario al abuso de lo fantástico (de que fueron víctimas Don Quijote y Madame Bovary), hace sentir la poesía de lo real. Y de lo moderno (no menos que otros poetas de su tiempo: Walt Whitman, Verhaereb).

LA ÚLTIMA LECCIÓN

Martí enseñó con su palabra, con el ejemplo de su vida y, sobre todo, con su muerte. Esta fue su última lección y la más eficaz; porque mucho enseña la palabra, si es como la suya; más el ejemplo de una vida santa; y aún más morir por un ideal. No fue casual su muerte. La presintió, y diríamos que la deseaba así para cumplir su obra:

Aquel anhelo de muerte que hace la vida bella. Mi único deseo sería pegarme allí al último tronco, al último peleador: morir callando.

No quería que de él se pensase que

predicó la necesidad de morir y no empezó por poner en riesgo su vida.

Desde tierra cubana en guerra, frente al enemigo, escribe a discípulos:

La divina claridad del alma aligera mi cuerpo. Este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se ofrecen al sacrificio.

Ya en 1894, con un don profético, dice a un amigo:

Yo, ya sé cómo voy a morir. Lo que quiero es prestar el servicio que puedo prestar ahora. Otros lamentan la muerte necesaria: Yo creo en ella como la almohada, y como la levadura, y el triunfo de la vida... otros lamentaban la muerte hermosa y útil... por donde se cría aquel fuego purísimo e invisible en que se acendran para la virtud, y se templan para el porvenir las almas fieles... la muerte da lecciones y ejemplos... cuando un hombre grandioso desaparece de la tierra, deja tras de sí claridad pura y apetito de paz y odio de ruidos. Templo semeja el Universo... va a reposar, el que lo dio todo de sí, e hizo bien a los otros. Esas tumbas son lugares de cita, y como jubileos de decoro adonde los pueblos acuden a renovar ante las virtudes, que brillan más hermosas en la muerte, la determinación y la fuerza de imitarlas. Y la lección tiene más eficacia. Cantemos hoy, ante la tumba inolvidable, el himno de la vida. (Lida, 94; Lex, I, 249, 248, 251, 190, 37-9, 1050,51, 778 y 40).

EDUCACIÓN E IDENTIDAD NACIONAL EN JOSÉ MARTÍ

por **Constantino Torres Fumero**

Es bien conocido de muchos, pero nunca suficientemente divulgado, el quehacer de José Martí por la independencia de Cuba. Reconocemos en su obra la labor realizada en la consecución de este fin, su incesante prédica política, su gestión por la unidad entre los ya probados mambises y los pinos nuevos, el mérito de la creación del Partido Revolucionario Cubano para organizar y dirigir la guerra y su decidida participación en el combate en la manigua.

La patria y la lucha por su independencia están presentes en sus discursos, en sus cartas, en su obra literaria o en sus escritos políticos. Cuba está ahí, en toda su obra, (Cuarteta escrita por José Martí en el álbum de Carlos Suavalle en Madrid, 1877. En **José Martí. Obras completas**. Vol. II, Ed. Lex. La Habana. 1946, p. 1466):

Cuba nos une en extranjero suelo,
auras de Cuba nuestro amor desea:
Cuba es tu corazón, Cuba es mi
cielo, Cuba en tu libro mi palabra sea.

Como bien destaca ese gran estudioso de la obra martiana, Cintio Vitier:

Sería difícil citar otro caso de identificación de un país con un hombre, que alcance la magnitud de la encarnación de Cuba en la persona y la obra de José Martí. Todo lo que hizo y escribió, por alejado que en ocasiones parezca del menester ceñidamente patriótico, parte siempre, ya sea en el plano moral, filosófico o ético, de su agónica preocupación fundamental: conquistar la libertad de Cuba, abrir vías decorosas a su futuro, situarla justicieramente en el equilibrio del mundo, que él vislumbrara cada vez más inestable y amenazador; todo lo cual se resumía en una toma de conciencia histórica, íntima y trascendente del país en su contexto americano. (Vitier, Cintio. **Martí: Cuba**. En **Temas martianos**. Dpto. Colección Cubana, Biblioteca Nacional José Martí, La Habana, 1969, p. 11).

Para Martí el problema de la identidad nacional era un requisito incuestionable para desarrollar un espíritu de libertad e independencia. En su momento, frente a todas las adversidades que enfrentaba la educación en Cuba, supo valorar el papel que debía desempeñar la escuela en la formación de ese sentimiento. Nuestro Héroe Nacional en su coherente y actualizado pensamiento pedagógico interrelacionó en una unidad indisoluble la formación y desarrollo de la identidad nacional por la escuela al fomento de un hombre libre y culto, de un hombre verdaderamente independiente, independiente de todo dominio foráneo, pero independiente también de pensamiento, libre de toda manifestación de esquematismo, de servilismo y de todo espíritu de complacencia. Un hombre con iniciativa propia, un creador que pueda contribuir eficazmente al pleno desarrollo de su país. Para él estos valores sólo tenían sentido, no cuando eran utilizados en beneficio personal, sino cuando se ponían plena y desinteresadamente al servicio de la patria.

Este pensamiento pedagógico martiano hay que analizarlo en su contexto histórico para comprender mejor su desarrollo, su anticipación y vigencia. Se habían creado en el país condiciones para que pudieran florecer nuevas ideas sobre la educación dentro de un selecto grupo de educadores y florecieron.

Durante el siglo XIX nuestra pedagogía fue adquiriendo un sello nacional. Se nutrió de lo más avanzado del pensamiento universal y lo reelaboró creadoramente a partir de nuestras necesidades y de la idiosincrasia del país. Fue un proceso complejo, contradictorio, que tuvo que enfrentar los más diversos obstáculos y las influencias más conservadoras tanto en lo educativo como en lo político e ideológico. Nuestros más destacados educadores asumieron desde época muy temprana, cuando aún estábamos bajo el yugo colonial español, una posición revolucionaria, nacionalista y humanista.

El desarrollo del pensamiento pedagógico cubano fue producto de un largo proceso, pues durante casi trescientos años el sistema educacional, si es que puede llamarse así, que impuso la dominación colonial española sumergió al país al dominio del escolasticismo. Fue característicos la casi ausencia de escuelas y la insuficiente preparación del magisterio. Los hijos de las familias acaudaladas y con inquietudes culturales tenían que ir a realizar sus estudios a Europa, por lo que fueron muy influenciados por las ideas de la Ilustración.

Es precisamente con la formación de una sacarocracia criolla que surgen las primeras inquietudes renovadoras de la educación en Cuba. Su momento de mayor auge coincide con el esplendor de esta "burguesía" cuyos intereses culturales, económicos y políticos chocan con el dominio colonial y tienen su máxima expresión en los sentimientos independentistas.

Para comprender lo que caracterizaría al nuevo pensamiento pedagógico cubano, no podemos olvidar que éste se desarrolla en momentos en que predominan en Europa, en el pensamiento científico, el positivismo, y en la educación, las ideas de la Escuela Lancasteriana y la pedagogía de Pestalozzi. Estas ideas influyen y son asimiladas por la intelectualidad cubana cuando, por un lado, se tienen que enfrentar al escolasticismo, y por otro, al dominio colonial español. En esas condiciones se produce todo un proceso de radicalización del pensamiento, de desarrollo de una actitud científica y de ideas revolucionarias que habrán de identificar a nuestra pedagogía y que le darán su carácter creador.

Importantes educadores contribuyeron de forma ascendente a la formación de la pedagogía cubana, desde el Padre José Agustín Caballero (1762-1835); Félix Varela (1788-1853); José de la Luz y Caballero (1800-62); Enrique José Varona (1849-1933); Manuel Valdés Rodríguez (1849-1914) y José Martí (1853-95), entre otros. Estos hombres ejercieron su labor educativa muy vinculada al desarrollo de los sentimientos nacionales.

Coincide la obra de José Agustín Caballero con el momento cumbre de formación y desarrollo de la conciencia nacional, proceso en el cual desempeñaron un papel fundamental la sacocracia y la intelectualidad cubanas. Fue él quien introdujo las primeras modificaciones para erradicar las formas memorísticas de aprendizaje, quien se preocupó por desarrollar una educación popular que alcanzara a las masas más humildes de la población. Consideraba que la educación debía formar hombres útiles a la Patria.

El presbítero Félix Varela fue quien pudo llevar a la praxis y desarrollar muchas de las ideas que esbozó José Agustín Caballero, su maestro. Combatió decididamente el escolasticismo y como se le ha llamado, fue "el primero que nos enseñó a pensar": con Varela se da inicio a una pedagogía cubana. A sus clases asistía lo más destacado de la intelectualidad cubana de la época y, como afirmara

Enrique Gay-Galbó, en su aula comenzó la revolución cubana. Abogó por la libertad de los pueblos y la independencia de Cuba, campaña que inició en las aulas y continuó en el periódico **El Habanero**.

A José de la Luz y Caballero se le considera el sistematizador de la pedagogía cubana. Fue un firme defensor de una enseñanza activa, científica, motivadora, integral, que pusiera énfasis en el desarrollo de los más elevados valores morales. Para él, el objeto primordial de la educación era inducir a los jóvenes a pensar y juzgar por ellos mismos. Por sus aulas pasaron algunas de las figuras más destacadas de nuestra gesta independentista: Ignacio Agramonte, Julio y Manuel Sanguile y Perucho Figueredo, entre otros. Ante las preocupaciones de sus amigos, compañeros de trabajo y alumnos, por su estado de salud, siempre afirmó que había algo más importante que ésta, que era su país y que por lo tanto, encomendaba su Cuba a sus discípulos.

En este proceso de formación de una conciencia patriótica no podemos dejar de mencionar a dos destacados educadores: Rafael María de Mendive (1821-86) y Rafael Morales y González (1845-72). Mendive fue el maestro de José Martí y considero que nadie mejor que él para describirnoslo. En una carta dirigida a Enrique Trujillo y aparecida en **El Porvenir**, New York, 1 de julio de 1891, sobre Mendive decía:

Y ¿cómo quiere diga todo lo bueno y nuevo que pudiera yo decir de aquel enamorado de la belleza, que la quería en las letras como en las cosas de la vida, y no escribió jamás sino sobre verdades de su corazón o sobre penas de la patria? (...) peleó él por ella desde su juventud, con sus sonetos clandestinos y sus sátiras impresas (...) o de un poco antes pudiera hablarle cuando lo acaban de hacer director del colegio (...) los ángeles se sentaban de noche con nosotros, bordando y cuchicheando, a oír las clases de historia que nos daba, de gusto de enseñar, Rafael Mendive.

Y continuaba nuestro Héroe Nacional:

¿Se lo pintaré preso en un calabozo del Castillo del Príncipe (...) o en New York, a donde vino escapado de España, para correr la suerte de los cubanos, y celebrar en su verso alado y caluroso al

héroe que caía en el campo de pelea y al español bueno que no había querido alzarse contra la tierra que le dio pan, y a quien dio hijos? Prefiero recordarlo a solas, en los largos paseos del colgadizo, cuando callada la casa a la luz de la noche y el ruido de las hojas fabricaba su verso; o cuando hablando de los que cayeron en el cadalso cubano, se alzaba airado del sillón, y le temblaba la barba. (Martí, José. **Rafael María Mendive**. Op. Cit. Vol. I, pp. 856-858).

Mendive fue un reformador de la enseñanza, un firme defensor de la educación popular, un cultivador de los mejores sentimientos humanos en sus alumnos, y fue ante todo un patriota. A su hijo le escribió:

Mas... ¿qué nos vence la idea del honor y del deber en el alma de un patriota si la patria está con él? Si vences, que la fortuna no despierte en ti ambición. Y si mueres (...) ¡Hijo mío! ¡Qué no sea sin honor! (Mendive, R. M. **Maestros**. Ed. Pueblo y educación, La Habana, 1971, p. 444).

Ahora bien, si de unidad entre identidad nacional y educación, así como del desarrollo de un pensamiento pedagógico democrático-revolucionario se trata, no hay otro camino que mejor nos conduzca que el pensamiento pedagógico de José Martí.

En su pensamiento pedagógico se interrelacionaron, con sólida base científica, el pensamiento pedagógico universal de avanzada y los principios fundamentales aportados por nuestras escuelas en aquellos tiempos, los que aún hoy pueden servirnos de guía para nuestra labor educativa: la escuela tiene que ser portadora de la identidad nacional, el pensamiento científico, la libertad, el carácter democrático y la creatividad.

Es posible comprender el florecimiento de estas ideas de avanzada en José Martí si tomamos en consideración la tradición y los valores de la escuela cubana que le antecedieron, y que junto al pensamiento martiano continuaron y continúan influyendo en lo más avanzado de nuestros educadores.

A lo largo de numerosos trabajos Martí postula la necesidad de una educación integral, científica, democrática, desarrolladora, creativa, fundamentada en sólidos valores éticos y estéticos, y lo que considero

más destacable en sus concepciones pedagógicas: la educación debe responder a las necesidades, características y tradiciones de cada pueblo. Fue enemigo de copiar los sistemas y proyectos educacionales ajenos a nuestros países, por novedosos y motivadores que fueran, por lo que decía:

¡Oh! ¡Si a estas inteligencias nuestras se las pusiese a nivel de su tiempo; si no se las educase para golillas y doctos de birrete de los tiempos de audiencias y gobernadores; si no se les dejase, en su anhelo de saber, nutrirse de vaga y galvánica literatura de pueblos extranjeros medio muertos; si se hiciese el consorcio venturoso de la inteligencia que ha de aplicarse a un país y el país a que ha de aplicarse; si se preparase a los sudamericanos, no para vivir en Francia, cuando no son franceses, ni en los Estados Unidos, que es la más fecunda de estas modas malas, cuando no son norteamericanos, ni en tiempos coloniales, cuando están viviendo ya fuera de la colonia, en competencia con pueblos activos, creadores, vivos, libres, sino para vivir en la América del Sur. (Martí, José. **Mente Latina**. Op. Cit. Volumen I, p. 115).

En este y otros muchos escritos se hace evidente el énfasis que puso en destacar cómo la educación debe contribuir al desarrollo de la identidad nacional, en el mal que puede acarrear la importación de sistemas educacionales y cómo es necesario que de lo mejor heredado de la cultura universal y de lo más avanzado del pensamiento pedagógico de cada país tiene que formarse creadoramente la nueva escuela, pero para lograrlo es necesario conocer el país, su cultura, la idiosincracia de su pueblo, su desarrollo social y económico.

No nos llamemos a engaño, no apelaba Martí a una escuela ajena a lo que en educación se hacía en otras partes del mundo, todo lo contrario. Su pensamiento no se sostenía sobre bases empíricas, ni se correspondía con su acercamiento tangencial a la pedagogía, nada más contrario a esto. Sus ideas respondían a un estudio serio, a profundas reflexiones, ya que tuvo la posibilidad, obligado por su propia vida, de conocer diversos sistemas educacionales de su tiempo, los que analizó críticamente y le permitió detectar lo más positivo de los mismos, aquello que realmente pudiera servir a Cuba y a los pueblos de América. Su desacuerdo era con la copia mecánica, arbitraria, ajena a nuestro contexto, esa copia que podía responder

más a la ignorancia o a la moda, en el mejor de los casos, que es otra forma de ignorancia, o con aquella que se realiza por sumisión a los intereses foráneos que es la más peligrosa y dañina de todas.

Si como hemos visto Martí quería que nuestras escuelas y la enseñanza que en ellas se brindaba se correspondiera con la época y con la idiosincrasia del país, así como con el carácter y las necesidades de sus habitantes, igualmente demandaba una educación que se correspondiera con lo más avanzado del pensamiento pedagógico del momento. Una educación que posibilitara elevar a los hombres de estas tierras al nivel de lo más avanzado de su mundo pero sin perder su identidad. Una educación que formara en estas tierras

hombres vivos, hombres directos, hombres independientes, hombres amantes, eso han de hacer las escuelas que ahora no hacen. (Cartas de Martí. **Remedios a los defectos observados.** Op. Cit. Vol. I, p. 1757).

Consideró nuestro más grande Maestro que una educación que contribuya realmente al desarrollo de nuestra identidad nacional tenía que educarnos para ser independientes en el más amplio sentido de la palabra, prepararnos para ser hombres verdaderamente libres, libres del yugo colonial, libres de mente, hombres libres para crear nuestros pueblos, nuestra cultura y nuestra ciencia. Por eso destacaba:

¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes si no hay universidades en América donde se enseñe lo rudimentario del arte de gobierno que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? (...) Gobernante de un pueblo nuevo quiere decir creador. (Martí, José. **Nuestra América.** *Ibíd.* P. 108).

Como ya hemos señalado, no fue Martí partidario de desconocer lo mejor que ofrecía la educación en otros países y que podía ser de utilidad a los países de nuestra América. Cuando en sus trabajos valora lo que se hacía en colegios europeos o norteamericanos, cuando destaca lo novedoso y positivo que en ellos se realizaba, lo hace pensando en cómo esas enseñanzas podían ser útiles a nuestros pueblos a partir de las necesidades de nuestro desarrollo y particularidades. Siempre tuvo claro que la educación tiene que brindar a cada pueblo lo que cada pueblo en realidad necesita en cada momento

histórico. Cuando se revisan sus trabajos, ya sea **Trabajo manual en las escuelas; Escuela de Artes y oficios; Educación científica o Escuela de electricidad** entre otros, comprobamos la presencia de esa gran preocupación, así en **Escuela de electricidad** hace un análisis de los beneficios que brinda la educación científica que se ofrece en muchas universidades y escuelas europeas y reclama ese tipo de educación para nuestros pueblos ya que

al mundo nuevo corresponde la Universidad nueva (...) en tiempos teológicos, Universidad teológica. En tiempos científicos Universidad científica. (Martí, José. **Escuela de electricidad**. Op. Cit. Vol. II, p. 507).

Y en **Escuela de mecánica** destacaba:

En nuestros países ha de hacerse una revolución radical en la educación, si no se les quiere ver siempre como aún se ve ahora a algunos, irregulares, atrofiados y deformes, como el monstruo de Horacio: colosal la cabeza, inmenso el corazón, arrastrando los pies flojos, secos y casi en hueso los brazos. Contra Teología, Física; contra Retórica, Mecánica, contra preceptos de Lógica (...) preceptos agrícolas. (Martí, José. **Escuela de mecánica**. Ibíd. p. 505).

En trabajos como **El Partido Liberal**, al hacer referencia al arte de gobierno, insiste en la necesidad de que los gobernantes conozcan a profundidad las peculiaridades y necesidades de su pueblo, pero critica el sistema educacional de los pueblos de América y en particular de las universidades por no preparar a los jóvenes en el conocimiento de los elementos que contribuyen a desarrollar la identidad nacional, sino por el contrario, los llenan de conocimientos, hábitos y costumbres ajenas a nuestros pueblos, por lo que

a adivinar salen nuestros jóvenes al mundo con antiparras yankees o francesas, y aspiran a dirigir pueblos que no conocen. (Martí, José. **El Partido Liberal**. Ibíd. p. 108).

Alertaba entonces que en la prensa, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país. En este trabajo destaca la imperiosa necesidad de que las universidades

desempeñen el papel que les corresponde de formar al hombre del país para su país, hacer que lo conozca en su profundidad, que domine a plenitud su historia; por eso señala

La Universidad Europea ha de ceder a la Universidad Americana. La Historia de América de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria.

Aquí podemos percatarnos de la importancia que le concede al conocimiento de nuestra historia para la formación de los valores nacionales, aunque no quiere decir esto que se desconozcan otras historias, pues no fue nunca objetivo de nuestro apóstol limitar el desarrollo cultural de nuestros pueblos, todo lo contrario.

En **Escuela de artes y oficios** exponía su idea de que para los pueblos de América Latina "semi-descubiertos, casi vírgenes", naciones que debían comenzar un desarrollo era necesaria la preparación y superación de sus habitantes, el dominio de un oficio por la gran masa de sus pobladores. Oficios que se correspondieran con las necesidades del país, ya que con el dominio de un oficio cada hombre es un poco más libre. Eso era lo que necesitaban nuestros pueblos y no una educación elitista y extranjerizante, ajena a los reclamos de estas naciones. Una educación que posibilitara a esa masa sometida liberarse también en el plano cultural porque

la felicidad general de un pueblo descansa en la independencia individual de sus habitantes (...) una nación libre es el resultado de sus pobladores libres. (Martí, José. **Escuela de artes y oficios**. *Ibíd.*, p. 509).

En su pensamiento el logro de una verdadera identidad nacional siempre estuvo muy interrelacionado al desarrollo cultural de los habitantes, a la posibilidad de que la educación desarrolle, además de los sentimientos patrióticos, las capacidades intelectuales de los habitantes de nuestros pueblos, al conocimiento de nuestra cultura y al mantenimiento de nuestra idiosincrasia, por eso cuando debido a los sentimientos revolucionarios u otras razones muchos cubanos tuvieron que emigrar, y con ellos sus hijos, u otros que permanecie-

ron en la Isla mandaban a los suyos a estudiar en el extranjero, Martí hizo esta preclara observación:

Es grande el peligro de educar a los niños fuera de su patria (...) porque no se ha de criar naranjos para plantarlos en Noruega, ni manzanos para que den frutos en el Ecuador, sino que el árbol deportado se le ha de conservar el jugo nativo para que a la vuelta a su rincón pueda echar raíces. (Martí, José. **El colegio de Tomás Estrada Palma**. Op. Cit. Vol. I, p. 963).

Queda en estas palabras claramente reflejado el peso que en la educación concedía Martí al problema de la identidad, problema que aún hoy debe seguirnos ocupando en nuestro trabajo como educadores para continuar profundizando en nuestras raíces y asimilar creadoramente y con una visión universal lo mejor de la escuela actual, donde los problemas de la identidad nacional, la libertad y la creatividad del alumno deben constituir un interés de primer orden.

JOSÉ MARTÍ, A CIEN AÑOS DE SU PARTIDA

por Carmen Alicia Dávila Munguía

El 19 de mayo del presente año, se conmemoró el Centenario de la muerte de José Martí, cubano singular, iniciador de la guerra de independencia de su patria; prócer latinoamericano que luchó por la libertad y la autodeterminación de los pueblos; hombre de valor universal que pugnó por la dignidad de los hombres, la justicia y la verdad.

José Julián Martí y Pérez nació en La Habana, Cuba, el 28 de enero de 1853, en el hogar integrado por el valenciano Mariano de los Santos Martí y Navarro y Leonor Antonia de la Concepción Micaela Pérez y Cabrera, originaria de Santa Cruz de Tenerife, población de las Islas Canarias. Fue el único varón y el primogénito de la familia en la que contó con siete hermanas, (Hidalgo Paz, Ibrahím. **José Martí, Cronología. 1853-1895**. La Habana. Ed. de Ciencias Sociales, 1992, pp. 11-14. **Atlas histórico biográfico José Martí**. La Habana, Inst. Cubano de Geodesia y Cartografía/Centro de Estudios Martianos. 1983, p. 28). Su padre, formó parte del ejército español; fue licenciado en 1855 y posteriormente desempeñó diversas actividades como celador de barrio, juez pedáneo, y otras más.

Cuando José tenía cuatro años de edad, la familia viajó a España y permaneció allá dos años; el niño captó nuevas experiencias. Los Martí y Pérez regresaron a La Habana en 1859. El pequeño asistió a una escolita de barrio y al año siguiente fue inscrito en el colegio de San Anacleto, dirigido por Rafael Sixto Casado. Fue en esta institución donde conoció a uno de sus mejores amigos de su vida: Fermín Valdés Domínguez. Desde que inició su actividad escolar, José Martí se mostró como un alumno responsable, dedicado y de grandes capacidades para el estudio, que ocupó siempre los más altos lugares académicos. Poco después, al conocerlo en la Escuela de Instrucción Primaria Municipal de Varones, el director Rafael María de Mendive (cubano de espíritu anticolonialista, sostenía que todo pueblo tiene derecho a ser independiente y soberano, así como a buscar su libertad aún por la fuerza de las armas. Ver: Losada, Juan. **Martí, joven revolucionario**. La Habana. Comisión de Estudios Históricos de la UJC, 1996, pp. 34-35), le tomó aprecio especial, lo acogió bajo su tutela y se comprometió a costear sus

estudios hasta que terminara el bachillerato. (**Atlas Histórico**. Pág. 28).

Cuando aún no contaba con diez años, vivió una experiencia que lo marcaría para el resto de su existencia. Acompañaba a su padre, quien había sido nombrado juez pedáneo del partido de Hanábana, en la actual provincia de Matanzas, cuando descubrieron un desembarco clandestino de esclavos negros (López Civeira, Francisca. **José Martí. 1853-1895**. "Col. Latinoamericanos No. 3". Morelia. UMSNH/Depto. de Historia Latinoamericana. 1995. P. 8. Cfr.: Losada, Juan. Op. Cit. p. 20). Para cualquier persona con la mínima sensibilidad, hubiera sido motivo de impacto el trato inhumano, los golpes, la injusticia, el comercio de hombres a quienes se consideraba como bestias de carga, ignorando su dignidad, sus derechos y sus sentimientos; podemos imaginar el choque emocional que aquella escena causó en el pequeño, quien en lo sucesivo se definió como ardiente defensor de los desvalidos. Tiempo después, al enterarse del asesinato de Abraham Lincoln, él y un grupo de amigos decidieron portar un brazalete negro durante una semana, en señal de luto, como símbolo del dolor por la desaparición física del presidente que abolió la esclavitud en los Estados Unidos.

Paralelamente a las tareas escolares, empezó a dedicarse a la poesía, al teatro y al dibujo. A los quince años, apenado por el deceso del pequeño hijo del señor Mendive, publicó su poema **A Micaela en la muerte de Miguel Angel**, en el periódico **El Álbum** de Guanabacoa. Por este tiempo conoció a un grupo de jóvenes liberales, estudiantes universitarios, patriotas periodistas y escritores nuevos, con los que se reunía para organizar tertulias literarias, practicar el tiro al blanco y procurar la alfabetización de personas de los barrios pobres de La Habana; se denominaban los **tacos**, y realizaban sus actividades intelectuales en el café del Louvre. (Losada, Juan. Op. Cit. pp. 22-24).

La personalidad de Martí se iba definiendo. Además de destacarse como brillante alumno, empezó a desarrollar sus dotes naturales de literato. Surgían en él los sentimientos patrióticos, se ampliaba su sentido de observación de la realidad vivida por su patria, cobraba interés por la moral, la justicia y la dignidad de los hombres y de los pueblos; en fin, su ideología caminaba al laúdo de su acción, de una manera congruente y progresiva. Al mismo tiempo, colaboraba con el gasto familiar aportando el sueldo de su modesto trabajo.

En el mundo Martí, su patria ocupaba un lugar primordial; ésta se encontraba en condiciones especiales, pues aún vivía bajo el colonialismo español, con una economía basada principalmente en la agricultura y la exportación del azúcar. No obstante, Cuba se modernizaba gracias a los adelantos propiciados por la revolución industrial; la máquina de vapor cobraba auge en los ingenios y trapiches. Su comercio, que tiempo atrás se realizaba en importantes proporciones con España, hacia 1855 había cedido lugar a los Estados Unidos, cuyos barcos duplicaban en cantidad a los peninsulares, cuatriplicando la compra del producto.

La mentalidad de los criollos cubanos había sido influenciada por grandes acontecimientos mundiales, tales como el despotismo ilustrado, las revoluciones francesa y norteamericana, la independencia de las colonias españolas en América, y la industrialización inglesa. Se percibía tremenda inquietud, manifestada en actividades conspirativas y en el malestar de los cubanos ante el incesante cobro de impuestos por parte de la Corona. El chileno Benjamín Vicuña Mackena ofreció en 1886, su ayuda para iniciar los movimientos armados en Cuba, con el fin de extender y fortalecer la guerra que enfrentaban Chile y Perú en contra de la Península. Con este objeto, hizo circular por tierras cubanas su periódico **La voz de América**, a lo que el gobierno español de Lersundi respondió con la prohibición de la lectura de periódicos y libros en talleres, establecimientos y fincas.

La inconformidad aumentaba, generando diversos focos de oposición al régimen; uno de ellos lo conformaba el grupo de jóvenes bachilleres apodados los "birijitas", entre los que se contaba Martí. Los plantadores, y el pueblo en general se fueron sumando a las intenciones independentistas. Así inició en Cuba la Guerra de los Diez Años, con el golpe atestado al gobierno español el 10 de octubre de 1868, por Carlos Manuel de Céspedes. (López Civeira, Francisca. Op. Cit. p. 10. Hidalgo Paz, Ibrahím. Op. Cit. p. 17. Atlas histórico, pág. 28).

Las condiciones que vivía su patria, aunada a su ya definido nacionalismo, condujeron a José Julián a mostrar sus convicciones y a participar activamente en la lucha. Con ese motivo publicó **O Yara o Madrid**, en la única edición del periódico **El diablo cojuelo**; se manifestó así en contra de la tendencia conciliatoria de ciertos

cubanos, e incitó a sus compatriotas a la lucha. Escribió además el poema **Abdala**, en **La patria libre** y el soneto **¡10 de octubre!**, en el periódico manuscrito **El Siboney**. Un grupo de voluntarios a favor del régimen español, encontró en la casa de la familia Valdés Domínguez una carta que Martí le enviaba al cadete Carlos de Castro y Castro, invitándolo a la rebelión separatista; motivo para que el joven fuera acusado enemigo de España y conducido a la cárcel nacional el 21 de octubre de 1869; fue condenado a seis años de prisión en el Presidio Departamental de La Habana. Aquella pena le encadenaba más fuertemente a las actividades en favor de la libertad de su país, a la defensa de su soberanía y al compromiso moral con el pueblo cubano; también fueron encarcelados varios de sus amigos del mismo grupo, acusados de infidencia.

José Julián cumplía su condena en las canteras de San Lázaro, en la sección "La Criolla", con un grillete en el tobillo derecho trabajando arduamente de sol a sol. Doña Leonor, desesperada por la situación de su hijo, intercedió ante el gobernador superior civil, al tiempo que el padre apelaba al arrendatario de las canteras, José María Sardá, aminorar la pena del muchacho que se veía afectado físicamente.

Apenas contaba con diecisiete años, y ya tenía bien claro su concepto de patria, el amor a su tierra y la conciencia de defensa de lo suyo, sus raíces y su nacionalismo. Brotaba de él, de manera natural y espontánea, el sentimiento amoroso hacia Cuba y la lucha por la dignidad de su pueblo, desdeñando riesgos y desafiando peligros, basado en la convicción ideológica que en él se desarrollaba. Así lo demuestra la dedicatoria de la fotografía enviada a su progenitora desde el presidio, con palabras que muestran claramente su doctrina libertaria:

Mírame, madre, y por tu amor no llores:
si esclavo de mi edad y mis doctrinas,
tu mártir corazón llené de espinas,
piensa que nacen entre espinas flores.
(**Obras completas**. T. 17. La Habana.
Ed. Ciencias Sociales. 1965. P. 15).

En el mes de agosto de 1870, gracias a las gestiones de sus padres, fue enviado a la cigarrería del penal y posteriormente a la fortaleza

"La Cabaña". El capitán general le conmutó su pena por el traslado a la isla de Pinos, lugar al que eran relegados los presos políticos y comunes de aquella época. El mismo Sardá lo acogió allá en el seno de su hogar. Sin embargo, los daños sufridos por el polvo de las canteras y la llaga causada por el grillete en sus pies lo habían afectado de por vida.

Nuevamente fue removido a petición de su madre, pero en esta ocasión a España, en donde tendría la oportunidad de inscribirse en la Universidad Central de Madrid. Ahí se contactó con otros deportados como Carlos Sauvalle, quien le prestaría gran ayuda, especialmente durante la crisis de sus enfermedades. Tuvo la oportunidad de estudiar Derecho, continuó también con la publicación de sus escritos en favor de Cuba y se manifestó por la defensa de su patria contra los ataques publicados en **La Prensa**. En **El presidio político en Cuba**, narró la espantosa vida que llevó en la cárcel, pidiendo un trato digno para los presos; mostró la realidad colonial, el abuso y la inestabilidad del régimen político español, así como sus sentimientos anticolonialistas, por los que lucharía el resto de su vida. Su obra es profunda, sus atinadas observaciones van a la raíz de los problemas que analizó, persiguiendo la verdad y la justicia. Desde sus primeros escritos políticos, Martí denotó su carácter revolucionario impreso en cada frase salida de su mente y de su corazón, que iba unida a su acción.

Otro hecho que contribuyó a su incansable búsqueda de justicia, fue el sucedido el 27 de noviembre de 1871, cuando ocho estudiantes de Medicina de La Habana, acusados de infidencia, fueron fusilados cobardemente. Hubo otros compañeros suyos que fueron apresados; entre ellos se encontraba Fermín Valdés Domínguez, quien una vez conmutada su pena por el destierro, se unió a su gran amigo en España.

El grupo de cubanos deportados en la península se entrevistaba, se reunía, se apoyaba y conmemoraba determinadas fechas importantes para su patria, como el aniversario luctuoso de sus desaparecidos hermanos, con circulares, homenajes o discursos. Eran muchachos patriotas, amantes de la libertad, de la cultura y del trabajo. Martí encaminaba todo su esfuerzo a la continuación de sus estudios, al trabajo, a la actividad política literaria, y al servicio de su isla natal en la medida de lo posible.

Durante los tres años que permaneció en aquel destierro, amplió notablemente su instrucción; se graduó como Bachiller en Artes, obtuvo la licenciatura en Derecho Civil, Derecho Canónico y Filosofía y Letras. (López Civeira, Francisca. Op. Cit. 14 y 18). Trabajaba a un intenso ritmo siempre que su salud se lo permitía; sus distracciones consistían en asistir al teatro y visitar museos, además de las actividades propias de un muchacho de su edad.

Las condiciones de vida para el joven que aún no cumplía veinte años, habían sido demasiado duras. Su índole de primogénito y único varón le hizo tomar muy en serio su responsabilidad ante la precaria situación económica de la familia, respondiendo con el máximo de su esfuerzo en el trabajo. Las escenas de Hanábana habían generado en él una concepción profundamente antirracista y antiesclavista. El asesinato de los estudiantes cubanos, lo obligaba a clamar por la justicia; el presidio, el trabajo forzado y el destierro, acrecentaron su interés en la observación del manejo de la política y el deseo de independencia de su patria, así como su clara noción de libertad. Las rudezas vividas lo habían hecho madurar a temprana edad. La impotencia ante el abuso y el dominio español, vividos en carne propia, hicieron crecer su cubanía. A ello se sumaba su sagacidad natural, su sentido crítico y su capacidad de observación, para construir su mundo, ese mundo especial, único, integrado por elementos propios y elementos ajenos, que formaban parte de su vida y de la historia de su pueblo, de la tierra que lo vio nacer y a la cual pertenecía. La dura vida sufrida, había moldeado su carácter y acrecentado su sensibilidad; las vivencias experimentadas lo habían colocado al lado de los débiles e indefensos; la razón lo impulsaba a la indignación ante la opresión y la explotación del ser humano y de su amada Isla.

En 1873, las Cortes proclamaron la República Española, lo cual generó levantamientos, alborotos, enfrentamientos y represiones que acabaron por terminar con la rebeldía, mediante el Golpe de Estado que en los primeros días del año siguiente colocó al general Serrano en el poder. (Hidalgo Paz, Ibrahim. Op. Cit. pp. 24-25).

Atento a cada suceso, el cubano analizó el aparato gubernativo del país que dominaba a su patria, se percató de las fallas que privaban en el sistema y de la corrupción existente; determinó las causas de la inestabilidad política, su relación y repercusión en Cuba.

Con estos argumentos, demandó para su país el respeto a la naciente república, que contaba ya con gobierno y constitución propios, surgidos a raíz de la guerra iniciada por Céspedes. Estas ideas fueron plasmadas en su escrito **La República Española ante la Revolución Cubana** con palabras que definen su postura independentista, tomando en consideración que el hombre se debe a su tierra de origen y a la defensa de ella debe encaminar sus fuerzas. De sangre española, de espíritu cubano y de valores universales, pugnó siempre por la dignidad de hombres y pueblos, basando esa dignidad en el patriotismo y en el nacionalismo de los ciudadanos de un país. Así lo manifestaría años después, al mencionar que

el soldado que lucha por la honra vale más y lidia mejor que el soldado que lucha por la paga. (Obras completas. Tomo 9, p. 87).

A fines del año de 1874, Martí pasó de España a Francia, Inglaterra y Estados Unidos, para continuar hasta la ciudad de México, a donde llegó en enero del año siguiente. Allí se reunió con su familia, que había trasladado su residencia y permaneció en este país por espacio de dos años, tiempo que ocupó en la realización de variadas actividades. Desde el momento de su arribo se relacionó en sincera y entrañable amistad, con el señor Manuel Mercado, secretario del gobierno del Distrito Federal y hermano de quien años después sería gobernador de Michoacán, Aristeo Mercado. También conoció a Juan de Dios Peza, a Manuel Ocaranza y a Manuel Acuña; trabajó para la **Revista Universal** y para **El Federalista**; fue socio del Liceo Hidalgo y de la Sociedad Gorostiza; fundó la Sociedad Aragón; escribió la obra teatral **Amor con amor se paga**; fue delegado al Primer Congreso de Trabajadores del país; practicó el ajedrez; y conoció a la cubana Carmen Zayas Bazán, con quien contraería matrimonio el 20 de diciembre de 1977, en el Sagrario Metropolitano de la Capital. (Para una mejor apreciación de las actividades de Martí en relación a México, ver: Bueno, Salvador: **Martí y México**. Publicaciones Sociedad Cubano-Mexicana de Relaciones Culturales, sin fecha. 124 pp.; López Civeira, Francisca. Op. Cit. pp. 21-22 y 26; Hidalgo Paz, Ibrahím, Op. Cit. pp. 27-32).

Su estancia en México le permitió el conocimiento de un país latinoamericano libre del yugo español, adentrarse en sus problemas

políticos, económicos, sociales y culturales. Vivió la apremiante situación del campesinado, observó los marcados contrastes sociales, el poco interés en el rescate de nuestras raíces, y pugnó por la exaltación de las culturas americanas. Fue también por este tiempo, que solicitó a la Agencia General del Gobierno Cubano en los Estados Unidos, su inscripción como ciudadano de Cuba, derecho que se otorgaba según los méritos de los solicitantes en favor de su país. (Hidalgo Paz, Ibrahím. Op. Cit. p. 31).

El sentimiento de justicia que había nacido en él desde la infancia se acrecentaba y veía en la dominación de su isla natal y en general de todo pueblo sojuzgado, la causa del retraso en el desarrollo diciendo:

del mismo golpe que se paralizó al indio se paralizó a América.
(Citado en Fernández Retamar, Roberto. **Calibán**. Segunda edición. México. Ed. Diógenes, 1974. p. 43).

Manifestaba así su inconformidad hacia la dominación extranjera y hacia la imposición del poder.

Poco después del ascenso del general Porfirio Díaz a la presidencia de la República, abandonó México para dirigirse a Centroamérica, pasando por Cuba para gestionar el traslado de su familia nuevamente hacia aquel lugar. Su destino fue Guatemala, y su principal medio de subsistencia fue la enseñanza. Sin embargo, su permanencia en aquella ciudad no se prolongó por mucho tiempo, ya que el 31 de agosto de 1878, arribaba en compañía de su esposa a La Habana.

Por medio del Pacto del Zanjón, de febrero de ese mismo año, se había puesto fin a la guerra iniciada por Céspedes diez años antes; habían resultado infructuosos los intentos de los cubanos por romper los lazos del colonialismo español. Pero el interés de Martí por ver a su patria independiente no cesaba; fue por ello que casi de inmediato se puso en contacto con el Comité Revolucionario Cubano en Nueva York, combinando las actividades conspirativas con las literarias, docentes, de crítico de arte y de pasante de Derecho (su título se retenía en España).

En ese mismo año, rechazó la propuesta del Partido Autonomista para la candidatura a diputado por la localidad de

Santiago de Cuba, argumentando que lo único que podría defender en el Parlamento sería la independencia de su país. Una carta en que así se expresaba, fue confiscada por la policía (Hidalgo Paz, Ibrahím. Op. Cit. p. 42), Martí fue detenido y enviado en calidad de preso a Santander, España. Libre bajo fianza, logró trasladarse a Madrid, de donde pasó a Francia para partir de Le Havre a Nueva York.

José Julián llegó al país norteamericano el 3 de enero de 1880 y fijó allí su residencia por más de la tercera parte de su vida, aunque interrumpida de enero a agosto del siguiente año, meses que vivió en Caracas, Venezuela; allí obtuvo prestigio como literato, impartió clases y escribió para **La Opinión Nacional**. También fundó la **Revista Venezolana**, y volvió luego a Nueva York. En Norteamérica realizó la más fructífera labor literaria, política, revolucionaria y humanística de su vida.

Los Estados Unidos habían obtenido su independencia el año de 1776 (Morison, Samuel Eliot, y otros. **Breve historia de los Estados Unidos**. Tercera edición en español, segunda reimpresión. Traductores Odón Durán D'Oion y otros. México, FCE, 1993. p. 112), convirtiéndose en el primer país de América que obtuvo su libertad respecto a las naciones europeas. A este hecho se sumaba el de la industrialización iniciada tiempo atrás en Inglaterra, la cual se desarrolló de manera especial en el norte estadounidense, mientras el sur continuaba con una economía básicamente agrícola; tal oposición de interés llevó a la casi recién constituida nación, a un fuerte enfrentamiento. El norte industrial triunfó sobre el sur esclavista; las máquinas suplían la mano del hombre y el producto comercial buscaba nuevos mercados de colocación. La explotación del acero se hacía cada vez más necesaria para la elaboración de maquinaria, herramienta, ferrocarriles y vías ferroviarias, elementos que facilitaban y aceleraban tanto la producción de mercancías como su transportación para la venta. Se acrecentaba también el interés en el petróleo y la energía eléctrica, pues ambos ofrecían un sinnúmero de posibilidades a la tecnología.

El panorama que el país norteamericano ofrecía al cubano, parecía plantear amplias posibilidades de desarrollo humano tanto en el aspecto individual como nacional. Supo de los logros de gente tan sencilla como Thomas Jefferson o George Washington, que habían tenido la posibilidad de escalar grandes peldaños, para llegar a

ocupar los puestos políticos más importantes de su pueblo, desde donde lucharon por la justicia y la paz. Contemplaba a un país progresista, en ascenso constante y con oportunidades para todo aquel que trabajara con ahínco.

Las primeras opiniones que el insigne cubano virtió sobre los Estados Unidos, fueron de elogio y admiración, los define como

el pueblo más pujante, feliz y maravilloso que han visto los hombres... ¡y este pasmoso pueblo ha venido a la vida, de haberse desposado con fe buena, en la casa de la Libertad, la América y el trabajo. (**Obras completas**. p. 85).

Elogia la pujanza y el progreso, advierte que la pobreza de un país acarrea tormentas y revueltas, y atribuye la bonanza y el cambio generados en esos cien años, a los efectos de la independencia lograda por los patriotas que lucharon por su honra. (**Obras completas**. pp. 85-87).

La industria exigía la instalación de nuevas fábricas y la ampliación de las ya existentes. Se multiplicaban las inversiones; la oligarquía financiera iba colocando sus capitales tanto en el territorio norteamericano como en el exterior, imponiendo al mismo tiempo sus condiciones. Pero mientras la industria se fortalecía, los granjeros sufrían las consecuencias de las bajas en productos como el trigo, cuyo precio descendió casi a cincuenta por ciento entre 1870 y 1896 (Morales, Salvador. **Ideología y luchas revolucionarias de José Martí**. La Habana. Ed. Ciencias Sociales. 1984. p. 243). Fue entonces, en octubre de 1881, que se llevó a cabo la Exposición Internacional de Atlanta, en la que planeó invitar al norte a invertir en el sur, y a éste último, a producir los frutos que aún debían importarse del exterior como los tropicales. Se procuraba de esa manera, proveerse de la materia prima y de la maquinaria necesaria para la elaboración de productos que pudieran ser lanzados a los

vastos mercados en su frontera como los de México y los del resto de la América Latina. (Martí, José **Obras completas**. Tomo 9, p. 79).

Intención que para Martí significó una señal de alarma, de sigiloso atentado para la economía de nuestros países.

Hacia mediados de siglo, se habían descubierto en California los importantes yacimientos auríferos que provocaron la famosa "fiebre del oro". Las opiniones en cuanto al proteccionismo o el libre cambismo eran diversas y no lograban conciliarse. Las organizaciones obreras y campesinas pugnaban por la libre emisión de monedas de plata, con la esperanza de lograr que su economía mejorara (Morales, Salvador. Op. Cit., pp. 243-245), y cinco años más tarde, el propio Martí observaba que los "oprimidos trabajadores" posaban su mirada en la tierra "para el día en que la producción universal aglomerada por las máquinas se amontone en los mercados sin hallar compradores y llegue al cielo (Martí, José. **Obras completas.**, pp. 16-17), mientras tanto, ya dos millones de hombres se encontraban sin trabajo. Para él, la solución debería buscarse en el equilibrio de las clases sociales y la distribución de la tierra entre pequeños propietarios que propiciaran la agricultura diversificada, evitando la injusticia del monopolio, (Rodríguez, Carlos Rafael. **José Martí. Guía y compañero.** Cuadernos de Estudios Martianos. La Habana. Centro de Estudios Martianos, 1979, pág. 81-82). Consideraba que la libertad del norte industrial, era a la vez un riesgo para los plantadores del sur y aún para los países latinoamericanos. Conscientemente visualizaba, ya desde entonces, el dominio económico que se iba perfilando para nuestros países. Su visión adquiriría un tono más objetivo de la realidad norteamericana.

El conocimiento del país, aunado a sus ideales y experiencias, es decir, la fundamentación de su teoría, fueron elementos de suma importancia para el crecimiento espiritual de José Martí, que llegó entonces a la plenitud de su madurez como ser humano. Cabe decir que, por otro lado, su vida familiar debió ser un tanto cuanto difícil, pues según tenemos noticia, Carmen y su hijo sólo en contadas ocasiones convivieron con él, y sus padres rara vez lo visitaron (López Civeira, Francisca. Op. Cit., pp. 40 y 48. Hidalgo Paz, Ibrahím. Op. Cit., pp. 132-133). La distancia entre él y sus seres queridos era grande, sin embargo, aprovechó hábilmente el tiempo de que disponía en Nueva York, en útiles tareas por su país.

La situación económica generada por los adelantos tecnológicos de la época, iba acompañada de nuevas condiciones sociales políticas y culturales en la nación entera. El auge empresarial permitía a los grandes capitalistas apoyar económicamente a los

candidatos políticos, en el entendido que dicho apoyo sería correspondido a la toma de posesión de los cargos gubernamentales, aliándose así el poder económico y político, (Martí, José. **Obras completas**. Tomo 11, p. 16). La dirección del país se discutía y se alternaba entre los partidos republicanos y demócrata, pero además, al interior de ambos se habían creado corporaciones "encaminadas antes que al triunfo de los ideales políticos, al logro y goce de los empleos públicos" (Martí, José. **Obras completas**. Tomo 9, p. 64), por lo cual internamente también se pugnaba por la supremacía.

La sociedad estadounidense se agitaba en un mar de contradicciones, expresadas de diversas formas. El gobierno premiaba con la medalla del valor heroico a una persona que rescató a trece náufragos, reconociendo tal proeza, mientras que los descendientes del rico comerciante Stewart convertían en lujoso y productivo hotel, la casa que con fines altruistas construyera aquél para las mujeres pobres (Martí, José. Op. Cit. Tomo 9, p. 77-78). Los partidos políticos proclamaban democracia y honestidad tras el lamentable atentado en contra del presidente Garfield, pero ese hecho en sí, demostraba que el interés material se antepone a los principios morales. En carta al director de **La Opinión Nacional**, Martí transcribió las palabras que un ciudadano americano envió al directivo del periódico **Sun** de Nueva York:

Este es un gran país, y, sin embargo, es un hecho que dentro de los 16 años dos Presidentes han muerto asesinados, otro Presidente fue procesado... y otro Presidente ocupó su puesto por abominable fraude...¿qué viene ahora? (Martí, José. Op. Cit., tomo 9, p. 59).

Por su parte, el cubano comentaba los intentos reformistas, diciendo:

Parece... como que cansados de tanta política mezquina, corre un aire puro por las asambleas políticas de este país, señor en apariencia de todos los pueblos de la tierra, y en realidad esclavo de todas las pasiones de orden bajo, que perturban y pervierten a los demás pueblos. (Martí, José. Op. Cit., t. 9, p. 27).

La experiencia de una nueva vida, su conocimiento de los Estados Unidos; la nostalgia de su patria y el dominio que sobre ella ejercía España, se agolparon en su mente para dar lugar a su intensa y febril actividad literaria, encaminada a concientizar a sus compatriotas de

su dignidad y de la necesidad de libertad absoluta de la Isla; así como a los latinoamericanos, sobre la defensa de sus respectivos países ante cualquier intromisión extranjera, haciendo énfasis en la inminente amenaza que planteaba la expansión estadounidense. Así lo demuestran sus artículos y escritos que como corresponsal realizó para diversas publicaciones de la América Hispana, como las de Argentina, Colombia, Honduras, México, Uruguay y Venezuela; y para **Patria** de Nueva York, en calidad de corresponsal de guerra en Cuba Libre (Becali, Ramón. **Martí, corresponsal**. La Habana. Ed. Orbe. 1976, p. 111). Fue en esta actividad que inició su participación política más directa, con los trabajos y las cartas sobre la primera Conferencia Internacional Americana, inaugurada en Washington en octubre de 1889 (Hidalgo Paz, Ibrahím. Op. Cit., pp. 66-67); advierte los objetivos perseguidos al organizar aquella reunión, intereses que en nada eran favorables a nuestros países. Poco después de realizar la primera crónica sobre la citada conferencia, dio a conocer a los delegados latinoamericanos su famoso discurso **Madre América** cuyas palabras reflejan su espíritu, su concepto de dignidad de pueblo, el amor a su tierra y el orgullo de sentirse latinoamericano, pues al referirse a los Estados Unidos, dice:

Pero por grande que esta tierra sea, y por unguida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros... es más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez. (Discurso pronunciado el 19 de diciembre de 1889, en la velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana. Vea: Martí, José. Op. Cit. Tomo 6, p. 134).

El nacionalismo tenía en él una profundísima concepción, por lo cual le causaba indignación todo aquel que, habiendo mudado su domicilio a los Estados Unidos, los llamaba

mi país... con los labios fríos como dos monedas de oro, dos labios de que se enjuga a escondidas... las últimas gotas de leche materna. (Martí, José. Op. Cit. T. 6, p. 35).

Pero las opiniones que sobre el antimperialismo él proclamaba, recibieron intentos para ser frenadas de golpe por parte de **La Nación**, de Buenos Aires, y de **La Opinión Pública**, cuyo director

le recomendó

no tocar con acervos conceptos a los vicios y costumbres de ese pueblo, porque esto no gusta aquí y me perjudicaría. (Becali, Ramón. Op. Cit. pp. 104, 105 y 107).

A esta recomendación se sumaba la opinión de Faustino Domingo Sarmiento, crítico opositor de Martí, quien lo censuró por no modernizarse al estilo "yankee", por ser tan latino y dar tanto en favor de los americanos del sur. A juicio del argentino, los escritos del cubano deberían mostrar el ejemplo norteamericano, digno de ser continuado por los países al sur del Bravo:

Quisiera que Martí nos diera menos Martí, menos español de raza y menos americano del sur, por un poco más del yanqui, el nuevo tipo del hombre moderno. (Citado en Fernández Retamar, Roberto. Op. Cit. pp. 53-54).

Por los sucesos mencionados Martí comprendió y valoró en toda su magnitud, tanto lo positivo como lo negativo de la vorágine que vivía el vecino país del norte, aquel complejo proceso que indicaba cómo se iba conformando esa nación. Analizó sus problemas políticos, el fenómeno de la inmigración, el desarrollo industrial, y el problema del excesivo amor al dinero, para lograr la comprensión del surgimiento de ese nuevo mundo, impulsado cada vez más fuertemente en ése y muchos pueblos más, por el espíritu nacionalista de fines del siglo XIX.

Respecto al intercambio de productos que Norteamérica buscaba con los países latinoamericanos, tratando de eliminar de nuestro continente a la competencia europea, refirió:

¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud, en la batalla que los Estados Unidos se preparan a librar con el resto del mundo? ¿Por qué han de pelear sobre las repúblicas de América sus batallas con Europa, y ensayar en pueblos libres su sistema de colonización. (Martí, José. Op. Cit., T. 6. p. 57).

Consciente de la situación, advertía el peligro del dominio económico, al tiempo que indicaba la conveniencia de proteger también nuestros territorios. El 2 de noviembre de 1889, hacía referencia a las

palabras publicadas por el **Sun** de Nueva York:

Compramos Alaska ¡Sébase de una vez!, para notificar al mundo que es nuestra determinación formar una unión de todo el norte del continente con la bandera de las estrellas flotando desde los hielos hasta el istmo, y de océano a océano. (Martí, José. Op. Cit., p. 69; ya en 1881, las antiguas Trece Colonias independientes habían adquirido territorios que abarcaban hasta ese momento 38 Estados de la Unión. Vea también: T. 9, p. 91).

Cada una de las actividades que le fueron encomendadas a Martí, fueron desempeñadas dignamente por él. Algunos países sudamericanos le solicitaron tomar cargos diplomáticos tales como cónsul de Paraguay, de la República Oriental de Uruguay y de la República Argentina en Nueva York. Fue también representante del gobierno uruguayo ante la Comisión Monetaria Internacional Americana, ocasión que aprovechó para desempeñar un favorable papel para América Latina. Además prestó sus servicios como traductor de documentos a la Legación de la República Argentina en los Estados Unidos, en el asunto problemático del territorio de Misiones.

En noviembre de 1887, había sido electo presidente de la Comisión Ejecutiva encargada de organizar la lucha para la liberación de Cuba, y a ella dedicó todo su empeño, especialmente a partir de 1891, fecha en que renunció a los tres consulados que tenía a su cargo, (Atlas Histórico., p. 56). Desde los Estados Unidos desarrolló la mayor parte de su labor revolucionaria; trabajó por reunir a todas las fuerzas cubanas posibles y capaces de dar la completa libertad a su nación. Con clara conciencia, firmes convicciones y espíritu indomable, organizó el movimiento insurreccional, agrupando a sus compatriotas en clubes y diversos organismos directrices de la lucha que en breve iniciaría.

Entre sus mayores logros destacó el de la fundación del Partido Revolucionario Cubano, el cual tendría un papel clave durante la guerra independentista y cuyas bases y estatutos secretos fueron aprobados por los representantes de la emigración, en Cayo Hueso, Florida, en 1892 (Martí, José. **El Partido Revolucionario Cubano**. Selección, introducción y notas de Salvador Morales. La Habana. Ed. Ciencias Sociales, 1975, p. 27). Martí viajó visitando agrupaciones, fábricas y talleres de diversas ciudades, para inculcar en los trabajadores y obreros sus ideales nacionalistas y sus ansias

libertarias. Se mantuvo en contacto constante con los líderes de la frustrada guerra del 68, como Máximo Gómez, José y Antonio Maceo, entre otros.

El problema para Cuba no sólo radicaba en sacudirse el yugo español, también había que esquivar el interés de los Estados Unidos en la codiciada isla. El norteamericano V. Perry Atwell sugería establecer "su supremacía comercial" a la usanza "inglesa", bloqueándole el mercado azucarero (Morales, Salvador. **Ideología...** pp. 327-328), y **The Manufacturer** de Filadelfia había expuesto, el 16 de marzo de 1889, las ventajas de la anexión, basadas en la posición estratégica a las puertas del Golfo de México, su cercanía con la Florida, las buenas bahías, y la capacidad productiva, especialmente por la calidad de su tabaco y la caña de azúcar. Por otro lado, se lamentaban de la condición étnica de los habitantes, indignos –según ellos– de ser norteamericanos (Morales, Salvador. **Ideología...**, pp. 343-345). De cualquier forma, fuera en intentos por comprarla, o de entrar en guerra por ella, el peligro estaba ahí, y había que buscar la manera de ponerla a salvo, con el objeto de que los norteamericanos no sustituyeran a los españoles en el predominio sobre Cuba.

Martí valoró la situación y comprendió que la independencia no se lograría pacíficamente; y aunque la guerra era para él "una triste necesidad" (citado en Rodríguez, Carlos Rafael. Op. Cit., p. 54), se empeñó en continuar el esfuerzo por la empresa libertaria de Carlos Manuel de Céspedes, aprovechando la enseñanza de los aciertos y evitando la de los errores anteriores. Así, el 29 de enero de 1895, redactó y junto con José María Rodríguez y Enrique Collazo suscribió la orden de alzamiento. Una vez organizado el movimiento, salió de Nueva York, y el 7 de febrero siguiente llegó a Montecristi, Santo Domingo, en donde el 25 de marzo firmó el conocido **Manifiesto**, documento en el que concentró su ideología, ya perfilada desde su Lectura en el Steck Hall, de quince años antes, casi a su arribo a los Estados Unidos (véase **José Martí. Lectura en Steck Hall**. Col. Textos Martianos Breves. La Habana, Ed. Ciencias Sociales, 1985, 50 pp.). Sus palabras exaltan la valentía y el espíritu guerrero, la dignidad del pueblo cubano y la necesidad de independencia y libertad.

Además del nombramiento de Delegado del Partido Revolucionario Cubano, fue nombrado Mayor General del Ejército

Libertador, y como tal, encabezó las filas de las tropas revolucionarias para enfrentar al ejército español, siendo herido y muerto en el combate librado en el potrero de Dos Ríos, el 19 de mayo de 1895.

Las balas enemigas truncaron la fructífera vida del insigne cubano, que desde su infancia demostró amor a su patria y luchó por ella. Su pensamiento quedó como guía para las generaciones que le han sucedido, no sólo de sus compatriotas, sino de Latinoamérica y del mundo entero.

Su enseñanza es amplia y variada; abarca numerosos aspectos que reflejan la riqueza de su espíritu. Sus palabras "Los tiempos son... para empujar rocas hasta la cima de la montaña; no para llorar sobre exánimes ruinas (Martí, José. Op. Cit. T. 9, p. 63), expresan la gran tenacidad que siempre lo sostuvo ante la adversidad. Basó en la educación, aunada al trabajo, la forma ideal de preparar al individuo para la vida; preparación que debería otorgarse en base a los elementos culturales propios, reflejo de la esencia de la patria, cuya historia es imprescindible conocer para librarla de las tiranías. Reflejó su pensamiento en su célebre escrito **Nuestra América**, resumiendo sus concepciones nacionalistas y latinoamericanistas; de dignidad humana y nacional; de conocimiento y orgullo de las raíces culturales propias; de las necesidades de la patria y el respeto a su soberanía; de la igualdad de las razas; y de la urgencia de unión entre todos los países al sur del Bravo, en un frente común, para la defensa mutua. (Martí, José. **Obras completas**. Tomo 6, pp 15-23, Texto publicado en la **Revista ilustrada** de Nueva York, el 1 de enero de 1891, y en **El Partido Liberal** de México, el 30 del mismo mes y año. Vea: Hidalgo Paz, Ibrahím. Op. Cit., pp. 69-70).

Martí centró su atención en la defensa de los desvalidos, que son siempre

los que se juntan frente a la iniquidad, hombro con hombro. (Citado en Rodríguez, Carlos Rafael. Op. Cit., p. 25).

Intercedió por los explotados, fuesen blancos o negros, indios o mestizos, reconociendo la identidad universal del hombre, pues para él:

El alma emana, igual y eterna de los cuerpos diversos en forma y color. Peca contra la Humanidad, el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas. (**Obras completas**. Tomo 6, p. 22).

Atacó al racismo, la esclavitud y la desigualdad, al tiempo que alababa toda aquella doctrina que proclamase el respeto al ser humano y la convivencia social armónica.

Consideró a cada uno de los elementos naturales, riquezas pertenecientes a la humanidad en

depósito de quien saque mayor provecho de ellos para el bienestar común –y agregó que– con el trabajo honrado jamás se acumulan fortunas insolentes. (Martí, José. **Obras completas**. Tomo 12, p. 251).

Mencionó además que la riqueza de un pueblo está en la tierra. Lejos de pecar de tibio, su posición ideológica se mantuvo en equilibrio entre

el materialismo que es la exageración de la materia, y el espiritismo que es la exageración del espíritu. (Martí, José. Op. Cit. Tomo 28, p. 326).

Su enseñanza –como indicara Martínez Bello– se fortalece en el vínculo con la realidad y frente a la realidad, en favor de los intereses tanto materiales como espirituales de la sociedad, de la patria y de la humanidad (Martínez Bello, Antonio. **Ideas filosóficas de José Martí**. La Habana, Edic. Ciencias Sociales, 1989, p. 22). El idealismo de sus años mozos, en su madurez se tornó en objetividad y realismo. De esta manera, unió congruentemente el pensamiento a la acción, en todas las actividades de su vida. Como incondicional servidor de su patria, expresó que la política debería ser

el arte de conservar en paz y grandeza a la Patria, más no el vil arte de elaborar una fortuna a sus expensas. (Martí, José. Op. Cit. Tomo 9, p. 33).

Su acción revolucionaria en pro de Cuba y su pensamiento en defensa de Latinoamérica, lo convirtieron –como atinadamente expresó José Cantón Navarro– en "el primer líder conscientemente antimperialista de la independencia americana (Cantón Navarro, José. **Influencia del medio social norteamericano en el pensamiento de José Martí**. Conferencia pronunciada en la Biblioteca Nacional José Martí, el 18

de enero de 1974, publicada en **Anuario Martiano**, No. 6. La Habana. Depto. Col. Cubana/ Consejo Nacional de Cultura. 1976, p. 28). Su salida de Nueva York, al momento que consideró debidamente realizados los preparativos para iniciar la insurrección armada en su país natal llevaba, desde luego, la intención de lograr la independencia con respecto a España, pero al mismo tiempo contaba con la firme convicción de tratar de evitar la expansión norteamericana hacia el sur del río Bravo. Las actividades de su vida tuvieron un fin concreto, por el que siempre luchó: la independencia, la soberanía y la autodeterminación de los pueblos. Su objetivo se resume, como él mismo lo escribió, en

impedir a tiempo, con la independencia de Cuba, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy y haré, es para eso.

Palabras que fueron expresadas en la carta inconclusa del mártir de Dos Ríos a Manuel Mercado, fechada un día antes de su trágica muerte. (Bueno, Salvador. Op. Cit., p. 114). Su ejemplo, de acuerdo al portorriqueño José Ferrer Canales, es de un

iluminador de los mejores caminos hacia la plenitud político-cultural de América Latina y el Caribe. (Palabras pronunciadas en la Declaración Final de la Conferencia Internacional **José Martí y los desafíos del siglo XXI**, en mayo de 1995, citadas en: **Granma Internacional Semanario**, La Habana. Año 30. No. 22-31 de mayo de 1995. Sección Nacionales, p. 7).

Su pensamiento sigue vigente, no sólo en Cuba o Latinoamérica, sino en el mundo entero. Así lo demuestran las ceremonias conmemorativas del primer centenario de su partida, realizadas en la Isla y en numerosas partes del globo terrestre, como México, España, Brasil, Uruguay, Puerto Rico, Nicaragua, Siria, Jordania, Finlandia, Rumania, Turquía, Inglaterra, Italia y Portugal, por citar sólo algunas (**Granma**. Diario. La Habana No. 99, año 31. 19 de mayo de 1995. Año del Centenario de la caída de José Martí, p. 4; **Granma** No. 100. año 31. 20 de mayo de 1995, p. 8; **Granma**, No. 104, año 31. 26 de mayo de 1995, p. 4). En Nueva York, el Consejo de la ciudad le rindió merecido homenaje, y señaló que su

dedicación a la causa de la independencia de su país, lo convirtió en sinónimo de la libertad de toda América Latina. (Rodríguez, Pedro Pablo y Ortega, Juan José. **En diversas partes del mundo rinden homenaje a José Martí**. Granma, No. 99. 19 de mayo de 1995, p. 4).

José Martí, cubano excepcional, hombre de ayer, de hoy y de mañana, no se limita a un pueblo, a una raza, ni a una corriente ideológica. Es reclamado por todo pueblo que busca respeto y libertad; por toda raza que procura dignidad y justicia; por toda ideología que pugna por la verdad y el bien común.

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| Martí, Mercado y Ocaraza, tercia amistosa y fraterna Arturo Molina García | IX |
| Prólogo. Martí: vocación de Patria Odón Betanzos Palacios | XI |
| Alfonso Herrera Franyutti descubre una poesía desconocida de José Martí | 3 |
| De noche en la imprenta José Martí | 4 |
| Actualidad de José Martí Alfonso Herrera Franyutti | 7 |
| El mexicanismo de José Martí José de Jesús Núñez y Domínguez | 21 |
| El Carácter de Martí (En el Centenario del Apóstol) Rosario Rexach | 27 |
| Martí Hombre Salvador Azuela | 51 |
| José Martí, libertador americano Ernesto Madero | 65 |
| José Martí Mauricio Magdaleno | 85 |
| Crecimiento y revelación de José Martí Manuel Pedro González | 119 |
| José Martí, insigne maestro de literatura infantil Elba María Larrea | 137 |
| Martí, héroe civil Salvador Pineda | 153 |

| | |
|---|-----|
| Martí escritor | |
| Andrés Iduarte | 161 |
| Martí escritor | |
| Agustín Cué Cánovas | 183 |
| Martí como maestro | |
| Rubén Landa | 195 |
| Educación e identidad nacional en José Martí | |
| Constantino Torres Fumero | 217 |
| José Martí, a cien años de su partida | |
| Carmen Alicia Dávila Munguía | 227 |

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- ACOSTA, Cecilio: 53, 90, 95, 113, 135, 187, 189, 198
ACUÑA, Manuel: 51, 66, 78, 94, 116, 203, 233
AGRAMONTE, Ignacio: 220
ALCOTT, Bronson: 210, 212
ALIGHIERI, Dante: 61, 126
ALLENDE, Salvador: 9
ALTAMIRANO, Ignacio Manuel: 22, 51, 71, 80, 93, 103
ANDERSON DANA, Charles: 125
ANFIÓN: 188
ARCINIEGAS, Germán: 153
ARMAS Y CÁRDENAS: 164
ASUNCIÓN SILVA, José: 170
AUGIER, Angel: 170
BAGNETTO: 16
BALZAC, Honorato de: 51
BANCROFT, George: 135
BARALT, Adelaida: 113
BARBIER, Augusto: 135
BARREDA: 22
BARRIOS, [Justo] Rufino: 53, 76, 94
BARRIOS CABRERA [PÉREZ], Leonor [Madre]: 55, 67, 227, 230
BECALI, Ramón: 239
BEETHOVEN, Ludwig Van: 62
BLANCH, Celestino: 130
BLANCO FOMBONA, Rufino: 170, 179
BOLÍVAR, Simón: 12, 53, 77, 78, 80, 86, 87, 88, 89, 92, 95, 98, 104, 112, 116, 131, 139, 140, 142, 143, 166, 167, 193, 195, 198
BOTI, Regino E. : 165, 173
BUENO, Salvador: 233, 245
BOUGERT: 174
BOUNARROTI, Miguel Angel: 62
BYRON, Lord: 87
CABALLERO, José Agustín: 219
CALDERÓN: 164
CANTÓN NAVARRO, José: 244
CARRANCÁ Y TRUJILLO, Camilo: 113
CASAL, Julián del: 170, 171, 176
CASAS, Bartolomé de las: 62, 189
CASTRO, Carlos: 204, 230
CASTRO, Fidel: 10

CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de: XIV, 125, 126, 129, 131, 171, 186
CÉSPEDES, Carlos Manuel de: 68, 89, 92, 229, 233, 234, 242
CIVEIRA, Francisca: 228, 229, 231, 233, 237
COLÓN, Cristóbal: 175
COLLAZO, Enrique: 242
CORTÉS, Hernán: 103
CRISTO: 126, 128, 129
CROMBET, Flor: 49
CHARLES, Cecil: 198
CHAVARRY, Francisco: 130
D'ACOSTA GÓMEZ: 114, 116
DATO, Eduardo: 99
DARÍO, Rubén: XIII, 55, 58, 59, 99, 117, 124, 125, 161, 166, 168, 169, 171, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 180, 181, 194, 199
DÍAZ, Porfirio: 73, 94, 100, 234
DÍAZ DUFOO, Carlos: 179
DÍAZ MIRÓN, Salvador: 170, 179
DÍAZ ROZZOTO: 7
DOLORES POYO, José: 47
DOMINGO SARMIENTO, Faustino: 240
DOSTOIEVSKI, Fedor: 85
DURÁN D'OION, Odón: 235
ECHEVERRÍA: 166, 167
EMERSON: 134, 163, 190
ESPRONCEDA: 87
ESQUILO: 211
ESTÉBANEZ: 69
ESTÉNGER, R. : 197
ESTRADA PALMA [Primer Presidente de Cuba]: XIII
FERNÁNDEZ DE CASTRO, José Antonio: 179
FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto: 123, 234, 240
FERRARA, Orestes: 205
FERRER CANALES, José: 245
FIGUERAS, Estanislao: 69, 70
FIGUEREDO, Fernando: 45, 46
FIGUEREDO, Perucho: 220
FIOL, Roberto: 130
FLAUBERT: 135
FLORIT, EUGENIO: 130, 169
FREYRE, Jaime: 179
GANDHI, Mahatma: 126
GARCÍA, Calixto: 94

GARCÍA CALDERÓN, Ventura: 56, 112
GARCÍA GRANADOS, María [La niña de Guatemala]: 42, 54, 94, 169
GARCÍA MARRUZ, Fina: 119, 130
GARD, Richard A. : 127
GAY-GALBÓ, Enrique: 220
GHIRALDO, Alberto: 172
GOETHE: 88, 126
GÓMEZ, Juan Carlos: 135
GÓMEZ, Máximo: XIV, 48, 49, 50, 81, 98, 99, 101, 133, 134, 200, 201, 202, 205, 242
GONCOURT [los]: 135
GONZÁLEZ, Manuel Pedro: 7
GONZÁLEZ PADRA, Manuel: 62
GOROSTIZA, José: 71
GOYA, Francisco de: 165
GRACIÁN, Baltasar: 164, 186
GRANADA, Luis de: 187
GRILLO, Max: 170
GROSSAC: 174
GUASP DE PERIS, Enrique: 3
GUERRA, Donato: 73
GUTIÉRREZ NÁJERA Y MAILLEFERT, Cecilia: 169
GUTIÉRREZ NÁJERA, Manuel: 23, 53, 144, 166, 168, 170, 179
GUZMÁN BLANCO [General]: 53, 95, 113
HELIODORO VALLE, Rafael: 3
HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro: 57
HENRÍQUEZ Y CARVAJAL, Federico: 101, 114, 117
HEREDIA, José María: 135
HERRERA Y REISSIG, Julio: 179
HIDALGO, Miguel: 12, 77, 83, 112, 139, 142, 143, 156, 166
HIDALGO PAZ, Ibrahím: 227, 232, 233, 234, 235, 237, 239
HOBBS: 30
HOMERO: 187, 198, 211
HORACIO: 198
HOSTOS, Eugenio María de: 89
HUANOSTA [Familia]: 57
HUERTA, de la [Familia]: 92
IBARBOUROU, JUANA: 115
IDUARTE, Andrés: 156, 183, 187, 189, 194, 196, 205
INCA GARCILASO: 91
IRVING, Washington: 135
ISIDRO MÉNDEZ, Manuel: 124

IZAGUIRRE, José María: 53
 JEFFERSON, Thomas: 235
 JEVONS, Stanley: 77
 JIMÉNEZ, Juan Ramón: 130, 161, 162, 173, 176, 177, 180, 181
 JUÁREZ, Benito: 62, 71, 77, 80, 83, 102, 156, 195, 239
 LARRA, Mariano José de: 102
 LAS CASAS, Bartolomé de: 112
 LEÓN, Luis de: 187
 LERDO DE TEJADA, Sebastián: 23, 57, 71, 73
 LEZAMA LIMA, José: 130
 LINCOLN, Abraham: 190, 195, 228, 239
 LIZASO, Félix: 113, 179
 LÓPEZ DE AYALA [Familia]: 102
 LUCENA: 48
 LUGONES, Leopoldo: 179
 LUZ Y CABALLERO, José de la: 204, 219, 220
 MACEO, Antonio: 48, 49, 50, 89, 98, 99, 133, 134, 202, 242
 MACHADO, Antonio: 180
 MADERO, Francisco I.: 73
 MANACH, Jorge: 163, 166, 189
 MANTILLA, Daniel: 53
 MANTILLA, Manuel: 94, 113, 202, 205
 MANTILLA, María: 53
 MARÍA DE MENDIVE, Rafael: 35, 67, 89, 92, 158, 185, 186, 204, 205, 220, 221, 227
 MARIENSA: 137
 MARINA [Doña]: 103
 MARINELLO, Juan: 106, 161, 164, 184
 MARTÍ, Ana [hermana]: 40
 MARTÍ, José: IX, XI, XIII, 3, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 44, 45, 46, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 77, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 115, 116, 117, 118, 119, 121, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 131, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 153, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 167, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 176, 177, 178, 180, 181, 183, 184, 186, 187, 191, 193, 195, 196, 198, 200, 201, 203, 204, 205, 206, 207, 210, 214, 215, 217, 218, 219, 220, 221, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 231, 233, 235, 236, 237, 238, 240, 241, 242, 243, 244, 245, 246

MARTÍ Y NAVARRO, Mariano de los Santos [Padre]: 54, 67, 92, 93, 227
 MARTÍNEZ BELLO, Antonio: 244
 MARTÍNEZ CAMPOS [Gobernador]: 94, 102
 MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel: 123, 125, 126, 127, 131, 132, 133
 MARTOS, Cristino: 70
 MARX, Karl: 58
 MAXIMILIANO: 22, 102
 MÉNDEZ, Isidro: 7
 MEJÍA SÁNCHEZ, Ernesto: 3
 MERCADO, Aristeo: 233
 MERCADO, Manuel Antonio: IX, 17, 18, 42, 45, 52, 53, 58, 71, 78, 80, 82, 90, 93, 100, 101, 114, 117, 138, 169, 174, 188, 196, 197, 198, 200, 201, 233, 245
 MISTRAL, Gabriela: 62, 111, 124, 161, 163, 165, 180, 181, 184
 MIYARES [MILLARES], Carmen: 46, 53, 94, 113
 MOCTEZUMA: 91, 175
 MONTALVO: 60, 62, 90, 111
 MONTALVO, Blanca de: 54
 MOORE, Tomás: 186, 191
 MORALES, Salvador: 236, 237, 241, 242
 MORALES Y GONZÁLEZ, Rafael: 220
 MORELOS [Y PAVÓN], José María: 77, 156
 MORISON, Samuel Eliot: 235
 NAVAS, Vicente: 173
 NERVO, Amado: 178, 179
 NIETZSCHE, Frederic: 30, 194
 NOLASCO PRENDES, Pedro: 172
 NOVÁS, Benito: 8
 NOVALIS: 62
 NUÑEZ Y DOMÍNGUEZ: 168, 170, 178
 OCARANZA, Manuel: IX, 93, 233
 ONÍS, Federico de: 119, 129, 180, 181
 ORESTES [pseudónimo de Martí]: 25, 71
 OROZCO, José Clemente: 59
 ORTEGA Y GASSET, José: 28, 31
 PADILLA, Concepción: 54, 94, 100
 PALTSITS, Víctor H. : 197
 PAVÓN NÚÑEZ, Lucio: 179
 PEÑA, Rosario de la: 40, 41, 51, 53, 54, 78, 94, 100
 PEÓN Y CONTRERAS, José: 93
 PÉREZ, Julián: 42
 PÉREZ BONALDE: 135, 163

PERRY ATWELL, V. : 242
PEZA, Juan de Dios: 71, 93, 100, 233
PI Y MARGALL: 69
PILLEPICH, Pietro: 126
PORTUONDO, Antonio: 7, 134
PRECIOSO, Artemio: 180
PRIETO, Guillermo: 22, 51, 71, 93
PRODHOMME, Sully: 135
PUSHKIN: 134
QUERALTA: 100
QUESADA Y ARÓSTEGUI, Gonzalo de: 13, 14, 45, 97, 99, 100, 110, 113, 171, 185, 196, 202, 205
QUEVEDO: 164, 186
QUIROGA, Vasco de: 62
RABELAIS: 126
RAL, Adelaida [pseudónimo de Martí]: 95, 113
RAMÍREZ, Ignacio: 22, 80, 103
RAMOS, Sidroc: 130
RIVA PALACIO: 73
RODRÍGUEZ, Carlos Rafael: 237, 242, 243
RODRÍGUEZ, José María: 242
ROIG DE LEUCHESENRING, Emilio: 14, 113
ROJAS, Ricardo: 174
ROLLAND, Romain: 62
ROLOF [General]: 99
RUEDA, Salvador: 176
SAAVEDRA FAJARDO: 187
SABOYA, Amadeo de: 69
SAGASTA: 102
SALINAS, Pedro: 162
SALMERÓN: 69
SAN MARTÍN: 112, 139, 142, 143
SAN PABLO: 51, 52
SÁNCHEZ [General]: 99
SANGUILE, Julio: 220
SANGUILE, Manuel: 220
SANTA TERESA[Teresa de Cepeda]: 164, 165, 186
SANTOS CHOCANO, José: 179
SARDÁ, José María: 230, 231
SARMIENTO: 60, 62, 89, 112, 131, 165, 168
SARORIUS, Manuel: 98
SARORIUS, Ricardo: 98

SARRAZIN: 174
SAUVALLE, Carlos: 231
SHAKESPEARE, William: 126, 129, 211
SCHULMAN, Iván A. : 125
SELLÉN, Francisco: 135, 204
SIDDARTHA GAUTANA [Budaj]: 127, 128, 129
SIERRA, Justo: 71, 80, 93, 100, 103, 178
SIERRA, Justo: 22, 100
SIEYÉS: 107, 108
SIXTO CASADO, Rafael: 35, 227
SÓRZANO, Franz: 137
SPINOZA, Benito de: 27
SUAVALLE, Carlos: 217
SUCRE: 167
TARSO, Pablo de: 51
TIZIANO: 54
TOLSTOI, León: 62, 85, 126
TORROELLA, Alfredo: 212
TRUJILLO, Enrique: 220
TWIN, Mark: 134
UGARTE, Manuel: 174
UNAMUNO, Miguel de: 51, 52, 61, 62, 110, 121, 162, 173, 175, 180, 181
URBINA, Luis G.: 100
VALDÉS DOMÍNGUEZ, Fermín: 10, 36, 38, 52, 92, 93, 227, 230, 231
VALDÉS RODRÍGUEZ, Manuel: 219
VALENCIA, Guillermo: 179
VARELA, Félix: 219
VARGAS VILLA, José María: XIII
VÍCTOR ANDRADE, Olegario: 135
VÍCTOR HUGO: 22, 77, 112, 165, 183
VICUÑA MACKENA, Benjamín: 229
VILLADA, José Vicente: 71
VILLAESPESA, Francisco: 176
VITIER, Cintio: 119, 120, 123, 130, 133, 217
VITORIA, Francisco: 62
WASHINGTON, George: 235
WILDE, Oscar: 134
WHITE, [Mister]: 198
WHITMAN, Walt: 134, 163, 173, 174, 175, 190, 214
ZAYAS BAZÁN, Carmen: 41, 42, 43, 44, 45, 54, 78, 95, 96, 100, 233, 237

Esta edición de 500 ejemplares de
ANTOLOGÍA
DE
ENSAYOS MARTÍSTAS
selección y presentación de
Arturo Molina García
Prólogo
Odón Betanzos Palacios
se terminó de imprimir
el 28 de enero de 2003,
a siglo y medio del nacimiento
de prócer cubano.

Captura, diseño y revisión de textos

Silvia Patricia Plata

Juan Angel Gutiérrez

Para la formación de los textos se utilizó la tipografía Times New Roman de 11 puntos en el programa Word Perfect 9.

Los interiores se imprimieron en tinta negra sobre papel bond, la portada a una tinta sobre papel couché.

Impreso en los talleres de Prograf, S. A. de C. V.

Imprenta y Diseño, 12 y 13 Hidalgo 547,

Ciudad Victoria, Tamaulipas.

Teléfonos: (01-834) 312-9185 y 312-8077

Fax 312-1645